

81 JUL/AGO 2013

NEW LEFT REVIEW

- Perry Anderson *¿Un mundo feliz?*
Nancy Fraser *Políticas de la crisis*
Franco Moretti *La desaparición de la burguesía*
Yonatan Mendel *El síndrome de Jerusalén*
Hung Ho-fung *China se estanca*
Jacob Collins *Sobre la bioseguridad*
Francis Mulhern *La elección de Hobsbawm*
Joachim Jachnow
¿Qué ha sido de los verdes alemanes?

NEW LEFT REVIEW

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

La nueva edición de la *New Left Review* en español se lanza desde Ecuador, desde una Universidad pública, la Universidad de Posgrado del Estado del Ecuador. Esta iniciativa pretende contribuir al cambio ofreciendo instrumentos analíticos para alimentar los debates e incrementar la potencia de las revoluciones latinoamericanas; pretende formar militantes e intensificar las formas de transformación para impedir que esos procesos sean capturados, desvirtuados o paralizados por las viejas y nuevas elites nacionales o por las estrategias de las potencias y las elites globales. Esta publicación pretende ofrecer a los movimientos sociales dispositivos intelectuales para constituirse como sujetos políticos constituyentes. Y hará, finalmente, que las ideas adquieran la materialidad densa y fluida de una fuerza poderosa que se convierta en acción revolucionaria.



Edición en castellano:	Instituto de Altos Estudios Nacionales-IAEN
Editor de la edición en castellano	Carlos Prieto del Campo
Diseño editorial y coordinación editorial	David Gámez Hernández Iñaki Vázquez Álvarez
Edición conceptual	Natacha Reyes Salazar Francisco Sanz Esteban
Traducción	Jose María Amoroto, Juanmari Madariaga, Cristina Piña Aldao
Corrección ortotipográfica	Carlos Vidania Dominguez
Editor	Susan Watkins
Deputy Editor	Tony Wood
Editorial Committee	Tariq Ali, Perry Anderson, Kheya Bag, Gopal Balakrishnan, Emilie Bickerton, Robin Blackburn, Robert Brenner, Malcolm Bull, Mike Davis, Daniel Finn, Tom Mertes, Francis Mulhern, Dylan Riley, Julian Stallabross, Jacob Stevens, Wang Chaohua, Susan Watkins, Tony Wood, JoAnn Wypijewski
Associate Editor	Francis Mulhern
Assistant Editor	Daniel Finn
Publishing Director	Kheya Bag
Subscriptions	Johanna Zhang
Online Publisher	Rob Lucas

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales - IAEN, 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional
(CC BY-NC-ND 4.0)

Edita: Instituto de Altos Estudios Nacionales - IAEN, Ecuador

Av. Amazonas N37-271 y Villalengua esq.

Tel: (593)023829900

www.iaen.edu.ec

editorial@iaen.edu.ec

Produce: Editorial Traficantes de Sueños

Calle Embajadores 35, 28012, Madrid

Tel: 911857773

www.traficantes.net/nlr

nlr@traficantes.net

nlr_suscripciones@traficantes.net

ISSN Ecuador: 1390-8553

ISSN España: 1575-9776

ISSN digital: 2341-1686

Impresión: Imprenta Editogran S.A.

NEW LEFT REVIEW 81

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO-AGOSTO 2013

ARTÍCULOS

PERRY ANDERSON	Homeland: La política interna de Estados Unidos	7
YONATAN MENDEL	La nueva Jerusalén	38
FRANCO MORETTI	La desaparición de la burguesía	63
JOACHIM JACHNOW	Trayectorias verdes	98
NANCY FRASER	Triple movimiento	125

CRÍTICAS

FRANCIS MULHERN	Tiempos de conclusión	140
JACOB COLLINS	¿El nacimiento de la bioseguridad?	152
HUNG HO-FUNG	China se estanca	162

CONTENIDOS

PERRY ANDERSON: *Homeland*

Los atolladeros de la política estadounidense, observados dentro de una lógica más amplia, como resultado de determinantes interrelacionados –régimen de acumulación, giros sociológicos, mutaciones culturales, minorías catalizadoras– dentro de un universo ideológico completamente capitalista.

YONATAN MENDEL: La nueva Jerusalén

Disfunciones y divisiones de la ciudad más grande de Israel. Yonatan Mendel diagnostica el urbanismo incoherente producido por la historia de ocupación y segregación de la ciudad, y por la enorme distensión de su perímetro después de 1967 debido a los asentamientos.

FRANCO MORETTI: Niebla

¿Por qué una burguesía elogiada por Marx por su implacable racionalismo se cubrió de nubes de mistificación? Franco Moretti traza las recurrentes negativas a la precisión en la cultura victoriana, desde Carlyle a Millais, Tennyson o Conrad.

JOACHIM JACHNOW: ¿Qué ha sido de los Verdes alemanes?

En otro tiempo pilares del movimiento pacifista, Die Grünen son ahora defensores de la intervención militar estadounidense. El *cursus vitae* que Joachim Jachnow traza del movimiento –orígenes diversos, enfrentamientos ideológicos, cambiantes bases sociales– explica la transformación.

NANCY FRASER: Triple movimiento

¿Por qué la crisis mundial no ha producido aún alternativas programáticas para la transformación social? Nancy Fraser sostiene que los actuales conflictos entran en un ambiguo triángulo formado por las fuerzas de la mercantilización, la protección social y la emancipación.

CRÍTICAS

FRANCIS MULHERN reseña el libro de Eric Hobsbawm *Fractured Times*. Consideraciones sobre el destino de la alta cultura burguesa, las vanguardias y el arte de masas, en la «era de los extremos» y después.

JACOB COLLINS reseña el libro de Frédéric Gros *Le principe sécurité*. Taxonomía de las sucesivas formas adoptadas por los conceptos de seguridad occidentales, desde la antigua Roma al GPS.

HUNG HO-FUNG reseña el libro de Michael Pettis, *The Great Rebalancing*. Una visión escéptica, efectuada por un conocedor de Wall Street, sobre las perspectivas de que se produzca una recalibración ordenada de la economía mundial.

AUTORES

JACOB COLLINS: *estudia historia en la UCLA;*
véanse también NLR 64, 74, 78.

NANCY FRASER: *enseña filosofía en The New School; su libro más reciente es Fortunes of Feminism (2013);*
véanse también NLR 3, 36, 56, 74.

HUNG HO-FUNG: *autor de Protest with Chinese Characteristics (2011); enseña sociología en la Johns Hopkins;*
véanse también NLR 60, 66, 72.

JOACHIM JACHNOW: *de la Freie Universität Berlin; ex director de la revista digital Science Garden.*

YONATAN MENDEL: *investigador de la Universidad Ben-Gurion;*
el próximo año publicará The Creation of Israeli Arabic.

FRANCO MORETTI: *Distant Reading y The Bourgeois se publican este mes en Verso; véanse también, entre otros,*
NLR 41, 52, 61.

PERRY ANDERSON

HOMELAND

La política interna de Estados Unidos

LA ESCENA POLÍTICA estadounidense en el nuevo milenio se suele pintar con brillantes colores. Para buena parte de su opinión pública –por no hablar de la extranjera–, el país ha saltado en una sorprendente pirueta de la zafiedad reaccionaria del gobernante anterior, que presidió una época de desastres tanto en el exterior como en el interior, a la esperanza de progreso más alentadora desde el *New Deal* con el actual, quien personifica lo mejor de la nación, aunque para otros no sea siquiera un fantasma estadounidense. Hay incluso otros para quienes la polarización de las opiniones representadas es motivo de desesperanza o, por el contrario, de sosiego ante el umbral de una nueva mayoría conformada por identidades hasta ahora marginadas. Los matices cambian según la luz con que se mire.

Para un observador más ecuánime de la política estadounidense, la línea es más fiable que el color. Son los parámetros subyacentes del sistema, caracterizados por esos episodios los que requieren atención, entre estos se pueden discernir cuatro que resultan determinantes. El primero, y de lejos el más fundamental, es el régimen histórico de acumulación que determina la rentabilidad del capital y la tasa de crecimiento de la economía¹. El segundo son los cambios estructurales en la sociología del electorado distribuido entre los dos grandes partidos políticos. El tercero son las mutaciones culturales del sistema de valores a lo largo y ancho de

¹ Régimen de acumulación: término derivado originalmente de la obra marxista de Michel Aglietta *Régulation et crises du capitalisme*, París, 1976, de la que se puede encontrar un equivalente institucionalista en Douglas Forsyth y Ton Notermans, «Macroeconomic Policy Regimes and Financial Regulation in Europe, 1931-1994», en D. Forsyth y T. Notermans (eds.), *Regime Changes*, Providence (RI), 1997, pp. 17-68.

la sociedad. El cuarto y último –residual– son los objetivos de las minorías activas de la base de votantes de cada partido. El resultado político en cada momento determinado se puede describir, a grandes rasgos, como resultante de ese desigual cuarteto de fuerzas motrices.

Lo que permanece inalterado es, por otra parte, el universo ideológico monocromático en el que está incrustado el sistema: un orden capitalista inamovible, sin asomo de flaquezas socialdemócratas ni de organización política independiente de los trabajadores². Los dos partidos que lo ocupan, republicano y demócrata, han intercambiado bases sociales y regionales más de una vez desde la Guerra de Secesión, sin cuestionar en absoluto el dominio del capital.

Desde la década de 1930 ha existido una tendencia general, aunque no inmutable, a que quienes están en el escalón más bajo de la pirámide de ingresos, en caso de que voten –lo que muchos no hacen–, lo hagan por el Partido Demócrata, y los que están en lo más alto, por el Republicano. Tales preferencias reflejan las políticas impulsadas por lo general por ambos partidos: los gobiernos demócratas han solido ser más redistributivos hacia abajo que los republicanos, en un alineamiento que se parece, sin reproducirla exactamente, a la división entre izquierda y derecha en otros lugares, aunque rara vez se den diferencias de principio. Un rasgo sobresaliente del consenso sobre el que descansa el sistema es la flexibilidad de las posiciones relativas que permite. Las políticas asociadas a un partido pueden pasar al otro, y con cierta frecuencia tras el cruce asumen formas más radicales que las que exhibían en su hábitat original. Una mirada a la historia del último medio siglo nos recuerda esos vaivenes del sistema.

I

Aunque tuvo que pasar algún tiempo hasta que su carácter cristalizara, la victoria de Roosevelt en 1932 inauguró, como todo el mundo sabe, una nueva era en la política estadounidense. La Depresión, que marcó el final de

² Semánticamente, un síntoma de ese universo cerrado es la transformación en el vocabulario local del término «liberal», en una perspectiva meramente social o cultural, carente de referencias a los principios económicos que lo definieron históricamente en otros lugares, ya que en Estados Unidos los axiomas del libre mercado son compartidos por todos. Por eso «neoliberal», moneda de uso corriente en el extranjero, es una incomodidad léxica para quienes se identifican con la versión autóctona.

un régimen de acumulación basado en el patrón oro, altos aranceles, bajos impuestos y formas todavía primitivas de producción en masa, desacreditó a los republicanos, que lo habían regentado durante mucho tiempo. Bajo la conmoción del desplome, las presiones populares –sobre todo, las huelgas obreras iniciadas en 1934– impulsaron a la administración demócrata mucho más allá de las medidas preliminares de estabilización financiera y alivio de la emergencia, hacia reformas sociales y programas infraestructurales que consolidaron su base electoral, mientras proseguía la reestructuración de los capitales menos competitivos y la concentración empresarial³. Cuando golpeó la brusca recesión de 1937, el desempleo volvió pronto a situarse en el 12,5 por 100. Lo que transformó el *New Deal* en punto de arranque de una nueva era fue la masiva demanda estatal propiciada por el rearme. Con la puesta en marcha de una economía de guerra a partir de finales de 1941 maduró un nuevo régimen de acumulación. El patrón oro había desaparecido, los impuestos eran más altos, el déficit había dejado de ser tabú y se habían estatuido seguros para los depósitos y normas de regulación bancaria; las grandes empresas se habían concentrado y había aumentado la demanda de consumo. Esas fueron las condiciones de la transformación; pero el cambio decisivo llegó con la intervención de la economía y el enorme aumento del gasto público, del 19 al 47 por 100 en dos años, cuando el país se movilizó para la guerra y los hombres de negocios volvieron a las sedes del poder en Washington con el fin de dirigir el impulso industrial hacia la victoria. El *boom* de la época de guerra, que detonó la innovación tecnológica y absorbió el desempleo, llevó a la supremacía estadounidense sobre el mundo capitalista a partir de 1945, asociado al orden económico internacional adecuado a sus requerimientos e instaurado en Bretton Woods. La expansión desencadenada por la economía de guerra prosiguió durante un cuarto de siglo de altas tasas de crecimiento en el país y una hegemonía indiscutida en el exterior.

El sistema político constituido bajo ese régimen, aunque provenía del *New Deal*, difería en parte de él. Tras la guerra, los demócratas mantuvieron el dominio electoral que se habían asegurado en la década de 1930, cuando se ganaron a los votantes jóvenes, los inmigrantes de segunda generación, los trabajadores protestantes en otro tiempo distantes así como a los negros del norte, al tiempo que mantenían un firme control de su bastión histórico en el sur racista. Aunque los dos partidos se repartían de forma

³ Primero se produjo la desvinculación del oro y la aprobación de la Ley Glass-Steagall y de la Ley Nacional de Recuperación Industrial en 1933; luego, la Ley Wagner y la de Seguridad Social, en 1935.

pareja el control de la Casa Blanca, cada uno de ellos ganó tres veces entre 1948 y 1968, el Congreso permaneció durante cerca de medio siglo como un reducto demócrata; entre 1932 y 1980 los republicanos solo se hicieron con él dos veces y durante un corto periodo de cuatro años. En cualquier caso la configuración política subyacente satisfacía a ambos partidos. Desde 1937, cuando fracasó la huelga del acero y la economía se deslizó de nuevo hacia la recesión, la rebeldía obrera que había forzado las reformas sociales más significativas en la agenda de Roosevelt había quedado atrás. La Ley Wagner [*National Labor Relations Act*] permitió aumentar la sindicalización hasta principios de la década de 1950, pero junto con el aumento de la afiliación llegó la burocratización y la domesticación de la AFL-CIO. En 1947 la mayoría de ambos partidos unieron sus fuerzas para reprimir a los militantes y las huelgas con la Ley Taft-Hartley⁴.

Aunque las organizaciones obreras debían ser domeñadas allí donde amenazaran hacerse demasiado fuertes y rebeldes, los votantes aislados eran otra cosa, se pretendía halagarlos siempre que el precio a pagar no fuera demasiado alto. Si el gasto público, en proporción al PIB, ya no estaba a los niveles del tiempo de guerra, la larga expansión de las décadas de 1950 y 1960 ofrecía todavía tasas de beneficio que permitían mejoras salariales regulares para los trabajadores así como ingresos tributarios suficientes para mantener las obras públicas y las ayudas de protección social, junto con grandes presupuestos militares. De todas formas ningún régimen de acumulación es estático y a su debido tiempo se produjo una inflexión. Durante la guerra los planificadores de Washington habían previsto un mundo de posterior a la misma en el que el patrón dólar y el libre comercio permitirían una prosperidad exportadora para el capital estadounidense mediante la recuperación económica de Europa y Japón. La envergadura de los daños, tanto entre los antiguos aliados como entre los enemigos, y los imperativos primordiales de la Guerra Fría alteraron ese diseño. Para salvar el capitalismo en el extranjero hubo que diluir el libre mercado puro y simple y ofrecer ayuda a los gobernantes locales permitiéndoles cierta protección de sus mercados a fin de evitar que se hundieran de nuevo en la depresión. Llegó la recuperación, y con ella, como se había previsto, los beneficios estadounidenses. Pero como los costes laborales eran menores en el extranjero, para el capital estadounidense se volvió más razonable,

⁴ Sobre esta historia, véase Robert Brenner, «Structure vs Conjuncture», *NLR* 43, enero-febrero de 2007, pp. 37-40 [ed. cast.: «Estructura versus coyuntura: Las elecciones de 2006 y el desplazamiento hacia la derecha de la política estadounidense», *NLR* 43, marzo-abril de 2007, pp. 31-56], el texto más relevante para entender la evolución de la política estadounidense desde el *New Deal*.

en lugar de exportar, invertir –allí donde fuera posible; mejor en Europa que en Japón– en la producción para los mercados locales, normalmente con tasas de beneficio más altas que las que se podían obtener de las inversiones en Estados Unidos. Con la gran expansión de las empresas multinacionales estadounidenses en el extranjero, las organizaciones obreras quedaron aún más debilitadas, no legislativa sino estructuralmente, desde mediados de la década de 1950.

Sin embargo, mientras se mantuvo el régimen general de acumulación, el cálculo de la competencia entre los partidos siguió los parámetros heredados del *New Deal*, en cuyo marco los gobernantes republicanos eran muy capaces de desbordar a sus predecesores demócratas. Truman, cuya presidencia careció prácticamente de logros legislativos domésticos, rompió más huelgas que Eisenhower, cuya ley de autopistas interestatales impulsó el mayor programa de obras públicas desde la Works Progress [llamada luego Projects] Administration de Roosevelt. El activismo contra la segregación y las insurrecciones en los guetos provocó la Civil Right Act y la Guerra contra la Pobreza de L. B. Johnson, con un impulso que le sobrevivió. Fue Nixon, y no Johnson, quien dispuso el mayor incremento de subsidios sociales y la más estricta regulación económica de la historia de posguerra y quien propuso el más ambicioso plan contra la pobreza consistente en un ingreso mínimo garantizado que ningún país capitalista ha instituido todavía. En el Congreso, donde en ambas cámaras el bloque más sólido de demócratas era siempre el del sur, los republicanos solían votar en mayor proporción que los demócratas en favor de las leyes de derechos civiles.

2

La expansión de posguerra sufrió una abrupta interrupción en todo el mundo capitalista avanzado a principios de la década de 1970. La rentabilidad disminuyó, los salarios dejaron de aumentar y apareció el fenómeno de la estanflación. La causa común residía en la competencia intercapitalista, intensificada desde que Alemania y Japón, recuperados por Washington como defensas de primera línea del llamado Mundo Libre, volvieron a entrar con fuerza en el mercado mundial, frecuentemente con nuevo capital y mejores estructuras empresariales y bancarias⁵. Las empresas

⁵ Véase Robert Brenner, *The Economics of Global Turbulence*, Nueva York y Londres, 2006, *passim* [ed. cast.: *La economía de la turbulencia global*, Madrid, 2009], la historia fundamental del capitalismo de posguerra.

estadounidenses, obligadas a mantener gran cantidad de capital fijo que no podía desecharse con facilidad, afrontaban márgenes de beneficio más bajos precisamente cuando el gasto social inoportuno y la costosa regulación alcanzaban un punto máximo con un presidente republicano. A fin de contrarrestar todo esto, y tras segar el vínculo del dólar con el oro, Nixon recurrió a controles de precios y salarios con los que combatir la inflación. Frente a aquella combinación de crisis económica y despilfarro político, el capital –grande y pequeño– se puso en movimiento. En 1972 se puso en marcha la mesa redonda de los empresarios; a finales de la década, la Cámara de Comercio y la Federación Nacional de Empresas Independientes habían duplicado el número de sus afiliados, los grupos de presión de las corporaciones en Washington se decuplicaron; los comités de acción política financiados por el capital dejaban muy atrás a los de las organizaciones obreras, y nuevos *think tanks* de la línea más dura –el Instituto de la Empresa Americana, la Fundación Heritage, el Instituto Cato– entraron en liza⁶. El colapso del crecimiento sostenido generó una movilización sistemática contra los acuerdos de posguerra.

Ese era el escenario en el que se configuró la agenda para un nuevo régimen de acumulación. El orden neoliberal iba a promover la desregulación de los mercados, la desindicalización de los trabajadores, reducciones en los impuestos y la deflación de la oferta de dinero; en resumen, una regresión hacia normas del régimen liberal anterior a la Depresión, excluidos el patrón oro y la protección arancelaria. Pero existían dos diferencias críticas relativas a la situación de la industria y la naturaleza del electorado. La industria, que en la década de 1920 apenas estaba iniciando su transformación a la producción en masa y que después de medio siglo de expansión por delante, empezó a contraerse severamente desde la década de 1980 bajo la presión de los productores de bajo coste en el extranjero y el desplazamiento del capital hacia las finanzas como centro de mando de la economía, erosionando aún más drásticamente la correlación de fuerzas con el movimiento obrero. Por otra parte, las expectativas de los votantes impedían ahora una liquidación general a precios de saldo de las empresas insolventes o ineficientes: el desempleo de masas parecía incompatible con un dominio capitalista

⁶ Los orígenes del IEA se remontan a 1943, cuando los ejecutivos de las corporaciones se trasladaron en tropel a Washington para ocupar puestos en la economía de guerra, pero su transformación en una central conservadora data de la década de 1970: en 1980 tenía más de 600 patrocinadores empresariales. La Foundation Heritage se creó en 1973, y el Cato Institute en 1977. Sobre esos grupos, véase Jacob Hacker y Paul Pierson, *Winner-Take-All Politics*, Nueva York, 2010, pp. 118-120.

estable. En la mayoría de los países capitalistas se produjeron durante este periodo cambios análogos; pero fue en Estados Unidos, carente de tradiciones críticas significativas frente a las enormes prerrogativas de la propiedad privada y la libre empresa, y en un ambiente de erosión estructural del poder de las organizaciones obreras, donde adquirieron su forma más pura. Los parámetros del sistema político se desplazaron hacia la derecha en todo Occidente, pero en ningún lugar tan lejos y con tan pocos impedimentos como en Estados Unidos.

Respecto a los partidos, tras una enorme marea de reformas progresistas bajo un presidente republicano, la regresión política llegó con un demócrata en la Casa Blanca y una abrumadora mayoría demócrata en el Congreso: 292-143 en la Cámara de Representantes y 62-38 en el Senado. Menos Estado y más mercado era la solución para los males de la economía en el momento del bicentenario. Las claves del Gobierno de Carter fueron las restricciones a la oferta de dinero y la desregulación dirigidas a debilitar a las organizaciones obreras y fortalecer a las empresas. En el Congreso, los demócratas al mismo tiempo que reducían el impuesto sobre las rentas del capital y elevaban el de las rentas salariales, rechazaban –en una votación tras otra– la reforma de la sanidad, la indexación del salario mínimo, la protección de los consumidores y la renovación del registro electoral. En la Reserva Federal, se confió a Volcker la labor de una dura deflación. El neoliberalismo estaba ahora al mando. El coste a corto plazo para Carter y su partido fue alto, cuando los altos tipos de interés impuestos por Volcker como remedio para la inflación provocaron una severa recesión que el electorado no agradeció. Un problema mayor fue la ausencia de un mensaje ideológico que por parte de los demócratas fuera capaz de embellecer el giro en términos menos adustos que la necesidad de apretarse el cinturón. Se necesitaba algo más atractivo.

La victoria de Reagan en 1980, tan decisiva como la de Roosevelt en 1932, satisfizo esas exigencias. El neoliberalismo encontró su suplemento popular en un optimismo de reafirmación nacional y en una moral de autosuficiencia individual, entrelazados –aunque no excesivamente– con la fe en la Biblia⁷. Era un compendio ideológico con el que los demócratas difícilmente podían competir. Aunque ellos habían encabezado el giro neoliberal,

⁷ Sobre la noción de suplemento ideológico, véase Perry Anderson, «Testing Formula Two», *NLR* 8, marzo-abril de 2001, pp. 7-8 [ed. cast.: «La segunda fórmula a prueba», *NLR* 8, mayo-junio de 2001, pp. 7-8].

tenían la desventaja de su identificación con el orden anterior, durante el que habían sido demasiado tiempo el partido dominante. Los republicanos, sin esa dificultad de adaptación, se convirtieron en el partido natural de gobierno en un sistema político cuyo centro de gravedad se había desplazado estructuralmente hacia la derecha. El nuevo régimen de acumulación les favorecía.

3

Por debajo del giro en la preeminencia partidaria había también cambios sociológicos, el primero de los cuales afectaba a la clase obrera blanca. La reacción ultraconservadora y ultrapatriota contra las manifestaciones antiguerra y la redistribución de los niños en las escuelas dirigida a paliar la segregación había generado en su seno un voto patriotero y racial en favor de Wallace ya en 1968, y aún mayor en favor de Nixon en 1972. Pero cuando los salarios reales comenzaron a caer a partir de 1972 y los cambalaches tributarios empezaron a golpear sobre los ingresos familiares, los trabajadores perdieron las razones materiales para mantener su lealtad hacia el Partido Demócrata. Carter los había abandonado y muchos lo abandonaron a él. Reagan se ganó a una mayoría de ellos en 1980 y otra mucho mayor en 1984. El segundo cambio sociológico fue el desplazamiento en población y riqueza desde el noreste y centro del país hacia el oeste y el sudoeste, donde el capital era más joven y estaba menos trabado, las pautas urbanas más dispersas, las tradiciones de organización obrera más débiles y el imaginario de frontera más fuerte. Allí, en California, una rebelión contra los impuestos a la propiedad inmobiliaria financiada por los promotores de la construcción había conseguido ya que se aprobara la Proposición 13, invalidando aquel mismo año la Revenue Act [Ley de Ingresos y Rentas] de Carter. Durante un siglo ningún candidato presidencial había salido de la región, de repente aparecieron Goldwater, Nixon y Reagan. Por último, y de forma más decisiva, el sur, que siempre había sido la parte más conservadora del país, convertida durante un siglo en un bastión demócrata en recuerdo a la derrota frente a Lincoln en la Guerra de Secesión, había comenzado a hacerse republicano tras la conversión de Johnson a los derechos civiles. Su paso como bloque regional de un partido a otro, el mayor cambio global en el electorado desde la abolición de la esclavitud, fue gradual⁸. Treinta años

⁸ En las elecciones presidenciales, Goldwater ganó en seis estados del sur en 1964; Nixon en ocho en 1968, y toda la región en 1972. Reagan ganó en todos excepto Georgia en 1980 y en todos en 1984. Pero en el Congreso el predominio republicano no llegó hasta 1994.

después, cuando el Sur estaba experimentando el crecimiento económico más rápido del país, llegó a ser prácticamente total.

La arrasadora victoria de Reagan en las urnas, con un programa que prometía liberar del gobierno a las empresas en el país y restablecer el poder y la confianza estadounidense en el extranjero, le dio la posibilidad de emprender de inmediato un giro radical en la legislación que se decidía en Washington, en particular, la más atrevida remodelación de la estructura tributaria que se hubiera producido nunca, reduciendo los impuestos para todos, pero sobre todo y en particular para los más ricos; asimismo derrotó la primera huelga nacional que se le puso por delante, la del sindicato de controladores del tráfico aéreo. Fueron iniciativas muy populares, que gozaron del apoyo de los dos partidos y de la mayoría de la opinión pública. Pero a pesar de su gran éxito político, las reducciones de impuestos no remediaron la recesión de Volcker y tuvieron que ser retiradas parcialmente, aun cuando se produjo otra ronda en el segundo mandato de Reagan. Las recetas neoliberales, en cualquier caso, eran más ideológicas que puramente económicas: en la práctica se requería una gran dosis de keynesianismo militar para mantener en marcha el crecimiento y los grandes aumentos de gasto en defensa, que sostenían la demanda, generaron déficits anuales tres veces mayores que con Carter. A partir de 1985, el alivio de la recesión de Volcker y la devaluación del dólar, combinadas con la reducción de los salarios y los favores tributarios, permitieron una recuperación de las exportaciones industriales, restaurando la rentabilidad de las empresas; pero el comportamiento de la economía estadounidense no mejoró sustancialmente. El dólar inicialmente alto, al atraer capital extranjero, aceleró la hipertrofia del sector financiero y aumentó el déficit comercial. El crecimiento general era menor que durante la década de 1970. Al final de la era Reagan, con su epílogo bajo el primer Bush, la deuda federal se había triplicado. El *impasse* que subyacía bajo el largo declive no se había resuelto.

4

Los demócratas, entretanto, se fueron ajustando a los parámetros del nuevo orden, al igual que hicieron los republicanos con el antiguo. Al cabo de un año de la reelección de Reagan en 1984 se formó el Consejo de Dirección demócrata con el fin de resituar al partido en línea con las exigencias del momento, abandonaron los anticuados compromisos con

el gasto público, las organizaciones obreras o las ayudas al bienestar, en favor de un «nuevo centrismo», defendiendo un Estado más ligero en el interior y más resuelto en el exterior. Al iniciarse la década de 1990, los movimientos de masas de cualquier tipo –obrero, estudiantil, negro, feminista, ecologista, de minorías sexuales– habían desaparecido de la escena. Clinton, señalado por los medios como el candidato más tranquilizador del Consejo de Dirección demócrata, obtuvo la presidencia en 1992 al escindir Perot al electorado republicano en un año de recesión. Una vez en la Casa Blanca, emprendió la vía opuesta a la de Reagan, elevando los impuestos para reducir el déficit con la creencia de que los mercados de bonos tenían la llave de la confianza de las empresas como motor de crecimiento. La reforma del bienestar, limitando las ayudas a los dependientes, envió a los mercados otra importante señal de que aquella iba a ser una administración responsable. La recesión cedió, el presupuesto pasó a una situación de superávit y al final del segundo mandato presidencial de Clinton la economía se expandía a gran velocidad.

Pero aquella expansión no era más sana que la de Reagan. La deuda expurgada de las cuentas públicas reapareció, enormemente magnificada, en las cuentas privadas de las familias y de las empresas, a causa de la desregulación financiera que se convirtió en un rasgo diferencial de la presidencia de Clinton. La derogación de la Ley Glass-Steagall volatilizó la separación que se había establecido durante el *New Deal* entre los bancos comerciales y de inversión, y la Commodity Futures Modernization Act [ley de Modernización de Futuros] acabó con cualquier restricción sobre los tratos comerciales extrabursátiles en derivados⁹. El capital extranjero, favorecido de nuevo por la elevada cotización del dólar, se precipitó a la bolsa de valores estadounidense, mientras la rentabilidad

⁹ En la celebración de la abolición de la Ley Glass-Steagall, el secretario del Tesoro Larry Summers anunció: «Hoy el Congreso ha aprobado la puesta al día de las reglas que han gobernado los servicios financieros desde la Gran Depresión y las ha sustituido por un sistema adecuado para el siglo XXI. Esta legislación histórica facilitará a las empresas estadounidenses la competencia en la Nueva Economía». Sandy Weill, presidente ejecutivo del Citigroup, que acababa de incorporar a la Junta Directiva al predecesor de Summers, Robert Rubin, y que sería multado con 2.650 millones de dólares –la sanción más alta en toda la historia de Wall Street– por sus actuaciones delictivas en el escándalo WorldCom, mostraba orgullosamente entre sus trofeos la pluma que utilizó Clinton para firmar la derogación de la ley Glass-Steagall: Jeff Madrick, *Age of Greed*, Nueva York, 2011, p. 349. El hombre de Weill en la Casa Blanca de Clinton, que le ayudó a asegurar la aprobación de la ley, fue Gene Sperling, más tarde a sueldo de Goldman Sachs y ahora presidente del Consejo Económico Nacional de Barack Obama.

en la industria volvía a disminuir. En la artificial euforia de los últimos años de Clinton, el endeudamiento hipotecario se vio azuzado por los pródigos préstamos gubernamentales, las empresas obtenían créditos con la garantía de la cotización de sus propias acciones, proliferó la especulación en empresas de alta tecnología recién creadas y la bolsa subió vertiginosamente. De hecho, el keynesianismo bursátil había sustituido al keynesianismo fiscal-militar, dopando la demanda doméstica lo bastante como para dar lugar a un breve periodo de alto crecimiento.

Bajo ese cambio subyacía una inflexión en el régimen de acumulación vigente desde principios de la década de 1980, comparable a la de mediados de la década de 1950 en el régimen anterior. Una vez más, el cambio vino desde el exterior. Esta vez fue la irrupción a gran escala de China en el mercado mundial la que lo impulsó, al reducir espectacularmente los costes laborales en la industria y ampliar, y a la vez financiar, el déficit comercial estadounidense, propulsando la deslocalización de las líneas de montaje estadounidenses a China y alimentando el capital ficticio en el país¹⁰. El Acuerdo del Plaza Inverso de 1995 dirigido a revalorizar el dólar fue el momento culminante, tanto para trasladar las empresas industriales a la República Popular China como para recuperar el dinero con el que se inflaron las burbujas bursátil e inmobiliaria de finales de siglo. A diferencia de las décadas de 1930 y 1980, pero de forma muy parecida a lo sucedido en la década de 1950, el cambio no fue propiciado por un modelo intelectual, sino que fue ofrecido en bandeja por las condiciones globales. Los bancos y las empresas, fondos de inversión y *start-ups* cosecharon los beneficios de la expansión planetaria de la economía capitalista mundial bajo el dominio monetario estadounidense, enaltecida a posteriori como «globalización» y «la gran moderación». Aquella inflexión no suponía apartarse del orden neoliberal tal y como se había concebido en Viena, Chicago o Minnesota, sino profundizar en él.

¹⁰ «Este enorme aumento de la política de la oferta cambió radicalmente la rentabilidad relativa del capital y la participación en la renta nacional del trabajo. Globalizó la inflación, lo que significaba que sus tasas se uniformizaron en todo el mundo, y atenuó la inflación a largo plazo. A continuación disminuyó la aversión al riesgo, y en la mayoría de los mercados emergentes el coste del crédito ha caído, mientras que la tasa de beneficio ha aumentado. No es de extrañar que aumentara mucho el crédito y financiara el *boom* en los precios de las acciones»: Michel Aglietta, «Into a New Growth Regime», *NLR* 54, noviembre-diciembre de 2008, p. 72 [ed. cast.: «Hacia un nuevo régimen de crecimiento», *NLR* 54, enero-febrero de 2009].

Políticamente, el clintonismo parecía haber favorecido la competitividad del gobierno demócrata respecto de los republicanos a partir de unas condiciones de partida menos favorables: no solo aceleró la financiarización de la economía, al tiempo que restauraba el equilibrio presupuestario, sino que transmitió un mensaje de prosperidad tanto a los modestos como a los opulentos. En 1996 banqueros y votantes aprobaron un segundo mandato presidencial para Clinton, quien recibió de Wall Street más dinero que Dole y obtuvo la mayoría en 31 estados con cerca de la mitad del electorado: no llegó a ser un triunfo como el de Reagan, pero sí suficiente, con una diferencia de género —el 11 por 100— prometedoramente amplia para el futuro del partido. Ideológicamente, el discurso de una Tercera Vía que reconciliaría la libertad económica con la cohesión social, prosperidad para los ricos y protección para los pobres, tenía mayor atractivo en el periodo posterior a la Guerra Fría, cuando la incontestable primacía estadounidense, con la desaparición del Imperio del Mal, hacía de la autoafirmación algo menos acuciante en la sensibilidad popular. Atendiendo a todas las variables habituales, tendría que haberle seguido otro éxito demócrata.

Las felaciones a Clinton en la Casa Blanca le costaron al partido, no obstante, las elecciones en 2000. El azar de una mala conducta sexual hizo volver a los republicanos por una ventaja infinitesimal. Sin embargo, aquella victoria obtenida de forma tan casual cristalizó una división de valores de intensidad creciente. Desde la década de 1960 se había desarrollado en Estados Unidos una contracultura más o menos bohemia que rechazaba las costumbres y creencias convencionales. Radicalizada por la oposición a la guerra de Vietnam, había servido como blanco adecuado para que Nixon pudiera unir a su causa a una mayoría silenciosa de patriotas respetuosos de la ley. Con el final de la guerra en Indochina se inició la despolitización de ese ámbito. Desde finales de la década de 1970, gran parte de lo que en otro tiempo fue la contracultura migró para formar parte de un sector menos rígidamente reglamentado, vagamente biempensante, de la propia vida burguesa, donde las fuerzas de mercado normalizaron el desdén hacia los tabús tradicionales convirtiéndolos en formas rentables de desublimación represiva¹¹. Esta mutación, de la que Clinton podría servir como un emblema chabacano, catalizó una reacción vehemente en las filas de los creyentes

¹¹ Proceso previsto desde mediados de la década de 1950 por Marcuse, quien acuñó ese término en *Eros and civilization*, Boston, 1959.

menos sofisticados, constituidos como mayoría ya no «silenciosa», sino «moral» –en realidad, otra minoría, la de los evangelistas–, contra la subversión atea de la vida decente. Esos grupos de raigambre conservadora se convirtieron con el tiempo en las tropas de choque de la movilización electoral republicana, empujando a las fuerzas contrarias –la simpatía hacia las minorías sexuales sería su emblema hoy día– al campo demócrata. Ahí reside, según creen muchos, una de las razones de la creciente polarización del sistema político¹².

5

En 2000 George W. Bush se benefició de esta tensión; si bien su campaña fue de tono moderado y su éxito no se debió a un llamamiento abierto al celo religioso; lo que le dio la Casa Blanca fue la captación de votantes nuevos, no una afluencia de los ya comprometidos. En 2004 esto había cambiado: su victoria por tres millones de votos llegó en buena parte de una movilización general de la base evangelista con la que el Partido Republicano ahora podía contar. Pero entre la base del partido y su alto mando seguía existiendo una distancia significativa. Desmintiendo su reputación como un régimen de la derecha radical, la presidencia de Bush fue en general pragmática en el terreno interno, no invirtió, sino que se adaptó a la inflexión de la acumulación neoliberal –y a la legitimación– heredada de Clinton. Frente a las mismas dificultades económicas que sus dos predecesores –al comienzo de su presidencia, una recesión cíclica; durante este, las insoportables presiones del largo declive–, Bush combinó las reducciones fiscales y el keynesianismo militar del primer mandato con el keynesianismo de precios de los activos

¹² Para descartar la idea de que significativos conflictos de valores dividen al electorado en general, aunque no a las minorías de cada lado, véase Morris Fiorina (con Samuel Abrams y Jeremy Pope), *Culture War? The Myth of a Polarized America*, Nueva York, 2005, pp. 15-25 y ss., y (con Samuel Abrams) *Disconnect: The Breakdown of Representation in American Politics*, Norman, Oklahoma, 2009; apoyado por Andrew Gelman, «Economic Divisions and Political Polarization in Red and Blue America», *Pathways*, verano de 2011, pp. 3-6, para quien los conflictos de valores se limitan a la clase media alta y los ricos, sin afectar al resto de la población. Que la polarización se enraíza, por el contrario, en conspicuas divisiones del sentimiento y las convicciones populares es un tema principal de la obra de Alan Abramowitz, *The Disappearing Center: Engaged Citizens, Polarization and American Democracy*, New Haven, 2011, y *The Polarized Public?*, Upper Saddle Valley, Nueva Jersey, 2013. No cabe dudar de que Abramowitz presenta hábilmente su argumento, ofreciendo como prueba más clara la consolidada división de los estados en «azules» (demócratas) y «rojos» (republicanos).

del segundo: el déficit público triplicó en tamaño el de Reagan, y el raudal de hipotecas multiplicó el de Clinton, llevando la deuda hipotecaria hasta los 11 billones de dólares en un momento en el que el PIB del país rondaba los 14 billones. Sus tres reducciones de impuestos superaron el récord de Reagan en tamaño, aunque no en su escoramiento –bastante pronunciado– hacia los más ricos. Se reforzaron las leyes sobre quiebra en favor de los acreedores. Una agresiva iniciativa dirigida a privatizar parte de la Seguridad Social, idea ya anunciada por Clinton, se quedó en nada. Con el apoyo de los dos partidos se recortaron las libertades civiles y los gastos en defensa se duplicaron.

Pero al igual que antes con la administración demócrata, en el ámbito doméstico el neoliberalismo del régimen republicano requería, dado su diseño compensatorio, un suplemento ideológico. Las hipotecas *subprime*, maná para los empaquetadores financieros y los banqueros presentadas como ayuda a los más desfavorecidos, fueron una típica herencia de Clinton. Pero por grande que fuera su peso económico, requerían además una agenda social. Bush se había presentado como un «conservador compasivo» y, una vez en la presidencia, hizo honor a su eslogan electoral: la ley «No child left behind act» aumentó el gasto federal en educación más que cualquier otro gobierno desde la Guerra contra la Pobreza, y la de Modernización y Mejora de la Prescripción de Medicinas –en palabras de un observador demócrata, «una masiva expansión del Estado asistencial– constituyó la mayor ampliación del seguro sanitario Medicare desde tiempos de Johnson. Incluso intentó reformar la ley de inmigración para regularizar la situación de los indocumentados y controlar la explotación en el empleo de los mismos por parte de los patronos; su propuesta fue bloqueada por la oposición en el Congreso, principal, pero no exclusivamente, de su propio partido. A raíz de los megaescándalos asociados a la desregulación financiera –Enron, WorldCom–, la Ley Sarbanes-Oxley instituyó débiles controles sobre el fraude empresarial, en lugar de permitirlo o fomentarlo como habían hecho Rubin y Summers. El balance general no fue, pues, el de una reacción social en toda regla.

En términos macroeconómicos, la dirección quedó en manos de la Reserva Federal, donde Greenspan respaldó la nueva ronda de reducciones de impuestos como estímulo al crecimiento, rebajando repetidamente los tipos de interés para mantener las cotizaciones en bolsa y alentar la generalización de las hipotecas *subprime*. Pero la burbuja financiera creada durante la década de 1990 no podía mantenerse eternamente. En el otoño

de 2008 sonó la llamada a capítulo para Bush y, ante el pánico general por el colapso de Lehman Brothers, la licuefacción del sistema bancario solo se pudo evitar mediante la compra de emergencia por el Tesoro de activos en riesgo de Wall Street por valor de 400.000 millones de dólares. Aquella debacle, herencia de la era de Clinton, aseguró la derrota de McCain pocas semanas después.

6

La victoria demócrata en las urnas fue, no obstante, algo más que un reflejo del crac financiero. Correspondía a un paulatino cambio histórico en la sociología del electorado desde la década de 1990 y que desde hacía tiempo se había predicho que acabaría alterando el equilibrio entre los dos partidos. Los ultraconservadores y ultrapatriotas conquistados por Nixon y Reagan se habían reducido: entre 1980 y 2010 la proporción de blancos sin enseñanza superior disminuyó del 70 al 40 por 100. La proporción del electorado no blanco –negros, mestizos y amarillos– se había duplicado desde la victoria de Clinton en 1992, pasando del 13 al 26 por 100. Desde entonces ningún republicano ha obtenido la mayoría en el segmento de mayor crecimiento, el de los hispanos. Y lo más importante, las mujeres que votan, cuya proporción ya había comenzado a ser mayor que la de los varones en la década de 1980, a partir de la de 1990 no solo lo ha votado mayoritaria e invariablemente por los demócratas, sino que su participación crece desproporcionadamente. En 2008 votaron alrededor de 10 millones más de mujeres que hombres. A esos dividendos demográficos se han ido añadiendo los efectos gradualmente acumulativos de la desregulación cultural, a medida que descendía la tasa de matrimonios y la proporción de creyentes confesos. En la década de 1950, más del 90 por 100 de los votantes estadounidenses menores de treinta años estaban casados; hoy día sólo lo está menos del 30 por 100. Las parejas casadas constituyen ahora solo el 45 por 100 de los hogares, aquellos con niños representan tan solo el 20 por 100. Más de una cuarta parte de la población ya no se considera a sí misma cristiana¹³.

Esa relajación del corsé cultural –compatible, por supuesto, con el conformismo o el beneplácito hacia los mercados– ha ido más lejos en los dos grupos históricamente más afectados por la domesticación de la

¹³ Sobre esas cifras, véanse A. Abramowitz, *Disappearing Center*, cit., p. 129; *The Economist*, 25 de junio de 2011.

contracultura, la juventud y los profesionales ricos, que ahora son depósitos privilegiados de votos demócratas, y ha afectado de forma decisiva al Cinturón del Sol: California, el estado más poblado del país, se hizo mayoritariamente demócrata a mediados de la década de 1990, del mismo modo que el sur se hizo mayoritariamente republicano. El efecto neto de esos cambios ha sido sustituir lo que en otro tiempo se podía entender como política de clase por lo que parece ahora más próximo a la política identitaria como base de la formación de coaliciones y de la movilización electoral. En ese proceso los condicionantes tradicionales relativos a los ingresos han ido perdiendo importancia o convirtiéndose en su opuesto¹⁴. De forma significativa, en 2008 una mayoría de los votantes blancos que vivían con menos de 50.000 dólares al año votaron por McCain, y la mayoría de los que ganaban más de 200.000 dólares al año, por Obama. Cuatro años después, ocho de los diez condados más ricos del país votaron por Obama. En cada una de esas cunas de la plutocracia, el margen de su victoria electoral fue mayor que la media nacional¹⁵.

La crisis financiera, los cambios demográficos, la transformación socio-cultural: en las postrimerías de la presidencia de George W. Bush todo favorecía a los demócratas. El candidato Obama añadía a todo esto su propia carga simbólica. Ganó la candidatura en 2008 porque el Partido Demócrata –en el que, como en el republicano, había imperado hasta entonces la regla heredada de la oligarquía inglesa premoderna de que el primero se lo lleva todo, como parte de un sistema inamovible en el terreno de la acción política pública– tuvo por primera vez representación proporcional en todas las elecciones primarias. Si se hubiera aplicado la regla tradicional del ganador absoluto, la esposa de Clinton, que ganó en siete de las diez mayores circunscripciones estatales, habría obtenido

¹⁴ La defensa más argumentada de la tesis de que sigue existiendo una clara división económica entre los electorados demócrata y republicano, predominando los menos favorecidos en el primero y los más favorecidos en el último, queda expuesta en *Polarized America*, Cambridge, Massachusetts, 2008, de Nolan McCarty, Keith Poole y Howard Rosenthal. Estos argumentan que el «efecto renta» supera todos los demás factores determinantes del comportamiento de los votantes. El libro apareció antes de las dos victorias electorales de Obama y sus afirmaciones corren el riesgo de quedar desfasadas a la luz de sus resultados. En 2012 votaron por Obama «únicamente un tercio de los blancos no titulados [esto es, de clase obrera], el peor resultado desde que Walter Mondale quedó enterrado por la abrumadora victoria de Ronald Reagan en 1984»: Ronald Brownstein, «Why Obama Is Giving Up On Right-Leaning Whites», *The National Journal*, 31 de enero de 2013.

¹⁵ Paul Toscano, «Obama Wins 8 out of 10 Wealthiest Counties in US», CNBC, 7 de noviembre de 2012, basado en datos de la Oficina del Censo sobre los ingresos medios por familia en 2006-2011.

fácilmente la nominación¹⁶. En definitiva, el cambio de reglas dio lugar al candidato perfecto para el momento: no solo más joven, más simpático y más elocuente, sino más atractivo para las minorías de las que dependía la victoria. La imagen, que en la política del espectáculo importa siempre más que la realidad, suele requerir proyección; pero aquí, en la percepción del color, era literal, permitiendo erigir una leyenda edificante (una autobiografía bajo contrato antes incluso de graduarse) en torno a la realidad con desacostumbrada velocidad y facilidad.

Obama, personificación del triunfo nacional sobre los prejuicios de raza, vindicación del sueño americano del éxito posible para todos, devoto pero reconciliador moderado de las divisiones, portador de esperanza para los desatendidos y afligidos, podía servir como asidero para todo tipo de identificaciones populares inspiradoras. Su historial y trayectoria reales, alejados de cualquier gueto –como McCain, es producto de uno de los puestos avanzados en ultramar del imperialismo estadounidense durante el cambio de siglo (Panamá, Hawái); abuela tutelar, primera mujer vicepresidente de un banco del país; educado en una de las mejores escuelas privadas de Estados Unidos (se estima que el valor de Punahou ronda los mil millones de dólares); estudios en Columbia y Harvard–, solo podían ser irrelevantes para estas. Una vez investido con la autoridad del cargo, su atractivo y aplomo han generado un gobernante célebre, en el que el color releva al estilo para proporcionar un Kennedy de una época multicultural y que suscita el mismo tipo de *engouement* en la intelectualidad local que entre sus homólogos en el extranjero. En el conjunto del electorado el color sigue generando división, pero sus vectores se han alterado. En la correlación de fuerzas entre los dos partidos, el racismo, todavía generalizado, aunque ahora en gran medida silente, ha pasado de ser un activo subrepticio a una clara desventaja. Entre los votantes, la perspectiva del primer presidente que solo es blanco a medias suscitaba menos hostilidad que entusiasmo podía despertar la del primero medio negro.

La cuestión del color, decisiva en la victoria de Obama en las urnas, apenas ha afectado a su ejecución como presidente. Bajo su gobierno uno de cada cinco varones negros ha seguido conociendo la cárcel, sin una sola palabra desde la Casa Blanca sobre esa cuestión. Los índices de desempleo y pobreza

¹⁶ California, Texas, Nueva York, Florida, Pensilvania, Ohio y Michigan. Es tal el provincialismo de la ciencia política y del debate en general en Estados Unidos que esos detalles del éxito de Obama apenas han merecido un comentario, por no hablar de una reflexión profunda.

entre los negros no han variado. Las prioridades del Gobierno demócrata se han situado en otros terrenos. Su primera preocupación, era sin duda, como no podía ser de otra manera, la contención de la crisis financiera: los bancos habían sido rescatados por Bush, pero a raíz del crac la economía estaba en caída libre. Para ponerle freno se decidió un estímulo de emergencia de 800.000 millones de dólares –la American Recovery and Reinvestment Act [Ley de Recuperación y Reinversión Americana]–, cuyo componente singular más importante (37 por 100) volvía a ser la reducción de impuestos. Pero esta vez el gasto en infraestructuras, investigación, energía y necesidades sociales constituía casi la mitad del total (45 por 100) en un paquete ensalzado por sus admiradores como un «*New New Deal*»¹⁷. La reforma de la sanidad, en la que Clinton había fracasado, era la siguiente prioridad. Con el respaldo del sector de los seguros y de la Asociación Médica Americana y una mayoría demócrata a prueba de filibusterismo en el Congreso, Obama pudo ahora conseguir que se aprobara la Affordable Care Act [Ley de Protección al Paciente y Cuidados Sanitarios Asequibles] que trataba de hacer universal la cobertura sanitaria, reduciendo lo bastante sus costes como para que se autofinanciara. Para evitar nuevas turbulencias financieras, la Ley Dodd-Frank de Reforma de Wall Street y Protección del Consumidor multiplicó las agencias de supervisión de Wall Street y los deberes de las existentes. Para mantener la vigilancia contra el terrorismo, el Gobierno amplió las grabaciones sin garantías permitidas por la Patriot Act. Para concluir, el presupuesto militar, que llegaba a los 629 millardos de dólares cuando Bush abandonó la presidencia, volvió a aumentar con Obama hasta los 707 millardos en 2012. La deuda pública, de 10,7 billones de dólares en 2008, ha aumentado hasta cerca de 16 billones al final de su primer mandato.

7

Cabe constatar lo poco que han cambiado los parámetros del sistema político con la vuelta de los demócratas a la Casa Blanca cuando se

¹⁷ La alabanza más eufórica de la administración ha sido la publicada por Michael Grunwald, *The New New Deal*, Nueva York, 2012, según la cual el estímulo fue más de un «50 por 100 mayor que durante todo el *New Deal*, el doble que la compra de Luisiana y el Plan Marshall juntos», «la mayor y más transformadora ley de energía en toda la historia de Estados Unidos», «la mayor y más transformadora ley de reforma de la educación desde la Gran Sociedad», «la mayor incursión en la política industrial desde Franklin Delano Roosevelt», «la mayor reducción de impuestos a la clase media desde Ronald Reagan», «la mayor inversión en investigación de la historia», etcétera, todo esto a cargo de un autor capaz de decir que «nada en la vida excepto la paternidad merece la hipérbole» (*sic*): pp. 10-11, 448.

observa el grado de continuidad de las agendas de los presidentes Bush y Obama. Ambos gobernantes, como Reagan antes que ellos, asumieron la presidencia en un momento de recesión y respondieron con reducciones de impuestos para avivar la economía. Ambos tomaron débiles medidas para poner freno a los excesos financieros. Ambos ampliaron los cuidados sanitarios para ganar apoyo social. Ambos aumentaron los fondos federales dedicados a la educación. Ambos pretendieron reformar el control de la inmigración. Ambos aumentaron el gasto militar y limitaron las libertades civiles. Ambos hicieron aumentar el déficit. La principal diferencia ha sido el tamaño y dirección de los pagos colaterales que ha realizado cada uno de los dos partidos, con un marco regido por el requerimiento conjunto de la confianza de los empresarios y el apaciguamiento de los votantes, bajo las condiciones de un comportamiento económico en deterioro. Durante el gobierno republicano, el suplemento ideológico que mantenía el régimen se convirtió en un nacionalismo hiperbólico, impulsando las represalias por el 11 de Septiembre y encubriendo los favores fiscales hacia los ricos. En 2008 la duración y resultado de las sucesivas expediciones militares habían agotado esa fórmula, abriendo la vía a una alternativa demócrata algo más cercana al llamamiento original de Bush, que en la jerga local se conocía como «liberalismo compasivo», incluyendo el aumento del gasto público y el alivio de la presión fiscal para los más desfavorecidos.

Esas diferencias políticas fueron suficientes para devolver a Obama a la Casa Blanca en 2012, pero apenas alteran los límites establecidos desde los días de Carter y Reagan. Los dispersos desembolsos de los estímulos federales, a menudo recortados por la contracción fiscal a escala estatal, han dejado fríos a la mayoría de sus receptores. La pieza central de la reforma demócrata, la Affordable Health Care Act, es un plan mucho más ambicioso que la Medicare Prescription bill [Ley de Prescripción de Medicinas] de Bush, pero está concebida según el mismo molde: ampliación de la asistencia social a cambio de un gigantesco regalo a la sanidad privada, esto es, la garantía de un mercado subsidiado por el Estado para las carísimas medicinas de las empresas farmacéuticas, por un lado, y ampliación por decreto de la clientela de las compañías de seguros y sus sobrecargadas facturas, por el otro¹⁸. En teoría, un sistema universal de

¹⁸ En las agradecidas palabras del principal encomio de la Ley, tras las oportunas fotos de la Casa Blanca en la portada, leemos: «En cuanto a los negocios en el vasto sector de cuidados sanitarios de la economía estadounidense, van a disfrutar, en conjunto, de más clientes y oportunidades para el crecimiento y los beneficios [...]. Los inversores

cuidados sanitarios que obliga a todo adulto solvente con menos de 65 años a contratar un seguro privado es, en la práctica y principalmente, una ampliación del Medicaid, pero deja todavía a alrededor de 30 millones de estadounidenses sin seguro¹⁹, y al resto, enredados en un sistema aún más complejo y opaco que el anterior (la Ley correspondiente tiene 900 páginas). A su debido tiempo algunos sectores de la población se beneficiarán de ella, aunque no tanto como los que a partir de ahora se lucrarán de la misma, por eso no cabe sorprenderse de que el entusiasmo por la reforma haya sido tan escaso y las sospechas, tan generalizadas.

En 2012, muy consciente del escaso atractivo popular de la ley de Cuidados Sanitarios Asequibles y de la relativa invisibilidad de los efectos de la Ley de Recuperación y Reinversión, el Gobierno pasó a la ofensiva, con mucho mayor efecto político, contra los favores tan generosamente distribuidos a los ricos por los republicanos. La importancia práctica de ese giro, ideológicamente decisivo para la reelección de Obama en 2012, ha sido limitada: un mero 5 por 100 de aumento en el mayor tipo impositivo sobre los ingresos de los muy ricos, a cambio de un aumento del 2 por 100 en el impuesto sobre la renta del trabajo personal de quienes no lo son y el mantenimiento de las reducciones fiscales de Bush para todos los que ganan menos de 400.000 dólares al año. Al repasar esas medidas, un acérrimo seguidor de Obama se sintió obligado a quejarse de que un presidente «cuya plataforma consiste en la ley de cuidados sanitarios de Mitt Romney, la política medioambiental de Newt Gingrich, las reducciones de impuestos sobre el trabajo financiadas por el déficit de John McCain, los rescates de George W. Bush a los bancos y empresas quebradas y una mezcla de los tipos impositivos de Bush y Clinton» estuviera siendo caricaturizado por los republicanos como una amenaza para el capitalismo²⁰. Los

en el sector sanitario saben cómo atravesar la niebla ideológica y partidaria hasta ver el fondo económico fundamental»: Lawrence Jacobs y Theda Skocpol, *Health Care Reform and American Politics: What Everyone Needs to Know*, Nueva York, 2010, p. 135; el día que se aprobó la ley, Wall Street alcanzó su máximo en 18 meses. La principal arquitecta de la ley, Elizabeth Maurer –quien trabajaba bajo el mando del principal receptor senatorial de dinero del sector sanitario, Max Baucus– fue vicepresidenta de relaciones públicas de WellPoint, la mayor compañía de seguros estadounidense. Obama la nombró a continuación para redactar la ley. Dos años después, volvió a su hábitat natural como alta ejecutiva del gigante farmacéutico Johnson&Johnson. Un incisivo resumen del fondo político y social de la ley se puede leer en Edward Luce, *Time to Start Thinking*, Nueva York, 2012, pp. 228-231; y para una crítica profunda y aún más devastadora, véase Roger Hodge, *The Mendacity of Hope*, Nueva York, 2010, pp. 129-149.

¹⁹ En cuanto al número de los que seguirán sin seguro, véanse las estimaciones de la Oficina Presupuestaria del Congreso, citadas en «Court's Ruling May Blunt Reach of the Health Law», *The New York Times*, 24 de julio de 2012.

²⁰ Ezra Klein, «Block Obama!», *The New York Review of Books*, 27 de septiembre de 2012.

intentos de los más entusiastas de presentar los logros del Gobierno como un segundo *New Deal* se equivocan de paradigma; su lustre igualitario se parece más a las vacuidades gimnásticas de la Nueva Frontera de Kennedy.

8

Los estímulos de Obama sirvieron para impedir que la economía estadounidense cayera en picado en 2010: según las estimaciones convencionales, salvó alrededor de tres millones de puestos de trabajo y el 6 por 100 del PIB, un poco menos que el impacto combinado del Programa de Alivio de Activos con Problemas (TARP) de Bush y la relajación monetaria de la Reserva Federal²¹. Pero el crecimiento siguió siendo anémico –solo un 2 por 100 durante todo el primer mandato de Obama– y el desempleo se mantuvo alto: oficialmente se calcula en alrededor de 12 millones de personas, un 8 por 100 de la mano de obra²². Pero dado que el crac financiero de 2008 fue una conmoción mayor que la sufrida por cualquier otro país capitalista importante, la respuesta resultó eficaz a corto plazo. Los principales países europeos, con menos riesgos, salieron peor parados: durante el mismo periodo de crisis, el crecimiento en Alemania alcanzó una media del 0,7 por 100; en Francia el 0,075 por 100; en Gran Bretaña menos del 0,2 por 100 y en Italia menos del 1,45 por 100. El comportamiento económico ha seguido la pauta de la política: austeridad fiscal para equilibrar los presupuestos en Europa, abundancia presupuestaria para contrarrestar la recesión en Estados Unidos. La clave de la supervivencia política de Obama ha sido, no obstante, el privilegio del señoreaje estadounidense: la capacidad de Estados Unidos, y solo suya, de incurrir en el déficit que le plazca sin gran riesgo de ahuyentar a los tenedores extranjeros de bonos. Aunque su desequilibrio comercial se sigue ampliando continuamente y su deuda pública aumenta, Estados Unidos sigue siendo la fortaleza central de la economía capitalista mundial y, en una época de incertidumbre general, el puerto más seguro para los propietarios de todas partes. Por improvisadas que fueran las medidas

²¹ Alan Blinder y Mark Zandi, «How the Great Recession Was Brought to an End», 27 de julio de 2010, p. 7; disponible en el sitio web de Moody's Analytics.

²² La auténtica cifra, que incluye los trabajadores marginados que ya ni siquiera buscan empleo, está probablemente por encima de los 14 millones; véase Mort Zuckerman, «How We Can End Our Modern-Day Depression», *US News and World Report*, 1 de febrero de 2013. Entre 2000 y 2011 la tasa de ocupación disminuyó del 64 al 58 por 100 de la población: E. Luce, *Time to Start Thinking*, cit., p. 92.

del Gobierno demócrata, sirvieron al menos para evitar el agujero en el que amenazaba hundirse la economía estadounidense.

Las tendencias económicas a largo plazo son otra cuestión. En su campaña por la reelección, Obama denunció la abismal distancia entre los superricos y la «clase media» –eufemismo que se aplica allí al resto de la población, ya que la sociedad estadounidense no contiene, por definición, clases bajas–, prometió arreglar los problemas simplemente con impuestos más justos. La retórica y la realidad tienen pocas conexiones. Con Obama la desigualdad ha seguido aumentando. Un año después del Programa de Alivio de Activos con Problemas, cuando uno de cada seis estadounidenses estaba sin empleo y los sindicatos habían perdido la décima parte de sus afiliados, el famoso 1 por 100 de los más ricos en lo alto de la pirámide de ingresos se quedó con el 93 por 100 de todas las ganancias y Wall Street distribuyó entre sus ejecutivos la segunda mayor cantidad de primas de la historia, 140.000 millones de dólares. En 2011, al tiempo que 45 millones de estadounidenses tenían que recurrir a las cartillas de alimentos y el salario medio caía el 2,7 por 100, los beneficios empresariales fueron un 50 por 100 mayores que en el momento del crack y el índice Gini registró su mayor salto en un solo año desde 2003²³. El gran capital ha salido muy bien librado de la Gran Recesión, y cuanto más grande fuera el capital, mejor. Al concluir el primer mandato de Obama, los diez mayores bancos controlaban alrededor del 50 por 100 de todos los activos y los dos mayores –Bank of America y JP Morgan– contaban cada uno de ellos con más de 2 billones de dólares.

Hasta ahora ha habido pocas protestas populares. El único intento de organizarlas, el movimiento Occupy, no consiguió encender un gran movimiento de masas. Aun cuando sus reivindicaciones cabían –con gran facilidad– en la plataforma presidencial, solo tuvieron un seguimiento limitado. Una campaña que ponía de relieve la arrogancia y egoísmo de los ricos, personificados por su multimillonario adversario, mantuvo a Obama en la presidencia, pero no galvanizó ningún entusiasmo popular. La participación en las elecciones fue menor que en 2008; Obama perdió alrededor de 4 millones de votantes y su adversario

²³ Jeff Madrick, *Age of Greed*, cit., p. 397; Daniel Gross, *Better, Stronger, Faster*, Nueva York, 2012, p. 52; Timothy Noah, «The Equality Inaugural», *The New Republic*, 21 de enero de 2013. Los ingresos medios cayeron más durante la «recuperación» de 2009-2011 que durante la «recesión» de 2007-2009: E. Luce, *Time to Start Thinking*, cit., p. 272.

ganó medio millón. Como sus predecesores, el presidente volvió a la Casa Blanca con el consentimiento de alrededor de una cuarta parte de la población adulta. El estado de ánimo predominante, sin gran indignación ni fervor, sigue siendo un quietismo despolitizado.

9

Es precisamente ese persistente ambiente de apatía de masas lo que concede a las minorías activas cierto poder en el sistema político, más allá de su número. La polarización de perspectivas que se suele suponer como su mayor desgracia es en realidad su gran oportunidad. En el vacío que deja la mayoría —una ciudadanía desorganizada y pasiva dispersa en un vasto continente— las pasiones de los pocos que disponen de la voluntad y de los medios para movilizarse cobran una peculiar intensidad, poco afectada por la abulia circundante. Pero como se suele señalar, esa polarización ha sido asimétrica. Por el lado demócrata, el celo ha permanecido poco más o menos allí donde estaba desde el final de la era del *New Deal*: un centrismo ahora animado por un mayor desdén hacia sus oponentes, aunque menos radicalizado en lo que se refiere a las posiciones sustantivas, a excepción de las cuestiones culturales. En el lado republicano, por el contrario, se ha dado una notable radicalización en el marco de un desplazamiento hacia la derecha que ha suscitado una abundante literatura²⁴. ¿Cómo se explica esa asimetría?

²⁴ Típicamente acompañada por nostálgicas esperanzas de un regreso a la tradicional moderación estadounidense, a menudo con argumentos acerca de que la creciente desigualdad social ha sido un factor determinante clave de la polarización política. Así A. Hacker y P. Pierson —tras documentar detalladamente la corrupción del sistema político y sus consecuencias, y decidir a continuación, que aunque solo «mordisquea sus bordes», el mandato de Obama ha sido después de todo «genuinamente impresionante»— concluyen que, sin embargo, «los guardianes de la moderación necesitan ayuda», para que pueda prevalecer «un capitalismo vibrante y dinámico»: *Winner-Take-All Politics*, cit., pp. 301-302, 304. Por otro lado, N. McCarty, K. Poole y H. Rosenthal, tras exhibir la gran correlación que se puede detectar entre el aumento de la desigualdad y el de la polarización, expresan el deseo de que «vuelvan los Sam Rayburn, John Heinze, Dan Rostenkowski, Sam Nunn y demás, y traigan alguna sensatez a nuestra política. Como ciudadanos, esperamos que vuelva la moderación antes de que se produzcan serias grietas en nuestras instituciones»: *Polarized America*, cit., p. 203. Lo cierto es que Rostenkowski fue encarcelado por corrupción y luego indultado por Clinton, junto con el desenfrenado financiero Marc Rich y otros, en su memorable último día en la presidencia. Uno de los autores mencionados ocupó en otro tiempo la cátedra Kenneth Lay de Ciencia Política en la Universidad de Houston.

No es nada nuevo. La estructura del universo ideológico capitalista –un firmamento mental en el que todas las fuerzas del espectro político consideran verdades incuestionables la santidad de la propiedad privada y la superioridad de la empresa privada– es tal que, en todo momento, tenderá a ofrecer más elasticidad hacia la derecha de su centro de gravedad que hacia la izquierda, ya que el sistema de creencias básico concede mayor articulación y atractivo a las formas puras que a las diluidas. Las cosas no eran así durante la situación de emergencia –Gran Depresión y guerra– de las décadas de 1930 y 1940, cuando el papel del Estado en el sostén del mercado y la defensa de la nación eran demasiado evidentes como para ser negadas en general. Pero tan pronto volvió la paz, se desató una reacción cuya primera señal fue la Ley Taft-Hartley.

Desde entonces cuatro rasgos característicos han llegado con el tiempo a marcar la cultura política de la infantería republicana y a alejarla de cualquier partido conservador europeo. El primero y fundamental es cierta hostilidad hacia el Estado, arraigada en las tradiciones de la frontera y reforzada en el credo estadounidense, algo prácticamente desconocido en otros lugares. El segundo ha sido el desarrollo de un nacionalismo peculiar de Estados Unidos en tanto superpotencia capitalista en su lucha contra el comunismo, intrínsecamente más hiperbólico que en cualquier otra sociedad occidental. El tercero reside en la conquista republicana del sur, donde se mantiene tenazmente el racismo del Nuevo Mundo que tuvo su origen en una sociedad esclavista colonial sin equivalente en el Viejo y que se ha convertido en un activo no declarado en la cartera afectiva del partido. El cuarto comprende las nuevas marcas del mercado tradicional del fanatismo religioso, incorporadas a la causa republicana a medida que la secularización comenzaba a invadir los electorados demócratas. No fueron capas simultáneas, sino sucesivas, en el palimpsesto de la base republicana. Dos de las cuatro –raza y religión– fueron herencias tardías del bloque demócrata, originalmente vinculado al Cinturón Bíblico y a las leyes segregacionistas de Jim Crow; los derechos civiles fueron aprobados en el Congreso gracias al voto de los republicanos del Medio Oeste liderados por McCulloch (Ohio) y Dirksen (Illinois) y los fontaneros de Nixon no le habrían dado ni la hora a un pastor con alzacuellos. Incluso el tercero, el nacionalismo expansionista, fue solo una pasión intermitente: los incondicionales de la generación de Taft eran aislacionistas, no imperialistas. Pero a su debido tiempo la Guerra Fría trajo el imperio, Johnson les cedió la raza y el telepredicador Jerry Falwell, cofundador de la Mayoría Moral, metió a Dios en el partido.

Ese cóctel iba a embriagar a la base republicana. Su alto mando, sólidamente anclado en los grandes negocios desde la Reconstrucción, permaneció más sobrio. En una pauta iniciada en la década de 1950, los estallidos de extravagancia desde abajo fueron contrarrestados por los más realistas desde arriba, chocando una oleada tras otra contra la *raison de parti* en la competencia electoral. Joe McCarthy fue censurado formalmente por el Comité Watkins; la John Birch Society y su fundador Robert w. Welch fueron marginados por *The National Review* de w. F. Buckley; Goldwater fue aplastado en las urnas; hasta Reagan acabó desilusionando a los puristas; Gingrich se desinfló; Robertson implosionó. Es poco probable que el último de esos avatares, el Tea Party, vaya a perdurar²⁵. Incluso en un año en el que los comentaristas percibían de forma casi unánime al Partido Republicano hundido en una demencia extremista colectiva, nunca antes contemplada, ninguno de sus alborotadores estuvo cerca de obtener la nominación presidencial, que acabó en una fácil victoria para el candidato más convencional del *establishment*. Su delegación para el Congreso –en palabras de una autoridad, a «años luz» de la derecha del partido en 2000-2004²⁶– eligió unánimemente como presidente de la Cámara de Representantes a John Boehner, líder desde 2007 del grupo republicano y arquetipo del político moderado de la vieja escuela del medio oeste.

Esto no quiere decir que no haya cambiado nada desde la década de 1990. El mayor peso del sur en el bloque republicano y la pérdida de la costa oeste han endurecido y afilado el conservadurismo estadounidense. Las cartas de la raza y la religión se han convertido en un caso perdido; el imperio ha pasado a manos de su oponente. El antiestatismo sigue siendo una de sus bazas; el propio Tea Party marca un desplazamiento

²⁵ Sobre la continuidad en la política de la derecha popular en Estados Unidos, véanse los ensayos escritos aproximadamente entre 1955 y 1965 por Richard Hofstadter. «La derecha moderna, como la llama Daniel Bell, se siente desposeída: les han quitado Estados Unidos, a ellos y a sus afines, aunque están decididos a recuperarlos». Conviene observar que «todo el movimiento de derechas» no solo estaba influido por predicadores fundamentalistas, sino «empapado entre las masas por el estilo de pensamiento fundamentalista», Hofstadter recordaba a sus lectores, evocando lo apasionadamente que habían defendido los protestantes rurales y de las pequeñas ciudades de la década de 1920 los valores culturales que resurgían en el periodo de Goldwater, cuando –*plus ça change*– «la mayor dificultad que afrontaba la derecha como fuerza dentro del Partido Republicano es su incapacidad para impulsar y sostener líderes nacionales». El Tea Party es menos radical que muchos de sus seguidores, para quienes la nominación de Eisenhower significó «ocho años más de socialismo» y Dulles era un «agente comunista»: *The Paranoid Style in American Politics* [1952], Cambridge (MA), 1996, pp. 23, 73, 78-79, 45, 28.

²⁶ Theda Skocpol, *Obama and America's Political Future*, Cambridge (MA), 2012, p. 47.

del fanatismo moral al fiscal²⁷. En Estados Unidos, donde hay más propietarios de pequeños negocios que sindicalistas, eso encuentra una base social en el estrato de pequeños patronos que pueblan el Tea Party y que constituyen el 40 por 100 de la nueva promoción republicana en la Cámara de Representantes. Pero los impuestos han perdido su preeminencia como bandera de enganche, y ahora funcionan más como santo y seña de defensa que de ataque. El partido, desalentado por la derrota de 2012, pero insuficientemente trastornado por un resultado nacional que estadísticamente resulta todavía bastante ceñido, parece haber perdido el rumbo, pero es probable que la carrera pese más que la convicción a medida que se despliega la realidad electoral. El oportunismo no es monopolio de los demócratas. En el pasado, las conversiones a tiempo han hecho de más de un antiguo republicano moderado un conservador intransigente²⁸, y cabe esperar virajes en la dirección opuesta entre los ultras de hoy día.

IO

Entretanto, los demócratas tienen todas las bazas. Las proyecciones demográficas les favorecen, al hacerse cada vez mayor en el electorado la proporción de la generación Y, (esto es aquellos nacidos entre 1980 y 2000), y de los hispanos, mientras que la de los blancos declina²⁹. La ventaja ideológica se ha desplazado también en su dirección y probablemente aumentará, en la medida en que la raza y la religión se convierten

²⁷ Las encuestas informan de que «aproximadamente la mitad de los seguidores del Tea Party dicen que no han oído hablar de la derecha religiosa ni tienen opiniones muy firmes sobre ella, y alrededor de uno de cada diez expresan un gran desacuerdo con el conservadurismo religioso»: Theda Skocpol y Vanessa Williamson, *The Tea Party and the Remaking of Republican Conservatism*, Nueva York, 2012, cit., p. 36.

²⁸ Cheney criticó en su momento la represión de las protestas en los campus, pidiendo «mayor comprensión y moderación al responder a las preocupaciones y desórdenes estudiantiles»; Rumsfeld fue un joven moderado en rebeldía contra sus mayores reaccionarios; Gingrich, un seguidor de Nelson Rockefeller; Mitch McConnell se burlaba del Gobierno de Nixon considerándolo «en su peor aspecto, completamente reaccionario y en el mejor, totalmente indeciso»: Geoffrey Kabaservice, *Rule and Ruin*, Nueva York, 2012, pp. 267, 132, 242, 320.

²⁹ Para un brillante análisis de esas tendencias y de las tensiones concomitantes dentro del bloque republicano, véase Mike Davis, «The Last White Election», *NLR* 79, enero-febrero de 2013, pp. 5-52. Este también ofrece el informe más expresivo de la consolidación del poder republicano a nivel estatal en sus bastiones del Sur y el Medio Oeste y de su importancia en el «extraño y complejo planetario» del sistema político estadounidense en general, donde a escala federal, el Tribunal Supremo circula en otra órbita generalmente conservadora: pp. 12, 46-47 y ss. [ed. «Las últimas elecciones blancas», *NLR* 79, marzo-abril de 2013]

en lastres, más que en ventajas en la construcción de una mayoría electoral; además, el país ya no parece correr tantos peligros en el exterior. Tras la inesperada victoria de Bush en 2000, la Guerra contra el Terror ofreció el suplemento de un nacionalismo hiperbólico para la consolidación republicana en el poder en 2004; pero al desinflarse la batalla contra el terrorismo, como antes contra el comunismo, la administración del imperio ya no requiere un ambiente de *emergencia* nacional. Del mismo modo que en la década de 1990, el bastón de mando estratégico pudo pasar sin ningún incidente a Clinton, reajustando socialmente la fórmula para el dominio neoliberal, hoy día Obama puede dar un giro cultural sin temor a ser vencido en una puja de seguridad imperial, dejando la versión republicana reducida al tema menor de la impuestofobia.

En la ampliación de la brecha entre estas dos tendencias, se ve el predominio demócrata en los principales medios de comunicación. Pese a todos sus intentos y esfuerzos, los altavoces republicanos en las tertulias radiofónicas y televisivas ahora solo hablan para los convencidos. La formación de opinión allí donde importa, entre los acomodados y los más instruidos, así como entre el sector independiente del electorado, es territorio de los medios de prensa dominantes. Allí, los regímenes unipartidistas en los estados de tradición republicana tienen ahora una contrapartida demócrata. En la capital solo algo menos del 90 por 100 de los jefes de redacción votaron por Clinton en 1996³⁰. Los departamentos universitarios son solo un poco menos monolíticos, cerca del 80 por 100 de su personal votó por Kerry en 2004³¹. En 2012 los principales periódicos de todas las ciudades importantes fuera del sur –Nueva York, Los Ángeles, Chicago, Filadelfia, Denver, Boston, Washington– respaldaron a Obama. Con un presidente que sintoniza por fin con su sensibilidad, la prensa y las instituciones académicas tienen motivos para sentirse complacidas.

La demografía y la ideología no son los únicos terrenos en los que el equilibrio de fuerzas ha cambiado. A mediados de la década de 1970, antes del establecimiento del nuevo régimen de acumulación, los costes de campaña de un desafío exitoso a un miembro del Congreso por parte de su contrincante rondaban los 100.000 dólares; en 2002 eran de un millón y medio de dólares. El gasto total en las contiendas presidenciales aumentó de forma más gradual, desde alrededor de 300 millones de

³⁰ Thomas Edsall, *Building Red America*, Nueva York, 2006, p. 101.

³¹ Neil Gross y Solon Simmons, «The Social and Political Views of American Professors», documento de trabajo, septiembre de 2007, p. 36.

dólares durante las décadas de 1980 y 1990 a 400 millones en 2000, antes de saltar hasta los 850 millones en 2004, cuando Bush y Kerry sobrepasaron los 400 millones cada uno. Cuatro años después, Obama superó todos los límites de la financiación privada para acumular un total de más de 800 millones de dólares, aplastando a McCain en la mayor victoria financiera de la historia electoral estadounidense: una proporción de 68 a 32 por 100, muy por encima de su mayoría en las urnas y que abría la vía para nuevos excesos en ese terreno. Una vez en la presidencia, Obama no perdió ni un minuto en establecer un nuevo récord en la búsqueda de dinero en efectivo. Al cabo de cinco meses de su toma de posesión, ya estaba pidiendo donaciones. A mediados de 2011, cuando todavía faltaba un año para las elecciones, había recaudado más fondos que Carter, Reagan, el primer Bush y Clinton juntos, y estaba a punto de sobrepasar a sus cinco inmediatos predecesores combinados –incluido el segundo Bush– en sus provisiones para la reelección³². En la campaña de 2012 Obama duplicó de nuevo su hazaña, esta vez equilibrada por Romney, reuniendo entre ambos candidatos 3.200 millones de dólares a su nombre, que junto con sus respectivas organizaciones suponían un total de 7.000 millones de dólares³³.

En ese diluvio de dinero, los demócratas tienen ahora la primacía. En 2004, el Comité Nacional Demócrata ya recaudó más que los republicanos. A los grifos tradicionales –la industria del entretenimiento, bufetes de abogados, sindicatos, Silicon Valley– el partido ha añadido no solo un caudal de dinero en efectivo muy superior al de sus oponentes, procedente de sus leales en la red, sino también un verdadero raudal de fondos de los sectores sanitario, inmobiliario y bancario. Los lazos con el sector financiero, anudados durante la década de 1990, no han hecho más que estrecharse desde entonces. En 2007-2008, el Comité para la Campaña Demócrata al Senado recibió cuatro veces más dinero de Wall Street que sus adversarios republicanos³⁴. El desplazamiento en la lealtad empresarial es en parte un simple reconocimiento de qué partido está en

³² Brendan Doherty, *The Rise of the President's Permanent Campaign*, Lawrence (KA), 2012, pp. 82-83, 149, 167.

³³ Federal Election Commission, 31 de enero de 2013.

³⁴ Entre 1999 y 2006, los cinco senadores que recibieron más dinero de las firmas financieras eran todos ellos demócratas; fueron por este orden: Schumer, Kerry, Lieberman, Clinton y Dodd: *Winner-Take-All Politics*, cit., pp. 226-227. En 2002, cuando el mayor receptor de la Cámara de Representantes fue Rahm Emmanuel, dos tercios de la lista de los mayores donantes a la campaña confiaron su dinero al «partido del hombre corriente», como le gustaba decir a Truman: «quizá sorprendentemente» es el cándido comentario de McCarty, Poole y Rosenthal en *Polarized America*, p. 140; en su esquema de ideas, sería más preciso decir «incomprensiblemente».

alza y en posición de devolver más favores; pero también refleja cálculos racionales sobre cuál es el mejor estabilizador del capitalismo en un periodo de turbulencia, cuando la economía necesita mayores estímulos y la sociedad una retórica de diversidad e inclusión³⁵. El Partido Demócrata, por su parte, está utilizando su nueva riqueza para construir un aparato de partido a escala nacional más poderoso que nunca, en la perspectiva de ir más allá de sus propios confines convirtiendo las reservas de la campaña de Obama en una organización «no lucrativa» para mantener a sus seguidores en activo durante el mandato. Sus planificadores miran hacia el futuro confiando en una era de dominio político prolongado.

II

Por sí solas, las dos victorias sucesivas de Obama no constituyen un gran viraje en el sistema político. Ni su escala ni su marco se pueden comparar, en tanto hitos históricos, con las de Roosevelt o Reagan. Roosevelt obtuvo 42 estados con el 57,4 por 100 de los votos en 1932, y 46 estados con el 60,8 por 100 en 1936; Reagan ganó en 44 estados con el 50,8 por 100 de los votantes en 1980 (pero con un tercer candidato independiente, de modo que su ventaja sobre Carter, fue de cerca de 10 puntos) y en 49 estados con el 58,8 por 100 en 1984. Obama, en cambio, ganó en 28 estados con el 52,9 por 100 de los votantes en 2008 y en 26 estados con el 51,1 por 100 en 2012. Los márgenes de su victoria no solo fueron menores, sino que disminuyeron después de su primer mandato, mientras que los de Roosevelt y Reagan aumentaron. Eso no impide una eventual consolidación dinástica con Hillary Clinton: las pautas del cambio en el sistema se pueden alterar. La diferencia más importante reside en el contexto estructural de la presidencia de Obama. Roosevelt y Reagan llegaron a la presidencia cuando el anterior régimen de acumulación se había agotado y los alineamientos del nuevo estaban a la vista. En la década de 1930 no había escasez de ideas en el «Trust de Cerebros» o fuera de él –Escuela de Estocolmo, Keynes, Schacht– acerca de cómo superar la depresión, aunque llevó algún tiempo hasta que el *New Deal* hizo uso de ellas. En la década de 1980, el contraataque neoliberal –los austriacos, la Escuela de Chicago, Lucas– llevaban mucho tiempo preparando todo un arsenal

³⁵ En la ingeniosa formulación de Hodge, «la política, podríamos decir, es la prolongación de los negocios por otros medios»: J. Hacker y P. Person, *Mendacity of Hope*, cit., p. 8. En 2008 Goldman Sachs concedió tres cuartas partes de su financiación a los demócratas, dejando atrás por muy poco a Citigroup: p. 46.

de prescripciones para afrontar y vencer la estancación. Hoy día el régimen de acumulación en funcionamiento ha caído en la confusión, pero objetivamente no está todavía en una crisis aguda; y subjetivamente, el panorama está yermo de ideas que puedan alumbrar otro distinto. Es ese subyacente *impasse* el que ha dado lugar a una escena política que a la vez se haya íntima y profundamente dividida³⁶.

En Estados Unidos las dificultades inmediatas se han afrontado con débiles remedios keynesianos: gasto público por encima de los ingresos, expansión cuantitativa; en Europa, a falta de la prerrogativa imperial de imprimir dinero, con recetas semiaustriacas. Ni uno, ni otra, ofrecen una respuesta al prolongado estancamiento de las economías capitalistas avanzadas iniciado hace cuarenta años, mientras se mantiene la huida hacia delante con formas siempre nuevas de creación de deuda para evitar el peligro de una conmoción traumática³⁷. El régimen de acumulación vigente ha enriquecido enormemente a unos pocos, pero no ha conseguido restaurar el dinamismo del mundo atlántico ni de su prolongación japonesa, y al tiempo ha precarizado el sistema haciéndolo

³⁶ Sobre la novedad de esta configuración, véase el magistral estudio de Ronald Brownstein, *The Second Civil War*, Nueva York, 2007, pp. 17-19 y ss., *passim*. Brownstein indica que los republicanos dominaron fácilmente la escena hasta la Depresión y los demócratas durante la marea alta del *New Deal*. Después, desde finales de la década de 1930 hasta mediados de la de 1960, el sistema político estuvo íntimo pero no profundamente dividido; demócratas y republicanos solían cruzar la frontera entre los partidos en una época de negociación entre ambos. Desde entonces, el panorama ha estado profunda e íntimamente dividido en dos campos de fuerza similar. La observación es interesante, pero su periodización se ve debilitada por una tendencia a eludir las políticas de partido y las preferencias electorales, lo que hace a Brownstein fechar los comienzos de la tercera era en la presidencia de Reagan, aduciendo que despertó las pasiones ideológicas que intensificaron el conflicto entre ambos partidos. El país, no obstante, no estaba íntimamente dividido durante la presidencia de Reagan, quien obtuvo enormes mayorías en los colegios electorales de todo el país. Solo durante las tres últimas presidencias se ha creado esa división a la vez íntima y profunda. La novedad de ese acontecimiento, subrayado por Brownstein, queda, sin embargo, sin explicación en su estudio. En general, es llamativo lo ciegas que son la ciencia política o la sociología estadounidenses más sofisticadas con respecto a la historia económica que subyace bajo los virajes en el sistema político. Para un último y reciente ejemplo, véanse las discusiones entre Theda Skocpol, Larry Bartels, Mickey Edwards y Suzanne Mettler en *Obama and America's Political Future*, cit., todos los cuales proceden como si su tema se pudiera discutir sin echar ni siquiera una mirada a las vicisitudes del capitalismo estadounidense.

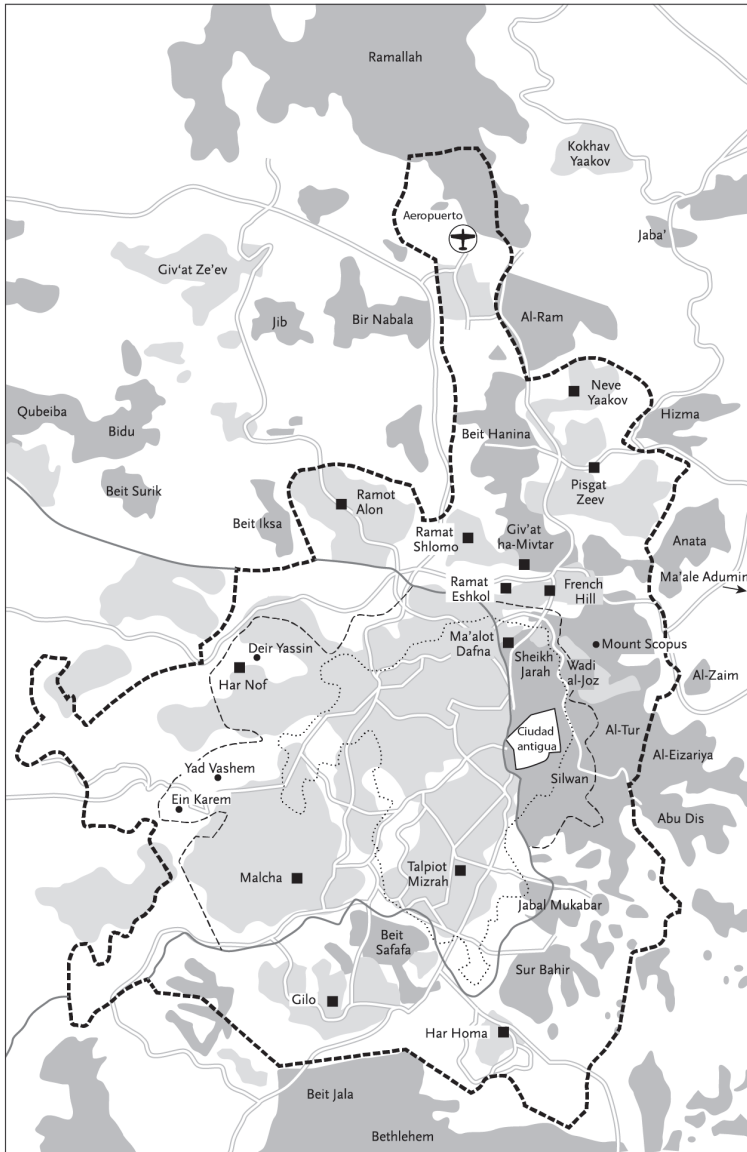
³⁷ El análisis más lúcido de la lógica política imperante en las sucesivas fases de este proceso es el ofrecido por Wolfgang Streeck en «The Crises of Democratic Capitalism», *NLR* 71, septiembre-octubre de 2011, pp. 5-29 [En cast.: «La crisis del capitalismo democrático», *NLR* 71, noviembre-diciembre de 2011, pp. 5-26].

más vulnerable que cuando nació. En su momento de triunfo político, el Gobierno de Obama afronta presiones económicas que ofrecen escaso margen para las reformas sociales de Roosevelt o para los donativos fiscales de Reagan: déficit amenazante, inflación de subsidios, crecimiento a trompicones. Los sustitutos culturales ofrecen solo una salida temporal: cambios que no cuestan apenas nada, como la legalización de los inmigrantes indocumentados, control de armas, matrimonio para todos. No parece que con ellos se pueda llegar muy lejos.

Desde el surgimiento de un nuevo régimen de acumulación en la década de 1980, los sistemas políticos del mundo atlántico han conocido dos tipos de dominio: una fórmula orgánica para el gobierno neoliberal y una clara victoria electoral, que pueden coincidir o divergir. La expresión más coherente y eficaz de una ideología y una victoria decisiva en las urnas no son siempre la misma cosa. En Gran Bretaña, que estuvo a la cabeza del viraje, Margaret Thatcher consiguió una hegemonía aplastante sin ganar siquiera la mayoría absoluta del electorado; los conservadores nunca alcanzaron en aquella época más del 44 por 100 de los votos. En Estados Unidos, donde el terreno era más favorable, Reagan combinó una fórmula orgánica para el viraje con grandes mayorías. Durante la década de 1990, los regímenes de la Tercera Vía de Clinton y Blair ofrecieron variantes del legado de sus predecesores, pretendiendo a la vez afianzarlo y anestesiar su impacto. Siendo formaciones más endebles, la primera quedó truncada antes de caer bajo las represalias que finalmente desmantelaron a la segunda por los costes económicos de su mandato. Las suyas fueron «hegemonías livianas»³⁸. Hoy día, victorias electorales muy parecidas a aquellas son corrientes en Europa, con todavía menos perspectivas de consolidación tras ellas, como tantas otras reacciones refleja a la crisis sin auténtica convicción de poder salir de ella. En Estados Unidos los derechos de regalía del dólar han mitigado los efectos del crac, pero persiste el estancamiento a escala sistémica del régimen de acumulación, políticamente sobredeterminado por la *Kulturkampf* [lucha cultural] local de idiosincrasias y costumbres. El resultado es el equilibrio descompensado entre las fuerzas de partido que hoy día deja perplejos y ansiosos a los comentaristas. El orden neoliberal se ha convertido políticamente en una tierra de nadie, en la que no se divisa ninguna fórmula orgánica de gobierno.

³⁸ Susan Watkins, «A Weightless Hegemony: New Labour's Role in the Neo-Liberal Order», *NLR* 25, enero-febrero de 2004, pp. 5-23 [ed. cast.: «Balance de situación del Nuevo Laborismo», *NLR* 25, marzo-abril de 2004, pp. 5-35].

Jerusalén, límites municipales y barrios



0 ————— 2 kilómetros

○ Barrios israelíes

● Barrios palestinos

■ Extrarradios judíos construidos desde 1967

..... Límites de la ciudad bajo el Mandato británico

— Línea verde

- - - Límite de la ciudad, 1948-1967

----- Límite de la ciudad después de 1967

LA NUEVA JERUSALÉN

LAS ENCICLOPEDIAS DE psicología citan un tipo de psicosis religiosa conocida como el síndrome de Jerusalén que puede desencadenarse por una visita a la ciudad. Los síntomas pueden incluir el vociferar cantos litúrgicos, soltar sermones moralistas y una intensificada preocupación por la limpieza y la pureza ritual. Aunque en otras ciudades santas se han registrado reacciones similares, especialmente en Roma y La Meca, Jerusalén tiene el récord de esta psicopatología¹. Sin embargo, desde el punto de vista de cualquier lógica urbana normal, la propia ciudad parece todavía más enloquecida. Sus fronteras se extienden muy lejos de sus núcleos centrales de población, abarcando docenas de pueblos, áridas colinas, huertas y extensiones de desierto, así como suburbios de reciente construcción con escasa relación con la ciudad histórica; por el norte llegan, como un largo dedo, hasta cerca de Ramala para incorporar el viejo aeropuerto de Qalandia, a unos diez kilómetros de las murallas de la Ciudad Vieja, y por el sur sobresalen hasta casi llegar a Belén.

El antiguo vicecalde de Jerusalén, Meron Benvenisti, ha dicho sobre estos límites tan monstruosamente extendidos de la ciudad:

He llegado al punto de que cuando alguien dice «Jerusalén» me muestro muy cínico respecto a la idea. Este es un término que ha quedado totalmente vaciado de contenido. Actualmente no hay ningún concepto geográfico llamado «Jerusalén», y en vez de eso he sugerido utilizar un nuevo término, «Jermudin», que es el territorio que se extiende entre Jericó y Modi'in.

¹ Véase por ejemplo, Mark Popovsky, «Jerusalem Syndrome», en David Leeming, Kathryn Madden y Marlan Stanton (eds.), *Encyclopedia of Psychology and Religion*, vol. II, Nueva York, 2009.

Alguien decidió frotar con óleo santo las colinas que no tienen ninguna conexión con Jerusalén, y actualmente necesitamos enfrentarnos a una región de «Jerusalén» que es ingobernable y que se retiene por la fuerza².

Pero si el paisaje urbano de Jerusalén no tiene una lógica urbana descifrable, ¿cuál ha sido la racionalidad que ha dado forma a su crecimiento? Desde el punto de vista de Benvenisti, «todo empezó con las fronteras municipales posteriores a 1967 y con el conocido principio de máximos kilómetros cuadrados de tierra y mínimo número de árabes»³. Se pueden decir muchas cosas sobre esta hipótesis, pero convendría empezar un poco antes de eso.

Desde los cananeos a los colonos

La historia de la Ciudad Vieja empieza probablemente alrededor del año 1500 a. C., cuando una comunidad cananea conocida como los jebuseos levantó las primeras fortificaciones amuralladas, aprovechándose de un lugar elevado en medio de tierras fértiles, por encima de la llanura costera, y situado en el acuífero de la montaña. Las murallas serían reconstruidas, derribadas y vueltas a construir innumerables veces a lo largo de los siglos, según la ciudad era conquistada por los judíos, con el rey David (1000 a. C. apróx.), seguidos por babilonios (600 a. C. apróx.), persas (536 a. C.), Alejandro Magno (333 a. C.), macabeos (164 a. C.), romanos (63 a. C.), árabes, con Umar Ibn Al-Khattab (637), cruzados (1099), Saladino (1187) y otomanos, con el sultán Selim (1517). En el transcurso de este periplo, se dice, el rey Salomón construyó el primer templo judío de la ciudad, Jesucristo fue crucificado y el profeta Mahoma ascendió a los cielos. Las murallas actuales fueron construidas en la década de 1530, cumpliendo órdenes de Solimán el Magnífico, y abarcaban un kilómetro cuadrado de estrechas calles y callejones. Durante los tres siglos siguientes más o menos, la vida de la ciudad se mantuvo dentro de sus murallas, extendiéndose fuera de ellas solamente en el tramo final del siglo XIX.

Después de que los británicos conquistaran Jerusalén en diciembre de 1917, reemplazando a los otomanos como el poder imperial de la región, la ciudad sufrió un cambio más drástico. El aumento de la emigración judía hizo crecer la proporción de judíos entre la población

² Nir Hasson, «Meron Benvenisti, Why Does Jerusalem Not Exist Anymore?» (en hebreo), *Haaretz*, 29 de mayo de 2011.

³ *Haaretz*, 29 de mayo de 2011.

del Mandato Británico en Palestina desde el 10 al 40 por 100, y llevó las relaciones entre árabes y judíos a su punto más bajo. Jerusalén fue declarada la capital del Mandato en Palestina. La construcción en la «Ciudad Nueva», que se extendía rápidamente fuera de las murallas, avanzó con rapidez: la Universidad Hebrea en el monte Scopus (1925), el hotel Rey David (1929), donde se establecieron los cuarteles generales de la administración y el mando militar británicos; la Casa de las Instituciones Nacionales, que albergaba a la Agencia Judía, al Fondo Nacional Judío y a la Fundación Judía, y los modernos barrios residenciales, como el barrio judío de Rehavya (1923), donde más tarde crecería Benjamín Netanyahu, y el barrio árabe-palestino de Talbiyah (1920), de donde huyó Edward Said con su familia en 1947. Al final del periodo del Mandato, la población de Jerusalén había alcanzado los 160.000 habitantes –alrededor de 100.000 judíos y 60.000 palestinos–, lo que era casi tres veces la población de 1922, y la Ciudad Nueva disfrutaba de una infraestructura moderna de agua, electricidad y carreteras mejoradas. Pero si la importancia administrativa y política de Jerusalén la convirtieron en una locomotora de la construcción urbana en Palestina, también trajo una creciente agitación. Los cálculos oficiales británicos estiman en miles el número de árabes asesinados por las fuerzas de seguridad durante la Gran Rebelión de 1936-1939. En 1946 el Irgún voló el hotel Rey David, matando a 91 personas; en 1948, los militantes palestinos volaron la Casa de las Instituciones, matando a 12 personas.

El Plan de Partición de la ONU de noviembre de 1947 asignó el 60 por 100 del territorio palestino, incluyendo las áreas costeras, a la población minoritaria («el Estado judío»), y el 40 por 100, incluyendo la Galilea occidental, a la población mayoritaria («el Estado árabe»). Jerusalén fue designada un *corpus separatum*, gobernado por un organismo internacional. Sin embargo, el concepto de *corpus separatum* resultó intraducible tanto al hebreo como al árabe. El Alto Comité Árabe se opuso a la idea global de partición de Palestina, mientras que el control de Jerusalén –o, por lo menos, de parte de ella– era una prioridad estratégica para la dirección sionista, que, encabezada por Ben-Gurion, rechazó cualquier forma de internacionalización⁴. Por ello, el plan de la ONU marcó el inicio de la Guerra de 1948 que acabó con la creación del Estado de Israel y la expulsión de más de 700.000 árabes-palestinos, el comienzo de la actual *Nakba* palestina.

⁴ Avi Shlaim, *The Iron Wall: Israel and the Arab World*, Londres, 2000, p. 36.

El objetivo de las fuerzas israelíes en Jerusalén era «establecer los hechos sobre el terreno», anexionándose tierras y pueblos palestinos para crear una continuidad territorial entre los barrios judíos que rodeaban a la ciudad con el fin de crear una capital viable y defendible. Los objetivos señalados incluían Deir Yassin (rebautizado como Giv'at Sha'ul en hebreo), donde la masacre de abril de 1948 precipitó la huida de los palestinos de la ciudad, así como pueblos del norte como Lifta (Mei Nafto'ah), barrios del sur como Katamon (Gonen), Talbiyah (Komemiyut) y Baq'a (Ge'ulim), y pueblos del oeste incluyendo a Beit Mazmil (Kiryat Yovel), Malha (Manhat), Khirbet al-Hamama (actualmente el emplazamiento del Museo del Holocausto Yad Va-Shem) y Ein Karim (Ein Karem). La ocupación militar israelí estableció la base para la delimitación de la Línea Verde entre los territorios administrados por Israel y por Jordania, consagrada en el Acuerdo de Armisticio de 1949. Jerusalén sería dividida, con una barrera de hormigón y alambrada, que separaría la parte mucho más grande de Jerusalén administrada por Israel (26 kilómetros cuadrados) –que incluía pueblos palestinos como Qalunya (rebautizado como Motsa en hebreo) y Sheikh Badr (actualmente, el lugar donde se encuentra el Parlamento israelí)– de la más pequeña controlada por Jordania (6 kilómetros cuadrados), que incluía la Ciudad Vieja con su barrio y lugares sagrados judíos.

El periodo de 1948-1967 asistió al desarrollo de dos ciudades de Jerusalén muy asimétricas a ambos lados de la alambrada. La Jerusalén israelí se convirtió en la capital oficial del país, y los símbolos del Estado –el Parlamento, los edificios de la Administración, el Cementerio Nacional de Mount Herzl, el Museo Nacional, el Santuario del Libro, el Museo del Holocausto de Yad Va-Shem, la Biblioteca Nacional– rápidamente se establecieron allí, impulsando el empleo. Bloques de apartamentos parecidos a cajas brotaron por las laderas de las colinas de Jerusalén, creando nuevos barrios como Kiryat Menahem (1956) y Nayot (1960). El gobierno israelí aprobó una generosa expansión de sus límites municipales hacia el oeste, el norte y el sur, y el territorio de la ciudad había aumentado hasta 38 kilómetros cuadrados en 1963. Mientras tanto, la Jerusalén jordana, aislada del viejo barrio comercial, experimentó un empobrecimiento, una pérdida neta de población y un descenso de su estatus. Las potencias occidentales habían supervisado cínicamente la anexión del «Estado árabe» por la monarquía hachemita de Jordania. El rey hizo todo lo posible por borrar la conciencia nacional palestina y fomentar la «identidad jordana», además de decretar que los libros de

texto oficiales reemplazaran el término «palestinos» por el de «árabes»⁵. La parte oriental de Jerusalén fue reducida a ser la segunda ciudad de Jordania, un lugar santo explotado por el rey por razones políticas, mientras que el poder y el crecimiento económico se trasladaban a Amán⁶. Con Jerusalén dividida por una alambrada de espino, las dos poblaciones vivían dándose la espalda, observándose solamente desde las azoteas. En su poema hebreo *Jerusalén*, el fallecido poeta israelí Yehuda Amichai recogía bien esta división de la urbe:

En una azotea de la Ciudad Vieja
la ropa cuelga con los últimos rayos del atardecer,
la sábana blanca de una mujer que es mi enemiga,
la toalla de un hombre que es mi enemigo,
que secará el sudor de su frente.
En el cielo de la Ciudad Vieja
una cometa.
En el otro extremo de la cuerda,
un niño.
No puedo verle
por el muro.
Hemos levantado muchas banderas,
han levantado muchas banderas.
Para hacernos pensar que están contentos.
Para hacerles pensar que estamos contentos.

«Unificación»

En 1967, la expansión militar tuvo de nuevo un importante papel en la remodelación de la ciudad. Esta vez la lucha estalló, después de un largo periodo de tensión entre Israel y los países árabes vecinos, con un ataque preventivo israelí sobre la fuerza aérea egipcia el 5 de junio de 1967 que provocó que Siria y Jordania se unieran a la guerra. La rápida derrota de los ejércitos árabes la ocupación por las FDI de los Altos del Golán, Cisjordania, la Franja de Gaza y el desierto del Sinaí tuvieron implicaciones y repercusiones geopolíticas sobre los países afectados⁷. Para Israel, cuyo territorio se había cuadruplicado en seis días, la conquista trajo una eufórica sensación de poder combinada con sentimientos mesiánicos

⁵ Véase, por ejemplo, Riad M. Nasser, *Palestinian Identity in Jordan and Israel: The Necessary «Other» in the Making of a Nation*, Nueva York, 2004, pp. 68-70.

⁶ Roger Friedland y Richard D. Hecht, *To Rule Jerusalem*, Berkeley, 2000, pp. 248-249.

⁷ Véase, por ejemplo, Tom Segev, *1967: Israel, the War, and the Year that Transformed the Middle East*, Nueva York, 2007.

sobre la «fortaleza» del país y su «milagrosa» victoria, presentada como evidencia del apoyo del Todopoderoso⁸. Jerusalén fue el escenario ideal para esta «escenificación de poder», y la Ciudad Vieja –de la que antes de la guerra el ministro de Defensa israelí Moshe Dayan había dicho que «de todos modos, ¿quién necesita este Vaticano?»– se convirtió en el periodo posterior en «la roca de nuestra existencia». Las imágenes de la brigada paracaidista llorando ante el Muro Occidental y la voz de su comandante, Mordechai Gur, informando con excitación por la radio del ejército de que «*Har ha-bayit be-yadenu*» –«el Monte del Templo está en nuestras manos»– se convirtieron en sinónimos de la victoria israelí de 1967 y de la nueva situación que se daba ahora.

La primera decisión de planificación urbana se tomó al día siguiente. El nuevo alcalde de Jerusalén, Teddy Kollek, recorrió la Ciudad Vieja con Ben-Gurion. Ambos acordaron que el barrio de Mughrabi, con sus 800 años de historia, debía ser demolido para crear una plaza ceremonial nacional frente al Muro de las Lamentaciones. Cientos de habitantes musulmanes fueron expulsados y sus casas destruidas. La plaza de la Muralla Occidental se convirtió en una realidad casi de la noche a la mañana, y la bandera israelí plantada en el lugar donde se habían levantado las casas simbolizaba el triángulo entre el Estado, la religión y el olvido colectivo del Israel posterior a 1967. Y aunque el futuro del resto de los Territorios Ocupados seguía siendo una cuestión a debatir –¿debían ser anexionados a Israel, permanecer bajo ocupación militar o negociados a cambio de la paz?–, no había ninguna duda sobre lo que había que hacer con Jerusalén Este: tenía que ser «unificado» con Jerusalén Oeste, por lo menos de acuerdo con la ley israelí, y convertirse en parte integral del Estado de Israel. Un comité nombrado por Dayan, que incluía a tres generales de las FDI –Chaim Herzog, Rehavam Ze’evi y Shlomo Lahat–, presentó un nuevo mapa de Jerusalén el 27 de junio de 1967.

No sorprende, habida cuenta de la naturaleza del comité, que las fronteras que dibujaron fueran una irracional mezcla de requerimientos militares y deseo de expansión territorial, prácticamente sin ninguna consideración sobre la planificación urbana. El resultado fue una inquietante nueva ciudad: la Jerusalén «unificada» no era simplemente la suma de Jerusalén Oeste (38 kilómetros cuadrados) y Jerusalén Este (6 kilómetros

⁸ Baruch Kimmerling, *The Invention and Decline of Israeliness: State, Society and the Military*, Berkeley, 2001, p. 109.

cuadrados), sino que incluía una extensión adicional de 70 kilómetros cuadrados procedentes de los territorios ocupados que rodeaban a la ciudad por el norte, el sur y el este. Esta era una nueva clase de Jerusalén, no solo en términos de sus límites, sino también por sus residentes. Veintiocho pueblos palestinos que nunca habían sido parte de ninguna Jerusalén se encontraron bajo la jurisdicción de la «capital unida del pueblo judío». La ciudad triplicó su territorio, basándose en la estratégica «ecuación» demográfico-militar israelí señalada anteriormente por Benvenisti: máximos kilómetros cuadrados de tierra, mínimo número de árabes. En varios casos –por ejemplo, Beit Ikksa y Beit Sahour– las huertas y tierras de cultivo de los pueblos palestinos fueron incluidas en Jerusalén, mientras que los habitantes y sus casas quedaban fuera.

No obstante, unos 70.000 palestinos quedaron inevitablemente incluidos en la ciudad, formando la cuarta parte de su nueva población. El Ministerio del Interior les ofreció la opción de una ciudadanía israelí, pero la mayoría la rechazó sobre la base de que contribuiría a legitimar la ocupación y la anexión. Los palestinos de Jerusalén recibieron así el estatus de «residentes», que significaba que tenían derecho –por lo menos, sobre el papel– a los servicios municipales. También podían votar en las elecciones municipales, pero de nuevo los palestinos despreciaron por lo general este «derecho», ya que simplemente legitimaba su subordinación.

Desde luego, la anexión de Jerusalén Este y su periferia fue ampliamente condenada en el exterior por violar el derecho internacional. Incluso el gran aliado de Israel se sintió obligado a manifestar una protesta, y el embajador estadounidense en la ONU declaró:

Estados Unidos considera que la parte de Jerusalén que pasó a control israelí en la Guerra de 1967, como todas las demás áreas ocupadas por Israel, es un territorio ocupado y, por ello, sometido a las previsiones del derecho internacional que rigen los derechos y obligaciones de una potencia ocupante⁹.

Excepcionalmente, Estados Unidos incluso votó a favor de la Resolución 267 de Naciones Unidas, que declaraba que el Consejo de Seguridad «censura en los términos más enérgicos todas las medidas tomadas por Israel para cambiar el estatus de la ciudad de Jerusalén», adoptada

⁹ Citado en Amir S. Cheshin, Bil Hutman, y Avi Melamed, *Separate and Unequal: The Inside Story of Israeli Rule in East Jerusalem*, Cambridge, 1999, pp. 46-47.

por unanimidad el 3 de julio de 1969. El estatus de la ciudad cambió a pesar de ella. En 1980, Israel continuó consagrando la posición de una «Jerusalén unificada» en una Ley fundamental de la Knesset bajo el título «Jerusalén, capital de Israel». Aparentemente preso de la sensación de *déjà vu*, el Consejo de Seguridad adoptó entonces la Resolución 478 de Naciones Unidas, que «censura en los términos más enérgicos la promulgación de la Ley fundamental de Jerusalén y la negativa a acatar importantes resoluciones del Consejo de Seguridad». Declaraba la Ley sobre Jerusalén nula y sin efecto, debiéndose «anularse inmediatamente», y pedía a «todos los Estados que tienen misiones diplomáticas en Jerusalén que retiraran esas representaciones de la Ciudad Santa», lo que en la práctica significaba trasladarlas a Tel Aviv. Así, la «Jerusalén Unificada» entró en una selecta clase de capitales únicamente reconocidas como tales por ellas mismas.

Desde fuera hacia dentro

Pasando por alto una condena internacional que carecía de peso real, los dirigentes israelíes se dedicaron a la tarea de ubicar a su propia población en las zonas anexionadas. «Debemos traer judíos a Jerusalén Este a cualquier precio», decía Ben-Gurion en junio de 1967. «Debemos establecer a decenas de miles de judíos en un plazo breve. No podemos esperar a la construcción de barrios bien organizados. Lo esencial es que los judíos estén allí»¹⁰. La estrategia de fabricar una nueva realidad imponiendo «los hechos sobre el terreno», más tarde asociada a las iniciativas de Ariel Sharon en otras partes de Cisjordania y de la Franja de Gaza, tuvo sus antecedentes en Jerusalén. En julio de 1967, el primer ministro laborista Levy Eshkol había nombrado un comité de altos funcionarios, presidido por Yehuda Tamir, para encontrar maneras de «poblar y desarrollar Jerusalén Este». El objetivo era desproblematizar el acto de ocupación y unificación creando una continuidad entre Jerusalén Este y Oeste que obliterara la Línea Verde, la frontera de 1948-1967, y que hiciera que la violación del derecho internacional pareciera lo más «natural» posible. El plan general del comité, remitido en septiembre de 1967, propuso la creación de *Shekhunot ha-Bari'ach* –barrios «bisagra» o «cerrados»– con forma de media luna que enlazarían el existente enclave judío en Monte Scopus con Jerusalén Oeste mediante una nueva carretera, la avenida de Levy Eshkol, que atravesaría solamente barrios judíos. En los años

¹⁰ Uzi Benziman, *A City without a Wall*, Jerusalén, 1973, p. 2.

siguientes surgieron al otro lado de la Línea Verde una serie de nuevos barrios residenciales, planeados ante todo para habitantes judíos; Ramat Eshkol (1968), Giv'at ha-Mivtar (1970), Ha-Giv'ah ha-Tsarfatit [la colina francesa] (1971) y Ma'alot Dafna (1972) se convirtieron en el «cierre de seguridad» judío para el Monte Scopus.

En 1969, Golda Meir, la «dama de hierro» israelí, sucedió a Eshkol y tomó el control del proyecto de la «Jerusalén unificada». Un nuevo plan general proponía ahora el desarrollo de *Shekhunot ha-Taba'at*, o «anillo de barrios», un curioso paso adelante en la dialéctica de las consideraciones militares, políticas y de desarrollo urbano. En vez de construir hacia el exterior de los barrios más antiguos en el corazón de Jerusalén, este plan defendía la construcción de barrios residenciales judíos en su remota periferia, rodeando los nuevos límites de la ciudad. Como si hubieran sido robados del despacho de un ingeniero de las FDI, los proyectos eran de naturaleza estratégica; nuevos barrios, recubiertos de la obligatoria «piedra blanca de Jerusalén», fueron emplazados como torretas en las crestas de la montaña, dominando la ciudad, y a lo largo de las arterias que conducían a ella. Los primeros de ellos fueron Neve Ya'akov (1970), creado sobre la tierra confiscada de Al Ram, en el extremo norte de la ciudad, y Gilo (1971) al suroeste, sobre la tierra confiscada de Beit Jala, que era la más elevada de Jerusalén. Fueron seguidos por Talpiyot Mizrah (1973), en el sureste y en la tierra confiscada de Jabal Mukabar; Ramot Alon (1974), en el noroeste, sobre la tierra confiscada de Beit Ikxa y actualmente el mayor extrarradio de Jerusalén, y Pisgat Ze'ev (1982), en la frontera noreste de la ciudad, sobre tierras confiscadas a Beit Hanina y Hizma. Esta lógica de desarrollo urbano, o la falta de ella, se repitió en la década de 1990 en los días de las negociaciones de Oslo, cuando la «Jerusalén unificada» creció hasta los 125 kilómetros cuadrados después de nuevas anexiones en 1993. Ramat Shlomo (1995) fue construido en la frontera noreste de la ciudad, sobre tierra confiscada de Al-'Issawiya; Har Homa (1997) fue creado en el extremo sureste en una colina conocida en árabe como Jabal Abu Ghneim, sobre tierra confiscada de Beit Sahour.

Estos extrarradios judíos en los Territorios Ocupados crearon, como señala Eyal Weizman, «un cinturón de tejido edificado que envolvía y dividía a los pueblos y barrios palestinos anexionados a la ciudad»¹¹.

¹¹ Eyal Weizman, *Hollow Land: Israel's Architecture of Occupation*, Londres y Nueva York, 2007, p. 25.

No solo servían como satélites de la «madre» Jerusalén, al mismo tiempo que reclamaban la soberanía israelí sobre todo el territorio, sino que también servían de puente con los asentamientos del «Gran Jerusalén» situados más allá de la frontera municipal, en el interior de los Territorios Ocupados. Asentamientos como Ma'ale Adumim en el este (que adquirió el estatus de ciudad en 1991) y Giv'at Ze'ev en el noreste (establecido en 1983) estaban enlazados por carreteras y por la arquitectura con los barrios-asentamientos del perímetro municipal de Jerusalén, que a su vez estaban conectados con el centro de la ciudad. Weizman ha descrito el resultado como «fragmentos dispares» de homogéneas viviendas judías, entrelazadas por redes de carreteras e infraestructuras. Otro planificador israelí comparó los vínculos de los barrios-asentamientos con el centro de la ciudad como «globos unidos por una cuerda»¹².

Neorientalismo

Para que los israelíes, y los judíos israelíes de Jerusalén en especial, concibieran su capital como un espacio geográfico legal, «natural», coherente, hacía falta claramente algo más que estos subyacentes fundamentos estratégico-militares. Al margen de lo que se dijera en el exterior sobre la ilegalidad de la expansión de Jerusalén, bajo la ley israelí el terreno invadido podía ser legítimamente anexionado a la ciudad. Esto era provechoso, ya que de los 497.000 residentes judíos israelíes de la actual Jerusalén, más de 200.000 viven más allá de la Línea Verde, lo que significa que, de acuerdo con el derecho internacional, casi uno de cada dos habitantes judíos de la capital oficial israelí es un colono. La anexión municipal asegura que, bajo la ley israelí, esta cifra nunca estará incluida en las estadísticas oficiales de colonos judíos en Cisjordania. La terminología también se desplegó para naturalizar el proceso: las viviendas oficiales construidas en los Territorios Ocupados también estaban recogidas en los medios de comunicación y en los registros oficiales como *barrios* integrantes de la «Jerusalén unificada», nunca como *asentamientos*; esto ayudó a desconectar –al menos en la mente israelí– la parte oriental de la Jerusalén municipal del resto de la Cisjordania ocupada. Una cuestión de semántica para algunos; de realidad política para otros.

¹² Citado en Moshe Amirav, *Jerusalem Syndrome: The Palestinian-Israeli Battle for the Holy City*, Eastbourne, 2009, p. 72.

Pero fue la arquitectura la que recibió el papel más destacado en «unificar» la ciudad. Aquí hubo una clara ruptura de la modernidad utilitaria que caracterizó las primeras décadas del Estado israelí. En los primeros años, la cuestión había sido cómo construir el mayor número de unidades residenciales con el mínimo de gastos en infraestructuras. La solución en Jerusalén Oeste –pero también en otras ciudades, incluyendo Haifa– fue una monolítica asunción del Estilo Internacional: bloques rectangulares que se parecían un poco a vagones de ferrocarril puestos de pie, que dieron a estos nuevos barrios un carácter un tanto aburrido, cuadrado, tanto en sentido geométrico como figurado¹³. Por el contrario, el estilo de construcción posterior a 1967 respondía a lo que las autoridades israelíes veían como una nueva serie de problemas: su soberanía sin precedentes sobre la Ciudad Vieja, incluyendo los lugares santos de musulmanes y cristianos; la crítica internacional de los barrios asentamientos judío-israelíes construidos sobre tierras confiscadas a pueblos palestinos; la dificultad de crear una continuidad entre los barrios del oeste y los del este, levantados sobre tierras palestinas recién confiscadas. Sus soluciones –simulacro de estilos «históricos»; «recubrimientos» de superficies– convertirían la «Jerusalén unificada» en la más posmoderna de las ciudades.

Los arquitectos seleccionados por Kollek y su equipo se dirigieron en primer lugar a la Ciudad Vieja como parte de su campo de trabajo, para absorber ideas e inspiración. Llenos de euforia por la victoria militar de 1967, acordaron que un estilo neorrealista sería el más apropiado para una Jerusalén israelizada, demostrando la sensibilidad estética de los israelíes por la herencia cultural de la región y la naturalidad con que encajaban ellos en el paisaje. Los rasgos de una arquitectura árabe-orientalizada –arcos, puertas, cúpulas– fueron adaptados a las modernas técnicas de construcción y se convirtieron en parte del paisaje de la «nueva Jerusalén». El estilo era bastante coherente con varias ideas políticas clave: el énfasis israelí sobre el «regreso» del pueblo judío a sus «raíces» orientales; la necesidad de forjar una unificación entre la vieja (y bíblica) Jerusalén y los nuevos proyectos de viviendas que minimizarían el acto de la ocupación; y una prolongación del colonialista

¹³ David Kroyanker, *Jerusalem: Neighbourhoods and Houses, Periods and Style*, Jerusalén, 1996, p. 190 (en hebreo). Kroyanker, un historiador israelí de la arquitectura, considera los edificios de la calle Stern (en el barrio de Kiryat Yovel) y de la calle Ha-Nurit (barrio de Ir Ganim) como los ejemplos definitivos de este estilo: edificios de ocho y nueve plantas sin ascensor por la austeridad de los tiempos.

paradigma sionista de llevar la modernización y el desarrollo al «Oriente inmutable». En realidad, como ha sostenido el historiador israelí de la arquitectura, Zvi Efrat, esta llamada arquitectura «contextual» suponía amorfos racimos de «edificios sentimentales, influenciados por unas supuestas conexiones “regionales”»; unas «creaciones pseudohistóricas de mimetismo oriental y mediterráneo», que se supone que representan «una asociación con la antigüedad y las raíces nacionales»¹⁴.

Piedra sagrada

Otro decisivo elemento arquitectónico que contribuyó tanto a encubrir la ocupación como a crear una continuidad entre el este y el oeste fue la decisión de las autoridades israelíes de volver a poner en vigor una ordenanza del Mandato británico por la que todos los edificios de la ciudad deben estar hechos *bona fide* de «piedra de Jerusalén». En la década de 1930 esto había supuesto utilizar sólidos bloques de piedra caliza en los trabajos de construcción; durante el periodo 1948-1967, las autoridades de la ciudad en Jerusalén Oeste habían autorizado la utilización de una capa exterior de piedra, cubriendo una estructura interior de ladrillos o bloques de hormigón. Después de 1967, esta ordenanza se amplió a todas las zonas anexionadas a la ciudad, aumentando así los costes de construcción para los palestinos y haciendo que gran parte de ella fuera ilegal. La omnipresente utilización de recubrimientos de piedra cada vez más delgados en centros comerciales, hoteles y bloques de viviendas desempeñó un papel vital en la lucha estratégica y simbólica de Israel por imbuir a los extrarradios de la nueva Jerusalén con la «sagrada» identidad de la ciudad santa. La utilización de piedra de Jerusalén era tanto ideológica como arquitectónica: servía para «autenticar» áreas que anteriormente nunca habían sido parte de Jerusalén y para ampliar el manto de santidad a lejanos asentamientos, tanto dentro como fuera de los límites municipales. Por medio de unos simples seis centímetros de caliza, ciudades distantes como Ma'ale Adumim pueden compartir el aura sagrada de Jerusalén.

De esta manera, la arquitectura desempeñó un papel esencial en la unificación temporal y espacial de la ciudad. Añadió una dimensión artística y romántica a las contingencias políticas y militares que habían impulsado

¹⁴Texto de Zvi Efrat en su exposición, «The Israeli Project», realizada en Tel Aviv en octubre de 2000, citado en E. Weizman, *Hollow Land*, cit., p. 47.

la expansión de la ciudad, creando una continuidad «natural» entre diferentes épocas: desde la Biblia, mediante la santidad de Jerusalén, hasta el sionismo y el Israel moderno. Weizman sugiere que la utilización de una arquitectura neorientalista y de piedra de Jerusalén proporcionó «la fantasía que se consideraba necesaria para la consolidación de una nueva identidad nacional y la incorporación de las ampliaciones de la ciudad»:

Situó a cada remoto y recién construido extrarradio totalmente dentro de los límites de la «eternamente unificada capital del pueblo judío», y de esa manera, por lo que respecta a la mayoría de los israelíes, lejos de la mesa de negociaciones. Lo que se llama Jerusalén, por nombre, por arquitectura y por la utilización de la piedra, está situado en el corazón del consenso israelí¹⁵.

Hay una doble paradoja sobre esta piedra icónica que se ha convertido en un símbolo de la ciudad a los ojos de Israel y del mundo de la «construcción judía». En primer lugar, la piedra está principalmente extraída y manipulada en Hebrón, Nablus y otras zonas de Cisjordania –en árabe se la conoce, más científicamente, como *hajar Nabulsi*– y gran parte del duro trabajo que supone está realizado por palestinos. En segundo lugar, su utilización es un ejemplo del intento colonialista posterior a 1967 por imitar la arquitectura palestina local mientras se excluye a los palestinos. De esta manera, surgieron decenas de miles de casas revestidas de piedra en las zonas altas al norte, este y sur de la recién anexionada «Jerusalén», contemplando los pueblos y municipios palestinos, mucho más pobres y menos desarrollados de la «ciudad unida»¹⁶.

Realmente, este es el corazón del proyecto de «unificación»: no solo establecer sobre el terreno hechos arquitectónicos, sino poblarlo con habitantes judío-israelíes, mucho más allá de la Línea Verde. Sin embargo, aunque la abrogación israelí del derecho internacional nos puede decir muchas cosas sobre el Estado judío –y desde luego sobre su obsesión por el poder, la demografía y los miedos del día de mañana– centrarse solamente en definiciones del derecho internacional sería insuficiente para entender los complejos procesos que se producen en la ciudad. Puede fomentar la ilusión de que la partición todavía podría ser una solución equitativa, algo que considero que está muy alejado de la realidad. Más concretamente, mirar solamente la Línea Verde, en vez de a la gente que vive a

¹⁵ *Ibid.*, p. 47.

¹⁶ Haim Yacobi, «The Third Place: Architecture, Nationalism and the Postcolonial Gaze», *Theory and Criticism*, vol. xxx, 2007, pp. 63-88 (en hebreo).

ambos lados, puede limitar nuestro análisis de lo que está haciendo el Estado y de los propósitos y experiencias de las propias gentes.

La política y los pueblos

Las autoridades israelíes han luchado incansablemente por aumentar el número de judíos y reducir el número de palestinos en Jerusalén para desbaratar los intentos de desafiar su soberanía sobre la ciudad. Pero, a pesar de sus políticas, la proporción de palestinos en la ciudad ha crecido desde el 25 por 100 en 1967 al 36 por 100 en 2012. Según las perspectivas, la «Jerusalén unida» tendrá un 40 por 100 de palestinos en 2020; y en 2030, si Israel no encuentra una manera de cambiar esta proporción –y la encontrará–, los palestinos de Jerusalén serán mayoría. Las cincuenta barreras discriminatorias que se han desplegado contra los palestinos residentes en Jerusalén bajo sucesivos alcaldes y gobiernos, radicalmente diferentes en algunos aspectos, comparten un objetivo conjunto: actuar contra el interés nacional palestino dentro de la ciudad¹⁷. Las evidencias de esto las presentan sin rodeos las propias autoridades. Como advertían Amir Cheshin y Avi Melamed, dos antiguos «consejeros sobre asuntos árabes» de los alcaldes de Jerusalén en las décadas de 1980 y 1990:

No crean en la propaganda [...], en el prometedor panorama que Israel trata de mostrar al mundo sobre la vida en Jerusalén desde la reunificación de 1967. Israel ha tratado a los palestinos de Jerusalén de forma terrible. Como cuestión política, ha obligado a muchos de ellos a abandonar sus casas y les ha despojado de sus tierras, al mismo tiempo que les mienten y engañan –a ellos y al mundo– sobre sus honorables intenciones¹⁸.

La «lógica» detrás de esta estrategia está expuesta en el Plan General de Jerusalén 2000, bajo el encabezado, «Balance demográfico “según las decisiones del gobierno”»:

De acuerdo con el objetivo presentado por la municipalidad y adoptado por el gobierno, la ciudad necesita mantener una proporción de 70 por 100 de judíos y 30 por 100 de árabes. Sin embargo, [...] los modelos demográficos

¹⁷ Según el Centro Israelí de Información sobre Derechos Humanos en los Territorios Ocupados, B'Tselem, la política israelí hacia los palestinos en Jerusalén no puede describirse de otra manera que de discriminatoria; véase su extenso informe sobre el tema en www.btselem.org/english/jerusalem.

¹⁸ A. Cheshin, B. Hutman y A. Melamed, *Separate and Unequal: The Inside Story of Israeli Rule in East Jerusalem*, cit., p. 251.

en la ciudad desde 1967 han alejado a Jerusalén de este objetivo. No ha habido una proporción de 70 a 30 en Jerusalén desde la década de 1990 y la proporción continúa sin alcanzarse¹⁹.

El Plan General continúa haciendo «alarmantes predicciones» sobre el índice de natalidad de los palestinos –que se supone que son residentes con las mismas condiciones– en la «ciudad unida» y sobre la necesidad de tomar «medidas de largo alcance» para evitar este proceso. La estrategia de la «proporción» en Jerusalén tiene implicaciones muy inmediatas para la población palestina, tanto como «cuestión política», como señalan Cheshin y Melamed, como de deliberada negligencia. Teddy Kollek, el legendario alcalde laborista de Jerusalén durante tres décadas (1965-1993), proporciona un buen ejemplo de las actitudes abiertas y encubiertas hacia los palestinos de Jerusalén. El Plan de 1968 de Kollek incluía masivos proyectos de construcción en la parte este de la ciudad, «para asegurar la unificación de Jerusalén de forma que evitara la posibilidad de que fuera repartida de nuevo»²⁰. Oficialmente, a Kollek se le recuerda en Israel como un «radical defensor de la tolerancia religiosa» que «hizo muchos intentos por llegar a los electores árabes» mientras «mejoraba los sistemas de abastecimiento de agua y de alcantarillado en los vecindarios árabes de Jerusalén»²¹. Pero, después de 25 años en el cargo, el propio Kollek confesaba en 1990 al diario israelí *Ma'ariv*:

Decíamos cosas sin intención de realizarlas, y no las hicimos. Dijimos una y otra vez que equipararíamos los derechos de los árabes a los de los judíos. [Eso fue] mera palabrería [...]. Nunca les hemos dado la sensación de que son iguales ante la ley. Eran y siguen siendo ciudadanos de segunda y tercera fila [...]. Por la Jerusalén judía hice algo en los últimos veinticinco años. ¿Por Jerusalén Este? ¡Nada! ¿Instituciones culturales? Ninguna. Sí, construimos el sistema de alcantarillado para ellos y mejoramos su suministro de agua. ¿Pero sabe por qué? ¿Cree que fue por su bien, por su bienestar? ¡Olvidelo! Hubo algunos casos de cólera y los residentes judíos temían que les alcanzaran, de modo que instalamos el alcantarillado y el suministro de agua para la prevención del cólera²².

En las elecciones municipales de 1993, Kollek y el Partido Laborista fueron derrotados por Ehud Olmert y el partido del Likud, en coalición con

¹⁹ *Jerusalem 2000 Master Plan*, publicado en agosto de 2004, Capítulo 7, «Population and Society» (en hebreo).

²⁰ *Plan General de Jerusalén 1968* (en hebreo).

²¹ Véase la página web oficial de Go-Jerusalem sobre Kollek.

²² Citado en el informe de B'Tselem «A Policy of Discrimination: Land Expropriation, Planning and Building in East Jerusalem», mayo de 1995.

los partidos ultraortodoxos. Esto señaló un significativo cambio en el poder, ya que Olmert dependía mucho de la comunidad haredi, cuya participación electoral fue del 90 por 100, en comparación con el 50 por 100 de la comunidad laica. Esto proporcionó a los ultraortodoxos un papel mucho mayor en decisiones sobre presupuestos, infraestructura y vivienda en la ciudad, y ellos hicieron lo que pudieron para asegurar las necesidades de sus votantes y de su gente. Sin embargo, en términos generales, durante sus diez años como alcalde de Jerusalén (1993-2003), Olmert continuó la política de Kollek de hablar sobre la necesidad de equilibrar la provisión de servicios e infraestructuras entre los barrios judíos y árabes mientras no hacía nada significativo por ello²³. Hubo muchas razones: preferencias inherentes, finanzas debilitadas, la proporción 70-30 que tanto los laboristas como el Likud tomaban como objetivo, consideraciones políticas prácticas sobre donde gastar con largueza, ya que «los árabes de Jerusalén no me van a votar de ninguna manera».

De cualquier forma, la principal consideración siempre ha sido asegurar que Israel permanezca siendo el poder soberano en Jerusalén Este y –especialmente después de los Acuerdos de Oslo– debilitar la posición de la Autoridad Palestina en la ciudad. Por ello la histórica Casa de Oriente, el cuartel general de la OLP en la década de 1990, fue clausurada por la policía israelí en 2001. Los centros culturales palestinos también fueron cerrados. Además, la demolición de viviendas palestinas aumentó durante este periodo, principalmente sobre la base de que estaban construidas «sin permiso»²⁴. Con el sucesor de Olmert, Uri Lupolianski, el primer alcalde ultraortodoxo de Jerusalén (2003-2008), hubo pocos cambios de política. Cuando el Canal 10 le preguntó por

²³ Esto quedó muy bien ilustrado cuando un miembro de la oposición en el Ayuntamiento de la ciudad, Meir Margalit, mandó una pregunta a Olmert sobre la provisión de servicios municipales al pueblo árabe de Ein Fuad, en Jerusalén Este. La debida respuesta vino de la oficina de Olmert negando que hubiera ninguna discriminación en el suministro: «Ein Fuad cuenta con todos los servicios municipales, incluyendo asistencia, educación, luz y servicios de limpieza». Una astuta sonrisa se dibujó en los labios de Margalit cuando leyó la respuesta. Escribió un breve mensaje al alcalde: «No existe ningún lugar que se llame Ein Fuad». Véase Meir Margalit, *Discrimination in the Heart of the Holy City*, Jerusalén, 2006, p. 176.

²⁴ En realidad, debido a las discriminatorias políticas israelíes, es prácticamente imposible que los palestinos puedan obtener estos permisos. Por ello su decisión de construir sin permiso puede considerarse como su acto actual de «protesta espacial» contra las políticas de planificación urbana de Israel y del Ayuntamiento de Jerusalén. Véase Irus Braverman, «Powers of Illegality: House Demolitions and Resistance in East Jerusalem», *Law and Social Inquiry*, vol. XXXII, núm. 2, 2007, pp. 333-372.

qué muchas casas árabes de Jerusalén no estaba conectadas al alcantarillado, Lupolianski primero lo negó y luego declaró: «Es una cuestión de mentalidad. Los árabes, por naturaleza, prefieren no estar conectados al suministro». Durante el mandato de Lupolianski fue cuando el gobierno israelí empezó a construir el muro de separación alrededor y a través de la «ciudad unida», dejando a barrios palestinos como Kafr 'Aqab y el campo de refugiados de Shu'afat dentro de los límites municipales, pero rodeados de muros que los separan de la ciudad, mientras que la principal consecuencia ha sido separar Jerusalén del resto de Cisjordania.

Sin embargo, estas políticas han tenido la imprevista consecuencia de convencer a cada vez más palestinos de Jerusalén de permanecer en la ciudad y de traer de vuelta a otros que habían marchado a otras partes de Cisjordania, una vez que se dieron cuenta de que Israel estaba tratando de revocar su estatus de residentes en Jerusalén. Un resultado de su regreso ha sido el constante crecimiento de la proporción de palestinos en la ciudad. El Ayuntamiento de Jerusalén calculaba en 2012 que había, por ejemplo, 88.845 estudiantes de primaria palestinos, el 38 por 100 del total de la ciudad. Sin embargo, esta cifra está lejos de representar la situación real sobre el terreno. Las propias cifras del Ayuntamiento señalan que hay 106.534 niños palestinos de Jerusalén de entre 6 y 18 años –es decir, alrededor del 44 por 100 del total de la ciudad–, que se supone que están todos escolarizados. Los datos no indican solamente que el Ayuntamiento de Jerusalén quiere minimizar las cifras, sino que cierra los ojos ante el bajo índice de asistencia, un indicador del hecho de que el Ayuntamiento nunca ha proporcionado suficientes escuelas a este sector de la población²⁵. La asimetría socioeconómica está igualmente clara: el salario medio en Jerusalén Oeste se sitúa en 54 dólares diarios; en Jerusalén Este cae hasta los 27. Se calcula que el 78 por 100 de los palestinos de Jerusalén Este viven en la pobreza, y que el 84 por 100 de los niños palestinos están por debajo del umbral de la pobreza²⁶.

El actual alcalde de Jerusalén, el millonario laico de derechas Nir Barkat, elegido en 2008, ha tomado un enfoque ligeramente diferente. Como sus predecesores, Barkat también está impulsado por el deseo de fortalecer la soberanía israelí sobre todas las zonas de la ciudad, pero su

²⁵ Or Kashti, «East Jerusalem: The Capital of Dropouts», *Haaretz*, 5 de septiembre de 2012.

²⁶ Association for Civil Rights in Israel, *Jerusalem Day 2012: Unprecedented Deterioration in East Jerusalem*.

estrategia sugiere que la continua discriminación contra los palestinos, y las evidentes desigualdades entre diferentes zonas, han estado jugando en contra de los intereses sionistas, ya que refuerza la sensación de dos ciudades diferentes dentro de la «Jerusalén unida», y así hace que parezca más factible una futura división política. Las políticas de Barkat fueron, por ello, más sofisticadas. Dejó los asuntos relativos a Jerusalén Este en manos del izquierdista Meretz, su rival en la oposición. Ha puesto en marcha un proyecto de poner nombres a las calles en Jerusalén Este que anteriormente habían sido rechazados por el Ayuntamiento. Ese fue el caso de la ceremonia inaugural de la calle Umm-Kulthum en Beit Hanina, donde sin reparos Barkat insinuaba a la población palestina que el Ayuntamiento judío israelí podía «contenerlos» a ellos y a su cultura, sinecdóquicamente representada por la gran cantante egipcia. En otra ceremonia, lanzando un proyecto por valor de 43 millones de shekels para mejorar la infraestructura de Wadi al-Joz –nuevo alcantarillado, iluminación, aceras, árboles, rotondas–, Barkat anunció: «Esto es solamente un ejemplo del exhaustivo proyecto de reducir las diferencias entre el lado este y el oeste de la ciudad. Estamos tomando medidas en todos los frentes, incluyendo transporte, educación e infraestructuras, y ahora se puede empezar a ver los resultados». Como manifestó a *Times of Israel*:

Años de negligencias dañaron la unidad de la ciudad a los ojos del mundo. Cuando afirmamos que la ciudad está unida, pero no demostramos que sabemos ocuparnos de todos sus residentes, eso nos daña, [...] [Necesitamos] trabajar duro y asegurarnos de que nos ocupamos de todos sus residentes de modo que realmente unamos la ciudad de una manera mucho más sólida²⁷.

Barkat continuó explicando que eso podía evitar un levantamiento palestino, en el contexto de la ira provocada por el Muro de Separación: «La estrategia ha sido mejorar la calidad de vida de los residentes [palestinos] de Jerusalén, mejorar su sensación de cómo se encuentran en la ciudad, asegurarse de que tengan mucho que perder. Mientras esta tendencia continúe, se reducirán las razones para cualquier clase de violencia entre los residentes de Jerusalén». Al mismo tiempo, la política de Barkat de «judaizar» la Jerusalén árabe incluía redoblar el número de proyectos de asentamientos judíos dentro de los barrios palestinos, fortaleciendo el control israelí y haciendo imposible definir dónde acaba la «Jerusalén

²⁷ David Horowitz, «Nir Barkat: How I'm ensuring Israeli Sovereignty in Jerusalem», *Times of Israel*, 29 de febrero de 2012.

árabe» y dónde comienza la «Jerusalén judía» y así descartar la posibilidad de una división política. Sus planes incluyen un pueblo para estudiantes judíos-israelíes, Sha'ar Ha-Mizrah [Puerta del Este], en el pueblo palestino de Anata; un asentamiento de 200 viviendas, Kidmat Tsiyon [Precursor de Sión] entre Abu Dis y Jabal Mukkabar, financiado por el multimillonario de Florida Irving Moskowitz, dos asentamientos llamados Altos de los Olivos y Altos de David, también financiados por Moskowitz, por encima del pueblo de Ras al-'Amud y la urbanización Simon en el barrio de Sheikh Jarrah, en alianza con el grupo afincado en Estados Unidos Nahalat Shimon International. El alcalde Barkat también ha respaldado por completo el dudoso proyecto arqueológico en Elad, que ha estado realizando excavaciones a gran escala en el corazón del municipio palestino de Silwan buscando restos de una mitológica «ciudad de David». Las medidas necesitan ser consideradas parte integrante de sus esfuerzos por «mejorar» los barrios palestinos.

Rezar por Jerusalén

Sin embargo, quizá la división más espectacular que se ha creado en las últimas décadas ha sido dentro de la población judío israelí. De nuevo, la educación es lo que quizá muestra mejor el cambio demográfico. El sistema escolar judío está separado en tres corrientes: «general» —es decir, laica—, «religioso nacional» y «*haredi*». A partir de 1998, el número de estudiantes *haredim* en Jerusalén superó a las otras dos categorías; desde entonces, la diferencia ha continuado aumentando. Entre 2006 y 2011, el número de estudiantes de la corriente general cayó desde 32.400 a 30.200, un descenso del 7 por 100; la corriente religiosa nacional aumentó el 3 por 100, desde 25.700 a 26.500, pero la corriente *haredi* se disparó el 10 por 100, desde 85.900 a 94.200. En 2013, los *haredim* representan el 63 por 100 de la población escolar judío israelí. Este proceso de deslaicización —o de vuelta a la religión, como se prefiera— empezó en la década de 1980 y apareció plasmado en las estadísticas de Jerusalén desde la de 1990. «Era una historia demográfica muy simple», señalaba el historiador David Kroyanker. «No había ningún grupo de ortodoxos sabios de Sión que se hubiera reunido y hubiera planeado apoderarse de Jerusalén. El creciente número de ultraortodoxos en la ciudad fue simplemente el resultado del hecho de que se reproducen en cifras diez veces superiores a las de la comunidad laica»²⁸.

²⁸ Neta Sela, «Jerusalem should be a Haredi city», *Ynet*, 24 de mayo de 2006 (en hebreo).

Muchos de los barrios judíos de Jerusalén han tomado ahora un carácter totalmente diferente. Los «barrios bisagra», creados después de la guerra de 1967 en territorio ocupado al este de la Línea Verde, tenían inicialmente una población mixta de residentes laicos y nacional religiosos; pero desde la década de 1980 las cosas empezaron a cambiar, los barrios ultraortodoxos justo al oeste de la Línea Verde, como Shmu'el ha-Navi y Sanhedriya, empezaron a sufrir una sobrepoblación; un creciente número de residentes haredi empezaron a trasladarse hacia el este, comprando apartamentos en los barrios bisagra y creando allí «enclaves» ultraortodoxos. En uno de ellos, Ramat Eshkol, el proceso de haredización empezó a finales de la década de 1980 y se intensificó en la siguiente, seguido por un modelo similar en los cercanos Giv'at ha-Mivtar y Ma'alot Dafna. El mismo proceso se produjo en Ramat Shlomo, creando una continuidad de barrios ultraortodoxos en el nordeste de Jerusalén. El triunfo de los candidatos *haredim* en las elecciones municipales de 1993, señalado anteriormente, condujo a una mayor inversión en la comunidad. La familia media haredi de Jerusalén gana la mitad que una familia laica —en 1995 la cifra era de 3.500 sheleks frente a 7.100— y, por lo tanto, depende más del apoyo gubernamental y de la seguridad social²⁹. Los últimos acontecimientos, una combinación de la subida del precio de la vivienda en Jerusalén y la sobrepoblación de los recién creados barrios ultraortodoxos, han obligado a algunos de ellos a abandonar la ciudad en busca de un alojamiento más barato, y el gobierno les ha «encontrado» un sitio en Modi'in Illit y Beitar Illit, dos ciudades-asentamientos *haredim* en Cisjordania.

Acompañando a esto se ha producido la creciente huida de la ciudad de los residentes laicos, mayormente jóvenes, en busca de los que perciben como hábitats más liberales, pacíficos o prometedores. Desde la década de 1990, Jerusalén ha experimentado una emigración neta combinada con un crecimiento de la población, debido a la elevada tasa de natalidad de las comunidades *haredim* y palestina. Al mismo tiempo, la ciudad ha ido empobreciéndose: el ingreso medio por persona es de 3.300 sheleks, exactamente la mitad del de la capital financiera de Israel, Tel Aviv. En 2010 Jerusalén recibió el dudoso título de la ciudad más pobre de Israel³⁰.

²⁹ Momi Dahan, «The Ultra-Orthodox Jews and Municipal Authority, Part II: Budgetary Effects of the Demographic Composition in Jerusalem» (en hebreo), *Jerusalem Institute for Israel Studies Research Series No. 82*, Jerusalén, 1999, pp. 15-16.

³⁰ De acuerdo con las estadísticas de pobreza en las ciudades grandes de Israel. Véase Asah Shtull-Trauring, «Ahead of Jerusalem Day, reports highlight extent of city's poverty», *Haaretz*, 11 de mayo de 2010.

Estas tendencias han empezado a alarmar a los políticos israelíes. Desde 1998 la Autoridad para el Desarrollo de Jerusalén (ADJ), un organismo conjunto del gobierno israelí y del Ayuntamiento de la ciudad, ha estado intentando iniciar proyectos que atraigan a empresarios, estudiantes y técnicos en altas tecnologías para vivir –e invertir– en la ciudad. Entre ellos están BioJerusalem y AcademiCity, que pretenden «atraer» –la palabra clave– empresas y estudiantes de biotecnología a la ciudad; si son «laicos», «sionistas», «trabajadores» y «ricos», mejor todavía. La ADJ también ha sido relacionada con proyectos más controvertidos, como el intento del Centro Simón Wiesenthal de construir un «Museo de la Tolerancia y la Dignidad Humana» sobre las tierras del cementerio musulmán de Mamilla, en Jerusalén Oeste. Otra sugerencia es ampliar los límites de la ciudad hacia el oeste: en vez de traer nuevos judío-israelíes a la ciudad, que es todo un desafío, Jerusalén se tragará los «sólidos» pueblos próximos a sus límites –entendiendo «sólido» en el contexto israelí como «nacional», «sionista», «trabajador»–, como Beit-Nekofa, Even-Sapir y Beit-Zayit. Esta es simplemente otra etapa más de la permanente lucha israelí por mantener una Jerusalén «unida», «judía» y, aparentemente, desde 1998, «atractiva».

Un relato personal

Nací en Jerusalén en 1978, pero ahora vivo en Tel Aviv. Mis dos hermanas también han abandonado la ciudad, igual que la gran mayoría de nuestros amigos del colegio, que han elegido vivir en el área metropolitana de Tel Aviv o entremedias de las dos ciudades, en Modi'in, por ejemplo. La siguiente etapa, una vez que los adultos jóvenes han abandonado el nido, es la decisión de sus padres de seguirles, especialmente cuando aparecen los nietos. Esto es un relato personal, pero no deja de ser representativo de las trayectorias de muchos judíos «laicos» de Jerusalén durante la década pasada más o menos. Siguiendo con la familia, se pueden ver los cambios de modelo residencial en el bloque de apartamentos de mis padres, al estilo de un *Yacoubian Building*³¹ israelí. Durante los últimos treinta años mis padres habían vivido en el tercer piso de un edificio de ocho plantas en Giv'at Oranim, un barrio en Jerusalén Oeste. Los cambios sociales que se han producido en la ciudad durante este periodo se reflejan claramente en la identidad de sus residentes. Por lo

³¹ *The Yacoubian Building* (2000) es una novela del autor egipcio Alaa-al-Aswany. El libro fue llevado al cine con el mismo título en 2006 y en 2007, se hizo una serie de televisión [N. del T.].

que yo sé, ninguno de los niños de mi edad que crecieron allí se ha quedado en Jerusalén. Además, cada familia laica que abandonó el edificio fue sustituida por una religiosa-nacional o ultraortodoxa. El cambio se muestra claramente en las calles. El viernes por la tarde, por ejemplo, si tengo que recoger a mi abuela en el cercano distrito de Rehavya, tengo que conducir con mucho cuidado, ya que muchos judíos ultraortodoxos van camino de las sinagogas, viejas y nuevas, situadas en la zona. Mi antiguo colegio de primaria, Lurya, ahora funciona como sinagoga los sábados y los días de fiestas religiosas para cubrir las crecientes necesidades de la población practicante. En un pequeño paseo alrededor del área, el pasado Yom Kippur, escuché los sonidos de oraciones que llegaban de otras varias escuelas primarias. No quiero decir que esto sirva para emitir una sentencia; es solamente un intento de personalizar los cambios que se han propagado por Jerusalén en las tres últimas décadas.

Habiendo crecido en Jerusalén en la década de 1980, mi percepción de la división entre «Este» y «Oeste» se limitaba al contraste entre mi barrio inmediato, donde estudiaba y jugaba, y la Ciudad Vieja, un colorido y aventurero Oriente donde deambulábamos por atiborrados callejones en excursiones familiares los sábados. Detrás de las enormes murallas, que siempre asocié con el rey Salomón, mi imaginación se quedó cautivada por la imagen de un jeque, un rabino y un sacerdote, andando juntos, mientras el olor del incienso se mezclaba con el sabor del zumo de almendra y los gritos de los tenderos árabes. Unos recuerdos que en la actualidad suenan como el orientalista *Moorish Bazaar* de Edwin Lord Weeks. Recuerdo haber ido con una excursión del colegio a la ciudadela de David –su eslogan era «Museo de la Torre de David: donde empieza Jerusalén»–, donde los niños de doce y trece años buscamos el lugar exacto donde el rey David había vislumbrado desde la azotea a Betsabé bañándose. Solamente mucho después me atreví a aceptar que los celebrados símbolos de la «eterna capital judía» tenían otras historias: a pesar de sus homofónicos nombres, las magníficas murallas de la ciudad no fueron construidas por nuestro amado Salomón, sino dos mil quinientos años después por el sultán otomano Solimán; la ciudadela de David recibió su nombre de los cruzados del siglo XI; la Torre de David, «donde comienza Jerusalén», era de hecho una mezquita del siglo XIX con un minarete cilíndrico, construido casi tres milenios después del indiscreto rey. Me di cuenta de que la Ciudad Vieja no era sinónimo de Jerusalén Este, sino solamente una pequeña parte de ella, y que muchos de los habitantes de Jerusalén –los *Yerushalmim* en hebreo, *Maqdisiyyin*

en árabe– eran palestinos. Más tarde aprendí que vivieron en lugares de los que nunca había oído hablar ni visitado, como Umm-Tuba, Kafr 'Aqab y Al-Walaje. Para mi confusión, encontré que incluso había un campo de refugiados dentro de «mi ciudad».

Esas imágenes y las negaciones que han representado pueden haberse formado en la mente de un niño pequeño, pero son sugerentes de procesos mucho más amplios de rechazo y eliminación. El hecho de que estén tan intensamente practicados por ambos lados podría considerarse incluso como un fenómeno unificador en esta ciudad de tensiones. Los debates entre judíos y musulmanes, israelíes y palestinos, se ven como juegos de todo o nada, unas batallas en las que se emplean todas las armas –religiosas, arqueológicas, legales o políticas– para demostrar que la ciudad no pertenece al otro. Mientras a los turistas estadounidenses se les vende la idea de que las ruinas bizantinas en las excavaciones de Elad son lugares bíblicos, los visitantes del Museo del Islam en Al-Haram al-Sharif no encontrarán ninguna referencia a la presencia histórica judía. Mordechai Kedar, profesor de la Universidad de Bar Ilan, obtuvo un capital político, por lo menos entre los israelíes de derechas, cuando manifestó a Al-Jazeera que «Jerusalén no se encuentra en ningún lugar del Corán»³². Pero esta clase de argumentación puede ser contraproducente, no solo porque demuestra una limitada comprensión de los procesos de santificación, sino porque puede ser utilizada por ambas partes por igual. Si se decide seguir el juego y examinar los libros sagrados, nos encontraremos que Jerusalén, Al-Quds en árabe, no se menciona en el Corán; la única referencia que se encuentra es a Al-Aqsa, la «mezquita más lejana». Pero tampoco Jerusalén, Yerushalayim en hebreo, está mencionada en los cinco libros de la Torá; de nuevo, la única referencia es a «un lugar que el Señor, tu Dios, elegirá»³³. Los judíos samaritanos sostienen que la única indicación del lugar «elegido por Dios» como la localización del templo sagrado es «cerca del hombro de Nablus», que consideran que se trata de la montaña de Gerizim, donde viven. ¿Hemos estado rezando en la dirección equivocada durante todos estos años?

El malestar religioso, social y político continúa incubándose, aunque sea bajo la superficie. Parece imposible que Jerusalén sea capaz de contener todas sus contradicciones. La determinación israelí de tener todo

³² Chana Ya'ar, «Prof. Mordechai Kedar: "A Ball of Fire"», *Arutz Sheva: Israel National News*, 12 de enero de 2012.

³³ Sura del *Corán* 17:1; *Biblia*, Deuteronomio 12:5.

Jerusalén, de no compartir nunca la soberanía con nadie, junto al creciente número de palestinos y las capas de mitos en ambas partes han creado una absurda realidad política que no lleva a la ciudad a ninguna parte. Las celebraciones oficiales del Día de Jerusalén, la fiesta nacional israelí dedicada a la «unificación» de la ciudad en 1967, son el máximo ejemplo de todo esto: la gran mayoría de los que bailaban con banderas israelíes bajo las murallas de la Ciudad Vieja son judíos nacional religiosos que representan el «nuevo espíritu» de Jerusalén; un espacio urbano mesiánico sionista y no integrador. Apenas hay algún *haredim* entre ellos, tampoco judío «laico» alguno. Menos aún, cualquiera de los árabes que forman más de la tercera parte de los habitantes de la ciudad. Al celebrar su «unificación», la ciudad parece más fragmentada que nunca.

Por ello es lógico pensar que Jerusalén solamente estará verdaderamente unida si su soberanía está compartida por ambos pueblos. En mi opinión, la opción de los «dos Estados» –dividirla por la mitad para crear un oeste judío «puro» y un este palestino «puro»– ya no es una solución posible, ni para la cuestión de Jerusalén ni para el conflicto palestino israelí en general; los «hechos sobre el terreno» de los asentamientos israelíes y del crecimiento de la población palestina han vuelto imposible una división geográfica «pura» sobre cualquier base equitativa. Queda la otra opción: una soberanía conjunta en manos de israelíes y palestinos con el mandato de desarrollar la ciudad para atender a las necesidades nacionales, sociales y políticas de ambos pueblos. Entonces Jerusalén podría tener una oportunidad para recobrase del síndrome psicopatológico que lleva su nombre.

FRANCO MORETTI

NIEBLA

LA BURGUESÍA MODERNA, reza el famoso encomio del *Manifiesto comunista*, «ha creado maravillas muy distintas a las pirámides de Egipto, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, y ha realizado campañas [...], aglomerado la población, centralizado los medios de producción [...], poblaciones enteras surgiendo por encanto, como si salieran de la tierra»¹. Pirámides, acueductos, catedrales; realizado, aglomerado, centralizado... Claramente, para Marx y Engels, la «función revolucionaria» de la burguesía radica en lo que esta clase ha *hecho*. Pero su elogio tiene también otra razón más intangible:

Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus «superiores naturales» las ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel «pago al contado». Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha sustituido las numerosas libertades escrituradas y bien adquiridas por la *única* y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal.

La burguesía ha despojado de su aureola a todas las profesiones que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto [...]. La burguesía ha desgarrado el velo que encubría las relaciones familiares, y las redujo a simples relaciones de dinero [...]. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas, con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante

¹ Este artículo está sacado de *The Bourgeois: Between History and Literature*, publicado en junio de 2013 por Verso junto a otra obra de Franco Moretti, *Distant Reading*.

siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas².

Tres campos semánticos distintos están entretejidos en estos febriles párrafos. El primero hace referencia al periodo que precede a la aparición de la burguesía, cuando la naturaleza de las relaciones sociales estaba oculta por una variedad de engaños: «idilio», «velo», «éxtasis», «entusiasmo», «sagrado», «fervor», «sentimentalismo» y «prejuicio». Una vez en el poder, sin embargo –segundo extracto–, la nueva clase dominante ha esparcido despiadadamente estas sombras: ha «destruido relaciones idílicas», «desgarrado», «ahogado», «despojado», «reducido», «roto» y «profanado». De ahí –por último– la nueva episteme de la era burguesa: «frío interés», «cálculo egoísta», «considerar serenamente sus condiciones de existencia», «explotación abierta, descarada, directa y brutal». En lugar de ocultar su dominio tras multitud de espejismos simbólicos, la burguesía fuerza a toda la sociedad a afrontar la verdad sobre sí misma. Es la primera clase *realista* de la historia humana.



Figura 1: Edouard Manet, *Olimpia*, 1863.

² Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto comunista*, Madrid, 1997, pp. 25-27.

I. DESNUDA, IMPÚDICA, DIRECTA

Frío interés. La obra maestra del siglo burgués (Figura 1) «mira al espectador», escribe T. J. Clark, «de un modo que lo obliga a imaginar todo un tejido [...] de ofertas, lugares, pagos, poderes particulares y estatus que sigue abierto a negociación»³. Negociación: la palabra perfecta. Aunque Olimpia yace indolente, como si no hiciese nada, está, de hecho, *trabajando*: ha levantado la cabeza, y se ha girado para evaluar a un potencial cliente –el espectador del cuadro– con esa mirada intensa que tan difícil es de sostener. Desnuda, impúdica, directa. Obsérvese, por contraste, la *Venus Anadiómena* de Ingres (figura 2), con su «mirada que no es una verdadera mirada» (Clark de nuevo), sugiriendo implícitamente la idea de que «el desnudo no oculta nada porque no hay nada que ocultar»⁴. Era precisamente el «sentimentalismo pequeño burgués» de dichos cuadros el que *Olimpia* pretendía desenmascarar: inconfundiblemente, oculta los genitales con la mano. Realismo, de hecho.



Figura 2: Jean-Auguste-Dominique Ingres, *Vénus Anadiómena*, 1848

³T. J. Clark, *The Painting of Modern Life: Paris in the Art of Manet and His Followers*, Londres, 1984, p. 133.

⁴La palabras, de Camilla Lemonnier, están citadas en T. J. Clark, *ibid.*, p. 129. Un comentario anónimo sobre *La esclava griega* –la escultura erótica más famosa del siglo– expresa la misma idea: «La diferencia entre el arte francés y el griego me parece sencillamente que el francés representa a una mujer como si se hubiera quitado la ropa para que la miren; el griego representa una mujer que nunca ha conocido las ropas, que está desnuda pero no avergonzada». Véase Alison Smith, *The Victorian Nude: Sexuality, Morality and Art*, Manchester, 1996, p. 84.



Figura 3: John Everett Millais, *El caballero errante*, 1870

Manet pintó la *Olimpia*, en París, en 1863; siete años después, en Londres, Millais expuso su propia versión del desnudo moderno: *El caballero errante* (Figura 3). Un caballero ataviado con armadura completa, junto a una mujer desnuda y blandiendo una colosal espada que apunta hacia el suelo: hace falta imaginación para sacar esto. El caballero tiene el visor levantado, pero aparta los ojos de la mujer, como si estuviese sumido en sus pensamientos; y tiene una forma extraña de cortar las cuerdas, casi oculto tras el gran árbol. La mujer es igual de extraña: si la Venus de Ingres no miraba a ningún lado en especial, la figura de Millais desvía la mirada; o más precisamente, le han *hecho* desviarla, porque en la versión original, de manera muy sensata, miraba hacia el caballero (Figura 4). Pero las críticas lo acusaron de inmoralidad, y el cuadro no se vendió..., de modo que Millais quitó el torso, y pintó uno nuevo. (Después peinó el pelo del original, le bajó los ojos, la cubrió con una blusa, y la vendió como mártir protestante: Figura 5).



Figura 4: Rayos X de *La mártir de Solway*



Figura 5: John Everett Millais, *La mártir de Solway*, 1871

La espada desenvainada –y la caja de hierro de la armadura; el cabello ubicuo de la mujer⁵– y el rostro girado. Ambigüedad. Millais quiere pintar una mujer desnuda; y le repugna hacerlo. Y por eso, *narrativiza* su desnudez: si la mujer está sin ropa, es porque se ha visto atrapada en una historia de agresión, resistencia, cautividad: a la que pronto seguirían la violación y la muerte, de no haber sido por el caballero. La sangre de la espada, el hombre muerto de la derecha, las figuras fugitivas del fondo, forman parte del relato (como en la edulcorada anotación de Millais: «La Orden del Caballero Errante fue instituida para proteger a viudas y huérfanos y para socorrer a doncellas en apuros»). Y no es el único que ve así las cosas; otros famosos desnudos victorianos, desde el prototípico *Britomarte salvando a una hermosa joven* (1833) de Etty, a *La esclava griega* (1844) de Powers, *La plegaria de Lady Godiva* (1865) de Landseer, y la *Andrómeda* (1869) de Poynter, transmiten el mismo mensaje: la desnudez es resultado de la coerción; es lo que los salvajes, o los bandidos, o los tiranos, les hacen a las mujeres. En *Olimpia*, el sexo era diurno, como un negocio; ocurre a diario; no hay nada que «explicar». Pero en los desnudos victorianos significa ruina, oscuridad, mito, muerte. Lo que Manet había desnudado prosaicamente está de nuevo envuelto en el velo de la leyenda.

Es el enigma victoriano: en contra de lo que afirman aquellos párrafos del *Manifiesto comunista*, el capitalismo más industrializado, urbanizado, «avanzado» de la época *restaura* los «fervores» y el «sentimentalismo» en lugar de «romperlos».

¿Por qué?

2. «TRAS DEL VELO»

¿Por qué *se dio* el victorianismo? Pero el desnudo inglés es una hazaña demasiado diminuta para una cuestión tan amplia. Por lo tanto:

¿Y él, será él,

El hombre, su última obra, que parecía tan hermoso
 Con ese espléndido propósito en sus ojos,
 Que cantó el salmo a los cielos invernales,
 Que le construyó templos de infructuosa plegaria,

⁵ El cabello es por lo común extravagantemente largo en el desnudo, como para compensar su ausencia cerca de los genitales.

Que confió en que Dios era de verdad amor
 Y el amor la ley suprema de la creación –
 Aunque la Naturaleza, roja en diente y garra,
 Gritaba, con voracidad, contra su credo–

Que amó, que sufrió incontables males
 Que batalló por la Verdad, por lo Justo,
 Dispersado por el polvo del desierto,
 O sellado dentro de las colinas de hierro?⁶.

La naturaleza, roja en diente y garra; una imagen tan espectacular que a menudo se toma como señal de impacto de Darwin en la poesía inglesa, cuando, por supuesto, *In Memoriam* (1850) precede en varios años a *El origen de las especies*. Tan fascinantes como la imagen en sí, sin embargo, son las maravillas gramaticales que Tennyson ideó para atenuar su impacto: insertándola en forma de digresión concesiva y parentética (–Aunque la naturaleza [...]–), dentro de una oración interrogativa que ocupa cuatro estrofas (será él /.../ dispersado), y está subdividida en seis subordinadas de relativo claras (que parecía [...] que confió [...] que le construyó [...]). El Minotauro y el laberinto. La inteligencia poética contempla la extinción de la humanidad, y la entierra dentro de un laberinto lingüístico. Mucho, mucho mejor que el caballero de Millais: complejidad sintáctica en lugar de un mojigato revestido de hierro. Pero el deseo subyacente es el mismo: *negación*. Tomemos la verdad que de algún modo ha emergido, y pongámosla entre paréntesis:

...O sellado dentro de las colinas de hierro?

¿Nada más? Un monstruo entonces, un sueño,
 Una discordia. Los dragones del principio,
 Que se embreaban mutuamente con sus babas,
 Eran música sublime comparados con él.

¡Oh vida tan fútil, entonces, tan frágil!
 ¡Oh para que tu voz calme y bendiga!
 ¿Qué esperanza de respuesta, o de desagravio?
 Tras el velo, tras el velo.

Tras el velo. Charlotte Brontë, al leer un libro de historia natural: «Si esta es la verdad, bien puede protegerse a base de misterios y cubrirse con un velo». Charles Kingsley, en una carta a su esposa: «No conjetures, pero si tienes que hacerlo, no conjetures en exceso. Cuidado con llevar los

⁶Tennyson, *In Memoriam*, sección LVI.

argumentos hasta su conclusión lógica»⁷. Una generación después, poco ha cambiado: «Ibsen analiza los males que desgraciadamente sabemos que existen», escribe un anónimo crítico de *Casa de muñecas*, «pero que de nada sirve sacar a la luz del día común»⁸. ¿Qué es lo «desgraciado» aquí? ¿El hecho de que ciertos males *existan*, o el que nos hagan *saber* que existen? Casi con certeza lo segundo. Negación. Y, de nuevo, no es solo una figura menor la que expresa esta renuencia. «La verdad interior está oculta; por suerte, por suerte», exclama Marlow en *El corazón de las tinieblas*. ¿Oculta? Las colonias son la verdad de las metrópolis, escribió Sartre de *Los condenados de la tierra*, y de hecho —a medida que Marlow se interna en el Congo— la verdad sobre Kurtz y la empresa colonial (casi) sale a la luz: «Era como si se hubiera apartado un velo. Vi en aquel rostro marfileño la expresión del orgullo sombrío, del poder despiadado, del terror cobarde». Como si se hubiese apartado un velo: tan a menudo pone de manifiesto Conrad la dificultad de ver, en *El corazón de las tinieblas*⁹, que esta debería ser la revelación largamente esperada. Y por el contrario: «Apagué la vela y salí del camarote». Maravillosa, esta vuelta a la oscuridad. Ese velo levantado, concluye Marlow, era algo «que yo nunca antes había visto, y que espero no volver a ver»¹⁰.

⁷ Brontë y Kingsley están citados en el libro de Houghton, *Victorian Frame of Mind*, que habla mucho acerca de la táctica victoriana de «olvidar deliberadamente todo lo desagradable, y fingir que no existía». Véase Walter E. Houghton, *The Victorian Frame of Mind 1830-1870*, New Haven, pp. 424, 128-129, 413.

⁸ Reseña anónima de *Casa de muñecas* publicada en *Between the Acts*, 15 de junio de 1889; ahora en Michael Egan (ed.), *Ibsen: The Critical Heritage*, Londres, 1972, p. 106.

⁹ El modal *could see* «pude ver» —que claramente implica la posibilidad de *no* ver, en especial en un lugar de «tinieblas»— aparece más de treinta veces en *El corazón de las tinieblas*; más a menudo que en todo el texto de *Middlemarch*, diez veces más largo. Los laboriosos y ubicuos símiles de Conrad —como un tejido diáfano y radiante [...], como un agotador peregrinaje entre insinuaciones [...], como el lento arrastrarse de un escarabajo [...], como un sombrío y pulido sarcófago— fortalecen aún más la opacidad fundamental de esta novela corta.

¹⁰ Aunque breve, *El corazón de las tinieblas* es un compendio de ambigüedad retórica. La mención de los «inenarrables ritos» de Kurtz, por ejemplo (donde el adjetivo es en sí a un tiempo revelador y reticente), está contenida completamente en una digresión —«renuientemente acumulada» y flanqueada por dos extenuantes «peros»— de la detallada descripción que Marlow hace del diario de otro hombre. Al igual que la colocación por parte de Tennyson del pasaje de «diente y garra» entre guiones, la digresión de Marlow (casi) incluye la verdad, pero la relega a una posición que minimiza su importancia: si algo se menciona en una rama lateral de un relato, no puede ser su argumento principal. Lo mismo ocurre en algunas de las grandes frases de Conrad: «Entonces me moví cuidadosamente de puesto en puesto con mi vaso», dice Marlow al aproximarse a la casa de Kurtz junto al río, «y comprendí mi error. Estas protuberancias redondas no eran ornamentales. sino simbólicas; eran expresivas y enigmáticas, llamativas e inquietantes: alimento para las ideas y también para los buitres, si hubiese habido

Sin duda, la negación no era exclusivamente británica: en *Doña Perfecta*, Pérez Galdós habla con sarcasmo felino de «la dulce tolerancia del condescendiente siglo que ha inventado singulares velos de lenguaje y de hechos para cubrir lo que a los vulgares ojos pudiera ser desagradable»¹¹; mientras que uno de los grandes momentos corales de Verdi hace que todo el reparto reaccione ante la revelación de la prostitución –un momento *Olimpia*, por así decirlo–, exigiendo apasionadamente que vuelva a ocultarse¹². A diferencia de la escenificación atemporal de la ópera italiana, sin embargo, o de la retrógrada y provinciana Orbajosa de Galdós, el capitalismo británico de mitad de siglo *había* preparado las condiciones para el realismo burgués vislumbrado en el *Manifiesto comunista*; y, de hecho, Tennyson *había* visto la Naturaleza roja en diente y garra; y Conrad, los cráneos reducidos del imperialismo. Ambos vieron y apagaron la vela. Esta ceguera es el cimiento del victorianismo.

3. EL GÓTICO, UN DÉJÀ-LÀ

A mediados del siglo XIX, hay un género novelístico peculiar –por razones obvias– de la literatura inglesa: las denominadas novelas «industriales» o sobre la «condición de Inglaterra», especializadas en el conflicto entre «patrones y obreros». Pero muchas de estas novelas encuentran también espacio para otro tipo de conflicto: esta vez, entre diferentes generaciones de la misma familia burguesa. En *Tiempos difíciles* (1854), el utilitario

alguno oteando desde el cielo; pero, en todo caso, para las hormigas suficientemente industriosas como para ascender por el poste. Habrían sido incluso más impresionantes, aquellas cabezas colgadas de estacas, si no tuviesen el rostro dirigido hacia la casa». Ornamentales..., simbólicas..., expresivas..., enigmáticas..., llamativas..., inquietantes... alimento para las ideas... Siete especificaciones meditativas, cuyo único objetivo radica en retrasar el descubrimiento de la verdad; cuando los buitres aparecen, son enseguida desrealizados por un hipotético negativo (si los hubiese habido); lo mismo ocurre con las hormigas, delimitadas por ese «suficientemente industriosas». Hay mucho relleno lingüístico en torno a esas cabezas colgadas de estacas, hasta el toque final de «si no tuviesen el rostro girado»: como si lo que importase no fueran las cabezas empaladas, sino su orientación. En conclusión: sí, se nos dice que los cráneos están ahí: pero también se nos *distrae* infinitamente de ellos.

¹¹ Benito Pérez Galdós, *Doña Perfecta* (1876), cap. 3.

¹² En el segundo acto de *La Traviata*, tras poner en cuestión la identidad de Violetta («Questa donna conoscete?»), Alfredo le lanza una bolsa de dinero a los pies («A testimon vi chiamo / Che qui pagata io l'ho!»), revelando así a la prostituta como la verdad de la «cortesana». Pero su acto suscita una indignación tan universal –«Dov'è mio figlio? Io più nol vedo»; «Di sprezzo degno se stesso rende»; «Alfredo, Alfredo, di questo core»– que el resultado de la escena es una ocultación aún más profunda de la verdad.

Gradgrind se siente traicionado al descubrir que a sus hijos les gusta ir al circo («Me molesta tanto como que leyese poesía»); en *North and South* (1855), de Elizabeth Gaskell, la anciana Mrs. Thornton truena contra los clásicos («los clásicos serán muy buenos para los hombres que malgastan su existencia en el campo o en las universidades»), mientras que su hijo, propietario de una fábrica textil, primero los estudia y después se casa con la hija de su maestro; en *John Halifax, Gentleman* (1856), de Dinah Maria Craik, el joven industrial Halifax choca amargamente con su mentor, Fletcher, que se niega a renunciar a sus beneficios en tiempos de hambre. Los detalles varían, pero siguen una constante: ambas generaciones se enfrentan, *porque la primera es mucho más burguesa que la segunda*; más austera, rígida y avariciosa; pero también independiente, inflexible, impaciente con los valores preindustriales; «demasiado orgulloso para ser un *gentleman*», como se decía de Cobden. Pero aquí la independencia se transforma en soledad: Mrs. Thornton es viuda, al igual que Fletcher, Gradgrind, Dombey, Millbank (en *Conningsby*, 1844, de Disraeli); todos marcados por una mutilación que no ha llegado a sanar, que acecha, de un modo u otro, la vida de sus hijos: en *Dombey e hijo* (1848), el pequeño Paul muere por «falta de fuerza vital»; el hijo de Fletcher es un inválido que odia la curtiduría de su padre, y cuya única fortuna es estar bajo el tutelaje del «*gentleman*» Halifax; al hijo de Millbank lo salva de una muerte segura el pequeño lord Coningsby, mientras que la hija de Gradgrind a duras penas evita el adulterio, y el hijo se convierte en ladrón y, a efectos prácticos, homicida. No se me ocurre ningún otro género, excepto la tragedia antigua, en el que una maldición tan amarga una a dos generaciones consecutivas. Y el mensaje de la trama es inconfundible: la historia está dejando atrás a la burguesía. Ha habido *una* generación burguesa; y ahora se está muriendo.

La desaparición de la burguesía en el momento en el que triunfa el capitalismo. Y no solo en la ficción. «Es una de las paradojas de la historia cultural», escribe Igor Webb en su estudio sobre el Mercado de la Lana de Bradford, «que en los años transcurridos entre 1850 y comienzos de la década de 1870, cuando la arquitectura británica se puso decisivamente al servicio del capitalismo industrial, el estilo arquitectónico predominante fuese el gótico»¹³. Pero la explicación de la paradoja, continúa, es de hecho sencilla: los industriales de Bradford tenían una «sensación de

¹³ Igor Webb, «The Bradford Wool Exchange: Industrial Capitalism and the Popularity of the Gothic», *Victorian Studies*, otoño de 1976, p. 45.

inferioridad social e ilegitimidad política» que su mercado gótico disfrutaba de «nostalgia aristocrática por el pasado». «La aceptación del estilo gótico por parte de la clase media en la década de 1850», añade Martin Wiener, «marcó una divisoria, la culminación de la nueva cultura de la revolución industrial y el comienzo de la sumisión de sus hombres nuevos a la hegemonía cultural de la vieja aristocracia»¹⁴. Aunque dedicados a «la destrucción creativa en la esfera económica», concluye Arno Mayer, cuando los nuevos hombres entraron en la esfera de la cultura, se volvieron «defensores entusiastas de la arquitectura, la escultura y la pintura tradicionales [...] envolviendo sus hazañas y envolviéndose ellos mismos en pantallas históricas»¹⁵.

Un mundo modernizador, envuelto en pantallas históricas. Dos años después de la ley de Reforma, en un ataque de impaciencia, el *Zeitgeist* quema hasta los cimientos las sedes de las cámaras parlamentarias, como pidiendo una clara ruptura con el pasado; y sin embargo, comienza el renacer del gótico: «el edificio público más importante» del único país industrial del mundo, concebido como un cruce entre catedral y castillo¹⁶. Y así sucesivamente, durante el resto del siglo: después de la fachada de 250 metros del Parlamento (por no mencionar el interior), vino el mundo de fantasía *kitsch* suspendido sobre St. Pancras («el extremo occidental de una catedral alemana combinado con varios ayuntamientos flamencos»: Kenneth Clark nuevamente), o el ciborio de 50 metros del Albert Memorial, donde los grupos alegóricos de la Manufactura y la Ingeniería comparten dosel con las cuatro Virtudes Cardinales y las tres Teológicas. Absurdo.

Absurdo. Sin embargo, la era de los torreones y los tabernáculos fue también el punto culminante de la estabilidad victoriana; la Era del Equilibrio [*Age of Equipoise*], como la han denominado, cuando alcanzó su cenit la *tranquillità interna* que a Gramsci le parecía típica de la hegemonía de la gran potencia¹⁷. Este es el momento histórico, de hecho, en el que la hegemonía burguesa empieza a hacerse concebible. «Anderson, Wiener y otros sitúan el momento del hundimiento cultural y moral de la burguesía

¹⁴ Martin J. Wiener, *English Culture and the Decline of the Industrial Spirit, 1850-1980*, Cambridge, 1981, p. 64.

¹⁵ Arno Mayer, *The Persistence of the Old Regime: Europe to the Great War*, Nueva York, 1981, pp. 4, 191-192.

¹⁶ Kenneth Clark, *The Gothic Revival: An Essay in the History of Taste* [1928], Londres, 1962, p. 93.

¹⁷ W. L. Burn, *The Age of Equipoise: A Study of the Mid-Victorian Generation*, Nueva York, 1964; Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*, Turín, 1975, vol. III, p. 1577.

a mediados del siglo XIX», escriben John Seed y Janet Wolff en *The Culture of Capital*; pero este, objetan, es también el momento «de la desaparición del cartismo y la incorporación de la clase obrera [...]. Es una coincidencia que sugiere que esta reestructuración de las relaciones de clase que tuvo lugar a mediados de siglo supone algo más que la pérdida de “brío” de la clase media»¹⁸. Tienen razón, pero también la tienen Anderson y Wiener. A mediados de siglo se produjo una retirada de los valores burgueses; y también una reestructuración hegemónica de las relaciones entre las clases. Ambas están claras, y son perfectamente compatibles. «Enfrentada a una exigencia de justificación», escriben Luc Boltanski e Eve Chiappello, desarrollando una idea de Louis Dumont, «el capitalismo moviliza cosas “ya existentes” (*un déjà-là*) cuya legitimidad está garantizada [...] combinándolas con las necesidades de acumulación de capital»¹⁹. No hablan de victorianismo, pero están igualmente describiendo su *Ursprung*: a mediados de siglo, el capitalismo se había vuelto demasiado poderoso como para seguir concerniendo solo a los directamente interesados; debía tener sentido para *todos*: se «enfrentaba a una exigencia de justificación». Pero la clase burguesa tenía demasiado poco peso cultural como para aportarla, y en su lugar «movilizó» un *déjà-là* cristiano feudal, estableciendo un simbolismo compartido por las clases altas que hiciese mucho más difícil cuestionar su poder. Es el secreto de la hegemonía victoriana: identidad burguesa más débil... control social más fuerte.

4. EL GENTLEMAN

El gótico como el *déjà-là* que envuelve el capitalismo moderno en el sudario de las «pantallas históricas». En arquitectura, está claro lo que significa: se construye una estación de tren, y se disimula con un transepto. ¿Y en literatura? Tal vez la aproximación más cercana sea la página dedicada a «Los líderes de la industria» en *Past and Present*:

Ningún Mundo del Trabajo, en igual medida que un Mundo del Combate, puede dirigirse sin una noble Caballería de Trabajo [...]. Necesitarás hacer que tus valerosas huestes de batalla y tus huestes de trabajo, como hicieron las otras, sean lealmente tuyas; deben estar y estarán reglamentadas, garantizándoles metódicamente su justa porción de la conquista bajo tu mando;

¹⁸ John Seed y Janet Wolf, «Introduction», en Janet Wolf y John Seed (eds.), *The Culture of Capital: Art, Power and the Nineteenth-Century Middle Class*, Manchester, 1988, p. 5.

¹⁹ Luc Boltanski y Eve Chiappello, *The New Spirit of Capitalism* [1999], Londres y Nueva York, 2005, p. 20 [ed. cast.: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, 2002].

junidas a ti en verdadera hermandad, en relación filial, por unos lazos distintos y más profundos que los creados por los salarios diarios del jornalero!²⁰.

Ser un industrial no basta para garantizarse el consentimiento de los obreros ingleses, y «hacerlos lealmente tuyos». Las «huestes de batalla» deben entrar en la imagen, «compartir la conquista», la «caballería» [...]. Para establecer su hegemonía, los hombres nuevos deben buscar un *déjà-là* de legitimación en la Aristocracia Combatiente. ¿Pero combatiente contra qué?

Los capitanes de la Industria son los verdaderos Combatientes, reconocibles, por lo tanto, como los únicos verdaderos; Combatientes contra el Caos, la Necesidad, los demonios y los Jötuns [...] Dios sabe que la tarea será dura: pero ninguna tarea noble ha sido fácil [...]. ¿Difícil? Sí, será difícil. Has hecho temblar montañas hasta hendirlas, has doblado el duro hierro como blanda masilla: los Gigantes del bosque, los Jötuns de los pantanos portan haces de dorado grano; Aegir, el mismísimo demonio de los mares, estira su lomo para allanarte el camino, y sobre Caballos de Fuego y Caballos de Viento galopas. Eres el más fuerte. Thor barbarroja, con sus azules ojos como soles, con su alegre corazón y su fuerte martillo tronador, él y tú os habéis impuesto. ¡Sois los más fuertes, vosotros, hijos del norte helado, del lejano este, marchando lejos de vuestra escarpada naturaleza salvaje de oriente, habéis llegado aquí desde la gris aurora del tiempo!²¹.

¿Aegir, el demonio del mar? ¿Los Jötuns de los pantanos portando haces de grano? ¿Es este el mismo escritor de quien Marx sacó la fría metáfora del «vínculo social»? En señal de lo que puede ocurrir si uno le pide demasiado al pasado, las páginas más contemporáneas de Carlyle –su discurso a las nuevas clases dominantes– se convierten en una aberración arcaica, en la que Thor barbarroja, con su alegre corazón, hace que los líderes de la industria sean *irreconocibles*, más que legítimos. Para bien o para mal, por lo tanto, no se produjo un renacimiento del gótico en la literatura victoriana predominante, y el burgués del siglo XIX experimentó una transustanciación más modesta: no en capitán –y mucho menos en caballero medieval– sino solo en *gentleman*.

Publicado en 1856, en la cúspide de la popularidad de la novela industrial, el *John Halifax, Gentleman*, un éxito de ventas escrito por Dinah Craik, comienza con una escena en la que Fletcher, un curtidor cuáquero

²⁰ Thomas Carlyle, *Past and Present* (1843), Oxford, 1960, pp. 278-280.

²¹ *Ibid.*, pp. 278, 282-283.

propietario de una fábrica, salva del hambre a Halifax, de 14 años, ofreciéndole un trabajo. Durante la hambruna de 1800, Halifax, siempre profundamente agradecido con su benefactor, se enfrenta en nombre de este a los trabajadores del pueblo, que han descubierto que Fletcher tiene suficiente trigo y están sitiando su casa. Como Fletcher es cuáquero y se niega a llamar al ejército, Halifax se interpone, indicando de inmediato a la multitud que «quemar la casa de un *gentleman* significa la horca»; después, les hace «oír el clic de su pistola» (que en una escena posterior dispara al aire). En ese punto, Halifax es todavía solo un contable, pero ya habla como un verdadero capitalista: «Era *su* trigo, no el vuestro. ¿No puede un hombre hacer lo que quiera con lo suyo?»²². Punto.

Retrocedamos unas cuantas décadas. Al observar una «acción multitudinaria en el siglo XVIII», escribe E. P. Thompson, está claro que la idea de que «los precios *deberían*, en tiempos de escasez, reglamentarse» no era solo una «convicción profunda de los hombres y mujeres pobres», sino que estaba también «respaldada por el consenso de la comunidad en su conjunto». Pero los últimos levantamientos del siglo, incluido el mencionado en *Halifax*,

nos introducen en un territorio histórico diferente. Las formas de acción que hemos examinado dependían de un determinado conjunto de relaciones sociales, un equilibrio particular entre la autoridad paternalista y la multitud. Este equilibrio fue desplazado en las guerras, por dos razones. Primero, el agudo antijacobinismo de la *gentry* condujo a un nuevo temor hacia cualquier forma de actividad popular independiente [...]. En segundo lugar, la represión fue legitimada, en la mente de las autoridades centrales y de muchas locales, por el triunfo de la nueva ideología de la economía política²³.

El triunfo de la economía política: era *su* trigo, no el vuestro. Pero Halifax no es solo eso. Habiendo sancionado los derechos absolutos de la propiedad privada con la amenaza de la violencia física, pasa a un registro completamente distinto; al ceder el levantamiento, abre la cocina de Fletcher a los trabajadores hambrientos (aunque se niega a darles cerveza); más tarde, aloja a los tejedores expulsados por el terrateniente Lord Luxmore, y sigue pagándoles el salario completo a pesar de la crisis económica (aunque «el viejo grito fatal de “¡Abajo la maquinaria!” no

²² Dinah Maria Mulock Craik, *John Halifax, Gentleman* (1856), Peterborough, Ontario, 2005, pp. 116, 121, 395, 118.

²³ E. P. Thompson, «The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century», *Past and Present*, 50, febrero de 1971, pp. 78, 112, 129.

deja de provocar rápidamente «un destello en los ojos del patrón»)²⁴. Que la revuelta del pan acabase con los trabajadores derrotados entonando «¿Hurra por Abel Fletcher! ¡Hurra por los cuáqueros!» es, por supuesto, ridículo; pero es una respuesta absurda a una cuestión perfectamente razonable: dada la naturaleza conflictiva de la sociedad industrial, ¿qué deben hacer los industriales, para obtener el consentimiento de sus trabajadores?

La respuesta de Halifax está clara: «Si hubieseis venido a decirle a Fletcher, “Señor, las cosas andan mal, el jornal no nos da para vivir», tal vez él [...] os hubiese dado la comida que pretendíais robar”, dice durante la revuelta del pan; y más tarde, a un grupo de obreros desempleados: «¿Por qué no venís a mi casa y pedís honradamente una comida y media corona?»²⁵. «Venid»; vaya expresión. El obrero convertido en mendigo: llamar a la puerta de la mansión y ni siquiera para pedir trabajo, sino comida y limosna. Y, sin embargo, estos son precisamente los momentos en los que Halifax más controla a los trabajadores, en los que es más «hegemónico», por así decirlo. «Supongamos que os doy algo de comer», dice en el momento crucial, «¿me escucharíais entonces?»; y después, «mirando a su alrededor con una sonrisa»: «“Bien, hombres míos, ¿habéis comido bastante?”, “¡Desde luego!”, exclamaron todos. Y uno añadió, “¡Gracias a Dios!”»²⁶.

¿Cómo pueden los industriales asegurarse el consentimiento de sus obreros? La respuesta de la novela, en línea con el *déjà-là* de Bolstanski y Chiappello, atribuye el control de Halifax sobre sus trabajadores a que adopta valores precapitalistas; específicamente, a esa «concepción patriarcal de la relación amo-criado» a la que el capitalismo del siglo XIX dio «un nuevo margen de vida, por constituir el soporte ideológico más fácilmente disponible y adaptable para la desigualdad del contrato de trabajo asalariado»²⁷. Amo y criado: aquí empieza la metamorfosis del unilateral burgués victoriano en un *gentleman* hegemónico. El paternalismo del amo hacia el criado: una promesa de encargarse de la vida entera de los trabajadores –«Bien, amigos míos, ¿habéis comido bastante?»– a cambio de una docilidad dispuesta a colaborar. Pero hay

²⁴ D. M. Craik, *John Halifax, Gentleman*, cit., p. 338.

²⁵ *Ibid.*, pp. 120-121, 395.

²⁶ *Ibid.*, pp. 119-120.

²⁷ Ellen Meiksins Wood, *The Pristine Culture of Capitalism: A Historical Essay on Old Regimes and Modern States*, Londres y Nueva York, 1992, pp. 12-13.

una diferencia con el paternalismo presente en la «economía moral» de Thompson: este era compartido por una porción significativa de la clase dominante, y en ocasiones sobrevivió incluso en documentos oficiales; aunque en decadencia, era una forma de *política pública*. El paternalismo de Craik, por el contrario, es una opción puramente *ética* (como demuestra la ubicua mención de la «bondad» en las reseñas contemporáneas); Halifax se comporta como lo hace porque es un *gentleman*, un cristiano, un evangélico. Es una opción importante, por parte de Craik, pero también problemática. Importante porque, al superponer descaradamente la ética cristiana a la figura del industrial, *Halifax* introduce un ingrediente clave en el mosaico de la cultura victoriana. Cuanto más admirablemente se comporta Halifax, por otra parte, *más se convierte en un elemento atípico de la clase dominante*; como, de hecho, prueban ampliamente sus incontables enfrentamientos con otros personajes de clase alta. Si la ética tuviera que formar parte de la hegemonía social, habría que encontrar una solución más flexible que la de este inmaculado protagonista. Por los mismos años que *John Halifax, a Gentleman*, otra novela sobre industriales cambió el meollo del problema, trasladándolo de los personajes individuales a las relaciones entre ellos.

5. «INFLUENCIA»

No hay ciudad en el mundo, escribe Canon Parkinson en *The Present Condition of the Labouring Poor in Manchester*,

en la que la distancia entre ricos y pobres sea tan grande, o la barrera entre ellos tan difícil de cruzar. La separación entre las distintas clases, y la consecuente ignorancia mutua de los hábitos y las condiciones del otro, son mucho más completas en este lugar que en cualquier país de las naciones más viejas de Europa, o en las partes agrícolas de nuestro reino. Hay mucha menos comunicación personal entre el patrón de una fábrica de algodón y sus obreros que entre el duque de Wellington y el más humilde jornalero de su hacienda²⁸.

Comunicación personal. «El hombre más orgullosamente independiente», dice la protagonista de *North and South*, Margaret Hale, a Thornton, propietario de una fábrica textil, «depende de quienes lo rodean por la insensible influencia que estos ejercen sobre su carácter»;

²⁸ Richard Parkinson, *On the Present Condition of the Labouring Poor in Manchester; with Hints for Improving it*, Londres y Manchester, 1841, pp. 12 y 13.

y en su estudio de la novela, Catherine Gallagher ha destacado precisamente este fragmento para reflexionar sobre la «*influence*» como fulcro simbólico del libro²⁹. Interesante palabra, la de *influence*: originaria de la astrología, donde se utilizaba para indicar el poder de los astros sobre los acontecimientos humanos, adquiere a finales del siglo XVIII el significado más general de «capacidad de producir efectos por medios imperceptibles o invisibles, sin emplear fuerza material ni autoridad formal» (de acuerdo con el Oxford Dictionary). La ausencia de fuerza o autoridad formal la distingue del poder en sentido estricto, en el que ambos rasgos son esenciales, y la alinea, por el contrario, con la «hegemonía» gramsciana: una forma de dominio en la que «medios imperceptibles o invisibles» –la «transición molecular» de la entrada sobre «Hegemonía y democracia» en los *Quaderni*– desempeñan de hecho una función decisiva³⁰.

Influencia entendida como (un aspecto de la) hegemonía. ¿Pero qué pueden significar concretamente «medios imperceptibles» y «transición molecular» en un lugar como Manchester? «En la aldea o el mercadillo de pueblo», escribe Asa Briggs, la «influencia» podría descansar «en el contacto personal», y en el enraizado «poder de la religión»; era algo «directo y mensurable»; pero a medida que crecían las ciudades, y «la separación de las áreas de clase media y de clase obrera [se iba haciendo] cada vez más marcada», su eficacia se vio terriblemente debilitada³¹. Un lugar como Manchester tenía periódicos capaces de «fabricar» (expresión de Briggs) todo tipo de «opiniones»; pero en comparación con la fuerza del contacto personal, las opiniones eran superficiales e inestables³². Y así, en su intento de recrear un espacio para la «influencia», *North and South* revierte la tendencia histórica: comienza con una serie de discusiones de principios abstractos –industria y agricultura; cultura clásica y conocimiento útil; patrones y obreros– que resultan incapaces de prevenir una crisis social; y después, tras una asombrosa escena en

²⁹ Catherine Gallagher, *The Industrial Reformation of English Fiction: Social Discourse and Narrative Form 1832-1867*, Chicago, 1985, p. 168.

³⁰ Antonio Gramsci, *Prison Notebooks*, editado por Joseph A. Buttigieg, Nueva York, 2007, vol. III, p. 345.

³¹ Asa Briggs, *Victorian Cities* (1968), Berkeley, 1993, pp. 63-65.

³² En «The Natural History of the Newspaper», describiendo la transformación de Estados Unidos desde una «nación de aldeanos» en una nación de urbanitas, Robert Park plantea el mismo argumento: «Un periódico no puede hacer en una comunidad de 1.000.000 de habitantes lo que la aldea hacía espontáneamente por medio del cotilleo y el contacto personal». Robert E. Park, Ernest W. Burgess y Roderick D. McKenzie, *The City*, Chicago, 1925, pp. 83-84.

la que un personaje, por lo demás plácido, hace trizas un periódico con los dientes³³, presenta el «contacto personal» como la única solución posible al «problema» industrial. El contacto triangular, para ser precisos: entre el industrial Thornton y Margaret Hale, la «burguesa de la cultura», que es la mediadora de la novela; entre Margaret y el (ex) sindicalista Higgins; y finalmente –restaurando la «comunicación personal [de Parkinson] entre el patrón de la fábrica textil y sus obreros»– entre Thornton y Higgins. «Ninguna mera institución, por sabia que sea [...], puede unir una clase con otra como debería hacerse», declara Thornton hacia el final de la novela, «a no ser que ponga a individuos de diferentes clases en contacto personal directo. Dicho intercambio es el mismísimo aliento vital»³⁴. «¿Y tú crees que pueden impedir que se repitan las huelgas?», pregunta su interlocutor, yendo directamente al grano. «Un hombre más optimista podría imaginar eso», responde Thornton: «Pero yo no soy un hombre optimista [...]. Mi mayor expectativa solo llega a esperar que las huelgas dejen de ser las fuentes de odio amargo y venenoso que han sido hasta ahora». He aquí cómo describe el narrador la nueva situación:

Y de ahí surgió este trato social, que aunque tal vez no tenga el efecto de impedir todos los futuros choques de opinión y acción, cuando la ocasión surgiese, permitiría, en todo caso, tanto a patrón como a obrero mirarse mutuamente con mucha más caridad y simpatía, y soportarse con mucha más paciencia y amabilidad³⁵.

³³ «Y entonces [tu padre] me dio a leer un infame periódico que llamaba “traidor del más negro cariz” a nuestro Frederick, “una desgracia vil y desagradecida para su profesión”. Oh!, no puedo repetir las terribles palabras que usaban. Nada más leerlo, cogí el periódico con las manos, lo rompí en pedazos, lo hice trizas. Creo, Margaret, que lo hice trizas con los dientes», Elisabeth Gaskell, *North and South*, cap. XIV.

³⁴ E. Gaskell, *North and South*, cit., cap. II. Semánticamente relacionada con *influence*, *intercourse* [trato social] es otra palabra clave en *North and South* y de hecho –dado que la mitad de las veces aparece en el último 5 por 100 del libro, agrupándose en torno a la mejora de relaciones entre Thornton y los obreros– una palabra clave del final. Parkinson, por su parte, usa ambos términos, *influence* e *intercourse*, en su panfleto, a menudo anunciando las formulaciones empleadas por Gaskell en la novela: «Que se convierta [...] en una NORMA de obligatorio cumplimiento que el patrón, o un servidor de confianza de igual educación e influencia que el propio patrón, se relacione *personalmente* con todos los empleados [...]. Es asombroso cómo los hombres se reconcilian con otros simplemente cuando los conocen en persona». R. Parkinson, *On the Present Condition of the Labouring Poor in Manchester; with Hints for Improving it*, cit., p. 16

³⁵ E. Gaskell, *North and South*, cit., cap. I.

«Aunque tal vez no tenga», «permitiera, en todo caso», «mucho más caridad», «con mucha más paciencia»... No es fácil declarar lo que de hecho *hacen* la «influencia» y el «trato social». «Patrón y obrero» siguen siendo patrón y obrero, y su «choque futuro» sigue siendo perfectamente posible; la única diferencia son esas proposiciones adverbiales –«en todo caso», «con mucha más caridad», «con mucha más paciencia y amabilidad»– que extienden una pátina virtuosa sobre la realidad de las relaciones sociales. En consecuencia, Raymond Williams tenía razón al calificar el epílogo de Gaskell como «lo que ahora denominamos “la mejora de las relaciones humanas en la industria”»³⁶; pero si eso es cierto, también es interesante lo *mal* que funciona esta resolución ideológica. Esa retorcida secuencia verbal: un tiempo verbal narrativo (*and thence arose* [y de ahí surgió]); un futuro condicional negativo (*though it may not have the effect* [aunque tal vez no tenga el efecto]); un pasado suspendido entre indicativo y subjetivo (*when the occasion arose* [cuando surgiese la ocasión]); y otro, doblemente dubitativo, condicional (*would, at any rate, permit* [permitiría, *en todo caso*]). Hemos alcanzado el «punto» ideológico de la novela: y la frase no puede decidir entre el estado de ánimo de la realidad y el de la mera posibilidad. «Una vez enfrentado cara a cara, hombre a hombre, con un individuo de las masas que le rodeaban», reza otro fragmento sobre el poder de la influencia, «y (obsérvese) fuera del carácter de patrón y obrero, en primer lugar, habían empezado cada uno a reconocer que “tenemos, todos nosotros, un corazón humano”». Aquí, si es posible, el lenguaje es aún más tortuoso: un comienzo en tercera persona del singular (*the masses around him* [las masas que lo rodeaban]); un cambio a segunda persona del imperativo (*take notice* [obsérvese]) dirigido en apariencia –y con torpeza– al lector; después una tercera persona del plural (*they had each began* [habían empezado cada uno]); y un final que transforma al solitario mendigo rural de Wordsworth en la colectividad de la Inglaterra industrial (*we have all of us* [tenemos, todos nosotros]). Las palabras se niegan sencillamente a cooperar con la política de Gaskell: si la anterior frase no lograba escoger entre lo real y lo posible, esta ni siquiera logra decidir cuál debería ser el *sujeto*, mientras que su tono cambia, erráticamente, entre el informe, la orden y el sentimentalismo.

«Resolución imaginaria de contradicciones reales» es la famosa fórmula de Althusser para la ideología; pero estos extraños periodos cacofónicos

³⁶ Raymond Williams, *Culture & Society: 1789-1950* (1958), Nueva York, p. 92.

son lo opuesto a una resolución. Y, sin embargo, *North and South* es supuestamente la más inteligente de las novelas industriales, y la influencia es su centro de gravedad: su fracaso es signo de una dificultad objetiva mayor para imaginar cómo puede concretarse en la realidad «la hegemonía intelectual y moral» (por usar otra de las expresiones de Gramsci). En el siguiente apartado reduciremos la escala del análisis, buscando su «medio invisible» de propagación a una escala verdaderamente «molecular».

6. ADJETIVOS VICTORIANOS

Para ser un libro enfermizamente entusiasta de la vida práctica, el famoso *Self-Help* (1859) de Samuel Smiles tiene una extraña fijación con... los adjetivos. El fracaso, leemos en el prefacio, «es la *mejor* disciplina del *verdadero* trabajador, al animarlo a hacer *renovados* esfuerzos, evocando sus *mejores* capacidades [...]». Como si a Smiles no se le ocurriese un sustantivo sin adjuntarle de inmediato un calificativo: «propósito paciente», «trabajo resuelto», «integridad leal», «reputación sólida», «mano diligente», «trabajadores enérgicos», «hombre fuerte y práctico», «perseverancia incansable», «viril formación inglesa», «leve coerción» [...]

Al principio, me parecía solo una obsesión de Smiles. Después, empecé a ver multitud de adjetivos en todos los textos victorianos que leía. ¿Había dado con el secreto estilístico de la época? Un programa analizador gramatical se puso a trabajar en las 3.500 novelas del Stanford Literary Laboratory, y dio su veredicto: no. Los victorianos usaban adjetivos en igual medida que otros escritores del siglo XIX; la frecuencia se mantuvo, con leves aumentos y descensos, a lo largo de cien años, con una estrecha franja comprendida entre el 5,7 y el 6,3 por 100 (aunque Smiles *estaba* más alto, por encima del 7 por 100). Pero si la hipótesis cuantitativa era claramente errónea, algo más estaba surgiendo en el plano semántico. En la prosa de Smiles se formaban grupos: «aplicación individual agotadora», «trabajadores enérgicos» y «esfuerzo vigoroso», por ejemplo, evocaban el campo del duro trabajo físico: agotador, enérgico, vigoroso. Después, en el extremo opuesto del espectro, se materializaba un campo ético: «espíritu *intrépido*», «carácter *probo*», «*viril* formación inglesa», «*leve* coerción». Pero el tipo de adjetivo que daba a *Self-Help* su sabor peculiar se situaba entre estos dos tipos: «determinación invencible», «propósito paciente», «trabajo constante», «aplicación asidua», «perseverancia incansable», «mano diligente», «hombre fuerte y práctico» [...] ¿A qué campo pertenecen estos adjetivos? ¿Trabajo o *ethos*?

Probablemente a ambos al mismo tiempo: como si no hubiese una verdadera diferencia entre lo físico y lo moral. Y, de hecho, tras observar suficientemente este gran grupo intermedio, los anteriores empezaron a desvanecerse: ¿era la «tenaz aplicación individual» un rasgo práctico o moral? ¿Y acaso no tenía esa «viril» formación inglesa consecuencias eminentemente prácticas?

¿Qué ocurría con los adjetivos de *Self-Help*? Retrocedamos un siglo y consideremos el uso de *strong* [firme, fuerte] en *Robinson Crusoe*. En la novela, hay un puñado de expresiones como «ideas firmes» [*strong ideas*] o «fuerte inclinación» [*strong inclination*], pero la palabra casi siempre va asociada con entidades plenamente concretas como «balsa», «corriente», «estacas», «valla», «piernas», «presa», «ramas», «palo», «cestas», «cercado» o «compañero». Siglo y medio después, *North and South* —una novela de hombres y máquinas, en la que la fuerza física claramente importa— invierte el modelo: un par de «constitución fuerte y enorme» y «brazos fuertes»; y docenas de *strong* unidos a sustantivos como voluntad, deseos, tentación, orgullo, esfuerzo, objeción, sentimiento, afectos, verdad, palabras o gustos intelectuales. En *Self-Help*, *strong* va casi siempre asociado con voluntad, seguido en frecuencia por facultad inventiva, patriotismo, instinto, propensión, alma, resolución, sentido común, temperamento y mentes tolerantes. *Culture and Anarchy* asocia también *strong* con inspiración, individualismo, creencia, cualidades aristocráticas, sagacidad y gustos. Otro adjetivo: *heavy* [pesado, firme, profundo, serio]. En *Robinson Crusoe*, aparte de *heavy hearts* [corazones pesados], *heavy* son los barriles, la madera, las mercancías, las cosas, la piedra de moler, la rama, la mano de almirez, el barco, el oso y similares. En *Halifax*, encontramos *heavy* con miradas, afectos, suspiros, cargas, notas, noticias, desgracias, muchas de ellas en presencias múltiples; en *North and South*, *heavy* acompaña a presión, dolor, humedad de lágrimas, vida, trance y pulsos de agonía; en *Our Mutual Friend*, califica a ceño, ojos, algo ininteligible, suspiros, acusaciones, decepción, resentimiento y reflexiones. Por último, observemos *dark* [oscuro, vago]. En *Robinson Crusoe* indica ausencia de luz, punto. En *North and South*, *dark* acompaña a mirada deslucida, rincones del corazón, sagrado recoveco de su corazón, nube sobre su rostro, ira, horas y red de sus actuales fortunas. En *Our mutual friend*, *dark* califica a profunda trama secreta, así como a atención, sueño, combinación, ceño, señor, antecámaras del mundo presente, sonrisa, negocio, mirada, nube de sospecha, alma, expresión, motivo, rostro, transacción y lado de la historia. En *Middlemarch*

encontramos *dark* como modificador de épocas, periodo, territorios de patología, silencio, tiempos, vuelo de augurio maligno y armario de su memoria verbal.

Sería fácil añadir otros ejemplos (*hard* [duro, difícil], *fresh* [fresco, nuevo], *sharp* [agudo, perspicaz], *weak* [débil, blando], *dry* [seco, árido]...), pero el argumento está claro: los autores victorianos empezaron a aplicar muchos adjetivos que antes indicaban rasgos físicos a estados emocionales, éticos, intelectuales o incluso metafísicos³⁷. En el proceso, los adjetivos se vuelven metafóricos y, por lo tanto, adquieren el tono emocional típico de este tropo: si, aplicados a una «valla» o a una «cueva», *strong* y *dark* indican robustez y ausencia de luz, aplicados a «voluntad» y «ceño» expresan un veredicto positivo o negativo –a medias ético y a medias sentimental– sobre el sustantivo al que van unidos. Su significado ha cambiado y, por lo tanto, y esto es más importante, también su *naturaleza*: su objetivo no es ya la «precisión literal, la definición inconfundible, y la inteligibilidad clara» de la prosa hegeliana³⁸, sino la expresión de un juicio de valor en miniatura³⁹.

Juicios de valor; pero de un tipo concreto. En un reciente estudio cuantitativo, Ryan Heuser y Long Le-Khac han estudiado con detalle

³⁷ Solo un estudio a gran escala de los adjetivos en inglés (imposible aquí) puede establecer la extensión y la cronología exactas de este cambio semántico; todo lo que puedo decir es que, por el momento, no he encontrado nada comparable, en cantidad o calidad, al caso victoriano.

³⁸ G. W. F. Hegel, *Aesthetics: Lectures on Fine Art*, Oxford, 1998, vol. II, p. 1.005.

³⁹ La preferencia de Smiles por el valor atributivo de los adjetivos frente al predicativo forma parte de esta transformación. Como en una ocasión señaló Dwight Bolinger, cuando ambas opciones son igualmente posibles, la posición atributiva tiende a indicar una característica permanente y esencial (este es un río navegable), mientras que la predicativa describe una situación navegable (este río es navegable hoy). Elaborando esta distinción, Bolinger observa a continuación que, en conjunción con los nombres agentivos (cantante, trabajador, mentiroso, perdedor, etc.), numerosos adjetivos tienen un significado «literal» en la posición predicativa (*the fighter was clean* [el combatiente estaba limpio]; *the typist was poor* [el mecanógrafo era pobre]) y otro metafórico evaluativo en la atributiva (*a clean fighter* [un combatiente limpio]; *a poor typist* [un mal mecanógrafo]). Aunque no idénticos a los míos, ni limitados a los tiempos victorianos, estos hallazgos son suficientemente similares como para sugerir interesantes posibilidades de estudio; véase Dwight Bolinger, «Adjectives in English: Attribution and Predication», *Lingua*, 1967, pp. 3-4, 28-29. En su artículo titulado «The “Récit de Thérémène” in Racine’s *Phèdre*» (1948), Leo Spitzer ya había observado, de pasada, que «el adjetivo antepuesto no describe datos físicos sino que saca conclusiones morales del derramamiento de sangre; véase *Essays on Seventeenth Century French Literature*, Cambridge, 1983, p. 232.

el descenso de frecuencia de los campos semánticos de «valores abstractos», «limitación social», «evaluación moral» y «sentimiento» en las novelas inglesas del siglo XIX⁴⁰. La primera vez que presentaron sus resultados, yo me mostré escéptico: ¿el sentimiento y la evaluación moral, *perdiendo* frecuencia en tiempos victorianos? Imposible. Pero sus pruebas eran impecables. Y además, otro de sus hallazgos explicaba el galimatías: entre los campos semánticos cuya frecuencia aumentaba, había un grupo de adjetivos que casi se triplicó en el transcurso del siglo, y que entraba casi sin excepción –*hard* [duro], *rough* [áspero], *flat* [plano], *round* [redondo], *clear* [claro], *sharp* [agudo]– en el grupo que yo he descrito (y que también tenía, como revelaba un gráfico inédito con las colocaciones de *sharp*, las mismas asociaciones metafóricas –calificando a ojos, voz, mirada, dolor...– que yo había encontrado).

Los juicios de valor adoptaron más de una forma en la narrativa del siglo XIX. Uno de los primeros tipos, en el que el juicio era perfectamente visible, era el léxico abiertamente cargado de valor («vergüenza», «virtud», «principio», «gentil», «moral», «indigno» son ejemplos ofrecidos por Heuser y Le-Khac), descendió constantemente en el transcurso del siglo. Pero, al mismo tiempo, el ascenso de los «adjetivos victorianos» había posibilitado otro tipo de juicio, a un tiempo más general (porque los adjetivos están casi por todas partes), y mucho más *indirecto*: porque los objetivos no «evalúan» del todo –algo que es un acto de habla explícito y discursivo–, sino que presentan un rasgo determinado *como perteneciente al objeto en sí*. Y son *doblemente* indirectos, por supuesto, cuando el juicio usa términos genéricos como «oscuro», «agudo» o «fuerte», en los que la declaración de los hechos y la reacción emocional son por definición inseparables. Cuando Gaskell, en *North and South*, escribe que «la expresión de su rostro, siempre severa, *se intensificó* [*deepened*] hasta alcanzar una *siniestra* [*dark*] ira», o Smiles, en *Self-Help*, habla del «fuerte sentido común» de Wellington, están expresando juicios, *aunque nadie ha juzgado realmente*. Es como si el mundo estuviese declarando por sí solo su propio significado. Esta es la estrategia de los adjetivos victorianos.

Permítaseme intentar aclarar el término «juicio». Ante todo, palabras como *dark* y *strong* poseen una trascendencia evaluativa *limitada*: indican, respectivamente, una opinión negativa y positiva sobre la expresión de

⁴⁰ Ryan Heuser y Long Le-Khac, «A Quantitative History of 2.958 Nineteenth-Century British Novels: The Semantic Cohort Method», Literary Lab Pamphlet 4; disponible en litlab.stanford.edu.

Mrs. Thornton y el sentido común de Wellington, pero siguen teniendo una fuerza muy inferior a la de términos como «indigno» y «moral», y no digamos de «vergüenza» y «virtud». Los adjetivos victorianos aportan toquécitos modestos –pueden permitírsele, dada la frecuencia de su aparición– que se acumulan discretamente, sumándose a una «mentalidad» para la que es imposible hallar una declaración fundadora explícita. Típico de esta mentalidad es el hecho de que los valores morales no se sitúen en primer plano *tal cual* (como se planteaban en los juicios de comienzos del siglo XIX), sino que aparezcan inextricablemente mezclados con las emociones. Tomemos ese *dark*: hay en la palabra una sensación de principios transgredidos, y de rigidez individual, y de cierta fealdad, también, y la amenaza de una explosión repentina; contiene un aspecto «objetivo» (que describe el estado emocional de Mrs. Thornton) y otro «subjetivo» (los sentimientos del narrador). Pero la jerarquía de estos diversos factores no llega a definirse, y esta apertura da más fuerza al complejo metafórico. Este es el «significado» de los adjetivos victorianos.

Este es el significado de los adjetivos victorianos: menos claridad ética, pero mayor fuerza emocional; menos precisión, más significado. «El rasgo más distintivo de las almas modernas y de los libros modernos», escribe Nietzsche en *La genealogía de la moral*, es el «modo de hablar vergozosamente *moralizado* que gradualmente ha convertido todos los juicios modernos sobre hombres y cosas en una babosada»⁴¹. Babosada... Tal vez sea excesivo. Pero ese «modo de hablar moralizado» es definitivamente la verdad del victorianismo. *Moralizado*, más que moral: lo importante no es tanto el *contenido* del código ético (una previsible mezcla de cristianismo evangélico, imaginario del Antiguo Régimen y ética del trabajo), como su inaudita *omnipresencia*: el hecho de que, en el universo victoriano, todo lo que existe tiene cierto *significado* moral. No mucho, quizá; pero nunca falta. Es esta incrustación de juicios de valor sobre hechos concretos lo que convierte a los adjetivos victorianos en un ejemplo de la cultura en general.

Y en un ejemplo, también, de un gran punto de inflexión en la historia de la prosa moderna. Hasta entonces, a través de las múltiples opciones interconectadas que describo en *The Bourgeois* –la gramática de la irreversibilidad, el rechazo del significado alegórico, la búsqueda «verbosa» de la precisión, la «especulación aplastada» del principio de realidad,

⁴¹ Friedrich Nietzsche, *The Genealogy of Morals* (1887), ed. por Walter Kaufmann, Nueva York, 1967, p. 137.

el respeto analítico por los detalles, la estricta objetividad del estilo indirecto libre—, la prosa burguesa había avanzado en general hacia el desencanto weberiano: un asombroso avance en la precisión, la variedad y la congruencia, pero un avance que ya no podía «enseñarnos nada sobre el *significado* del mundo»⁴². Pues bien, en los adjetivos victorianos el significado es lo fundamental. En su mundo, todo lo que existe tiene «cierto significado moral», escribí, y me refería principalmente a «cierto» y a «moral». Pero podría cambiarse fácilmente el énfasis: con los adjetivos victorianos, todo lo que existe tiene cierto *significado* moral. Podemos tener una idea más vaga de lo que «existe», pero ciertamente sabemos *qué se siente* al encontrarlo. El mundo ha recuperado su significado. Ha comenzado el reencantamiento, en la escala más «molecular».

¿Qué ha hecho que la precisión sea más importante que el significado?, pregunta un capítulo anterior de *The Bourgeois* al examinar el exceso —en apariencia contraproducente— de detalles en las descripciones del siglo XIX. Aquí deberíamos revertir la pregunta: ¿qué ha hecho que el significado sea más importante que la precisión? ¿Y qué ocurre, una vez que eso ocurre?

7. «EARNEST»

Adjetivos convertidos en inadvertidos vehículos de los valores victorianos. Pero uno de ellos no pasó en absoluto inadvertido. «Al Dr. Arnold y sus admiradores», escribía en 1858 *The Edimburgh Review*, en una reseña sobre *Tom Brown's Schooldays* (1857), una novela dedicada al colegio Rugby, «debemos la sustitución del predecesor *serious* por *earnest*». Sustitución es una palabra demasiado fuerte; pero no cabe duda de que la distancia entre ambos términos descendió drásticamente a mediados de siglo⁴³. Claramente, los victorianos encontraban en *earnest* algo que consideraban importante, y de lo que *serious* carecía. ¿Pero qué?

⁴² Franco Moretti, *The Bourgeois: Between History and Literature*, Londres y Nueva York, 2013, caps. I y II. Max Weber, «Science as a Vocation», en *From Max Weber. Essays in Sociology*, Abingdon, 2009, p. 143.

⁴³ En el corpus bibliográfico de Google, la frecuencia de *serious* casi duplica la de *earnest* hasta 1840, cuando los dos términos se acercan, dándose respectivamente 5 y 4 veces en cada 100.000 palabras; después de 1870, las sendas divergen de nuevo (hasta que finalmente, en el siglo XX, *serious* adquiere una frecuencia diez veces superior a *earnest*). En las 250 novelas de la base de datos de Chadwyck-Healey, una especie de versión extensa del canon del siglo XIX, la diferencia desaparece por completo entre 1820 y 1845, y lo mismo puede decirse (aunque aproximadamente una generación más tarde, en 1840-1860) del corpus más amplio del Literary Lab.

Mohammed «era uno de esos que no pueden sino hablar en serio (*in earnest*)», escribe Carlyle en *On Heroes, Hero-Worship, & the Heroic in History*: uno de esos «a quienes la propia naturaleza ha designado para ser *sinceros*»⁴⁴. La sinceridad, esa es la clave. No es que *serious* implique falta de sinceridad, por supuesto; pero al centrarse en las *consecuencias reales* de las propias acciones, deja la sinceridad al margen. Para *earnest*, por el contrario, los resultados objetivos de una acción son menos importantes que el espíritu con el que dicha acción se emprende; una «acción» tampoco es completamente correcta, porque –si la seriedad [*seriousness*] está, de hecho, orientada a la acción y es temporal (uno se pone serio para *hacer* algo)– *earnest* indica una cualidad más permanente: lo que uno *es*, no lo que por casualidad esté haciendo en un momento dado. El Mohammed de Carlyle lo hacía todo *siempre* en serio [*in earnest*].

Dos términos casi sinónimos, uno de los cuales posee un componente moral del que el otro carece. Obligados a compartir el mismo espacio semántico restringido, *earnest* y *serious* amplificaron sus diferencias, estableciendo una antítesis que, pienso, solo existe en inglés⁴⁵, y como resultado de esto *serious* perdió su neutralidad y se volvió «malo»⁴⁶. Pero si la palabra *serious* pudo ser

⁴⁴ Thomas Carlyle, *On Heroes, Hero-Worship, and the Heroic in History* (1841), ed. por Michael K. Goldberg, Berkeley, 1993, p. 47.

⁴⁵ John Halifax, *Gentleman*, donde ambos términos aparecen más o menos con la misma frecuencia, ofrece un buen ejemplo de su polarización semántica: el grupo *earnest/ness/ly* [serio/seriedad/seriamente] combina ética, emociones, sinceridad y pasión («Su *earnest* amabilidad, su activa bondad, dirigida a un tiempo a la verdad y a las cosas bien hechas, llegó al corazón de las mujeres», p. 307; «Estaba también interesado y *earnest* respecto a cosas más elevadas que el mero negocio [...] los niños de la fábrica [...] la abolición de la esclavitud», p. 470), mientras que el grupo *serious/ness/ly* [serio/seriedad/seriamente] va asociado con el dolor, la furia y el peligro: «Encontré a John y su esposa en una conversación seria [*serious*], incluso dolorosa», escribe el narrador, mientras los dos contemplan la posibilidad de que una de sus visitantes pudiera estar cometiendo adulterio (p. 281); más tarde, cuando el hijo de Halifax se enamora de la hija de un exjacobino, «Mr. Halifax, hablando en ese tono bajo al que caía su voz cuando algo le producía un serio [*serious*] desagrado, posó la mano sobre el hombro del muchacho [...]. La madre, aterrada, se apresuró a interponerse entre ambos» (pp. 401-402). Igualmente, en *North and South*: *earnest* hace referencia a una emoción intensa y sincera («los ojos claros, profundos, *earnest*»; «sus modales *earnest* pero amables»; «la mirada afectuosa y *earnest*»), mientras que *serious* es todo aquello mal recibido y que asusta: ansiedad, errores, contrariedad, aprensión, acusación, enfermedad, imputación, daño...

⁴⁶ Las asociaciones negativas de *serious* persisten en la actualidad en el inglés de Estados Unidos: en años recientes, *serious* apareció en un discurso sobre el Estado de la Unión pronunciado por Bush, en relación con las amenazas terroristas, y el *serious problem* de la dependencia de Estados Unidos al petróleo; en un discurso sobre el Estado de la Unión pronunciado por Obama, se asociaba con las amenazas de estos *serious times* [tiempos peligrosos] y con «bancos que sufren *serious problems*».

exiliada a una especie de purgatorio lingüístico, la seriedad [*seriousness*] objetiva de la vida moderna –fiabilidad, respeto por los hechos, profesionalidad, claridad, puntualidad– siguió siendo, por supuesto, tan real como siempre, y es aquí donde *earnest* realizó su pequeño milagro semántico: *conservar* la tonalidad fundamental de la existencia burguesa, principalmente en la locución preposicional *in earnest*, al tiempo que la *dotaba de un significado ético sentimental*. Es la misma sobredeterminación semántica de otros adjetivos victorianos, pero, esta vez, aplicada al aspecto fundamental de la sociedad moderna. No sorprende que *earnest* se convirtiese en el santo y seña de la Gran Bretaña victoriana.

Gran Bretaña victoriana. En general, esta idea ha atravesado dos fases principales, cada una de aproximadamente medio siglo. La primera hacía principalmente referencia –por citar de nuevo la maravillosa invectiva de Nietzsche– a la «mendacidad moralista» de los victorianos; la segunda, a las estructuras de poder de su sociedad. Dos libros de Steven Marcus pueden señalar ambos marcos interpretativos: *The Other Victorians*, en 1966, ofrecía la concluyente acusación explosiva contra la hipocresía victoriana; *Engels, Manchester and the Working Class*, en 1974, inauguraba el nuevo paradigma, en el que la categoría de victorianismo perdía su obviedad, y el propio término «victoriano» –que tanto había destacado en la primera parte del siglo, desde *Eminent Victorians* a *The Victorian Frame of Mind*, *Victorian Cities*, *Victorian People* y de hecho *The Other Victorians*– fue sustituido en un título tras otro por «clase», «policía», «política del cuerpo», «reforma industrial», «historia política» o «economía del cuerpo». El victorianismo no había desaparecido, pero claramente había perdido su valor conceptual, y sobrevivía solo como etiqueta cronológica aplicada al capitalismo de mediados del siglo XIX o al poder, más en general.

En la medida en que hablar de victorianismo podía ser una forma de *no* hablar del capitalismo, me parece que el trabajo de los pasados cuarenta años tiene sentido. Pero, claramente, el argumento de este ensayo es que el concepto todavía tiene mucho que ofrecer al análisis crítico del poder. En primer lugar, sin embargo, deberíamos «extraer» el victorianismo del transcurso de la historia británica, y situarlo en el contexto comparativo de la Europa burguesa del siglo XIX. Esto no supone «exportar» la idea a otros países, como ha hecho Peter Gay en *The Bourgeois Experience*, que acaba con el dudoso resultado de declarar victoriana a (media) Europa. En mi opinión, el victorianismo sigue siendo un rasgo claramente británico; pero en el sentido de ser *la respuesta específicamente británica a una problemática europea común*. La peculiaridad nacional se conserva, pero solo como posible resultado de una matriz histórica: y el victorianismo se convierte en un tema para comparatistas, en igual medida que para los victorianistas.

La peculiaridad fue, por supuesto, la preeminencia de Reino Unido en el capitalismo del siglo XIX, que convirtió el victorianismo en el primer ejemplo de hegemonía cultural de la historia moderna. «A cada hombre», dice Mariamne en la gran tragedia de Hebbel, «le llega un momento en el que quien guía su estrella le permite / llevar sus propias riendas. Lo terrible es / que nadie conoce el momento...». Para el burgués, ese momento fundamental llegó en el Reino Unido de mediados del siglo XIX, y las decisiones tomadas entonces tuvieron un peso impresionante en la forma de la historia posterior. Tal vez esto explique la furia de algunas de estas páginas, en las que actúo como si la naturaleza de los adjetivos, o los convencionalismos del desnudo, fueran candentes cuestiones contemporáneas. Son, debo añadir, cosa del pasado. Pero ese pasado ha determinado nuestro presente.

Lo ha determinado, al darle la espalda a la representación «realista» (Marx) o «desencantada» (Weber) de la modernidad. Piénsese en los recursos estilísticos aquí analizados: la «motivación» narrativa del deseo sexual; la parentización sintáctica de las verdades incómodas; el adorno del poder presente con el derecho antiguo; la reescritura ética de las relaciones sociales; el velo metafórico que los adjetivos proyectaban sobre la realidad: como múltiples formas de hacer «significativo» (o no insignificante, si se diera el caso) el mundo moderno. El significado, más importante que la precisión. *Mucho* más importante. Si el burgués inicial había sido, en general, hombre de conocimiento, la mezcla victoriana de negación y sentimentalismo lo transformó en criatura que temía y odiaba el conocimiento. Esta es la criatura a la que ahora debemos conocer.

8. ¿QUIÉN NO AMA EL CONOCIMIENTO?

Tom Brown's Schooldays: la novela escogida por *The Edinburg Review* para su reflexión sobre *earnest*. «¿Le diré [...] que lo mando al colegio a convertirse en un buen estudioso?», se pregunta el hacendado Brown cuando su hijo Tom está a punto de partir hacia el internado de Rugby. «Bueno, pero no lo mando al colegio para eso», se corrige a sí mismo: «Las partículas griegas, o la digamma» no son lo importante; por el contrario, «con que se convierta en un inglés valiente, útil y sincero, y en un *gentleman*, y un cristiano, me conformo»⁴⁷. Valiente, sincero, un *gentleman* y un cristiano; para eso sirve Rugby. Y su director (el real, no el de novela)

⁴⁷ Robert Hughes, *Tom Brown's Schooldays* (1857), Oxford, 1997, pp. 73-74.

coincide: «Lo que debemos buscar aquí», les dice a los chicos mayores en quienes le gustaba delegar su autoridad, «es, primero, principio religioso y moral; segundo, conducta caballerosa; tercero, capacidad intelectual». *Tercero*, capacidad intelectual. «Antes que a mi hijo la ciencia física le pareciese lo principal», añade en un momento menos cauteloso, «preferiría que creyese que el sol gira alrededor de la Tierra»⁴⁸.

El sol gira alrededor de la Tierra. El escolar Tom Brown tiene más sentido común que eso; aun así, cuando al final de la novela le preguntan qué quiere «llevarse» de Rugby, se da cuenta de que no tiene ni idea; y entonces:

Quiero ser número uno en críquet y fútbol, y en todos los demás juegos [...] y agradar al Doctor; y quiero irme sabiendo suficiente latín y griego como para pasar respetablemente por Oxford.

Deportes; después, la aprobación del Doctor; y por último, y en menor medida, aprender «lo suficiente» como para superar descuidadamente otro ciclo educativo. Al menos en una cosa, por lo tanto, hacendado, doctor y muchacho coinciden a la perfección: el conocimiento está *en el extremo inferior* de la jerarquía educativa. Es la primera vena de antiintelectualismo victoriano, arraigada en la visión del mundo militar y cristiana de la vieja elite, y revitalizada a mediados de siglo por sus escuelas más prestigiosas (y, más tarde, por las carreras profesionales en el imperio). Pero no es la única fuerza que presiona en esa dirección. «Cómo disfruta uno viendo [...] a este hombre práctico, endurecido, aparentemente opaco, quizá malhumorado, casi estúpido», escribe Carlyle en *Past and Present*, «lanzarse contra un ligero e ingenioso hombre teórico»; y ciertamente el hombre práctico, casi estúpido, no tarda mucho en poner en ridículo a su ingenioso rival⁴⁹. «El genio quizá no sea necesario», añade Smiles en un capítulo titulado «Aplicación y perseverancia»; en cuanto a «colegios, academias y universidades», también ellos están excesivamente valorados;

⁴⁸ Los pasajes de Arnold están citados en un libro de Lytton Strachey, *Eminent Victorians* (1918), Oxford, 2003, pp. 149 y 153. Asa Briggs cita otro dicho memorable: «La mera agudeza intelectual, desprovista, como ocurre en demasiados casos, de todo lo exhaustivo y grande y bueno [es] más asquerosa que la más desesperada imbecilidad, y me parece casi como el espíritu de Mefistófeles». *Victorian People: A Reassessment of Persons and Themes* (1955), ed. revisada, Chicago, 1975, p. 144.

⁴⁹ «De todas las naciones del mundo», añade Carlyle en otra parte, «los ingleses son los de habla más torpe, los de acción más sabia [...], si la lentitud, lo que nosotros en nuestra impaciencia denominamos "estupidez", fuese el precio del equilibrio estable sobre el inestable, ¿rechazaríamos cierta lentitud?», T. Carlyle, *Past and Present*, cit., pp. 164-168.

mucho mejor es «la educación vital a diario impartida en nuestros hogares, en las calles, detrás de los mostradores, en los talleres, y en el telar y el arado, en contadurías y fábricas»⁵⁰.

Talleres y telares, en lugar de escuelas y academias. «La revolución industrial no debía mucho a la teoría científica», observa Houghton, y en consecuencia «en lugar de fomentar la investigación científica, el éxito de la tecnología temprana confirmó el antiintelectualismo propio de la mente empresarial»⁵¹. El antiintelectualismo es «el antisemitismo del empresario», coincide Richard Hofstadter, que siguió la trayectoria del mismo desde la Gran Bretaña victoriana al Estados Unidos de posguerra⁵². Este, sin embargo, ya no es el alegre barbarismo del hacendado Brown, con sus partículas griegas y su digamma; una sociedad industrial *necesita* conocimiento; pero lo necesita *en la medida en que sea útil*. De nuevo esa palabra: un grito de batalla del victorianismo, desde la Sociedad para la Difusión del Conocimiento Útil a las palabras del industrial de *North and South* («para mí, cualquier hombre que sepa leer y escribir tiene suficiente cantidad de conocimiento realmente útil»), a *The Idea of a University* planteada por Newman («la cultura mental es enfáticamente útil»), el toque felino de Bagehot acerca de Scott —«ningún otro hombre tenía un intelecto más útil»— e incontables otros⁵³. Siguiendo al conocimiento como una sombra, «útil» lo convierte en una herramienta: el adjetivo dirige al conocimiento, que ha dejado de ser un fin en sí mismo, hacia una función predeterminada y un horizonte circunscrito, por no mencionar los *resultados* que se esperan de él. Conocimiento útil o conocimiento sin libertad.

Esto, en el extremo «prosaico» y popular del espectro victoriano. Ahora, Tennyson:

¿Quién no ama a Conocimiento? ¿Quién se manifestará
Contra su belleza? ¡Ojalá se mezcle
Con los hombres y prospere! ¿Quién fijará
Sus pilares? Dejemos que su obra se imponga.

¿Quién no ama el conocimiento? Por supuesto. Pero...

⁵⁰ Samuel Smiles, *Self-Help*, 1859, caps. III, I.

⁵¹ W. E. Houghton, *The Victorian Frame of Mind 1830-1870*, cit., pp. 113-114.

⁵² Richard Hofstadter, *Anti-Intellectualism in American Life*, Nueva York, 1963, p. 4.

⁵³ E. Gaskell, *North and South*, cap. X; John Henry Newman, *The Idea of a University*, New Haven, 1996, p. 118; Walter Bagehot, «The Waverley Novels» (1858), en *Literary Studies*, Londres, 1891, vol. II, p. 172.

Pero en su frente se asienta un fuego:
 Se pone su semblante descarado
 Y salta en la oportunidad futura,
 Sometiéndolo todo al deseo.

Todavía a medio crecer, niña, y vana,
 No logra superar el temor a la muerte.
 ¿Qué es ella, separada de amor y fe,
 Sino una especie de enloquecida Atenea del cerebro

De los Demonios? Ferozmente dispuesta a hacer estallar
 Todas las barreras en su carrera hacia delante
 Por el poder. Pongámosla en su lugar;
 Ella es la segunda, no la primera⁵⁴.

Conocimiento con mayúscula. Pero si «ella» [Tennyson lo personifica y le atribuye género femenino] está «separada» de «amor y fe» –si está «privada», como diría el director Thomas Arnold, «de aquello que es grande y bueno–, se convierte en algo «a medio crecer», y «salvaje», mientras el «cerebro» [*brain*] («de los Demonios», el «espíritu de Mefistófeles» de Arnold) se hace rimar con «vano» [*vain*]. Y en un poema en el que el encabalgamiento es infrecuente, el que se dé en tres estrofas consecutivas⁵⁵ nos dificulta tanto el captar la sintaxis que la chanza clasista de «Pongámosla en su lugar» transmite un suspiro de alivio métrico. Y entonces, por supuesto, «Es la segunda, no la primera». ¿Una pequeña diferencia? «Marca toda la diferencia del mundo el que pongamos la Verdad en el primer lugar o en el segundo», reza el lema situado por John Morley como epígrafe a *On Compromise* (1874). El primer lugar significa autonomía; el segundo, subordinación:

[...] Ella es la segunda, no la primera.

Una mano superior debe domarla,
 Para que no sea todo en vano; y guiar
 Sus pasos, para que avance junto a
 La sabiduría, como el niño pequeño:

Porque ella es terrenal de la mente,
 Pero la sabiduría, celestial del alma.

⁵⁴ A. Tennyson, *In Memoriam*, CXIV.

⁵⁵ «Del cerebro/ De los Demonios»; «hacer estallar/ todas las barreras»; «carrera hacia delante/ por el poder». La inestabilidad métrico-sintáctica había emergido, con otros tres encabalgamientos, inmediatamente después de las palabras «¿Quién no ama a Conocimiento?»: «manifestará/ contra», «se mezcle/ Con los hombres», y «fijará/ Sus pilares».

Una mano superior. Pobre conocimiento. Cuando no se ve obligado a ser «útil», tiene que ser bueno. Su único consuelo es que la belleza lo tiene peor. Entre las 20.000 palabras de *In Memoriam*, «belleza» aparece... dos veces. Una en el fragmento que acabamos de ver, donde, como atributo de conocimiento («¿Quién se manifestará/ Contra su belleza?»), está en sí controlada por la sabiduría celestial; y otra aquí:

Mi propia y débil vida debería enseñarme esto,
Que la vida vivirá por siempre,
Por lo demás la tierra es oscuridad en el núcleo,
Y polvo y cenizas todo lo que existe;

Este círculo de verde, esta esfera de llamas,
Belleza fantástica; que acecha
En algún enloquecido Poeta que trabaja
Sin conciencia ni objetivo.⁵⁶

Fantástica belleza [*beauty*]. Pero para Tennyson el adjetivo no es el modificador eufórico de hoy; es como la «fe fantástica» de la Ignorancia en *El progreso del peregrino*: significa ilusoria, efímera, peligrosa: algo que «acecha» –jacecha!– en «algún poeta enloquecido» (como la «enloquecida Atenea» de la estrofa CXIV) que trabaja «sin conciencia». Ese poeta debe de ser el protagonista de la siguiente estrofa, para la que, de acuerdo con su propio hijo, Tennyson se había inspirado en «el grito del “Arte por el Arte”»:

¡El arte por el Arte! ¡Saludos, verdadero Señor del Infierno!
¡Saludos Genio, Señor de la Voluntad Moral!
«¡El más vulgar de los cuadros bien pintados
Es más poderoso que los más puros de los mal pintados!»⁵⁷.

La década de 1850; los años en los que *Les fleurs du mal* y *Madame Bovary* anuncian la aparición de un campo literario autónomo en el que un texto «puede ser hermoso, no solo a pesar del aspecto en que no es bueno, sino por el contrario *en ese mismo aspecto*»⁵⁸; de forma tal, sí, que el más vulgar de todos los cuadros bien pintados *es* más poderoso que los más puros mal pintados. Volvemos a *Olimpia* y *El caballero errante*. Y lo que es cierto para el arte, continúa Weber, también lo es para la ciencia: en la que «algo puede ser cierto aunque no sea hermoso, ni sagrado, ni bueno». Cierto, aunque no sea *ni* hermoso *ni* sagrado *ni* bueno: más que cualquier contenido específico, es esta radical *separación de las esferas intelectuales* lo que

⁵⁶ A. Tennyson, *In Memoriam*, xxxiv.

⁵⁷ Hallam Tennyson, *Alfred Lord Tennyson*, Nueva York, 1897, p. 92.

⁵⁸ M. Weber, «Science as a vocation», cit., p. 148.

define la novedad de la cultura burguesa, y convierte «La ciencia como vocación» en su gran manifiesto. La ciencia y el arte no deben ser «útiles» ni «sabias»; solo deben seguir su lógica interna. Autonomía. Pero el manifiesto victoriano se escribió precisamente en contra de la autonomía.

9. NIEBLA

«Hasta aquí he insistido principalmente en la belleza», escribe Matthew Arnold al comienzo del segundo capítulo de *Culture and Anarchy*⁵⁹. ¿De verdad? Ciertamente que la palabra belleza aparece 17 veces en solo una docena de páginas; pero, por ejemplo, «perfección» ya ha aparecido 105, y «cultura», 152. Más importante, Arnold, a su «belleza», nunca le ha permitido ser simplemente belleza; siempre la ha acompañado de un complemento ético, cada vez que la menciona: «belleza divina», «sabiduría y belleza», «la belleza y el valor de la naturaleza humana», «la idea de belleza y de una naturaleza humana perfecta por todos sus lados» (dos veces), «la idea de belleza, armonía y completa perfección humana» (también dos veces), más siete variaciones ligeras acerca de la belleza y la dulzura.

Belleza... moralizada. *In Memoriam*. Pero hay más. «Hasta ahora he insistido principalmente en la belleza, o la dulzura [*sweetness*]», continúa Arnold: la belleza, es decir, la dulzura. ¿Dulzura? «principalmente en la belleza, o la dulzura, como un carácter de perfección». Belleza o dulzura; dulzura o perfección. Cajas chinas. Dentro de cajas —«al convertir la dulzura y la luz en caracteres de perfección, la cultura comparte espíritu con la poesía»— y cajas —«como la religión; ese otro esfuerzo en busca de la perfección»— hasta que alcanzamos la caja de todas las cajas: «porque, como la religión —y cualquier otro esfuerzo para alcanzar la perfección— atestigua que quien trabaja por la dulzura y la luz, trabaja para hacer prevalecer la razón y la voluntad de Dios»⁶⁰.

Niebla.

«La nebulosidad es la madre de la sabiduría», escribía Morley, sarcásticamente, en *On Compromise*⁶¹; probablemente no pensaba en Arnold, pero podría haberlo hecho: belleza, dulzura, luz, perfección, poesía,

⁵⁹ Matthew Arnold, *Culture and Anarchy* (1869), Cambridge, 2002, p. 81.

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 67, 78.

⁶¹ John Morley, *On Compromise* (1874), Hesperides, 2006, p. 39.

religión, razón, la voluntad de Dios... ¿Qué es esto? ¿Son los conceptos de Arnold tan nuevos que solo pueden emerger por aproximación indirecta? No; no son nuevos en absoluto; ni son el tipo de idea –como «niño», «montón» o «rojo»– cuyo significado lleva adjunta como condición una cierta vaguedad⁶². Su porosidad es, por el contrario, una forma de aseverar la *unidad* fundamental e inmutable de la cultura. Lo hermoso tiene que ser *también* bueno y sagrado y cierto. El comienzo del renacimiento del gótico, escribe Kenneth Clark, fue la decisión de «excluir los términos técnicos» del debate sobre el nuevo Parlamento, y dejar que «los simples valores humanos ocupasen su lugar»⁶³. Simples valores humanos: los hombres de cultura, escribe Arnold, «se han esforzado por separar el conocimiento de todo aquello desagradable, grosero, difícil, abstracto, profesional, exclusivo; humanizarlo, hacerlo eficiente fuera de la camarilla de los cultivados y educados»⁶⁴. Son «la facilidad, la gracia y la versatilidad» de los «liberalmente educados» a los que alude Newman en *The Idea of a University*; la cruzada de Ruskin contra la precisión «mecánica»; o, de nuevo, la «atractiva presencia conversacional» como la «cualidad más distintiva» de Arnold⁶⁵. Y el resultado de todo esto...

El resultado es que la cultura *no* debe ser una profesión. Esta es la fuente de la niebla que invade cada página de *Culture and Anarchy*: la facilidad y la gracia del *dilettante*, flotando a la deriva entre los valores humanos, sin inclinarse ante las definiciones mecánicas que un profesional tendería a dar. No es que la vaguedad de Arnold sea en consecuencia invencible: para saber lo que él entiende por «cultura», por ejemplo, solo necesitamos olvidar las insípidas fórmulas por las que es famoso –«lo mejor que se ha pensado y conocido»: niebla– y observar las concordancias del término: y desde dentro de la oposición entre cultura y anarquía, se materializa otra en la que la cultura gravita en torno a la idea de Estado y la anarquía en torno

⁶² «Ciertos conceptos son irradicablemente vagos», escribe Michael Dummett, no en el sentido «de que no pudiésemos precisarlos si lo deseamos; sino, por el contrario, de que, para precisarlos, deberíamos destruir toda su razón de ser». Michael Dummett, «Wang's paradox», en Rosanna Keefe y Peter Smith (eds.), *Vagueness: A Reader*, Cambridge, Massachusetts, 1966, p. 109.

⁶³ K. Clark, *The Gothic Revival: An Essay in the History of Taste*, cit., p. 102.

⁶⁴ M. Arnold, *Culture and Anarchy*, cit., p. 79.

⁶⁵ Stefan Collini, «Introduction» a Matthew Arnold, *Culture and Anarchy*, Cambridge, 2002, p. xi.

a la clase obrera⁶⁶. Luego sí, podemos dispersar la niebla y descifrar el mensaje oculto debajo. ¿Pero y si la niebla *en sí* fuese el mensaje? Dror Wahrman:

Entre los polos de la inclusividad indivisa (radical) y la exclusividad drástica (conservadora) se levantaba el «idioma de la clase media». La capacidad de sus defensores para caminar por una fina línea [...] se basaba en el hecho de que, en cuanto a significación social, *el lenguaje de la «clase media» era inherentemente vago*. Pocos de sus defensores optaron por definirlo o especificar sus referentes⁶⁷.

Inherentemente vago. La categoría de la clase media tenía «una vaguedad inherente en relación con las estructuras sociales», añade en otra parte, «y de hecho esta vaguedad era a menudo útil para quienes la empleaban»⁶⁸. Perfecta, esta afinidad optativa entre la retórica de la vaguedad y el término que expulsó la palabra «burgués» de la lengua inglesa. Esa opción semántica había sido un acto de camuflaje simbólico, sugiero yo en la «Introducción» a *The Bourgeois*; pero, de nuevo, el victorianismo es una larga historia de camuflaje, desde los torreones góticos al *gentleman* cristiano, desde la hipotaxis en Tennyson a las digresiones de Conrad, los capitanes de Carlyle, y los adjetivos moralizadores de todos ellos y la seriedad ansiosamente promovida. La vaguedad es lo que permite a estos espectros sobrevivir a la luz del día; la niebla que entierra la «inconfundible concreción» de la prosa y, con ella, la gran apuesta intelectual de la literatura burguesa.

⁶⁶ «La cultura sugiere la idea del Estado», escribe Arnold casi al final de la segunda parte: «No encontramos base para un firme poder estatal en nuestro yo ordinario; la cultura nos sugiere uno en nuestro mejor yo» (p. 99). Y en la «Conclusión»: «Por consiguiente, a nuestros ojos, el marco mismo y el orden exterior del Estado, quien sea que administre el Estado, es sagrado; y la cultura es el enemigo más resuelto de la anarquía, por los grandes designios y esperanzas para el Estado que la cultura nos enseña a alimentar» (p. 181). En cuanto a la anarquía, en aquellos casos en los que el término va unido a un referente social reconocible, se trata de «la rdueza de Hyde Park» de extracción obrera (p. 89); en un momento especialmente desvergonzado, Arnold admite que «hacer lo que a uno le gusta» era «suficientemente oportuno siempre que solo los bárbaros y los ignorantes hagan lo que les guste, pero [se está] volviendo inoportuno, y causante de anarquía, ahora que la plebe también quiere hacer lo que le gusta» (p. 120).

⁶⁷ Dror Wahrman, *Imagining the Middle Class: The Political Representation of Class in Britain, c. 1780-1840*, Cambridge, 1995, pp. 55-56.

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 8, 16.

Partido Verde alemán, principales bases geográficas



○ ————— 160,93 Km. (100 millas)

▨ Estados y ciudades-Estado donde el Partido Verde ha obtenido un porcentaje de voto superior al 10 por 100 desde 2002

¿QUÉ HA SIDO DE LOS VERDES

ALEMANES?

EL 24 DE marzo de 1999 cayeron las primeras bombas sobre las centrales eléctricas y las estaciones de suministro de agua de Belgrado, inutilizando la red eléctrica y destruyendo infraestructuras básicas: fábricas, vías de ferrocarril y puentes¹. La Luftwaffe alemana estaba de vuelta en los Balcanes, casi cincuenta y ocho años después del último bombardeo sobre la capital yugoslava en 1941, y sus incursiones repetían extrañamente la tristemente célebre estrategia del general Löhner de destruir los centros administrativos y logísticos de una ciudad ya abierta, descritos en la jerga del momento de la OTAN como blancos con un «doble objetivo». El resurgir militar de Alemania difícilmente pudo anunciarse más atronadoramente. Dentro de la Operación Fuerza Aliada, su Fuerza Aérea realizó casi quinientas incursiones contra lo que quedaba de una Yugoslavia ya minada por el declive económico, la intervención occidental y un nacionalismo étnico a menudo externamente fomentado con la diplomacia austro alemana al frente. El bombardeo de la OTAN no solo dejó a su paso víctimas civiles, hospitales incendiados y escuelas destruidas, sino que, echando gasolina al fuego, también sirvió para agravar la tragedia que supuestamente se intentaba prevenir, intensificando los crímenes de guerra sobre la población civil y provocando la huida en masa de civiles. El líder del Partido de los Verdes, Joschka Fischer, tenía razón cuando en 1994 declaraba que la participación de fuerzas alemanas en países «invadidos por las tropas de Hitler durante la Segunda Guerra Mundial solamente avivaría las llamas del conflicto»².

¹ Estoy agradecido a Friedrich Heilmann y Frieder Otto Wolf por sacar tiempo para compartir conmigo sus perspectivas políticas sobre la trayectoria del Partido Verde.

² «Ich bin der festen Überzeugung, daß deutsche Soldaten dort, wo im Zweiten Weltkrieg die Hitler-Soldateska gewütet hat, den Konflikt anheizen und nicht deeskalieren würden», *Die Tageszeitung*, 30 de diciembre de 1994.

Pero ahora Fischer era ministro de Asuntos Exteriores y vicescanciller del primer gobierno federal rojiverde alemán. Olvidadas sus predicciones, Fischer y la dirección del Partido Verde consideraban que para Alemania era una obligación moral, si no invadir Yugoslavia una vez más, sí lanzar bombas sobre su territorio desde una altura segura; naturalmente con fines humanitarios. Las bases de Los Verdes se mostraban más reacias: ningún partido europeo occidental se había identificado tan claramente con las exigencias, desarme nuclear y abolición de la OTAN y del movimiento pacifista. Los Verdes alemanes tenían profundas raíces históricas de oposición a la militarización de Alemania Occidental y en los movimientos de solidaridad con las luchas antiimperialistas. Pero después de largas batallas internas, el partido se había convertido en un actor ya establecido dentro del sistema parlamentario alemán, y estaba tácitamente entendido que entrar en el gobierno federal suponía apoyar tanto a la OTAN como a la «economía de mercado». El eurodiputado verde Daniel Cohn-Bendit, un viejo socio de Fischer, había estado preparando el terreno para la intervención militar desde el comienzo de las guerras de secesión en Yugoslavia y ahora pedía tropas terrestres: una invasión del país. No obstante, en 1998 el manifiesto electoral de Los Verdes declaraba que el partido se opondría tanto a «las misiones de paz como a las de combate», y que defendía el repliegue de la OTAN, no su expansión.

Pocos meses después, estos compromisos del manifiesto quedaban abandonados cuando Los Verdes, con un simple 6,7 por 100 del voto en las elecciones de septiembre de 1998, firmaron un acuerdo de coalición con el SPD de Schröder que ponía a la OTAN en un lugar preferente. Incluso antes de entrar en el gobierno, el propio Fischer había sido informado de los planes sobre Yugoslavia que tenía el gobierno Administración de Clinton durante un viaje a Washington con Schröder y Lafontaine³. Como todos los pasos de su carrera, el progreso personal de Fischer se vendía como una dolorosa comprensión de verdades superiores cuya aceptación no significaba traicionar, sino, por el contrario,

³ Los medios de comunicación alemanes continúan reproduciendo la leyenda de que el gobierno de Schröder-Fischer fue tomado por sorpresa por los acontecimientos en Yugoslavia; sigue sin estar claro hasta qué punto el gobierno de la RFA –tanto con Kohl como con Schröder– fue él mismo una fuerza tras la guerra de los Balcanes. Por otra parte, se ha sugerido que Estados Unidos, preocupado porque la UE pudiera volverse más independiente bajo una fortalecida hegemonía alemana, aprovechó la oportunidad para integrar la remilitarización de la RFA dentro de una OTAN refundada. Véase Richard Holbrooke, «America, A European Power», *Foreign Affairs*, vol. LXXIV, 2, marzo-abril de 1995.

realizar plenamente sus ideales de una sociedad mejor. Casi unánimemente, los medios de comunicación alemanes fomentaron la política de intervención militar de Schröder-Fischer, respaldados por intelectuales como Günter Grass y Jürgen Habermas; los críticos como Peter Handke fueron anatematizados como amigos de los criminales de guerra serbios. No obstante, una gran parte de la sociedad alemana se mostraba reluctante a aprobar la utilización de las armas en nombre de los «derechos humanos» y, muy especialmente, la base electoral de Los Verdes; la resistencia creció con rapidez. Los Verdes opuestos a la guerra exigieron que el partido convocara un congreso extraordinario, que se celebró en el momento cumbre del bombardeo de la OTAN con una masiva presencia policial para «proteger» la reunión de los miembros de base. Por un breve momento pareció que Los Verdes podían dividirse y provocar la caída del gobierno. Superando incluso a la retórica de Blair, Fischer manifestó al Congreso que la represión serbia sobre los kosovares provocaría «otro Auschwitz»; cualquiera que se opusiera a la intervención de la OTAN sería por ello responsable de un segundo holocausto. Al final de la dramática y a veces violenta reunión, la resolución de compromiso del comité federal que daba a los ministros verdes *carte blanche* fue aprobada por 444 votos contra 318. Así, el regreso de los militares alemanes a la guerra ofensiva, explícitamente prohibida por la Constitución debido a los crímenes de guerra nazis, quedó legitimado mediante la explotación moral de esos mismos crímenes.

Una vez que el partido renunció a esta piedra fundacional de la política verde, todo lo demás se puso en venta. Después de la guerra yugoslava, alrededor de un tercio de los afiliados abandonaron el partido y fueron sustituidos por una nueva hornada, más dócil a la orientación de la dirección. Después de haber sido los defensores del Estado del bienestar y los paladines de la redistribución económica, Los Verdes se volvieron unos entusiastas defensores de la neoliberal Agenda 2010 de Schröder, que condujo a un tremendo expolio de los activos públicos, de la Seguridad Social y de los fondos de pensiones, al mismo tiempo que reprimía los salarios y concedía recortes fiscales a las empresas por valor de miles de millones de euros; de hecho, una redistribución de la riqueza de los pobres hacia los ricos. Incluso más asombrosa fue la completa rendición de Los Verdes a la industria nuclear alemana; la lucha por el cierre de las centrales nucleares había sido una cuestión básica en el partido y había sobrevivido durante largos años de compromiso parlamentario como el *sine qua non* de sus promesas electorales. Ahora que estaban en

el gobierno, reactores agotados recibieron una nueva prórroga de por lo menos diez años, mientras que el ministro de Medio Ambiente de Los Verdes, Jürgen Trittin, conseguía aprobar medidas sobre el peligroso almacenamiento de residuos nucleares y garantías frente a la deuda para toda la industria, al mismo tiempo que permanecía indiferente a la creciente criminalización de las protestas antinucleares por parte del gobierno Schröder-Fischer. En la misma tónica, Los Verdes aprobaron nuevas leyes de vigilancia, restricciones de los derechos civiles, normas discriminatorias contra los extranjeros y la militarización de la policía, que hicieron que en perspectiva la legislación de emergencia de 1968 que entonces había provocado tanta inquietud, pareciera una trivialidad. El SPD y su socio verde consiguieron sacar adelante proyectos legislativos que ellos mismos habían obstruido con éxito durante los largos años de oposición en la era Kohl⁴.

Trajes de franela gris

Pero esta reconversión política de un partido anteriormente disidente ¿fue realmente tan inesperada? Normalmente, los medios de comunicación alemanes describen el fenómeno de *la volte-face* Verde como los pasos finales de un lento progreso hacia la madurez en vez de una perversión: los *hippies* de pelos largos y zuecos finalmente desechando sus fantasías utópicas para convertirse en maduros hombres de Estado con trajes de franela gris, dispuestos a asumir la carga de la responsabilidad. De esta manera, muchos de estos medios estaban narcisistamente celebrando su propia «madurez», ya que una vez habían sido parte de los mismos movimientos. Los aplausos hacia el nuevo modelo de Los Verdes reflejaban hasta qué punto las capas disidentes de la sociedad alemana posterior a 1968 se habían reconciliado con las circunstancias dominantes; los simpatizantes en la prensa a menudo eran antiguos camaradas que también habían sufrido llamativas transformaciones. El ejemplo paradigmático es Thomas Schmid, un íntimo compañero de Fischer y Cohn-Bendit en el entorno okupa de Frankfurt de la década de 1970, que compartió brevemente su actitud en general comprensiva hacia la Fracción del Ejército Rojo; en 1983, convertido en un

⁴ La ira ante la traición de la coalición rojiverde pronto encontró una mordaz voz en las calles: los manifestantes tomaron un eslogan de los años de Weimar –*Wer hat uns verraten? Sozialdemokraten!* («¿Quién nos ha traicionado? ¡Los socialdemócratas!»)– y añadieron una línea más, *Wer war mit dabei? Die Grüne Partei!* («¿Quién estaba con ellos? ¡El Partido Verde!»).

defensor de la «política pragmática» y, ahora, editor jefe del *Die Welt* de Springer, la publicación que, junto al *Bildzeitung*, representaba *par excellence* el espíritu de la restauración de Adenauer, con su consejo de redacción adornado con antiguos nazis. Más significativamente, ya hace mucho tiempo que antiguos órganos de la prensa alternativa como el *Tageszeitung* berlinés han asumido el papel del «hombre de Estado», y permiten el pensamiento no conformista estrictamente necesario para hacer que *la pensée unique* sea más fácil de tragar.

¿El que paga al músico elige la canción? La vulgar corrupción es un habitual reproche de la izquierda, y algunos verdes recientemente retirados en verdad se han prostituido sin vergüenza a sus anteriores enemigos en las industrias nuclear o farmacéutica por unas sumas que políticos anteriores –que en la trastienda recibían unos sobornos comparativamente modestos de barones de la industria como Flick– solo podían soñar⁵. Sin duda, se puede sostener que algunos de los *realos* agrupados en torno a Fischer y Cohn-Bendit, que desde principios de la década de 1980 habían pedido una política reformista y la participación en el gobierno, pretendían apoderarse del partido como vehículo para sus propias ambiciones personales, según entraban en la edad madura con sus sueños de cambio revolucionario dejados atrás y con un ojo puesto en los abrebaderos de oro del parlamentarismo. Christian Schmidt, un periodista *freelance* de la izquierda no alineada, militante del movimiento okupa en la década de 1980, proporciona una detallada, por no decir repugnante, discusión de los *spontis* de Frankfurt y su papel en el Partido Verde durante las décadas de 1980 y 1990 en su *Wir sind die Wahnsinnigen* [Nosotros somos los locos]; más recientemente, Jutta Ditfurth, una figura central del partido en la década de 1980, expulsada

⁵ En 2009, Joschka Fischer fue nombrado consejero del proyecto de gaseoducto Nabucco, con un salario de seis cifras; ejerce de «alto consejero estratégico» del grupo (Madeleine) Albright Stonebridge y está en la nómina de BMW, Siemens *et al.*, como asesor y miembro del *lobby*; Andrea Fischer, antigua ministra de Sanidad verde, es miembro del *lobby* de las industrias hospitalarias y farmacéuticas; la antigua portavoz de Los Verdes, Gunda Röstel se unió a la dirección de Gelsenwasser/EON, que lógicamente tiene una rama nuclear; Margareta Wolf, secretaria principal (*Staatssekretärin*) de Jürgen Trittin en el Ministerio de Medio Ambiente federal, entró en la nómina del *lobby* de la industria nuclear; Matthias Berninger, secretario de Renate Künast en el Ministerio de Alimentación, Agricultura y Protección al Consumidor, ahora trabaja para Mars, Inc.; la militante antinuclear Marianne Tritz es ahora miembro del *lobby* de la industria del tabaco; el eurodiputado verde Cohn-Bendit trabaja para un *lobby* financiado por Amazon, Microsoft, Google, Yahoo, Ebay y Facebook para influir en la legislación de la UE a su favor, y así sucesivamente.

del comité federal por los partidarios de la vía parlamentaria en 1989, ha publicado un mordaz ataque *ad hominem*⁶.

Sin embargo, sería demasiado simple echar la culpa exclusiva a una camarilla chovinista entre los okupas de Frankfurt, cuyos miembros demostraron ser sumamente corruptibles, o sugerir que los dirigentes *reales* siempre habían pretendido llevar al partido tan a la derecha. Eso sería confundir el síntoma con la causa. El ascenso de cierto tipo de personalidad dentro del aparato de un partido es un fenómeno generalizado al que se ha enfrentado la izquierda desde hace mucho tiempo. También sería pasar por alto la más amplia cooptación de los movimientos sociales, dentro de la que se produjo la deformación verde, desde la segunda ola feminista al ecologismo. La capacidad del capitalismo contemporáneo para absorber aspectos vitales de las críticas de los movimientos sociales, para así rejuvenecer sus propios procesos de reproducción, ha sido analizada por Luc Boltanski, Eve Chiapello y Nancy Fraser, entre otros⁷.

En el extremo opuesto a Schmidt y Ditfurth, el libro de Paul Tiefenbach, *Die Grünen: Verstaatlichung einer Partei* (1998) (Los Verdes: la estatización de un partido), ofrece un relato sociológico más complejo inspirado por la «ley de hierro de la oligarquía» de Robert Michels, que sugiere que los partidos inevitablemente se adaptarán al sistema político estatal existente y serán absorbidos por él⁸. Pero este funcionalismo fatalista sirve para minimizar no solo las luchas y elecciones reales que han determinado la trayectoria del partido, sino también las especificidades de los desarrollos políticos y económicos alemanes –e internacionales– que han contribuido a determinar su rumbo en las tres últimas décadas. Un relato más satisfactorio necesitaría examinar la interacción de factores subjetivos y objetivos. La experiencia de los Verdes alemanes es especialmente instructiva como un raro ejemplo del proyecto de construcción de un partido que intentaba condensar gran parte del pensamiento asociado con los movimientos antinuclear, ecologista y feminista, y cuyos protagonistas anticiparon el peligro de la incorporación y buscaron muy conscientemente poner en práctica medidas que lo contrarrestaran; su fracaso plantea la pregunta de

⁶ Christian Schmidt, *Wir sind die Wahnsinnigen*, Düsseldorf, 1998; Jutta Ditfurth, *Krieg, Atom, Armut, Was sie reden, was sie tun: Die Grünen*, Berlín, 2011.

⁷ Luc Boltanski y Eve Chiapello, *The New Spirit of Capitalism*, Londres, 2007 [ed. cast.: *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, 2002]. Nancy Fraser, «Feminism, Capitalism and the Cunning of History», *NLR* 56, marzo-abril de 2009 [ed. cast.: «Feminismo, capitalismo y la astucia de la historia», *NLR* 56, mayo-junio de 2009].

⁸ Paul Tiefenbach, *Die Grünen: Verstaatlichung einer Partei*, Colonia, 1998.

qué estrategias deberían adoptarse en el futuro para una política emancipadora⁹. Pero, como una vez dijo Gramsci, la historia de un partido es la historia de una nación, en forma monográfica. Las décadas pasadas han traído no solo la reunificación de Alemania, sino su resurgir como el poder predominante en Europa. ¿En qué se ha convertido ahora el Partido Verde y qué función cumple en la nueva Alemania?

El movimiento y el partido

El semillero del que brotó el Partido Verde, en los oscuros años de finales de la década de 1970 y comienzos de la siguiente bajo la cancillería de Helmut Schmidt, fueron los grupos de acción ciudadana –*Bürgerinitiativen*– movilizados en contra del renovado programa de energía nuclear del SPD y de la contaminación industrial y la lluvia ácida que estaban matando ríos y bosques. Ecologistas, feministas, estudiantes y redes contraculturales se unieron a agricultores y amas de casa en masivas protestas que llevaron a detener la construcción de plantas nucleares en Wyhl (Baden-Württemberg), Grohnde (Baja Sajonia) y Brokdorf (Schleswig-Holstein). La crítica de la política industrial abrazada por los tres partidos del *establishment* fue el decisivo punto de partida para este heteróclito movimiento, que sacó su impulso no solo de la conflictividad civil de 1968 y posterior, sino también de capas más conservadoras, igualmente distanciadas de la moderna sociedad capitalista y de su Estado, que defendían formas de vida supuestamente tradicionales contra la «gran máquina». Para estos grupos fue un paso natural presentar en las elecciones locales listas «verdes» alternativas contra los partidos gobernantes, pero la mayoría era contraria –por una viva cultura experimental más que por cualquier razón teórica más profunda– a cualquier forma de centralización política. Un primer intento de ecologistas conservadores alrededor del diputado de la CDU Herbert Gruhl, para unir a varias listas verdes regionales y grupos ecologistas en un partido único estaba condenado al fracaso, ya que era incompatible con la naturaleza antiautoritaria y descentralizada de los grupos de acción locales.

Sin embargo, en las primeras elecciones al Parlamento europeo en octubre de 1979, acordaron formar una lista SPV-Die Grünen encabezada por Petra Kelly, una ecologista de 32 años que trabajaba en la Comisión

⁹ Frieder Otto Wolf aborda la cuestión de si la construcción de un partido debería o no estar en la agenda en su ensayo, «Party-Building for Eco-Socialists», *Socialist Register*, 2007.

Europea en Bruselas. La lista obtuvo el 3,2 por 100 del voto y un generoso reembolso de los costes de campaña de Los Verdes. Este demostró ser el punto de inflexión. Rudolf Bahro, el disidente ecomarxista alemán del este, recién llegado a Alemania Occidental después de su encarcelamiento en la RDA, lanzó un llamamiento a favor de una nueva política que hiciera frente al desafío existencial de la catástrofe ecológica, en la que las necesidades de las especies prevalecerían sobre las de las clases; pedía una alianza que se extendiera desde Herbert Gruhl a Rudi Dutschke. En dos tormentosas conferencias en 1980, mil delegados de campañas locales, así como varios cientos más de grupos de izquierda, feministas y contraculturales, acordaron constituir lo que Petra Kelly describiría como un «partido antipartido». Los conservadores de Gruhl y los grupos *völkisch*, con su ideología de la sangre y el suelo dirigidos por Baldur Springmann, lucharon fieramente para excluir a las organizaciones de la extrema izquierda y maoístas, pero fueron derrotados por una mayoría que rechazaba por principio cualquier forma de censura o de exclusión política. Muy conscientes del peligro de la cooptación parlamentarista, Los Verdes establecieron radicales dispositivos de protección: los miembros elegidos para los parlamentos, del Estado o federales, serían sustituidos a mitad de su mandato por el siguiente candidato de la lista; al contrario de lo que establece la Constitución alemana sobre la «libertad» de los representantes electos para ser responsables ante sus conciencias en vez de ante el programa del partido, los diputados verdes respondían ante las conferencias del partido. Una fuerte presencia feminista aseguraba una rigurosa igualdad de género: el 50 por 100 de las posiciones del partido estarían ocupadas por mujeres; los nombres de hombres y de mujeres se alternarían en las listas electorales (el principio «cremallera»). El congreso anual elegía directamente un comité federal con una dirección tripartita. La afiliación formal no era una condición para participar: todas las reuniones y votaciones del partido estaban abiertas al público.

La afiliación creció espectacularmente desde 16.000 afiliados en la primavera de 1980 a más de 30.000 cuatro años después. Mientras que Los Verdes más conservadores seguían siendo fuertes en los Estados del sur, sobre todo en Baden-Württemberg, en las ciudades del norte –Hamburgo, Bremen, Frankfurt, Berlín Occidental–, la izquierda radical pronto se volvió hegemónica. Aquí, numerosos grupos heterodoxos de izquierda, junto a los maoístas doctrinarios del Kommunistischer Bund Westdeutschland (KBW) y los *spontis* de Frankfurt asociados con Fischer y Cohn-Bendit, acudieron a unirse al proyecto de construcción

del partido. Realmente, para gran parte de la izquierda alemana, Los Verdes se convirtieron en una cierta clase de último refugio. Desde que los comunistas habían perdido su presencia en el Bundestag en 1953, para después ser (innecesariamente) ilegalizados por el Tribunal Constitucional, todos los intentos por crear un partido a la izquierda del SPD habían fracasado. La represión del Estado contra los disidentes de izquierda –notoriamente renovada a principios de la década de 1970 por las *Radikalerlaß* y *Berufsverbot* de Willy Brandt– hizo todavía más difícil construir una nueva formación. Al otro lado de la frontera de la Guerra Fría, un *Realsozialismus* burocrático dictatorial provocaba nuevas divisiones entre la izquierda de Alemania Occidental que iban desde el respaldo doctrinario a la violenta desaprobación. No obstante, la extrema izquierda como tal nunca predominó en el partido, entre otras razones porque importantes componentes de la afiliación verde y del núcleo del electorado defendían posiciones esencialmente liberales sobre temas sociopolíticos o abrazaban una comprensión más conservadora de la ecología. Tampoco los recién llegados izquierdistas fueron capaces de levantar un marco teórico común para Los Verdes.

A largo plazo, su victoria puede haber sido una pírrica victoria. Aunque la congregación de tantas corrientes bajo el paraguas verde pareció al principio que había unificado a la descalabrada izquierda alemana, se puede decir que, por el contrario, contribuyó a la fragmentación y cooptación de esos elementos. Muchos anteriores sectarios –especialmente del KBW– sufrieron rápidas conversiones políticas, apareciendo en la década de 1980 como ecolibertarios defensores del libre mercado¹⁰. Aquí hay evidentes paralelismos con los *nouveaux philosophes* franceses de finales de la década de 1970, o con el número más reducido de exizquierdistas neoconservadores de Estados Unidos. Pero aunque difícilmente fueran un fenómeno nuevo en la historia, la forma en que se han producido estas apostasías colectivas guarda cierta relación con sus resultados. La literatura especializada de las ciencias políticas generalmente no discute esta conversión, prefiriendo repetir el mito del actual *establishment* del partido que describe a Los Verdes como una fructífera consecuencia de los nuevos

¹⁰ En su apogeo, el KBW tenía una fortuna de millones, con bienes inmuebles en el nuevo paisaje de bancos de Frankfurt, docenas de vehículos nuevos y una actualizada imprenta; parte de esto fue a apoyar a Los Verdes. Un cierto número de sus anteriores cuadros se abrieron paso en otras instituciones del Estado y del mundo empresarial, así como en el propio Partido Verde. «Die Beerdigung war eher heiter», *Die Tageszeitung*, 18 de febrero de 1985.

movimientos sociales que ayudaron a modernizar a la sociedad alemana rompiendo sus «encontradas estructuras». Sin embargo, el Partido Verde fue en buena medida una respuesta al declive de los movimientos sociales: soportaba el legado de la derrota y de las frustradas desviaciones hacia el sectarismo, inmediatismo, «lucha armada», que culminaron en el Otoño Alemán de 1977 o, simplemente, en la apatía que había provocado ese fracaso. No representaba el triunfo de una generación sobre el orden establecido, sino más bien el bloqueo de anteriores luchas emancipadoras.

Las contradicciones inherentes de Los Verdes también podían considerarse como sintomáticas de la cultura intelectual y política posmoderna en las que se desarrolló el partido. Este eclecticismo no reflejaba únicamente los orígenes de Los Verdes como un «lugar de reunión» –*Sammelbecken*, citando a sus dirigentes– de diversas tendencias políticas que querían obtener su entrada en el Parlamento. Todos los intentos por forjar una perspectiva teórica coherente a partir de estas corrientes se demostraron imposibles debido a sus antinomias ideológicas; los ecolibertarios que abrazaban el individualismo hedonista, o las instintivas formas de pastiche del socialismo de ecologistas radicales fueron finalmente expresiones de la ausencia de una narrativa más amplia. Su lugar fue ocupado por la percibida amenaza de una naturaleza y un género humano en peligro lo suficientemente abstracta como para ser lo más inclusiva posible; la prioridad era limpiar el desorden que había creado la modernidad sin desarrollar un nuevo horizonte de emancipación. Ese minimalismo, combinado con la máxima apertura a diferentes visiones del mundo, fue una condición para la propia existencia del partido, ya que era la única manera de integrar fragmentos heterogéneos de ecologistas, pacifistas, izquierdistas, conservacionistas, antropósofos, agricultores orgánicos o cristianos. Como Bahro, Petra Kelly convertiría esta incoherencia en una virtud.

La diversidad de corrientes enriquece a nuestro partido, incluso en ausencia de un consenso común en el análisis de la sociedad. No quiero excluir a los comunistas o a los conservadores, y no tengo que hacerlo. Una corriente aprende de la otra. No hay una destrucción mutua, sino una convergencia de opiniones. Eso es lo nuevo de nuestro movimiento¹¹.

¹¹ Werner Hülsberg, *The German Greens: A Social and Political Profile*, Londres, 1988, p. 124.

Una mayoría compartía la ferviente creencia de que «algo debe hacerse» sobre la crisis del medio ambiente, pero las soluciones que proponían eran incompatibles¹². Igualmente, el compromiso del gobierno del SPD a principios de la década de 1980 para instalar misiles nucleares Pershing II sobre suelo alemán, bajo el mando de la OTAN –es decir, de Estados Unidos– movilizó a millones de personas contra la intensificación de la Guerra Fría. Sin embargo, aunque Los Verdes estaban de acuerdo en su oposición a las armas nucleares y a la utilización «civil» de la energía nuclear, nunca hubo un consenso más amplio sobre las causas subyacentes de estos síntomas. El resultado era una «estrategia de sumar», un proceso de acomodación que en determinado momento acabó en un programa de 500 páginas para Los Verdes de Renania del Norte-Westfalia.

Dialéctica de éxitos parciales

En las elecciones federales de 1983, el comienzo de los dieciséis años de gobierno de Helmut Kohl como canciller alemán, Los Verdes superaron la barrera del 5 por 100 con dos millones de votos, obteniendo 27 escaños en un Bundestag dominado por la CDU y después de haber entrado en los parlamentos de los estados y de las ciudades-estado¹³. El éxito electoral produjo nuevas tensiones: la necesidad de cubrir puestos y personal administrativo amenazaba con superar el fondo de afiliados, que, para los estándares alemanes, era mínimo en comparación con su electorado¹⁴. A pesar de los

¹² Algunos recién llegados ni siquiera compartían la preocupación por los temas medioambientales. Como señaló Fischer: «Seamos honestos por una vez: ¿quién de nosotros se interesa por la crisis del agua en Vogelsberg, por las autopistas en Frankfurt o por las centrales nucleares de cualquier sitio, porque se siente personalmente afectado?». Véase, J. Ditfurth, *Krieg, Atom, Armut*, cit., p. 69.

¹³ En 1980, Los Verdes entraron en el parlamento de Baden-Württemberg con el 5,3 por 100 de los votos; en 1981, en Berlín con el 7,2; en 1982, en Hamburgo con el 7,7; en Baja Sajonia con el 6,5, en Hesse con el 8 y en Bremen con el 5,4. En 1984 empezaron a obtener fuertes subidas en ciudades universitarias conservadoras – Heidelberg, Freiburg, Tubinga–, poniéndose en segunda posición tras la CDU con un voto entre el 14 y el 20 por 100.

¹⁴ En la década de 1980 Los Verdes tenían entre 30.000 y 40.000 militantes para 2-3 millones de votantes, mientras que el SPD tenía un millón de militantes para entre 14 y 15 millones de votantes. Las proporciones en 1983 eran 87 votantes verdes por cada miembro del partido; en comparación, las del SPD y cristianodemócratas eran de 16 a 1 y 20 a 1 respectivamente: W. Hülsberg, *The German Greens*, cit., p. 108. Una encuesta sobre los 5.000 verdes en Hesse reveló que 4.000 eran funcionarios o similares. Las presiones sobre las mujeres eran especialmente agudas debido a la cuota del 50 por 100, ya que las mujeres solo formaban entre el 30 y el 35 por 100 de los afiliados. Véase Margrit Mayer y John Ely (eds.), *The German Greens: Paradox Between Movement and Party*, Filadelfia, 1998, p. 10.

principios de responsabilidad ante el partido y de rotación a mitad del mandato –respetado por casi todos Los Verdes, con la excepción de Kelly–, empezó a cristalizar una parlamentarista *Bundestagsfraktion* que contaba con un personal con dedicación exclusiva diez veces mayor que el de las sedes del partido, y que iba en contra del más radical comité federal, aunque también surgieron diferencias sobre las tácticas de «coalición» o «tolerancia» hacia el SPD en los parlamentos regionales y municipales. Estas divisiones se solaparon con la formación –realmente, a menudo constituyeron la base– de cuatro grupos internos que frecuentemente estaban separados entre sí solamente por matices tácticos, por encima de todo, respecto al SPD.

La mayor aunque menos definida de estas tendencias era la de los ecologistas radicales, apodados «fundamentalistas» o *fundis* por sus antagonistas en el partido y sus aliados en los medios de comunicación. Los ecologistas radicales dominaron ampliamente el comité federal hasta 1988, y su dirigente más conocida fue Jutta Dittfurth. Se aferraban a la idea de una nueva política medioambiental como un medio de provocar un total cambio sistémico que pusiera fin a una sociedad industrial militar y a su Estado. Para esta perspectiva, el Bundestag era simplemente un escenario que permitiría a los militantes de los movimientos sociales llegar a una audiencia más amplia, con una nebulosa idea de crear una crisis general en el sistema político; por ello se oponían por principios a entrar en gobiernos de coalición con el SPD. Bajo su liderazgo, los primeros congresos de Los Verdes establecieron condiciones inalcanzables para negociar coaliciones: el cierre inmediato de todas las centrales nucleares, no a los misiles de la OTAN en suelo alemán, etcétera.

Los ecosocialistas, principalmente concentrados en las ciudades del norte, eran una fuerza más pequeña, pero su contribución intelectual era más importante. Los debates teóricos en el periódico ecosocialista *Moderne Zeiten*, editado en Hanover, analizaban el desastre ecológico como el resultado de fuerzas destructivas, tanto «cíviles» como militares, del modo de producción capitalista¹⁵. En 1984, *The Future of the Greens*, de Thomas Ebermann y Rainer Trampert, preveía una alianza de la clase trabajadora y de los movimientos sociales, sosteniendo que los procesos de producción no se podían transformar sin la actuación de

¹⁵ Véase también Frieder Otto Wolf, «Eco-Socialist Transition on the Threshold of the 21st Century», *NLR* 1/158, julio-agosto de 1985.

los trabajadores. Aunque enemigos del aparato del Estado y de cualquier concienzudo proyecto reformista, estaban preparados para considerar la política parlamentaria como una manera de aprobar determinados proyectos legislativos y de obstruir otros y, por ello, en estos círculos se discutió ampliamente la idea de «tolerar» un gobierno minoritario del SPD, apoyando u oponiéndose a las cuestiones de una en una.

Por el contrario, los reformistas como Fischer, Cohn-Bendit y Hubert Kleinert –denominados «realistas» o más informalmente *realos* por los medios de comunicación favorables– veían a Los Verdes como un socio minoritario de una coalición con el SPD y estaban dispuestos a hacer drásticos compromisos para entrar en el gobierno y llevar a cabo «pequeños cambios positivos». No fue casualidad que fueran apodados *koalos* por sus oponentes ecologistas radicales, que consideraban que trataban de socialdemocratizar a Los Verdes. Su base estaba en Hesse y en el «sur *realo*», Baviera y Baden-Württemberg. En sus contribuciones al debate interno, los *realos* sostenían que el cambio del gobierno federal en 1982, después de que los «árbitros» del FPD trasladaran su apoyo desde el SPD a la CDU, abrían la posibilidad de una coalición roji-verde como una «nueva esperanza». Al mismo tiempo que criticaban la posición radical ecologista mayoritaria de «oposición fundamental al sistema», pedían una «política de reforma ecológica»¹⁶. Como explicaba Kleinert a la revista *Stern* en 1998, esto suponía «una mezcla de políticas reguladoras mediatizadas por el Estado, así como una economía ecológica con elementos de mercado». Fischer era todavía más claro en su libro de 1989 *Der Umbau der Industriegesellschaft* [La reestructuración de la sociedad industrial]: «La reforma ecológica del sistema industrial vendrá determinada por el existente modo económico del capitalismo occidental»; las fuerzas del mercado eran un medio para remodelar la economía y el medio ambiente mejor que la intervención política¹⁷. En esto, las opiniones de Fischer se habían alineado con las de la cuarta tendencia, los ecolibertarios. Estos verdes, defensores del libre mercado que

¹⁶ Wolfgang Ehmke, Joschka Fischer, Jo Müller *et al.*, «Verantwortung und Aufgabe der Grünen», núm. 1, 1985, p. 15, citado en Roland Roth y Detlef Murphy, «From Competing Factions to the Rise of the Realos», en M. Mayer y J. Ely, *German Greens*, cit., p. 58.

¹⁷ *Stern*, 4 de abril de 1988, y Joschka Fischer, *Der Umbau der Industriegesellschaft: Plädoyer wider die herrschende Umweltlüge*, Frankfurt, 1989, pp. 59-61. Fischer había pirateado el título del programa de Los Verdes de 1986, que había tenido una fuerte orientación hacia la clase obrera y pedía que los bancos y los medios de producción fueran socializados.

inicialmente eran una pequeña minoría de individuos bien conectados, llegarían a ejercer una creciente influencia en el partido por medio de su alianza con los *realos*.

El momento decisivo

Las diferencias sobre la política de coaliciones quedaron temporalmente parcheadas por un acuerdo del congreso de 1984 que establecía que se decidieran localmente. Pero surgieron de nuevo en 1985 cuando Los Verdes de Hesse entraron en el parlamento regional con el SPD, a pesar de las conocidas e íntimas relaciones de este último con las «sucias» compañías de energía nuclear y farmacéuticas. Con Fischer como el primer verde en llegar a ministro de Medio Ambiente de un estado, el partido pasó a romper prácticamente todas las promesas que había hecho hasta entonces, incluyendo permitir que las centrales nucleares continuaran a pleno rendimiento después de la explosión de Chernóbil, algo que iba rotundamente en contra de la posición oficial de Los Verdes, hasta que Fischer fue finalmente destituido por Holger Börner, del SPD. Esta debacle condujo a furiosas denuncias en el congreso de Los Verdes y la principal crítica de Fischer, Jutta Ditfurth, fue reelegida para el comité federal con una mayoría de dos tercios. En las elecciones federales de 1987, Los Verdes alcanzaron un 8,3 por 100, con tres millones de votos. Ahora formaban un bloque de 42 diputados en el Bundestag, con mayores derechos a personal administrativo a jornada completa y fondos de investigación.

Pero el creciente peso de los parlamentarios estaba volviéndose ahora en contra de los radicales, ayudados por las mayorías estructurales a favor del reformismo y de la formación de coaliciones entre las comunitarias *Bürgerinitiativen* y la base electoral de Los Verdes. Recibieron un apoyo externo del *establishment* político y de sus aliados en los medios de comunicación, preocupados por la perspectiva de «inestabilidad» y las políticas anti-OTAN en el Bundestag, en un momento en que Gorbachov estaba impulsando un nuevo acuerdo europeo. Internamente, una feroz discusión sobre un Manifiesto de las Madres, que atacaba salvajemente a las feministas verdes por privilegiar inadvertidamente a mujeres sin hijos, sirvió para confundir y desmoralizar a los ecologistas radicales y a la izquierda. Una nueva facción –la *Grüner Aufbruch*, dirigida por el miembro del Bundestag Atje Vollmer y por el exmilitante del KBW y parlamentario en Bremen Ralf Fücks–, que afirmaba querer poner fin a las incesantes disputas internas entre *realos* y *fundis*, reunió la conferencia

de Karlsruhe en 1988 para purgar a Ditfurth y a los ecologistas radicales del comité federal, e instalar a los *realos* y a ellos mismos en el poder. La conferencia también asistió a la aparición del Linkes Forum, formado por Ludger Volmer y otros: otra facción «realista» que se consideraba a sí misma «no dogmática» y promovía la participación en el gobierno. Se produjo un encarnizado contraataque, pero los radicales y ecosocialistas habían quedado decisivamente marginados.

Los Verdes todavía estaban recobrándose de la sangría interna que siguió a estos conflictos cuando el Muro de Berlín se desplomó en el otoño de 1989. El grado en que el partido y su electorado se habían acomodado a la cultura política de Alemania Occidental se hizo evidente con la implosión del *Realsozialismus* en el Este. Los Verdes reaccionaron con perplejidad ante la perspectiva de la unificación, marchando a remolque de acontecimientos modelados por otros. El partido estaba dividido entre la indiferencia y la parálisis. La debilitada izquierda expresó sus profundas preocupaciones por las probables consecuencias de la anexión económica para la población de la RDA y por la orientación expansionista de una nueva *Großdeutschland*, y por ello se opuso al esfuerzo por la unificación. Aunque Los Verdes occidentales eran virtualmente la única formación política de la RFA que tenía algún contacto directo con un segmento de la oposición en Alemania del Este, el dominio de los *realos* de la *Bundestagsfraktion* hacía imposible utilizarlo para articular alternativas desde ambos lados del derruido muro. El Partido Verde del Este había crecido a partir del movimiento ecologista disidente de la RDA; se había situado como una oposición interna a la emulación del crecimiento industrial occidental del SED (Partido Socialista Unido de Alemania) y siempre había luchado por la idea de derechos civiles colectivos, no solo individuales. Por ello se diferenciaba profundamente de los tres grupos liberales pro derechos civiles que, con el respaldo occidental, se unieron a principios de 1990 para formar la alianza electoral Bündnis 90¹⁸. La dirección *realo* utilizó su poder para proporcionar apoyo unilateral, dinero y equipo al Bündnis 90 en las elecciones a la *Volkskammer* de marzo de 1990, mientras abandonaba a Los Verdes del Este. En este

¹⁸ Desafortunadamente, se ha publicado poco sobre los disidentes verdes en la RDA. Un primer relato que sigue siendo valioso puede encontrarse en el libro de Carlo Jordan y Hans Michael Kloth, *Arche Nova*, Berlín, 1995. Friedrich Heilmann ofreció una breve retrospectiva sobre el debate de la reunificación en «Green Environmental Politics: Basic Values and Recent Strategies», en Ingolfur Blühdorn (ed.), *The Green Agenda: Environmental Politics and Policy in Germany*, Keele, 1995, pp. 143-166.

contexto de repliegue social y político, con la colonización occidental de los modos de vida y la economía del Este, en medio de una creciente violencia racista y con la nueva marginación de cualquier política alternativa tanto en el Este como el Oeste, muchos ecosocialistas –Ebermann, Trampert y otros– abandonaron finalmente el partido en la primavera de 1990, denunciando su conversión en un pilar del *establishment*.

Contrahipótesis

¿Podían haber acabado las cosas de otra manera? Las crisis medioambientales de las décadas de 1970 y 1980 ofrecieron una oportunidad más amplia para una renovada crítica del capitalismo industrial que hubiera presentado el desastre ecológico como una consecuencia necesaria de las fuerzas destructivas –tanto «civiles» como militares– de ese modo de producción. Los valientes esfuerzos de los ecosocialistas por llegar a una comprensión más profunda de la letal amenaza que supone para los limitados recursos del mundo natural han quedado en estado embrionario. Sin embargo, un incipiente ecologismo ofrecía la oportunidad de reconstruir a la clase obrera como sujeto político tanto en la teoría como en la práctica; una genuina colectividad del trabajo. Lejos de ser preocupaciones «posmateriales», el miedo a la contaminación, a la radioactividad y a otros peligros de la sociedad industrial que amenazan a la vida reunieron a trabajadores de la industria química con asalariados de la clase media. Sin lugar a dudas, la gran mayoría de la clase obrera continuaba favoreciendo la expansión industrial, considerándola como la condición para su propia prosperidad. Pero la crisis del fordismo hizo que un creciente número de trabajadores –normalmente, los que estaban más cualificados– se volvieran sensibles a las reivindicaciones ecologistas. No obstante, las corrientes de izquierda dentro de Los Verdes no consiguieron desarrollar una consistente estrategia a largo plazo dirigida a integrar a la clase asalariada en una renovada concepción del ecosocialismo.

Los ecologistas radicales, incluso aunque utilizaran la fraseología socialista, mostraban poco interés por cualquier teorización profunda, de hecho, a menudo mostraban una fuerte aversión hacia ella. Su prioridad era el intenso activismo instintivo de los movimientos sociales, que luchaban por mantener incluso aunque estuvieran decayendo. Sus esfuerzos no carecieron de éxito: utilizaron el Bundestag para elevar la conciencia pública sobre las peores formas de contaminación industrial,

fortalecieron la alianza en contra de la construcción de nuevas centrales nucleares y desenmascararon la fea cara del *lobby* industrial del *establishment* político. Pero sin alianzas más profundas que fueran más allá del entorno de los políticos verdes, su estrategia estaba condenada al fracaso a largo plazo. Algunas veces se formaron alianzas a nivel local con los sindicatos, pero la dirección federal nunca las desarrolló como parte de un plan coherente.

Tampoco los mecanismos que estaban dirigidos a detener la aparición de una oligarquía en el partido se demostraron finalmente efectivos. A pesar de la fuerte conciencia de los peligros de la jerarquización y su hincapié en la democracia participativa, Los Verdes dependieron desde el principio de celebridades públicas. Los *realos* sabían mejor que nadie cómo jugar esa carta, ya que no solamente tenían redes de periodistas afines, sino que ellos mismos se podían ofrecer a los medios como figuras dinámicas, los mejor situados para amansar al partido en conjunto. Los principios de rotación y de responsabilidad ante el partido que se adoptaron inicialmente, tomados de la Comuna de París y del anarcosindicalismo español, se demostraron ineficaces contra este estrato de personalidades a la búsqueda del poder. Desde una temprana etapa, el partido mostró síntomas de una doble vida: mientras las mayorías todavía votaban el programa radical en las asambleas, la fracción parlamentaria –dominada por los reformistas– tácitamente les ignoraba, hasta que finalmente el partido se rindió. Por debajo de este cambio se encontraban las tendencias regresivas de la década de 1980: la creciente fuerza de la reacción neoliberal en Occidente, el estancamiento del capitalismo del bienestar, la renovada Guerra Fría, la lenta implosión del bloque del Comecon. Una gran parte del electorado verde no solo llegó a la edad madura durante este periodo, sino que se las arregló para apuntalar para sí misma un lugar en las esferas superiores del empleo del Estado, los medios de comunicación, las industrias de servicios o el creciente sector empresarial «alternativo» o «bio»; así contribuyó a modelar el partido como un *lobby* para esta bastante complaciente capa de clase media.

El partido de la guerra

Sin embargo, en las primeras elecciones federales de la Alemania reunificada celebradas en diciembre de 1990, los triunfante *realos* vieron cómo se les arrebató de los labios la copa de la victoria. En los estados

del oeste el Partido Verde obtuvo solamente el 4,8 por 100, por debajo del umbral mínimo; sus 44 escaños y los recursos federales desaparecieron y sus dignatarios quedaron excluidos del Bundestag. Solamente los Verdes de la Alemania del Este, ahora en matrimonio forzoso con Bündnis 90, superaron el listón del 5 por 100, con el 6,1. La respuesta de Fischer fue echar la culpa de la humillación electoral a residuales elementos radicales. En el congreso de Los Verdes de 1991 en Neumünster, los *realos* se lanzaron a limpiar el partido: los principios de la democracia participativa fueron abolidos, se abrazaron los papeles de liderazgo individuales y la «profesionalización». Ludger Volmer, del Linkes Forum, fue elegido portavoz del partido y una lista de reformas extremadamente modestas se presentó como la base de futuras coaliciones rojiverdes. En este congreso los ecologistas radicales agrupados en torno a Ditfurth abandonaron lo que consideraban que era un partido «autoritario, dogmático y jerárquico». En 1993, Fischer presentó un punto de partida ideológico para «la izquierda después del socialismo» que era tan ecléctico como intelectualmente vacío¹⁹. El sujeto del reformismo liberal verde —«el consumidor-ciudadano liberal urbano», definido por el «estilo de vida individual», aunque «protestara contra la energía nuclear» y mostrara empatía hacia «los pobres y marginados»— había adquirido su propia relevancia²⁰.

Con el entusiasta respaldo de los medios de comunicación a los nuevos Verdes «reformados», en 1994 el partido recuperó su presencia en el Bundestag, con el 7,3 por 100 de los votos y 49 escaños. Lo que quedaba del ala izquierda del partido, ahora representada por el Linkes Forum y sus correligionarios en el círculo Babelsberg, había quedado atrapada en las dinámicas de la *realpolitik*, con propuestas de reformas cada vez más débiles como base para participar en el gobierno, a pesar de los descensos en los estados federales: Baja Sajonia, Hesse, Renania del Norte-Westfalia, Berlín. Si durante un tiempo el Linkes Forum y el círculo de Babelsberg frenaron la neoliberalización del partido, fue al precio de un compromiso constante con los *realos*, cuya victoria final solamente se retrasó hasta el momento de la coalición federal rojiverde. Finalmente, la política exterior fue una prueba decisiva, y el desmembramiento de Yugoslavia ofreció la piedra de toque para el intervencionismo militar unilateral del Nuevo Orden Mundial. Como se ha señalado

¹⁹ Joschka Fischer, *Die Linke nach dem Sozialismus*, Hamburgo, 1993.

²⁰ Véase el manifiesto *realo* de Joschka Fischer, Hubert Kleinert, Udo Knapp y Jo Müller, «Sein oder Nicht-sein: Entwurf für ein Manifest grüner Realpolitik», 1988.

anteriormente, Cohn-Bendit y Fischer habían estado preparando el terreno para la remilitarización de Alemania, aunque todavía consideraban que una excusa de la ONU era esencial para cualquier operación de la Luftwaffe. El gran giro hacia el SPD en 1998 llevó a Los Verdes al gobierno como socios de coalición, aunque su propia participación en el voto había caído hasta el 6,7 por 100. Aun así, pocos esperaban que el nuevo gobierno estaría tocando los tambores para la guerra de expansión de la OTAN en Yugoslavia, o que destacados Verdes pronto estarían aventajando al Pentágono con sus llamamientos a una invasión terrestre.

El Linkes Forum organizó su propia capitulación. Ludger Volmer, en este momento secretario de Estado con Fischer, fue el desertor más destacado rompiendo anteriores promesas para unirse a la «necesidad» de la guerra. Él y otros se convertirían en puntas de lanza de la nueva perspectiva. Privados de poderosos aliados en el comité federal que pudieran desafiar directamente a los *realos*, y con los medios de comunicación casi unánimemente apoyando la política de Schröder-Fischer, los disidentes que quedaron fueron fácilmente ignorados. Unos cuantos idealistas han permanecido hasta ahora dentro del partido, principalmente agrupados en torno a la red Grüne Emanzipatorische Linke [Izquierda Verde Emancipadora], pero su continua presencia ha contribuido más a proporcionar a la dirección una cierta cobertura de «izquierda» que a avanzar sus propios proyectos. Otros han regresado a los movimientos sociales, se han implicado en nuevas redes políticas como ATTAC o se han unido al Partido del Socialismo Democrático y, después de 2007, a Die Linke²¹.

La importancia del papel de Fischer para adecuar a los requerimientos de los aliados no solo a Los Verdes, sino a una capa más grande de «disidentes» de la sociedad alemana posterior a 1968, no debería subestimarse; el antiguo autoproclamado antiimperialista estaba bien situado para asegurar a un público dubitativo que la Luftwaffe no estaba haciendo otra cosa en los Balcanes que prevenir un supuesto genocidio; contribuyendo a hacer que una Alemania reunificada pudiera hacer frente a las guerras del nuevo siglo. Incluso el habitualmente serio

²¹ Esto, desde luego, no es una garantía de que Die Linke con el tiempo no emulará a Los Verdes. De acuerdo con filtraciones, el dirigente del partido Gregor Gysi dio seguridades en privado al embajador de Estados Unidos sobre la política de Die Linke hacia la OTAN: su reclamación de un nuevo pacto de seguridad que incluyera a Rusia fue una simple maniobra táctica dirigida a calmar al ala izquierda del partido, ya que de otra manera podría insistir en que Alemania abandonara unilateralmente la OTAN.

Frankfurter Allgemeine afirmaría que «sin Fischer y su biografía, esta guerra podía haber llevado a una emergencia nacional, una emergencia al estilo de una guerra civil». «Si hubiéramos perdido el respaldo público en Alemania, lo habríamos perdido en toda la Alianza», señalaba el portavoz de la OTAN, Jamie Shea, mientras describía a Fischer como ejemplo de un dirigente político que no se limitaba «a correr detrás de la opinión pública, sino que sabía cómo formarla»²². Los veteranos de 1968 y la invocación retórica del nazismo fueron necesarios para santificar el bombardeo alemán de Belgrado.

Una vez manchados de sangre, Los Verdes demostraron ser los más entusiastas belicistas del Bundestag. Mientras en 2001 el Partido Verde de Estados Unidos se opuso resueltamente a la decisión de la Administración de Bush de desencadenar la guerra en Afganistán, Fischer levantó todas las barreras para asegurar a Schröder que tendría el apoyo de Los Verdes para enviar tropas alemanas. Como manifestaban los Verdes estadounidenses en una carta abierta:

La mayoría de los Verdes de todo el mundo reconocen que esta es una guerra por el petróleo y la dominación política, y que no hará nada para proteger a los ciudadanos de Estados Unidos o a cualquier otra gente del terrorismo. Joschka Fischer y Los Verdes que están apuntalando al gobierno alemán han puesto el poder por delante de los principios. Su afirmación de que deben participar en el esfuerzo de la guerra para hacer que sea más humana es obscena. Parecen estar diciendo que, siendo parte del gobierno, pueden hacer bombas de racimo «humanitarias» o carcavas de uranio empobrecido «libres de cáncer». Eso es absurdo²³.

La respuesta de Fischer y Schröder fue un grotesco intento por describir la oposición a la guerra como algo similar al «unilateralismo alemán» de la era nazi, es decir, a la agresión militar. En una carta conjunta a los diputados del Bundestag, afirmaban:

²² Véase Frank Schirrmacher, «Der lange Weg zu sich selbst: Wofür Joschka Fischer haftet», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 1 de octubre de 2001; Jamie Shea: entrevista para el documental de la Westdeutscher Rundfunk TV, «Es begann mit einer Lüge», febrero de 2001.

²³ Carta abierta a Los Verdes alemanes, 7 de noviembre de 2001, citada en Jim Green, «German Greens Off to War Again», *Synthesis/Regeneration* 27, invierno de 2002.

La alternativa a la participación hubiera sido un unilateralismo alemán que va en contra de las decisivas lecciones de nuestro pasado: lazos multilaterales, no renacionalización. Un «nuevo unilateralismo alemán» –cualquiera que sea su justificación– produciría malentendidos y desconfianza entre nuestros socios y vecinos²⁴.

En 2002, las conveniencias electorales se demostraron más importantes que semejantes lecciones de la historia y Schröder optó por no apoyar la invasión de Iraq. Pero esta postura, que consiguió que la coalición SPD-Verdes se mantuviera en el gobierno, no debía nada a la influencia de Fischer. Como él mismo ha explicado desde entonces, Schröder era totalmente responsable de la política del gobierno. Convertidos en el más fiable atlantista de los partidos alemanes, Los Verdes aprobaron el envío de «nuestras tropas» –citando a la portavoz verde de Defensa, Angelika Beer, una antigua maoísta y cofundadora del partido– a una «guerra contra el terror» en constante ampliación, así como de la Armada alemana a patrullar la costa este de África. De acuerdo con una encuesta de opinión de 2011, ningún segmento de la población alemana apoya el compromiso militar con más entusiasmo que el electorado verde²⁵. Cuando el gobierno Merkel-Westerwelle decidió no unirse a la guerra anglo-franco-estadounidense en Libia, sus críticos más duros estaban en el Partido Verde; mientras la aviación de la OTAN lanzaba proyectiles que contenían uranio empobrecido sobre Trípoli, el antiguo partido de la paz estaba censurando la «irresponsable actitud» de aquellos que habían mantenido en tierra a la Luftwaffe. Percibiendo, aparentemente, que la analogía de Auschwitz estaba siendo sobreutilizada, el diputado verde Tom Koenigs sostenía que Alemania debía unirse a la orden de bombardeo para compensar el hecho de haber vendido tantas armas a la criminal dictadura de Gadafi; Schröder y Fischer habían levantado el embargo.

Ecopromotores

El Partido Verde como conjunto nunca había abordado realmente la contradicción entre la sostenibilidad ambiental y el expansionismo económico inherente a la acumulación capitalista; la mayoría tampoco desarrolló una crítica consistente de lo que en principio era un pequeño grupo de ecolibertarios en sus filas que predicaban el «evangelio de la ecoeficiencia»; que estaba a favor de los mercados libres y se oponía a

²⁴ Citado en J. Green, «German Greens Off to War Again», cit.

²⁵ *Leipziger Volkszeitung*, 22 de abril de 2011.

la intervención del Estado, y que inicialmente se dirigía contra la «gran máquina» tanto del industrialismo como del estatismo²⁶. Las políticas promercado empezaron a pasar a primer término a finales de la década de 1980, una vez que los *realos* habían tomado el firme control del partido; con unos déficits fiscales que descartaban el marginal gasto keynesiano necesario para llevar una política verde socialdemócrata, el pensamiento neoliberal se volvió cada vez más dominante como la única solución posible a la profundización de la crisis del Modelo Alemán. Pero los ecolibertarios también sufrieron una transformación: el discurso de una economía descentralizada y del individualismo cívico liberado de una burocracia excesiva ha dado paso al entusiasmo por la tecnocracia de corporaciones globalizadas y aparatos del Estado, iluminando el camino hacia un supuesto «capitalismo verde» en total concordancia con los dictados del FMI y del Banco Mundial, y que se apoya en los mecanismos del mercado y las soluciones tecnológicas.

Con el gobierno Schröder-Fischer Los Verdes surgieron como los defensores más dinámicos de la terapia de *shock* representada por el programa neoliberal Agenda 2010, una vez que el efímero intento de Lafontaine por revivir el keynesianismo social renano había sido derrotado. Los salarios y el seguro de desempleo fueron reducidos, la fiscalidad de las empresas amortiguada; impulsado por la expansión internacional del crédito, del *boom* de las exportaciones de la Alemania posterior a 2005 despegó en medio de crecientes niveles de desigualdad y de privación social. Las protestas contra la Agenda 2010 dividieron al SPD y los disidentes más tarde ayudaron a fundar Die Linke; en las elecciones de 2005 la coalición rojiverde fue desalojada. Pero la afiliación del nuevo modelo de Partido Verde no mostró reparos. Después de haber internalizado la idea de que «los demás sistemas son peores que el capitalismo», Los Verdes encuentran ahora inimaginable la idea de un crecimiento cero, menos aún, negativo. Se han convertido en estridentes miembros de grupos de presión por cuenta de corporaciones que esperan sacar beneficio de la transición hacia fuentes de energía «verdes», así como de la venta de mercancías «ecológicas». El partido obtiene ahora de este sector gran

²⁶ Tomo el concepto de «evangelio de la ecoeficiencia», que resume perfectamente la quimera de un capitalismo «ecorrespetuoso», del innovador estudio de Juan Martínez Alier *The Environmentalism of the Poor: A Study of Ecological Conflicts and Valuation*, Cheltenham, 2002. Esta delirante marca de ecologismo promercado es especialmente popular en Baden-Württemberg: el corazón de la industria alemana del automóvil y del ecolibertarismo, y el primer Estado en generar un gobierno encabezado por Los Verdes en 2011.

parte de su capital político como fuerza modernizadora, proporcionando la clase de pseudoecologismo que promete convertirse en una lucrativa mercancía a la vista del desastre global, y preparando nuevos campos para la acumulación de capital²⁷. Desde los coches eléctricos a Desterc, promueve activamente las así llamadas «tecnologías verdes», que ya han demostrado que no son ni pacíficas ni ecológicas en sus repercusiones²⁸.

Aunque Fischer desechó la idea de que Los Verdes entraran en una coalición federal encabezada por la CDU después de las elecciones de 2005, esas alianzas pronto se alcanzaron a nivel de los Estados (realmente, habían estado fomentadas por ecolibertarios como Thomas Schmid ya desde principios de la década de 1980). En 2008, el ascenso de Die Linke ofreció la posibilidad de una coalición roji-roja-verde en Hamburgo; Los Verdes la frustraron entrando en una coalición con la CDU. En Saarland, al año siguiente, un fuerte giro hacia Die Linke de nuevo dejó a Los Verdes como árbitros; vetaron una coalición de izquierdas con el SPD y el Die Linke de Lafontaine y entraron en el gobierno con la CDU y el FDP. En el incondicionalmente conservador Baden-Württemberg, una serie de manifestaciones de protesta contra planes de largo alcance impulsados por el gobierno de la CDU para reconstruir la estación de Stuttgart con un gigantesco coste condujeron a la elección en 2011 del primer ministro-presidente de Los Verdes de un estado, Winfried Kretschmann. Antiguo veterano del KBW, Kretschmann no pudo haber sido más fanfarrón y engreído al presentarse ante el electorado como un católico de provincias de un buen linaje pequeñoburgués. Una vez en el poder, empezó a retroceder en cuanto a la suspensión de la nueva estación, declarando que se celebraría un nuevo referéndum. Los Verdes están actualmente dirigiendo su construcción.

En términos electorales, Los Verdes han pagado un precio llamativamente bajo por su mutación política. El electorado verde no ha crecido

²⁷ Los representantes de Los Verdes ahora son muy bien recibidos para exponer sus opiniones ante accionistas de gigantes de los combustibles fósiles como RWE o EON, donde pueden advertirles de que «no es solamente el planeta el que está en peligro, sino también el valor de vuestras acciones», como hizo recientemente el eurodiputado Sven Giegold.

²⁸ Ozzie Zehner ha escrito una convincente crítica sobre la utilización de tecnología «ecorespetuosa» para dar un tinte verde a un insostenible modelo económico de crecimiento incesante con catastróficas implicaciones para el hombre y la naturaleza: Ozzie Zehner, *Green Illusions: The Dirty Secrets of Clean Energy and the Future of Environmentalism*, Lincoln, 2012.

mucho con los años –pasando del 8,3 por 100 en 1987 al 10,7 en 2009–, pero se ha hecho mayor, más rico y más conservador junto a los dirigentes del partido. El apoyo al partido ha crecido entre votantes con educación superior y profesionales, mientras ha ido cada vez peor en términos de votantes de la clase obrera y (especialmente) sindicados. En 1987, el 60 por 100 de los votantes del Partido Verde tenía menos de 35 años; en 2009, el 60 por 100 tenía más de 40. No obstante, el partido tiene nuevos y significativos seguidores entre los acomodados de la generación del milenio, esto es, los nacidos después de 1980, especialmente mujeres jóvenes: en 2009, su participación en el voto de la población de entre 18 y 25 años era del 15,4 por 100, creciendo hasta casi el 19 por 100 de votantes femeninos en ese segmento²⁹. En abril de 2013, una encuesta sugería que el 54 por 100 de los votantes verdes respaldaría una coalición federal con la CDU en septiembre, mientras que el 64 por 100 de los votantes de la CDU estaría contento con un gobierno verdinegro en Berlín³⁰. Cohn-Bendit manifestó al *Bild* (25 de abril de 2013) que una alianza entre Los Verdes y la CDU sería una «opción realista» con la condición de que Los Verdes tuvieran los ministerios de Economía y Energía. No obstante, en el congreso del partido en Berlín en 2013, Jürgen Trittin, Renate Künast y Claudia Roth encabezaron una rebelión a favor del SPD, votando por una subida de los tipos impositivos máximos como parte de la política del partido, para disgusto de Kretschmann y del alcalde verde de Tubinga, Boris Palmer³¹.

²⁹ Véase Lutz Mez, «Who Votes Green?», en M. Mayer y J. Ely, *German Greens*, cit., p. 82; Bernard Wessels, Jan Engels y Gero Maas, «Demographic Change and Progressive Political Strategy in Germany», Centre for American Progress, Washington, 2011; Federal Returning Officer, *Wahl zum 17 Deutschen Bundestag am 27 September 2009*, capítulo 4, «Wahlbeteiligung und Stimmabgabe der Männer und Frauen nach Altersgruppen», Wiesbaden, 2010.

³⁰ Encuesta Forsa, citada en Derek Scally, «Greens contemplate a post-election future with Merkel», *Irish Times*, 26 de abril de 2013.

³¹ La experiencia de Trittin como ministro de Medio Ambiente en la coalición federal rojiverde debería ser instructiva: «En áreas clave, Trittin fue obligado a llevar a la práctica iniciativas de Schröder cargando con la responsabilidad política». Por ejemplo, Schröder ordenó a Trittin vetar la aprobación de una nueva directiva de la UE sobre el reciclado de coches viejos, aparentemente como consecuencia directa de las intervenciones de la industria alemana del automóvil ante el canciller». Wolfgang Rüdig, «Germany», en Ferdinand Müller-Rommel y Thomas Poguntke (eds.), *Green Parties in National Governments*, Londres, 2002, p. 98. El viaje de Trittin desde Babelsberg a Bilderberg –asistió a la conferencia del grupo de 2012 en Chantilly, Virginia– es casi tan impresionante como el camino seguido por Joschka Fischer.

El que esa posición pueda sobrevivir a los resultados de las elecciones de 2013 es algo que está por ver. Los Verdes pueden jugar todavía el papel de árbitro en Berlín. Hubo un tiempo en que la perspectiva podía haber causado ansiedad en Washington, pero actualmente Los Verdes son el partido favorito de la embajada estadounidense. Y ¿por qué no iba a ser así? El Partido Verde ha reducido la lucha por la emancipación universal al pequeño cambio de un consumismo «ecológico» y «comercio justo». Los inocuos recuerdos de un pasado disidente ahora sirven como una inagotable fuente de legitimidad, no solo para sus propias acciones, sino para el poder alemán y el propio aparato del Estado. La realidad ha sido puesta del revés; no son Los Verdes los que aparentemente han cambiado, sino el mundo, haciendo que la oposición a la guerra del pasado sea la fuente moral de la «intervención humanitaria» del presente. En los documentos políticos del partido, la OTAN aparece ahora como el instrumento clave para el desarme, mientras que el Tratado de Lisboa –los estatutos *de facto* de la UE como una oligarquía tecnocrática– se convierte en un gran paso hacia la democracia y la transparencia, y la dominación económica sobre Grecia se ejerce en nombre de la solidaridad europea. Si los conservadores declaran la guerra bajo el estandarte del interés nacional, Los Verdes enviarán al ejército en nombre de un justo y recto «gobierno mundial de los ilustrados». Eso no implica que Los Verdes deliberadamente hagan lo opuesto de lo que pretenden; por el contrario –y mucho más escalofriante–, es posible que hagan lo que quieren hacer.

NANCY FRASER

¿TRIPLE MOVIMIENTO?

Entender la política de la crisis a la luz de Polanyi

EN MUCHOS ASPECTOS, la crisis actual se parece a la de la década de 1930, descrita por Karl Polanyi en *La gran transformación*¹. Ahora, como entonces, el incansable impulso para ampliar y liberalizar los mercados está causando estragos en todas partes, destruyendo los medios de vida de miles de millones de personas; deshaciendo familias, debilitando comunidades y rompiendo solidaridades; llenando de basura ecosistemas y expoliando la naturaleza en todo el planeta. Ahora, como entonces, los intentos de mercantilizar la naturaleza, el trabajo y el dinero están desestabilizando la sociedad y la economía: véase, si no, las consecuencias destructivas del comercio desreglamentado en biotecnología, compensación de carbono y, por supuesto, derivados financieros; el impacto sobre el cuidado de niños, la enseñanza y la atención a ancianos. Ahora, como entonces, el resultado es una crisis de dimensiones múltiples: no solo económicas y financieras, sino también ecológicas y sociales.

Asimismo, nuestra crisis parece compartir una clara y profunda lógica estructural con la analizada por Polanyi. Ambas parecen radicar en una dinámica común, que él denominó «mercantilización ficticia». En ambas épocas, la nuestra y la suya, los fundamentalistas del libre mercado han intentado mercantilizar todas las condiciones previas necesarias para la producción de mercancías. Convirtiendo el trabajo,

¹ Una versión anterior de este artículo se pronunció en forma de «Conferencia Rosa Luxemburg» en Berlín el 22 de noviembre de 2012. Agradezco el apoyo de la Rosa Luxemburg Stiftung, la Einstein Stiftung (Berlín), el Forschungskolleg Humanwissenschaften (Bad Homburg) y el Centro de Estudios Avanzados Justitia Amplificata, Frankfurt. Gracias también a Blair Taylor por su ayuda en la investigación.

la naturaleza y el dinero en objetos a la venta en mercados «autorregulados», proponían considerar esas bases fundamentales de la producción y el intercambio como mercancías iguales que cualesquiera otras. De hecho, sin embargo, el proyecto era contradictorio en sí mismo. Como un tigre que se muerde la cola, el neoliberalismo amenaza ahora, al igual que antes su predecesor, con erosionar los soportes mismos de los que depende el capitalismo. El resultado en ambos casos era completamente predecible: completa desestabilización del sistema económico, por un lado, y de la naturaleza y la sociedad, por otro.

Dadas estas similitudes estructurales, no sorprende que muchos analistas de la actual crisis estén recuperando la obra magna de Polanyi, ni que muchos hablen de nuestro tiempo como una «segunda gran transformación», una «gran transformación recurrente»². No obstante, la actual coyuntura diverge de la de la década de 1930 en un aspecto crucial: a pesar de las similitudes estructurales, la respuesta política actual es asombrosamente distinta. En la primera mitad del siglo xx, los enfrentamientos sociales que rodearon la crisis formaron lo que Polanyi denominó un «movimiento doble». En su opinión, los partidos políticos y los movimientos sociales se coligaron a un lado o al otro de una línea divisoria simple. De un lado, se situaron las fuerzas políticas y los intereses comerciales que defendían la liberalización de los mercados y la ampliación de la mercantilización; del otro, un frente de amplia base e interclasista, que incluía obreros urbanos y terratenientes, socialistas y conservadores, que buscaba «proteger a la sociedad» de los estragos del mercado. Con la agudización de la crisis, además, los partidarios de la «protección social» ganaron la partida. En contextos tan divergentes como el Estados Unidos del *New Deal*, la Rusia estalinista, la Europa

² El número de interpretaciones de este tipo es enorme. Entre los ejemplos se encuentran: Michael Burawoy, «A Sociology for the Second Great Transformation?», *Annual Review of Sociology*, vol. 26, 2000, pp. 693-695; Michael Brie y Dieter Klein, «The Second Great Transformation», *International Critical Thought*, vol. 1, núm. 1, 2011, pp. 18-28; Giovanna Zincone y John Agnew, «The Second Great Transformation», *Space and Polity*, vol. 4, núm. 1, 2000, pp. 5-21; Edward Webster y Robert Lambert, «Markets against Society: Labour's Predicament in the Second Great Transformation», en Ann Dennis y Devorah Kalekin-Fishman (eds.), *The ISA Handbook in Contemporary Sociology*, Londres, 2009; Mitchell Bernard, «Ecology, Political Economy and the Counter-Movement», en Stephen Gill y James Mittelman (eds.), *Innovation and Transformation in International Studies*, Cambridge, 1997, pp. 75-89; Ronaldo Munck, «Globalization and Democracy: A New "Great Transformation"», *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 581, 2002, pp. 10-21.

fascista y, más tarde, la socialdemocracia de posguerra, las clases políticas parecieron coincidir al menos en este punto: dejados a su libre albedrío, los mercados de trabajo, naturaleza y dinero «autorregulados» destruirían la sociedad. Para salvarla era necesaria la reglamentación política.

Hoy, sin embargo, no existe dicho consenso. Las elites políticas son explícita o implícitamente neoliberales (fuera de América Latina y China, al menos). Preocupadas por proteger primero y ante todo a los inversores, prácticamente todas ellas –incluidos los autoproclamados socialdemócratas– exigen «austeridad» y «reducción del déficit», a pesar de las amenazas que dichas políticas suponen para la economía, la sociedad y la naturaleza. Mientras tanto, la oposición popular no está unida en torno a una alternativa solidaria, a pesar de brotes intensos pero efímeros como Occupy y los indignados [en castellano en el original], cuyas protestas carecen en general de contenido programático. Los movimientos sociales progresistas son más longevos y están mejor institucionalizados, sin duda; pero adolecen de fragmentación y no se han unido en un proyecto coherente contra el neoliberalismo. Dicho esto, carecemos de un movimiento doble en el sentido dado por Polanyi³. El resultado, por lo tanto, es una desconexión curiosa. Mientras que la crisis actual parece seguir una lógica estructural polanyiana, basada en la dinámica de la mercantilización ficticia, no manifiesta una lógica política polanyiana, representada por el doble movimiento.

¿Qué deberíamos hacer con esta desconexión? ¿Cómo se puede explicar el carácter decididamente no polanyiano del paisaje político en el siglo XXI, y cómo deberíamos evaluar la actual constelación? ¿Por qué las elites políticas actuales no defienden proyectos reguladores destinados a salvar el sistema económico capitalista –por no hablar de la sociedad y la naturaleza– de los estragos de los mercados descontrolados? ¿Y por qué no se unen los movimientos sociales en torno a un proyecto contrahegemónico destinado a defender medios de vida amenazados, comunidades golpeadas y ecosistemas en peligro? ¿Nos enfrentamos a errores políticos, errores de liderazgo, defectos de análisis, errores de juicio? ¿Representa, por el contrario, la actual constelación de enfrentamientos políticos, en ciertos aspectos, un avance respecto al escenario

³ Michael Burawoy, «From Polanyi to Pollyanna: The False Optimism of Global Labour Studies», *Global Labour Journal*, vol. 1, núm. 2, 2010, pp. 301-313, ofrece un saludable correctivo al «polianismo» [en referencia al personaje de Pollyanna] de muchos polanyianos actuales.

planteado por Polanyi? ¿Refleja conocimientos adquiridos con esfuerzo que señalan fallos en la idea del movimiento doble? En este artículo propongo abordar estas cuestiones en dos fases. Primero, evaluaré algunas hipótesis muy citadas sobre por qué el actual paisaje político se desvía del análisis de Polanyi. Después plantearé una hipótesis alternativa, que desde mi punto de vista ilustra mejor nuestra situación. Esta hipótesis exige que revisemos la idea de movimiento doble planteada por Polanyi, de tal modo que aclare mejor las perspectivas de transformación social emancipadora en el siglo XXI.

¿Un fallo de liderazgo?

Empecemos, por lo tanto, preguntando por qué no hay doble movimiento en el siglo XXI. ¿Por qué, a pesar de las condiciones estructurales en apariencia favorables, no hay un proyecto contrahegemónico dirigido a proteger la sociedad y la naturaleza del neoliberalismo? ¿Por qué las clases políticas de nuestro tiempo ceden la creación de la política pública a los banqueros centrales, y por qué sus filas incluyen tan pocos keynesianos convencidos, y mucho menos socialistas, dispuestos a defender las alternativas solidarias? ¿Por qué no existe una amplia coalición de nuevos partidarios del *New Deal*: sindicalistas, desempleados y trabajadores precarios; feministas, ecologistas y antiimperialistas; socialdemócratas y socialistas demócratas? ¿Por qué ningún Frente Popular insiste en que los costes de la mercantilización ficticia no debería pagarlos la «sociedad» en sí, la naturaleza reducida a ser una cloaca, sino aquellos cuyo insaciable impulso de acumular capital precipitó la crisis? ¿Por qué las protestas creativas de los indignados y del movimiento Occupy no han encontrado una expresión política coherente, sostenida y capaz de plantear un reto creíble a los «malechores de la riqueza», como Franklin Roosevelt los habría llamado, y a los gobiernos que hacen lo que dichos malechores les ordenan?

Varias explicaciones se sugieren por sí mismas. La más sencilla atribuye la ausencia de un movimiento doble a los fallos de los líderes políticos. Esta hipótesis debe de haberse ocurrido a cualquiera que siguiese la campaña presidencial estadounidense. Para consternación de muchos, Barack Obama se mostró reacio o incapaz de articular una alternativa al descarado neoliberalismo de Romney y Ryan. En el debate presidencial televisado el 3 de octubre de 2012, por ejemplo, el moderador planteó al presidente una pregunta sencilla: ¿en qué difieren su punto de vista

sobre la función del Estado y el de Romney? Haría falta un psicoanalista para medir la profundidad total de la incapacidad del presidente para articular una respuesta, la indecisión expresada en su lenguaje corporal y en el tono de voz, y el carácter azorado de su respuesta:

Bien, definitivamente creo que hay diferencias. La primera función del Estado federal es la de ofrecer seguridad al pueblo estadounidense [...]. Pero también creo que el Estado tiene la capacidad –el gobierno federal tiene la capacidad– de ayudar a abrir oportunidades y crear escaleras de oportunidad, y de crear marcos en los que el pueblo estadounidense pueda prosperar [...], el genio de Estados Unidos es el sistema de libertad de empresa, y la libertad, y el hecho de que cada uno pueda crear un negocio cuando quiera [...] Pero, como entendía Abraham Lincoln, algunas cosas es mejor hacerlas juntos [...]. Porque queremos abrir estas puertas de oportunidad a todos los estadounidenses, porque si todos los estadounidenses tienen su oportunidad, todos estaremos mejor⁴.

Comparemos esto con el atrevido sarcasmo que Franklin Roosevelt hizo de sus adversarios, defensores fundamentalistas del mercado, en la campaña de 1936, en la que se presentó a la reelección; de nuevo, la transcripción no puede hacer justicia al discurso de Roosevelt: su sarcasmo lleno de seguridad y el evidente placer en burlarse de la clara mala fe de sus adversarios:

Permítanme advertirles a ustedes y a la nación contra la salida fácil que dice: «Por supuesto que creemos en esas cosas: creemos en la seguridad social, creemos que hay que crear puestos de trabajo para los desempleados, creemos que hay que salvar las viviendas. Que nos muramos si no creemos en todas estas cosas. Pero no nos gusta el modo de hacerlas del actual gobierno. Dádnoslas a nosotros. Las haremos todas, haremos más, las haremos mejor, y lo más importante de todo, hacerlas no le costará nada a nadie»⁵.

La comparación demuestra que la hipótesis del fallo de liderazgo es verdaderamente convincente. Un individuo carismático puede de hecho marcar una diferencia en el curso de la historia, y ciertamente las perspectivas de un doble movimiento en la actualidad mejorarían si la carga la liderase Franklin Delano Roosevelt, y no Obama. No obstante, esta idea no basta para explicar por qué no hay un doble movimiento en la actual coyuntura. Otra cosa sería que estuviésemos tratando de las flaquezas de un solo individuo. Pero Obama no es el único con puntos débiles. Es el

⁴ Véase el debate presidencial del 3 de octubre de 2012 en YouTube, de 1.09 a 1.10:35.

⁵ Véase «FDR: “Let me warn you [...]” (1936)», en YouTube.

patrón más extendido —el colapso general del keynesianismo entre las elites— el que debe explicarse. Enfrentados a la incapacidad de todo el estrato gobernante para intentar en serio impedir el descarrilamiento inminente, no podemos ceñirnos a hipótesis centradas en la psicología humana.

Trabajo y financiarización

Busquemos, en consecuencia, una explicación más profunda, relacionada con un cambio fundamental en el carácter del capitalismo desde la década de 1930. La cuestión aquí es el paso de un régimen de acumulación fordista, basado en la producción industrial, a uno posfordista, dominado por las finanzas. En el capitalismo fordista imperante en tiempos de Polanyi, el trabajo ocupaba un lugar fundamental, ya que su explotación constituía el principal motor de la acumulación de capital. Los trabajadores industriales poseían considerable influencia: la concentración facilitaba la organización y la amenaza de no acudir a trabajar era un arma potente. El trabajo organizado constituía la espina dorsal de un frente popular amplio, que dirigía los esfuerzos para regular el capitalismo y proteger la sociedad de los efectos desintegradores del *laissez-faire*⁶. Estructuralmente, por lo tanto, el capitalismo industrial generó una base electoral y política previa para el polo protector del doble movimiento.

La situación del capitalismo actual es fundamentalmente distinta. En la actual coyuntura, el capital prefiere, en la medida de lo posible, eludir el arriesgado negocio de la producción. Simplificando el circuito de la acumulación, los inversores encuentran beneficio en la compra y la venta de dinero y de nuevos productos financieros que mercantilizan el riesgo, evitando así la dependencia del trabajo, cuya función queda en todo caso más reducida aún por las nuevas tecnologías. Necesariamente, por lo tanto, el trabajo carece de la fuerza que tenía en la década de 1930. La fabricación se traslada a la semiperiferia, el número de afiliados sindicales se desploma, y el arma de la huelga pierde buena parte de su fuerza, al menos en el Norte globalizado. Igualmente importante, la división de clase entre trabajo y capital deja de parecer evidente en sí misma, al quedar ofuscada por la división aparentemente más destacada entre las filas decrecientes de quienes poseen empleo estable, por un lado, y los sometidos a una precariedad cada vez mayor por otro. En esta situación,

⁶ Beverly Silver, *Forces of Labor*, Cambridge, 2003 [ed. cast.: *Fuerzas de trabajo*, Madrid, 2005]; Göran Therborn, «Las clases en el siglo XXI», *NLR* 78, enero-febrero 2013, pp. 5-29.

el trabajo organizado no habla en nombre de la sociedad propiamente dicha. En opinión de algunos, defiende los privilegios de una minoría que disfruta de una módica seguridad social frente al número mucho mayor de quienes no disponen de ella.

Por razones estructurales, por lo tanto, el trabajo no puede aportar la espina dorsal al polo protector de un doble movimiento en el siglo XXI. Y no hay un sucesor obvio a la vista: el precariado, o la «multitud», tiene de su parte la fuerza de los números, pero su situación no conduce a la organización; y buena parte del mismo no posee nada que el capital necesite y de lo que pudiera privarlo. Tanto jóvenes como agricultores, consumidores, mujeres, la ya no tan «nueva» clase de los trabajadores simbólicos, que últimamente aparece disfrazada de *hackers* y piratas informáticos, han puesto a prueba su peso político y descubierto que les falta. Dicho esto, un capitalismo dominado por las finanzas plantea formidables obstáculos políticos a la dinámica política polanyiana. Por naturaleza, no genera ninguna fuerza social identificable y capaz de encabezar una contrahegemonía, y mucho menos unos «sepultureros» claros.

Esta hipótesis de cambio de la producción a las finanzas permite conocer en parte las condiciones que militan contra la aparición de un movimiento doble en la época actual. Pero no capta todo el espectro de posibilidades políticas. Por una parte, porque este enfoque olvida considerar las perspectivas de los trabajadores fuera del Norte globalizado. Y por otra, porque se centra en el sistema económico oficial, sin abordar el terreno más amplio de la *reproducción social*, que en la actualidad sirve de ámbito de oposición principal al neoliberalismo (véase en todo el mundo las batallas por la educación, la sanidad, la vivienda, el agua, la contaminación, los alimentos y la vida comunitaria). Por consiguiente, también la hipótesis de la financiarización se centra unilateralmente en las relaciones de clase como base exclusiva o principal de la lucha política, mientras que no considera las relaciones de estatus, que en la actualidad constituyen las principales bases de movilización (véase las políticas de reconocimiento, posiblemente los elementos generales dominantes en la protesta actual, que organizan enfrentamientos por cuestiones de género, sexualidad, religión, lengua, raza/etnia y nacionalidad). Por último, esta hipótesis olvida el aspecto discursivo de la política: los principios generales de las reivindicaciones que median entre estructura y agencia, los imaginarios sociales a través de los cuales los seres sociales experimentan, interpretan y evalúan las condiciones sociales.

Una crisis de delimitación

La tercera hipótesis se centra en otro cambio estructural que ha tenido lugar desde la década de 1930. Lo que ha cambiado, en este caso, es la escala en la que se experimenta la crisis y, por lo tanto, el marco a través del cual debe abordarse. Lo que está en juego, específicamente, es el cambio de un escenario de crisis propio del siglo xx, enmarcado en términos nacionales, que requería la acción de Estados territoriales, a un escenario del siglo xxi, que ha desestabilizado el marco nacional sin haber generado aún un sustituto verosímil⁷. En tiempos de Polanyi no hacía falta decir que el Estado territorial moderno era el principal ámbito y agente de la protección social. Los parámetros del proyecto protector del movimiento doble estaban, por lo tanto, claros: para gestionar su economía nacional, el Estado necesitaba movilizar el presupuesto nacional, lo cual a su vez exigía controlar la moneda nacional. Prácticamente lo primero que Franklin Roosevelt hizo al asumir el cargo en 1933 fue sacar a Estados Unidos del patrón oro. Esta fue la medida que posibilitó toda la gama de políticas y programas, incluida la Seguridad Social, que asociamos con el *New Deal*. Tras la Segunda Guerra Mundial, asimismo, tanto en Estados Unidos como en otras partes, el marco nacional siguió significando los principales parámetros de protección social: al definir como agente protector al Estado nacional; como objeto que debía gestionarse, a la economía nacional; como medio que debía emplearse, a la política nacional: fiscal, monetaria e industrial; y como círculo de titulares del derecho a la protección a los ciudadanos nacionales. Igualmente importante, la comunidad imaginada de la nación aportaba las actitudes y los valores solidarios que convertían la protección en un proyecto político viable, capaz de atraer un amplio respaldo⁸.

Hoy, sin embargo, el marco nacional ya no se da por sentado. Tras el naufragio de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos encabezó la

⁷ Respecto a la desestabilización del marco nacional, véase Nancy Fraser, «Reinventar la justicia en un mundo globalizado», *NLR* 36, enero-febrero de 2006, pp. 31-50.

⁸ Por supuesto, este marco era también erróneo, porque excluía del círculo de titulares de la protección a aquellos no nacionales situados en la periferia a los que el mercado exponía a riesgos y cuyo trabajo ayudaba a financiar las prestaciones sociales en los países pertenecientes al núcleo capitalista. Respecto a este «marco erróneo», véase Nancy Fraser, «Marketization, Social Protection, Emancipation: Toward a Neo-Polanyian Conception of Capitalist Crisis», en Craig Calhoun y Georgi Derluguian (eds.), *Business as Usual: The Roots of the Global Financial Meltdown*, Nueva York, 2011, pp. 137-158.

construcción de un sistema capitalista mundial basado en el marco de Bretton Woods, con el objetivo de combinar el libre comercio internacional y la reglamentación estatal en el ámbito nacional. Pero esa formación intermedia se vino abajo en pocos decenios. En la década de 1970, Estados Unidos empezaba a convertirse en una nación *rentista*, que al destruir el sistema de tipos de cambio fijos, invertir su capital en el extranjero e incurrir en una deuda soberana masiva, cedió el control de su moneda y debilitó su capacidad para manejar su economía. Otros países más débiles perdieron también la capacidad para fomentar el desarrollo, si alguna vez la habían tenido. Debido a una prolongada historia de sometimiento colonial, así como a la continuación, tras la independencia, de la depredación imperialista por otros medios, los Estados poscoloniales nunca disfrutaron de capacidades protectoras iguales a las de los países situados en el núcleo, una disparidad posteriormente exacerbada por las políticas neoliberales de ajuste estructural. A su vez, la construcción de Europa como una unión económica y monetaria, sin la correspondiente integración política y fiscal, inhabilitó las capacidades protectoras de los países miembros sin crear equivalentes más amplios, a escala europea, que asumiesen esas competencias. Hoy, las pruebas nos rodean: Grecia está reducida a un protectorado; España, Portugal e Irlanda están gobernados desde Bruselas, y los bancos centrales establecen los límites de la política interior incluso en Alemania y Francia. El resultado es que el proyecto de protección social ya no puede preverse en el marco nacional. Sin alternativa en el horizonte que lo sustituya, el proyecto parece perder credibilidad. En consecuencia, carecemos de otro presupuesto crucial del doble movimiento.

La hipótesis del «marco» ayuda verdaderamente a comprender la dificultad de establecer un contrapeso a la hegemonía del neoliberalismo en el siglo XXI. Arroja luz sobre la debilidad de los movimientos nacionales que defienden la protección social y que se dan principalmente en formas contrahistóricas y retrógradas como el *lepenismo* en Francia o Aurora Dorada en Grecia. Pero no explica la debilidad de alternativas transnacionales más amplias. ¿Por qué no hay un movimiento paneuropeo contra la austeridad? Si los capitalistas se han organizado globalmente para ampliar el alcance de los mercados y liberarlos de los controles nacionales, ¿por qué los partidarios de la protección social no han organizado un contramovimiento de escala comparable? En resumen, ninguna de las hipótesis aquí consideradas es plenamente satisfactoria. Y tampoco bastaría una combinación simple de las tres:

incluso aunque consiguiésemos articular psicología, financiarización y globalización, seguiríamos siendo incapaces de captar las dinámicas específicamente *políticas* que han hecho descarrilar el supuesto de Polanyi. Todavía tendríamos que preguntarnos ¿por qué la «sociedad» no se organiza políticamente para protegerse de la «economía»? ¿Por qué no hay un doble movimiento en el siglo XXI?

Emancipación: la que faltaba

Siempre que una cuestión resiste tercamente una investigación prolongada, vale la pena considerar si se ha planteado de manera equivocada. Cuando preguntamos por qué no se da un movimiento doble en el siglo XXI, repetimos un gesto contrafáctico familiar, como en ¿por qué no hubo revoluciones socialistas en los Estados industriales avanzados del núcleo capitalista? El problema a este respecto está claro: centrándonos en lo que falta, olvidamos lo que está presente. Supongamos, sin embargo, que reformulamos nuestra pregunta de manera más abierta, examinando los principios básicos de las luchas sociales realmente existentes en las décadas transcurridas desde la publicación de *La gran transformación*.

Con este fin, consideremos la enorme gama de luchas sociales que no encuentran lugar alguno en el esquema del movimiento doble. Me refiero a la extraordinaria gama de movimientos de emancipación que irrumpieron en escena en la década de 1960 y se extendieron con rapidez por todo el mundo en los años siguientes: antirracismo, antiimperialismo, pacifismo, Nueva Izquierda, feminismo de segunda generación, liberación de LGBT, multiculturalismo, etcétera. Centrados más a menudo en el reconocimiento que en la redistribución, estos movimientos eran muy críticos con las formas de protección social institucionalizadas en los Estados del bienestar y desarrollistas de posguerra. Observando con detenimiento las normas culturales codificadas en las dotaciones sociales, sacaron a la luz jerarquías y exclusiones sociales injustas. Por ejemplo, la Nueva Izquierda puso de manifiesto el carácter opresivo de las protecciones sociales burocráticamente organizadas, que privaban de independencia a sus beneficiarios, convirtiendo a los ciudadanos en clientes. Los activistas antiimperialistas y pacifistas criticaron el marco nacional de las protecciones sociales del Primer Mundo, financiadas sobre los hombros de pueblos coloniales a los que excluían; de ese modo, revelaron la injusticia de protecciones «mal enmarcadas», en las que la escala de la exposición al peligro –a menudo transnacional– no coincidía

con la escala en la que se organizaba la protección, típicamente nacional. Las feministas, por su parte, revelaron el carácter opresivo de protecciones basadas en el «salario de familia» y en visiones androcéntricas del «trabajo» y la «contribución», demostrando que lo que se protegía no era tanto la «sociedad» *per se* como la dominación masculina. Los activistas LGBT desenmascararon el carácter injusto de una atención pública basada en definiciones restrictivas, heteronormativas, de la familia. Los activistas por los derechos de los discapacitados pusieron de manifiesto el carácter excluyente de los entornos edificados que codificaban visiones de movilidad y capacidad propias de no discapacitados. Los multiculturalistas revelaron el carácter opresivo de protecciones sociales basadas en autoreconocimientos religiosos o etnoculturales mayoritarios que penalizaban a los miembros de grupos minoritarios, etcétera.

En todos los casos, cada movimiento criticaba un aspecto de la «sustancia ética» –*Sittlichkeit*– que componía la protección social. En el proceso, despojaron para siempre al término «protección» de su inocencia. Conscientes de que un salario podía servir como recurso contra la dominación basada en el estatus, estos movimientos desconfiaban por naturaleza de quienes idealizaban la protección y demonizaban los mercados. Al exigir acceso, y no protección, su principal objetivo no era defender la «sociedad», sino superar la dominación. No obstante, los movimientos de emancipación no defendían el liberalismo económico. Aunque se apartaron de la «sociedad», no por ello se convirtieron en partidarios de la «economía». Conscientes de que la mercantilización a menudo servía más para cambiar la función de la dominación que para eliminarla, eran también instintivamente escépticos respecto a aquellos que vendían el mercado «autorregulado» como una panacea. Desconfiando de los intentos de totalizar la mercantilización, no reivindicaron la libertad de contrato como un fin en sí mismo, sino, por el contrario, como medio de emancipación, concebida en sentido amplio.

En general, por lo tanto, los movimientos sociales de posguerra no encajan en ninguno de los lados del movimiento doble. Al no defender ni la mercantilización ni la protección social, abrazaron otro movimiento político, que denominaré emancipación. Oculto por el modelo de Polanyi, este proyecto debe recibir un lugar central en nuestros esfuerzos por aclarar los principios generales de la lucha social en el siglo XXI. Yo propongo, en consecuencia, analizar la actual constelación por medio de una figura distinta, que denomino el *triple movimiento*. Como

la figura de Polanyi, el triple movimiento sirve de mecanismo analítico para determinar los principios generales de la lucha social en la sociedad capitalista. Pero a diferencia del doble movimiento, delinea un conflicto a tres bandas entre partidarios de la mercantilización, defensores de la protección social y partidarios de la emancipación. El objetivo no es simplemente una mayor inclusividad, sin embargo. Se trata, por el contrario, de captar las relaciones cambiantes entre estos tres conjuntos de fuerzas políticas, cuyos proyectos se entrecruzan y colisionan entre sí. El triple movimiento pone de manifiesto el hecho de que cada polo puede aliarse, en principio, con cualquiera de los otros dos, en contra del tercero.

Ambivalencia política

Hablar de un triple movimiento es plantear que cada uno de los tres polos que lo constituyen es inherentemente ambivalente. Podemos ver ya, *contra* Polanyi, que la protección social es a menudo ambigua, ofreciendo alivio contra los efectos desintegradores de los mercados *sobre* las comunidades, al tiempo que simultáneamente afianza la dominación *dentro* y *entre* ellas. Pero lo mismo puede decirse de los otros dos términos. La mercantilización puede, de hecho, tener los efectos negativos resaltados por Polanyi. Pero, como comprendió Marx, puede también engendrar efectos positivos, en la medida en que las protecciones que desintegra son opresivas, como, por ejemplo, cuando se introducen mercados de bienes de consumo en economías dirigidas, burocráticamente administradas, o cuando se abren mercados de trabajo a quienes han sido excluidos de ellos sin quererlo. Y la emancipación tampoco es, y esto es importante, inmune a la ambivalencia, porque no solo produce liberación, sino también tensiones en el tejido de solidaridades existente. Incluso cuando supera la dominación, la emancipación puede ayudar a disolver la base ética solidaria de la protección social, abriendo así el camino a la mercantilización.

Visto de este modo, cada término tiene un *telos* propio y una potencial ambivalencia al interactuar con los otros dos. *Contra* Polanyi, por lo tanto, el conflicto entre mercantilización y protección social no puede entenderse como algo aislado de la emancipación. Igualmente, sin embargo, posteriores conflictos entre protección y emancipación no pueden entenderse como algo aislado de la fuerza mediadora de la neoliberalización. Podemos en consecuencia efectuar una crítica paralela a los movimientos de emancipación. Si Polanyi olvidó el impacto de las luchas por la emancipación sobre los conflictos entre mercantilización

y protección social, estos movimientos han descuidado a menudo el impacto de los proyectos de mercantilización sobre sus enfrentamientos con las fuerzas proteccionistas.

Hemos visto que los movimientos emancipadores se opusieron a las protecciones opresoras después de la Segunda Guerra Mundial. En todos los casos, el movimiento reveló un tipo de dominación y reivindicó la emancipación. Sin embargo, estas reivindicaciones eran también ambivalentes: podían en principio alinearse con la mercantilización o con la protección social. En el primer caso, en el que la emancipación se alineaba con la mercantilización, no solo servía para erosionar la dimensión opresiva, sino también la base solidaria de la protección social en sí misma. En el segundo caso, en el que la emancipación se alineaba con la protección social, no erosionaba el mensaje ético en el que se basaba la protección social, sino que lo transformaba.

De hecho, todos aquellos movimientos abarcaban tanto tendencias proteccionistas como mercantilizadoras. En cada caso, las corrientes liberales gravitaban hacia la mercantilización mientras que las socialistas y socialdemócratas tenían más probabilidades de alinearse con fuerzas defensoras de la protección social. Se podría decir, sin embargo, que la ambivalencia de la emancipación se ha resuelto en años recientes a favor de la mercantilización. Insuficientemente familiarizadas con el ascenso de las fuerzas del libre mercado, las corrientes hegemónicas de la lucha emancipadora han creado unas «amistades peligrosas» con el neoliberalismo, aportando una parte del «nuevo espíritu» o de la base carismática a una nueva forma de acumulación de capital, calificada de «flexible», «respetuosa con la diferencia», «que fomenta la creatividad desde abajo»⁹. Como resultado, la crítica emancipadora a la protección opresiva ha convergido con la crítica neoliberal a la protección en sí misma. En la zona de conflicto del triple movimiento, la emancipación ha unido fuerzas con la mercantilización para defenderse de la protección social.

⁹ Respecto a las amistades peligrosa entre feminismo y neoliberalismo, véase Nancy Fraser, «Feminism, Capitalism and the Cunning of History» y «Feminist Ambivalence and Capitalist Crisis», ambos en Nancy Fraser, *Fortunes of Feminism*, Londres y Nueva York, 2013 [de próxima publicación por la Universidad del Posgrado del Estado-IAEN, Quito, 2014].

Aquí, por fin, empezamos a reconocer el estado real del juego político en el siglo XXI. En la actual alineación, el sector neoliberal, envalentonado, aprovecha la fuerza que le proporciona el carisma prestado por los movimientos emancipadores. Disfrazándose de insurrección, adopta los acentos de la emancipación para acusar a la protección social de encadenar la libertad. Mientras tanto, la desacreditada parte proteccionista lucha por librarse de la mancha de la dominación, puesta de manifiesto por los movimientos emancipadores. Desmoralizada, a la defensiva y carente de convicción, no genera ningún tipo de seducción, ningún sueño contrahegemónico capaz de galvanizar la oposición al neoliberalismo. Por último, la parte de la emancipación se encuentra en un estrecho precipicio. Oscilando entre los otros dos polos, sus corrientes dominantes cruzan repetidamente la línea que separa las críticas válidas a la protección opresiva y las reivindicaciones legítimas de acceso al mercado de trabajo, por un lado, de la aceptación ciega de un individualismo meritocrático y un consumismo privatizado, por otro.

Replantear la política de la crisis

Al aclarar esta constelación, el triple movimiento resalta los retos específicamente políticos a los que se enfrentan los esfuerzos por establecer un proyecto contra la hegemonía del neoliberalismo. Al analizar el campo de las luchas realmente existentes, permite enfocar los principios generales del planteamiento de reivindicaciones y de los imaginarios sociales que median en las respuestas de los actores políticos a su situación. Este enfoque político no invalida las tres hipótesis antes consideradas, sino que las enriquece y complementa. Ante todo, aclara los procesos que han desmoralizado a las elites socialdemócratas, dotado al neoliberalismo del carisma que ha permitido su hegemonía, y debilitado y dispersado a las fuerzas de la emancipación. Igualmente importante, el triple movimiento sugiere una evaluación pospolanyiana del actual estado de la lucha política. Por la sencilla razón de que da a entender que no deberíamos llorar la ausencia de un movimiento doble. Por mucho que complique la lucha contra el neoliberalismo, el ascenso de la emancipación representa un avance. No hay vuelta a las interpretaciones jerárquicas, excluyentes y comunitarias de la protección social, cuya inocencia ha quedado destruida para siempre, y con razón. A partir de ahora, no puede existir la protección sin emancipación.

Al mismo tiempo, el triple movimiento sugiere la necesidad de complicar el proyecto de emancipación. Al revelar la ambivalencia de esta última, dicho análisis da a entender que la emancipación no es el nombre único, absolutamente incluyente, para todo lo bueno. Todo depende, por el contrario, de qué forma el impulso de superar la dominación es conformado por un encuentro histórico con otros proyectos entrecruzados, sobre todo, la mercantilización y la protección social. Un proyecto emancipador marcado por la fe ingenua en el contrato, la meritocracia y el avance individual será fácil de desviar hacia otros fines, como ocurre en la actualidad. Sin embargo, el proyecto emancipador unido al rechazo total de los mercados entrega de hecho a los defensores del libre mercado ideales liberales indispensables, al tiempo que abandona a millones de personas de todo el mundo que entienden con razón que hay algo peor que ser explotado: a saber, que no le consideren a uno digno de serlo. En general, por lo tanto, no hay emancipación sin alguna manera de síntesis entre mercantilización y protección social.

Por último, el triple movimiento nos sugiere un proyecto político a aquellos que seguimos defendiendo la emancipación. Deberíamos romper nuestra relación peligrosa con el neoliberalismo y forjar una nueva alianza de principios con la protección social. Realineando de ese modo los polos del triple movimiento podríamos integrar nuestro perdurable interés por la no dominación con el interés igualmente válido por la solidaridad y la seguridad social. Al mismo tiempo, podríamos rescatar el indispensable interés por la libertad negativa de los usos neoliberales a los que ha sido aplicada. Asumiendo una interpretación más amplia de la justicia social, dicho proyecto serviría de inmediato para honrar las ideas de Polanyi y remediar sus puntos ciegos.

CRÍTICA

Eric Hobsbawm, *Fractured Times: Culture and Society in the Twentieth Century*, Londres, Little, 2013.

FRANCIS MULHERN

TIEMPOS DE CONCLUSIÓN

Eric Hobsbawm fue historiador y amante de las artes, marxista –comunista mientras siguió habiendo un partido con ese nombre al que afiliarse, socialdemócrata declarado, más tarde– e inglés al mismo tiempo que judío vienés de una época determinada. Estas son las subjetividades presentes, en diversa combinación, en los veintidós ensayos, conferencias y reseñas que componen *Fractured Times*. El tema del libro, en las palabras introductorias de Hobsbawm, es «qué le ocurrió al arte y a la cultura de la sociedad burguesa» después de 1914, cuando las formaciones de clase social características de la burguesía europea en el siglo anterior habían desaparecido. De hecho, el libro es más diverso y más variado en sus énfasis de lo que esa pronunciación plana y singularizadora anima a los lectores a creer, y difícilmente podría ser de otro modo, dada su amplitud temporal (de 1964 a 2012) y el carácter ocasional de la mayoría y quizá de todos sus componentes, la mitad de los cuales empezaron siendo conferencias orales en museos, galerías y festivales.

Otra fuerza de diversificación fue la inigualable curiosidad del autor. La «cultura» del título toca todos los significados importantes del término en la actualidad: las clásicas tradiciones cultas de las artes y la literatura en Europa, pero también las vanguardias históricas de comienzos del siglo xx y formas de masas como la música rock y el *western* hollywoodiense; los valores y las tradiciones de la ciencia a mediados de siglo, personificada de manera diferente en las trayectorias profesionales de Joseph Needham y J.

D. Bernal; los cotidianos fenómenos de producción generalizada de mercancías; la mezcla y la remodelación de conductas simbólicas de todo tipo en las grandes migraciones del siglo XX, y la importancia de la globalización en la actualidad; los patrones cambiantes de autoridad pública ejemplificados en los destinos opuestos del intelectual intervencionista «libre» en el mundo metropolitano, y los fanáticos de la «religión pública», fundamentalistas y rigoristas, a partir de la década de 1970.

Con la gran amplitud de temas y la necesidad de generalizar relacionada con las conferencias a las que se le invita ante públicos ocasionales, no especialistas, se produce inevitablemente la selectividad y la estricta economía de ilustración. Europa es el principal ámbito del libro y, en especial, la zona de habla alemana donde se formó el autor. La cultura que le interesa principalmente es estética, no conceptual, y, más que universidades y bibliotecas, abarca los intereses de salas de conciertos, galerías y teatros. Dentro de este sesgo hacia las artes, hay otras gradaciones de énfasis. Así, la ópera está aquí vívidamente presente, pero hay poco sobre literatura o teatro no musical, el brillante retrato de Karl Kraus y *Die Fackel*, su «monólogo vital dirigido al mundo», supone una gran excepción. La música está por todo el libro, pero no así los compositores o intérpretes, observados con relativa poca frecuencia, y a veces solo de manera indirecta: menciona a Beethoven, pero solo como un «nombre», un pedacito del conocimiento general con pocas probabilidades de desaparecer de la base de datos cultural del siglo XXI. El cine es una pieza clave en el argumento general de Hobsbawm, pero rara vez sale a primer plano, mientras que la televisión desempeña un papel increíblemente secundario. En conjunto, sin embargo, junto con estudios más enfocados sobre los judíos europeos y sobre la clase, el género y la importancia de la «juventud» a finales del siglo XIX, estos textos componen un libro rico en refinamiento y aprendizaje, predeciblemente sólida en la aceptación general y lleno de detalles interesantes. Es también un libro con una unidad definida, aunque no tanto en los términos que la introducción de Hobsbawm propone. Porque si observamos que el más antiguo de estos textos, una reseña publicada en *The Times Literary Supplement*, data nada menos que de 1964, necesitamos añadir, para aclarar, que el siguiente más antiguo se publicó tres décadas más tarde, y que la mayor parte de la colección (dos tercios) fue escrita a comienzos del nuevo siglo. Son trabajos tardíos, buena parte de ellos posteriores a las memorias de Hobsbawm, *Interesting Times*, y tardíos en un sentido que va más allá de la cronología, y entra en el fondo de la escritura.

Las «fracturas» del título son multiformes. Incluyen el alejamiento de la pintura de su función histórica de representación, con la consiguiente pérdida de públicos significativos; y el doble aislamiento de los devotos del repertorio de conciertos clásico, que han sido abandonados por la generación

más joven, al tiempo que siguen resistiéndose a un trabajo nuevo y desconocido y centrándose en un pequeño catálogo de favoritos de los siglos XVIII y XIX. Otras fracturas son evidentes en aquellas disciplinas artísticas en las que las tradiciones artesanas no han sido ajustadas a un entorno orientado a la reproducibilidad a gran escala. La aparente inconmensurabilidad del logro entre disciplinas y, más aún, entre registros de la práctica artística es una fractura más general. Sin embargo, a pesar de su posición privilegiada y de su aptitud como metáfora de las condiciones culturales observables, la fractura no es el tropo fundamental del libro al que da nombre. Esa distinción pertenece al abrumador poder natural del agua. El lenguaje de Hobsbawm es insistente: «La actual inundación creativa está ahogando el planeta», es «incontrolable», un «aluvión», una «avalancha», una «inundación»; una sucesión de «tsunamis» pasados y futuros. Este nuevo diluvio es la cultura espontánea del capitalismo desarrollado actual.

Hobsbawm enmarcaba sus análisis como historiador social, no como crítico o teórico de la cultura o de cualquier arte; ni siquiera del jazz, sobre el que escribió en *The New Statesman* en la década de 1950. Lo que le interesan principalmente son los productores y sus públicos, y las cambiantes articulaciones de tecnología y mercado que estructuran sus historias, y todo esto en un espíritu de investigación empírica comparativa. *Fractured Times* es un libro marxista sobre la cultura europea contemporánea que no tiene en el índice entradas dedicadas a Adorno, Marcuse o Williams. Georg Lukács aparece una vez, pero solo como nuevo tipo de burgués: hijo liberado por las subvenciones paternas, que le permiten proseguir una vocación más elevada. Walter Benjamin aparece de varias formas, sin embargo, y de manera más relevante como el teórico del arte en la era de la reproducción mecánica e inspirador de las reflexiones de Hobsbawm sobre las diversas trayectorias de las artes en el siglo XX y después. El argumento general que plantea a este respecto es directo. La reproducibilidad tecnológica en las artes crea la posibilidad de establecer mercados de masas, que, a su vez, se convierten en medio para la viabilidad artística en cualquier ejemplo dado. Cuando estas condiciones encajan bien, el entorno cultural es favorable. Así, la literatura en su sentido más amplio, que desde hace doscientos años se ha ido adaptando a la reproducibilidad a gran escala inherente en el tipo móvil, ha florecido y sigue expandiéndose. La música de cualquier tipo y tradición se ha beneficiado de las tecnologías de grabación y radiodifusión, mientras que el cine es el producto de la reproducción mecánica y, a pesar de los retos planteados por sucesivas formas de reproducción extracineamatográficas – televisión, vídeo doméstico y ahora innovaciones digitales e Internet –, ha sobrevivido la forma de arte más próspera del siglo XX, en el nuevo milenio.

La arquitectura monumental prospera en términos especiales, a modo de firma o legado, en los *grands projets* de políticos y la manía de los consejeros

delegados por construir torres en los nuevos centros del capital. No así la escultura, ahora que lo estatuario ha perdido su lugar en la simbología de los espacios públicos. La pintura es la peor parada, después de haber sido sacudida, y de haber vacilado y perdido su camino a partir de finales del siglo XIX. Corriendo objetivamente el riesgo de sobrar, tras la invención de la fotografía, los pintores de caballete y los muralistas han lanzado sucesivos alejamientos de las formas de representación pictórica heredadas, con beneficios decrecientes. Después de todo, «una cámara en la plataforma de una locomotora puede transmitir mejor la sensación de velocidad que un lienzo futurista de Balla». La pintura se aferró a las normas de producción artesanales y a anejas concepciones sobre el artista solitario en condiciones históricas en las que la reproducibilidad masiva y los procedimientos de trabajo en equipo se generalizaban y se convertían en norma, con el resultado paradójico de que ahora sobrevive principalmente como arte de homenaje o autoestima, el retrato al óleo por encargo. (El mercado del arte como inversión es otro asunto completamente distinto). En las artes visuales definidas más en general, el Art Nouveau mostró lo que podía alcanzarse aún, en especial cuando los principios estéticos se asociaban con firmes compromisos sociales, como en el linaje creativo que pasó de William Morris a la Bauhaus. Sin embargo, este no fue el caso típico, y el Art Nouveau fracasó por su resistencia al industrialismo y a las técnicas de este, que la Bauhaus acabó aceptando con argumentos programáticos, al igual que los diversos practicantes del Art Déco, en un espíritu de realismo comercial. Las vanguardias musicales del pasado siglo no han tenido mejores resultados que sus homólogas de la pintura, en opinión de Hobsbawm. Ni Schoenberg ni sus discípulos consiguieron apartar al público de su época de la tradición central de la música clásica, y nunca reunieron un nuevo seguimiento significativo para sus innovaciones; el jazz perdió sus audiencias populares cuando efectuó un giro hacia la música artística; la preferencia de la gran mayoría de entusiastas más jóvenes es el rock y el pop.

Este es un estudio múltiple, disciplina a disciplina y tradición a tradición, y de estilo eminentemente práctico. Va acompañado de una evaluación sinóptica, un análisis del trasfondo, con referencias bastante generales y nada ambiguo. El tema de Hobsbawm ahora es la disolución histórica de las condiciones de la experiencia artística en el sentido de «cultura» heredado del siglo XIX. Esa cultura era una llamada a la seriedad elevada:

El disfrute del arte conducía a la mejora espiritual y era una especie de actividad devocional, ya fuese íntima, como leer, o pública, en el teatro, la Sala de conciertos, el museo o espacios de cultura mundial reconocidos, como las pirámides o el panteón.

La cultura comportaba una autosegregación virtuosa o una ascesis social, una especie de «separatismo», como lo denomina este libro: un alejamiento de lo cotidiano y del mero entretenimiento que ya no es posible en las condiciones del capitalismo desarrollado. El dinamismo tecnológico y el impulso consumista por la gratificación inmediata van unidos

en la sucesión de palabras, sonidos e imágenes del entorno universal que en otro tiempo habría sido denominada «arte», pero que también se ha desvanecido en esta disolución de la experiencia estética...

(un exceso autoaniquilador de la estética que elimina el «arte»).

El epítome de esta condición estética, para Hobsbawm, es la cultura inmersiva, polimórficamente hedonista de los festivales de música rock y las *rave parties*; y el epítome de cómo el arte puede aprender a vivir con su propia disolución en cuanto «arte» normativo es la «extraña y desagradable figura» de Andy Warhol, el «gran» falso dadaísta de su tiempo:

Warhol y los artistas pop no querían destruir ni revolucionar nada, mucho menos el mundo. Por el contrario, lo aceptaban, e incluso les gustaba. Simplemente, reconocían que ya no era lugar para el arte visual tradicional producido por un artista en la sociedad de consumo...

La «problemática» obra de Warhol, no obstante, estuvo a punto de cumplir la clásica ambición «moderna» de «expresar los tiempos», en un equivalente visual de «la gran novela estadounidense»; «pero esto no lo logró creando obras de arte en el sentido tradicional». Y en la década de 1970, en opinión de Hobsbawm, el arte conceptual demostraba que la mera idea de *obra* de arte se había perdido.

El precedente redentor de la Bauhaus fue abandonado, dejando solo el interés por las mercancías o «postarte». De nuevo, los valores orientadores de estos ensayos son los afirmados tradicionalmente en la práctica artística: habilidad individual, esfuerzo, concentración, las disciplinas de la escena y el estudio de grabación, virtuosismo en la representación. Este énfasis está levemente en deuda con Benjamin, pero mucho más con las predecibles prioridades de un devoto, en este caso, un devoto con especial interés por la música clásica, la ópera y el jazz. Y es en esta capacidad, y no en la de esteta, en la que Hobsbawm entrelaza sus análisis históricos con drásticos juicios sobre el valor artístico. Algunos ejemplos bastarán para permitirnos captar la idea. Los oyentes de conciertos clásicos subsisten con «un repertorio muerto», que, no obstante, constituye «un maravilloso legado» que no debe perderse. Una Billie Holiday en la música pop es «más rara» que un Rimbaud componiendo versos para tarjetas de felicitación. Estas evaluaciones tajantes no son lo que pudieran parecer a primera vista: otro ejercicio de oposición acumulada entre lo propiamente «crítico» (con estilo personal)

y lo «populista». La colocación de «maravillosa» y «muerta», en el primer caso, y la asimetría de registro en el juicio comparativo, en el segundo, son indicios de una actitud más compleja. Así, observando la proliferación de la cultura de los festivales internacionales en el nuevo siglo, Hobsbawm no tiene reparos en reconocer que el menú rock y pop en Roskilde es de mayor interés que el más prestigioso programa de legados disponible en el Verbier Festival: «Mientras que las formas clásicas se estancan, las no clásicas abren nuevos caminos».

¿Qué criterios generales podrían sacarse de dichos momentos? Muchos años antes, en una reseña a un libro de Stuart Hall y Paddy Whannel *The Popular Arts*, aquí recogida, Hobsbawm había rechazado la opinión generalizada de que hay términos básicos de conmensurabilidad que permiten efectuar juicios comparativos, si no en todo el arte, sí ciertamente en sus modos principales y en sus principales registros. La invitación a comparar Keats con Dylan (por tomar un ejemplo notorio que él no cita) es simplemente descabellada. Pero Hobsbawm tachó también la alternativa habitual, la apelación relativista a las cualidades propias de un «tipo» dado, de «petición de principio». En realidad, el esfuerzo por distinguir, al estilo tradicional, el arte «bueno» del «malo» es en sí erróneo, por ser radicalmente anacrónico. La cuestión es casi ontológica:

El defecto esencial de ambas maneras de abordar el arte de masas es la determinación de descubrir los valores de humanidad de antes que apareciera la producción masiva en una situación en la que dichos valores son, en el mejor de los casos, marginales. No hay ningún caballo intentando mirar hacia fuera desde debajo del capó del motor.

Este asombroso juicio general acompaña al paternal elogio a Roskilde, y por virtud de su propia generalidad puede considerarse de gran peso. El arte de masas es el postarte. No hay «obras» en el sentido pertinente (excepto «incidentalmente»), solo el «flujo» de palabra, sonido e imagen que da «una estilización más elevada de la vida» en la que las consideraciones de «personalidad», real o ficticia, y «cualidad de estrella» ocupan el lugar de lo que antes se consideraba «crítica».

La crítica en su sentido primordial fue la práctica esencial de la Ilustración, el otro gran compromiso de la *Kultur* burguesa, y el libro de Hobsbawm incluye dos estudios generales, cada uno dedicado a una de las dos categorías culturales emblemáticas en la historia de la Ilustración: los sacerdotes y sus opuestos, los intelectuales «libres». El análisis que Hobsbawm hace de la religión en los anteriores cien años parte de una distinción básica entre aspectos personales y públicos de afirmación y práctica religiosas, los cuales diferencia a su vez internamente. Duda de la apreciación común de que se ha producido una reconfirmación de la creencia religiosa en décadas recientes.

Ciertamente, ha habido «espectaculares transferencias» entre filiaciones confesionales, sobre todo dentro del cristianismo, donde el pentecostalismo ha alcanzado un seguimiento de millones de fieles en América y África; pero la afirmación de que la creencia religiosa en general se ha extendido puede considerarse dudosa, como de hecho el propio significado de «creencia», que puede incluir o no la adopción de la cosmología sobrenatural u otros tipos de pseudociencia, y constituir en general un modo de identificación comunitaria o un valorado medio para acceder a ritos de tránsito. Lo que está claro, en contraste, es el constante avance del laicismo, es decir, el protocolo por el cual los asuntos públicos se conducen como si los dioses no existieran. Pero lo que ahora está también claro, continúa, es que la expansión de la convicción laicista, por no decir atea, fue durante mucho tiempo exagerada por los observadores o, por el contrario, oscurecida por el carácter no representativo de los órdenes políticos dentro de los cuales avanzaba la causa. Era una pasión minoritaria, y esto quedaría claro con la progresiva concesión de privilegios a mayorías sociales contrastadamente tradicionales. El resultado fue un aumento de la «presencia pública» de la religión, con significativos efectos políticos en regímenes supuestamente laicos como Estados Unidos, Turquía, India y Egipto. Otra condición agravante desde la década de 1970 ha sido el giro neoliberal en el orden capitalista internacional, con su alteración generalizada de identidades y relaciones habituales. Estas son las condiciones que han permitido que florezcan en el cristianismo, el islamismo y el hinduismo, tendencias fundamentalistas que, en su lucha contra la política y la cultura de la Ilustración, se han dotado de unas tecnologías de la comunicación jamás imaginadas por sus cosmovisiones ancestrales.

Este recrudescimiento del oscurantismo es solo una de las condiciones generales que influyen negativamente en la función histórica del intelectual libre, en opinión de Hobsbawm. Otra es la aceptación general del nacionalismo y el concomitante debilitamiento de los valores universales, la indispensable reserva de autoridad crítica en los asuntos públicos. Los intelectuales, en cuanto capa social, tienen sus orígenes a finales de la Edad Media, cuando emergió un estrato instruido y no predestinado a cargos letrados de la Iglesia y el gobierno, y en ese sentido, «libre». Hasta finales del siglo XIX, sin embargo, a partir de la década de 1860 en Rusia y de la de 1890 en Francia, las figuras clásicas de la *intelligentsiya* y *les intellectuels* no adquirieron su perfil distintivo, uniendo ocupación (trabajo «mental» de cualquier tipo) con intervención discrepante en la política. Formados en medio de las crisis de la Rusia tardozarista y el Asunto Dreyfus, los intelectuales efectuaron grandes avances en «el “corto siglo XX” de las revoluciones y las guerras de religión ideológica», alcanzando el mayor impulso entre el final de la Segunda Guerra Mundial y el hundimiento del bloque comunista europeo. Así, su función fue más clara en la hobsbawmiana «era de los

extremos», cuando los futuros sociales estaban globalmente en cuestión y las ideas asumieron las consiguientes formas resonantes. (La exaltación de la ciencia y sus precursores, en el apogeo de Haldane y Bernal, fue un caso característico). Su eclipse se produjo con la llegada de un nuevo periodo, marcado por la despolitización de los electorados en las sociedades que habían alcanzado el consumismo. En las memorables palabras de Hobsbawm, «el paso del ideal democrático del ágora ateniense a las irresistibles tentaciones del centro comercial ha mermado el espacio disponible para la gran fuerza demoníaca de los siglos XIX y XX: a saber, la creencia en que la acción política era el modo de mejorar el mundo». Entre nosotros sigue habiendo intelectuales, escribe, más numerosos que nunca antes como categoría social objetiva y con un inextinguible potencial de pensamiento y acción opositores, como demuestran los movimientos Occupy. Pero los enemigos políticos los aíslan con facilidad, y su posición ventajosa en el mercado laboral, en cuanto superiores sociales «instruidos», los puede convertir en objeto de resentimiento. Su función es indispensable para cambiar el mundo, pero, en ausencia de un «frente unido» con la «gente común», está condenada de antemano. Si bien el porvenir de la razón laica es incierto, las perspectivas para ese frente son quizá peores de lo que jamás han sido. «Ese es el dilema del siglo XXI».

En resumen, un proceso social cada vez más amplio, guiado por la lógica del intercambio de mercancías y el dinamismo de la innovación tecnológica, ha fracturado todo un mundo de cultura. Los artistas de las tradicionales disciplinas cultas han perdido su público establecido o han asumido el mundo artístico mercantilizado y las riquezas que este canaliza hacia unos pocos potentados. Las nuevas artes de masas prosperan en conjunto, pero en términos ininteligibles para la crítica estética del pasado. Los grandes proyectos de renovación social del pasado siglo han disipado su promesa o fracasado por completo. Es la hora del emergente postarte, la Ilustración vacilante y los horizontes políticos oscurecidos: un tiempo en el que nos movemos a ciegas «sin mapas ni guías» hacia «un futuro irreconocible». No sorprende que como lema para *Fractured Times* Hobsbawm escogiese un fragmento de «Dover Beach», un poema de Matthew Arnold. Si este no es el familiar pesimismo de la *Kulturkritik*, se le parece extrañamente. Perceptible no solo en el estilo elevado de esa metáfora de un desierto sin profeta ni señal, es observable también en extravagancias desfiguradoras como el ataque general al arte conceptual, y en el lamento por la desaparición del *maître* intelectual del siglo XX y por el ascenso de partidarios de celebridades como Bono. Estos ejemplos aparecen en reseñas generales, y adquieren algo más que un tono simplemente genérico al ir unidos al tratamiento más especializado que se da al logro intelectual judío en la época de la emancipación, los judíos en

Alemania, el destino de *Mittleuropa*, y un retrato de Karl Kraus escrito para la edición de *Los últimos días de la humanidad* por parte de un club literario de Frankfurt. El tema que une estos capítulos es el destino de la clase media laica de origen judío en Centroeuropa, su identificación con la lengua y la cultura alemanas como medio universal de emancipación, y su dispersión o destrucción bajo el impacto conjunto de la expulsión y el asesinato masivo, la expansión del particularismo nacionalista y –el irónico *coup de grâce*– la relegación del alemán, en otro tiempo una puerta lingüística a lo universal, a una posición regional y secundaria. Los análisis históricos de Hobsbawm son inevitablemente complejos, pero el tono predominante es ahora mordaz, no pesadoso, y transmite la pérdida de un medio cuyo recuerdo se desvanece. El gran y vasto legado de la música sinfónica culta y de cámara está repentinamente reenmarcado en forma de logro local, debido en gran medida a un número pequeño de hombres que trabajan en «un área de unos cuantos kilómetros cuadrados» alrededor de Viena. Kraus es una presencia espiritual todavía más íntima: «Para los vieneses de mi generación [...] *Los últimos días de la humanidad* constituye simplemente una parte de nuestras vidas. El ejemplar de la primera edición, que releo constantemente, lleva en su primera página el nombre de mi madre». El tiempo verbal es engañoso, sin embargo, porque esta es una cultura que «ya no vive».

Aun así, es mejor no considerar el libro de Hobsbawm como una obra de *Kulturkritik*, ante todo por la sencilla razón de que sigue abierto a un futuro aún sin decidir, no como estratagema retórica, sino en virtud de sus compromisos categóricos fundamentales. La investigación de Benjamin sobre la obra de arte en los tiempos de la reproducción mecánica, con su distinción crítica entre arte aurático y no aurático, fue concebida como contribución a una estética revolucionaria. Al tomar prestado el argumento para sus propios fines, Hobsbawm ha alterado el equilibrio interno y disminuido su ambición política, aunque no tan drásticamente como para impedir el paso a una situación contingentemente alternativa. Por eso logra ofrecer una explicación significativamente diferencial del curso de las artes durante el lapso de tiempo elegido por él: algo que nunca ha sido el fuerte de la *Kulturkritik*. Eso no quiere decir, por supuesto, que el análisis no sea vulnerable a cuestionamientos empíricos y de otro tipo. Así, por ejemplo, es difícil coincidir con que la escultura subsiste en una condición marginal y penosa, o con que el arte visual de los pasados cuarenta años puede despacharse con una denuncia dispersa de los «charlatanes» que no saben dibujar ni pintar y una única referencia a Damien Hirst. En términos históricos más amplios, las relaciones entre las destrezas artesanales de la realización pictórica (la «pintura» es un enfoque tendenciosamente estricto) y los procesos de reproducción han sido más variados de lo que el análisis de Hobsbawm admite. Aguafuerte, grabado a media tinta y litografía se encuentran entre

los procedimientos prefotográficos que permitían a los artistas crear directamente de una manera reproducible o transponer imágenes pintadas y dibujadas a un copiado múltiple. Los pintores, recíprocamente, han hecho con las fotografías algo más que huir hacia la abstracción, usándolas para investigar y preparar, e incorporándolas a composiciones mixtas, pintando por encima o, en el límite, produciendo simulaciones hiperrealistas del efecto fotográfico. Los motivos para la aparición del vanguardismo debieron atribuirse a algo más que la mera rivalidad técnica, una situación sin parangón en los patrones coetáneos de innovación en música y literatura.

A Hobsbawm le agrada reconocer uniones productivas de producción artesana primaria y reproducción a gran escala aun cuando, como en el caso del arte visual, exagere la dificultad y las limitaciones de las opciones disponibles. Sin embargo, dichas iniciativas han implicado normalmente un aumento en el factor de colaboración y, crucialmente para él, la redistribución estructural o la rearticulación de capacidades creativas, de forma tal que se hace difícil o incluso inapropiado considerar los resultados como arte. Aunque admitiendo que algunas artes siempre han supuesto niveles elevados de colaboración (las escénicas en especial), declina reconocer la realidad histórica de la pluralidad de manos en el nivel más elevado del arte aurático, los talleres del Renacimiento, en los que los «maestros» eran maestros porque juzgaban valioso formar aprendices, los cuales ejecutaban obras que no habían diseñado personalmente o ayudaban directamente a sus maestros. Simultáneamente, da poca importancia a la aparición de nuevas destrezas artesanales individuales –las del estudio de grabación o la sala de edición cinematográfica, por ejemplo– y menos, a los nuevos patrones de maestría artística a los que la exigencia de cooperación compleja ha dado lugar. Esto es exactamente lo que Jerry Leiber y Mike Stoller, el legendario equipo de letra y música que acabó creando la función del moderno productor de estudio, tenían en mente al afirmar que componían discos, no canciones. Hay más arte en las «artes de masas» de lo que Hobsbawm estaba dispuesto a admitir, y si la mayor parte es malo, se debe principalmente, como él afirma, a que asume y atiende a «un mundo cerrado». Hay también mucho más espacio socialmente enrarecido en el que apreciarlo de lo que él supone. La idea de que festivales y conciertos, dionisiacos o no, forman el núcleo de la música popular en la actualidad es errónea. La mediación principal, y quizá definitiva, es el reproductor de música personal, que permite aislarse de familia, vecinos y otros pasajeros, por no mencionar al propio entorno semio-estético inundado, para públicos secuestrados de un solo miembro, de interpretaciones por encargo de cualquier tipo de música preferido: Beyoncé, *Don Giovanni*, un arpista bretón, Mahler, un popurrí creado por un amigo (podría ser cualquiera de ellos...). A algunos les molesta este masivo aislacionismo público (a mí, por ejemplo, que nunca he usado un *walkman*

ni ninguno de los sistemas de reproducción personal más recientes), pero toda concentración exige cierto procedimiento de separación, y esta no es evidentemente de espíritu menos puro que la práctica más antigua de leer en el metro o las acostumbradas normas de etiqueta de la sala de conciertos.

El historiador Hobsbawm no habría sido el último en aceptar esto, porque, si bien su aprecio de las artes cultas (o de algunas de ellas, al menos) parece casi absoluto, no experimenta una tendencia asociada a idealizar al público de las mismas. Los artículos de *Fractured Times* difieren de la corriente general de comentario cultural pesimista en su constante conciencia de la distinción entre las prácticas artísticas en sí (actividades abstractas que suponen la realización, la oferta y la recepción de diversos objetos especiales) y la «cultura» en cuanto *idée-force* que las unió, en formaciones históricas concretas con significados y propósitos sociales más o menos asentados, como «las artes». Así, por ejemplo, la concentración de la «cultura» que Hobsbawm detecta en el medio burgués a finales de la década de 1800, y la valorización de la «juventud» que la acompañó, presuponía cierto nivel de acumulación de capital y era una forma de mostrarlo y cosechar su rendimiento de prestigio, una conjunción de intereses que ni anula los logros de sus beneficiarios más dotados de talento ni es redimida por ellos. Visto de esta forma –y es el libro de Hobsbawm el que suscita la idea–, el ideal que supuestamente personifican las artes, el punto de observación que permite evaluar críticamente el mundo, ya siempre estuvo en peligro a pesar de sí mismo, y por esa razón fue una base insegura para la *Kulturkritik*. En 1894, cuando George Gissing publicó *In the Year of Jubilee*, la búsqueda burguesa de la «cultura», así llamada, ya era objeto de burla. De hecho, podría decirse que el tema de la «cultura» era intrínsecamente colusorio en su formación semántica: al homogeneizar la literatura y las diversas artes en un fondo compartido, como para facilitar comparaciones y transferencias entre ellas, era el valor de cambio del espíritu. La especial autoridad de la cultura, que supuestamente procedía de cosas más elevadas y más antiguas, dependía en este sentido de la forma mercancía, a la que debería haber salvado de su propia insuficiencia. La ansiedad es inherente a esto, y tal vez las prácticas rituales elevadas de los conciertos clásicos y la ópera en el pasado siglo, con su infinita compulsión de repetir y su continua resistencia a lo nuevo y a lo no experimentado, sean sus síntomas inequívocos. Hay otro «mundo cerrado» que situar junto al de la «cultura industrializada», un mundo en el que la única sorpresa que queda es la del título de la sinfonía más conocida de Haydn, y que, en la medida en que se cierra, en forma de «herencia», no es mejor que el resto.

A dichos cierres, Hobsbawm contrapone asombrosamente el ejemplo de los festivales, en especial los dedicados a la música, que han proliferado en el siglo XXI. En 2006, cuando Hobsbawm pronunció una conferencia al

respecto en Salzburgo, en Reino Unido casi se había duplicado el número de festivales de música, alcanzando los 221 en solo tres años, mientras que el jazz por sí solo disfrutaba de al menos 250, dispersos por treinta y tres países. Hobsbawm concede a estas instituciones una función crucial en las culturas artísticas del futuro. Económicamente, son una fórmula para reunir públicos minoritarios en masas económicamente viables, a escala nacional o internacional, y de ese modo protegerlos a ellos y a sus artes de la mortal exposición a las condiciones cotidianas del mercado. Artísticamente, los festivales más modernos disfrutaban en particular de la ventaja de tener pocos, o ningún, «clásicos». Están en consecuencia abiertos al «descubrimiento», a «desarrollar formas de comunicación artística» y «experiencia estética», a la «aventura», y mientras sigan así, tendrán un lugar importante en la cultura globalizadora de las próximas décadas. Las apuestas tal vez no sean solo artísticas, añade poniendo como ejemplo el World of Music and Dance, o WOMAD, celebrado en múltiples sedes: «Como a menudo ocurre, tras estas jornadas de descubrimiento radica un impulso cultural o subversivo, incluso político». En un libro tan preocupado por los finales de todo tipo –incluido uno que, «por desgracia», no ocurrió, como los revolucionarios creían que ocurriría–, momentos como este son igualmente característicos, tanto en sus sencillas expresiones de esperanza como en su fugacidad. Otros similares son de buenos deseos, como cuando Hobsbawm celebra la apoteosis popular de Zinedine Zidane, la estrella *beur* de fútbol votada como el «francés más grande», como garante de un futuro civilizado; o estratégicos, a modo de recuerdo paradójico, como cuando recuerda la idea de una unión de intelectuales y «gente común». Pero estas son inflexiones, ambas, y no sorprenden, porque son los restos de una política de transformación social en la que, cuando escribía estos artículos, Hobsbawm ya no lograba creer: los rescoldos revivían brevemente ante la inundación que se aproximaba.

CRÍTICA

Frédéric Gros, *Le principe sécurité*,
Paris, Gallimard, 2012, 304 pp.

JACOB COLLINS

¿EL NACIMIENTO DE LA BIOSEGURIDAD?

Parece ahora claro que la biopolítica, o algo similar, será una categoría clave para estudiar qué ocurre en el siglo XXI. El concepto, todavía en su infancia, ha sido teorizado de diversas formas sugerentes –y filosóficamente muy complejas– y, sin embargo, sigue constituyendo una entidad esquivada. Los teóricos de la biopolítica, basados casi exclusivamente en los últimos trabajos de Foucault, suponen que el Estado moderno se dedica de algún modo a controlar, gestionar o manipular aspectos de nuestra vida biológica que en otro tiempo permanecían fuera de sus límites, o al menos, al margen de sus prácticas. Cuestiones relacionadas con la salud, la enfermedad, la sexualidad, la producción de alimentos y la calidad del aire son objetos analíticos de la teoría biopolítica. Uno de los obvios aciertos de este enfoque es su atención a facetas de la vida contemporánea que interesan enormemente a la población (como el clamor público en Estados Unidos por el etiquetado de los alimentos, el tamaño de los refrescos, el *fracking*, el matrimonio entre homosexuales y la disponibilidad de la vacuna contra la gripe parecería confirmar). Pero a pesar de todo su interés por la vida cotidiana, las conclusiones alcanzadas en el análisis biopolítico han sido especulativas, en el mejor de los casos, y emocionales y quejumbrosas, en el peor. Asimismo, los principales estudios en este terreno proceden de los escalones más elevados de la teoría política y literaria. El libro de Frédéric Gros, *Le principe sécurité*, promete un análisis más accesible de estos temas, centrándose en el problema de la seguridad, desde Séneca a los SMS.

Gros es un filósofo formado en la École Normale Supérieure de París, y en la actualidad enseña en la Universidad Paris XII (Créteil). Se inclina a la izquierda —ha escrito a favor de los gitanos y contra su vergonzosa expulsión de Francia por parte de Sarkozy— y sus simpatías filosóficas son profundamente foucaultianas. Descubrió —«con una cierta estupefacción»— la obra de Foucault durante su primer año en la universidad, en 1986, poco después de que falleciese el filósofo, y desde entonces se ha convertido en un experto en su *oeuvre*, editando los dos últimos cursos de Foucault en el Collège de France, 1983-1984, con los títulos de *Le gouvernement de soi et des autres* y *Le courage de la vérité* (2008-2009). Mientras que sus primeros trabajos están dedicados a Foucault o fuertemente inspirados en él —un «*Que sais-je?*» sobre el autor, un libro sobre la locura y el arte, otro sobre la justicia y el castigo—, Gros ha empezado a labrar su propia identidad como filósofo. En particular, ha demostrado un claro talento para el ensayo filosófico, ese modo de escribir centrado en aspectos de la vida cotidiana que a menudo se dan por sentados, y así examina con sutileza nuestros compromisos intelectuales, como hacían los primeros ensayos de Roland Barthes. Su libro de 2009, *Marcher, une philosophie*, revisaba, a través de los ojos de los grandes filósofos, los estados psíquicos asociados con diferentes tipos de ambulación humana. Más en línea con las investigaciones de *Le principe sécurité* estaba *Étais de violence: essai sur la fin de la guerre*, publicado en 2006, que seguía los cambios experimentados por las concepciones sobre la guerra en Occidente, desde la obsesión por el heroísmo en la Grecia clásica a la preferencia por los ejércitos privatizados y la aversión al riesgo en la actualidad. En las últimas páginas, Gros anuncia que «la “caída del muro” ha instalado una nueva distribución de la violencia que resuena de acuerdo con dos razones fundamentales que anuncian la irreversible decadencia de la guerra y la paz: la intervención y la seguridad». La primera encierra a los Estados en una racionalidad similar a la del mercado que «ya no reconoce la victoria o la derrota, sino solo grados de éxito y eficacia». La guerra es sustituida por estados de violencia: anárquica, incierta, dispersa. La seguridad, el otro vector de la historia mundial reciente, la aborda en su nuevo libro.

Gros adopta un enfoque nominalista del concepto de seguridad, definiéndola, al comienzo, de cuatro modos distintos (todos ellos tomados del diccionario). Asimismo, cada significado se corresponde con una época distinta de la historia de Occidente. El primer significado es tranquilidad mental. «La seguridad en este sentido es lo que en la actualidad denominaríamos serenidad: un estado de equilibrio mental, una disposición de la mente que se encuentra llena de tranquilidad, quietud y confianza». Este fue el significado predominante durante el Imperio romano, como se demuestra en la obra de tres tradiciones filosóficas: estoicismo, epicureísmo y escepticismo. Gros no explica por qué empieza con los romanos o con esta noción

particular de seguridad, sino que de inmediato pasa a analizar brevemente la configuración de la seguridad en cada una de las tradiciones. Para estoicos como Marco Aurelio y Séneca, la respuesta adecuada a la inseguridad generalizada del mundo exterior era mantener un sentimiento de absoluta seguridad interior. La mente debía mantenerse vigilante para desdramatizar nuestras representaciones del mundo, reduciendo nuestro sentimiento de responsabilidad ante aquello situado fuera de nuestro control. Tanto para los epicúreos como para los escépticos, el principio de seguridad se centraba más directamente en la noción de *ataraxia* planteada por Epicuro, típicamente traducida como «paz mental». El placer para los epicúreos, dice Gros, no era cuestión de satisfacción del deseo o ausencia de dolor, sino de plenitud del alma, obtenida mediante técnicas –como adquirir una comunidad de amigos y recordar momentos de felicidad– pensadas para evitar los falsos placeres. Escépticos como Sexto Empírico creían que la clave para alcanzar la *ataraxia* era guardar silencio: si no había nada seguro, el dogmatismo y la afirmación eran fuente de desgracia. Solo suspendiendo el juicio podía mantenerse cierta apariencia de seguridad interior.

El segundo significado de seguridad es «ausencia de peligro», y designa una «situación objetiva» en la que el riesgo ya no está presente. Para Gros, los cristianos milenaristas de la Edad Media se especializaron en este aspecto de la seguridad. Inspirándose en la obra de Pablo y Agustín, pensadores como Joaquín de Fiore adoptaron un programa utópico radical que implicaba «la proyección de un estado de humanidad absolutamente armonioso, y libre por completo de violencia, agresión y odio». Nacido del impulso religioso de librar al mundo del mal, el movimiento milenarista tenía un obvio elemento político, reflejado en la profusión de doctrinas que apoyaron la monarquía universal en los siglos XVI y XVII. Para aquellos como Tomasso Campanella o Guillaume Postel, su atractivo radicaba en la absoluta unidad de los gobernados, la ausencia de conflicto y la estabilidad que podía garantizar en la tierra. Montesquieu rompería más tarde esta asociación en sus *Reflexiones sobre la monarquía universal*, condenándola precisamente en nombre de la seguridad.

El siguiente registro es más abiertamente político, y denota los derechos y las garantías que el Estado –ahora separado del imperio– ofrece a sus ciudadanos como forma de mantener el orden público. En esta parte, Gros descompone la seguridad del Estado en sus tres elementos constitutivos: la ley, el ejército y la policía, un proyecto que lo lleva a recorrer cuatro siglos, desde mediados del siglo XVII hasta mediados del XX. La dimensión jurídica ocasiona un encuentro con los primeros «teóricos del contrato» modernos: Hobbes, Spinoza, Locke y Rousseau. Como al analizar la filosofía romana, Gros resume brevemente las ideas de estos pensadores sin sacrificar (demasiados) matices. Los teóricos del contrato contraponían el

estado natural, en el que la vida, la libertad, la igualdad y la propiedad eran inestables, al estado civil, en el que todas ellas quedaban garantizadas. El precio de esta seguridad era la obediencia de todos los súbditos a un poder común. Para el componente militar de la seguridad, Gros invoca el sistema westfaliano de mediados del siglo XVII, momento en el que la razón del Estado se había desligado de los fundamentos teológicos, y la soberanía se ligó integralmente a la capacidad bélica. El análisis salta impacientemente en este punto a la Guerra Fría, cuando se da un completo alejamiento de los cálculos realistas: la seguridad en esta época ya no hacía referencia a un equilibrio de potencias relativamente iguales, sino a la promesa de «destrucción mutuamente asegurada» entre dos potencias mundiales, una disposición que transformó el sistema internacional de mosaico en una lucha maniquea entre dos bandos alineados. Por último, el aspecto policial de la seguridad estatal era relativamente mínimo en el siglo XVII, y creció drásticamente en el XIX y el XX. Revirtiendo a un lenguaje foucaultiano, el trabajo policial tiene para Gros naturaleza regulatoria, es «un arte del detalle» que ha favorecido «procedimientos normalizadores». Su otra razón de ser es la de mantener el orden público contra supuestos enemigos, una capacidad de la que en el siglo XX se abusó de dos maneras: primero, por parte de los teóricos del estado de excepción como Schmitt y Benjamin, que apelaron exactamente a esta preocupación por la seguridad como base para suspender ciertas cláusulas de la constitución liberal; segundo, por los movimientos totalitarios, que no suspendieron las garantías jurídicas, sino que sencillamente las pasaron por alto. De hecho, la policía fue instrumental—en este aspecto Gros sigue a Hannah Arendt— para movilizar a la población en torno a la ideología de partido, y ayudó a estos regímenes a definir su propia versión de la ley. Los procedimientos de vigilancia se multiplicaron, al igual que las presiones sobre la población para que se conformase mediante la mediación policial.

Por último, existe un registro biopolítico de la seguridad, definido más genéricamente como «la continuidad de un proceso», o aquello que «permite el funcionamiento normal de una actividad» o, también, como «el control de los flujos». En opinión de Gros, este significado abarca diversos procedimientos vitales para el funcionamiento del Estado moderno, a saber, sus intentos de asegurar «alimentos, energía, sanidad, sentimiento y personas». Gros prefiere clasificar estas cosas bajo el término de «bioseguridad», un término que toma de informes de Naciones Unidas sobre especies genéticamente modificadas y ataques con ántrax, y lo redefina como las medidas necesarias para «proteger, controlar y regular el núcleo [*noyau*] vital del individuo». Las técnicas de protección estatales conciben al ser humano como un organismo penetrable, constantemente expuesto a elementos patógenos y recursos contaminados. Hay también un discurso supranacional sobre la bioseguridad, cuyo objetivo es proteger a poblaciones vulnerables, grupos sometidos a

tasas elevadas de mortalidad debido a violencia política o condiciones de existencia precarias. La «comunidad internacional», que ha pasado a reemplazar a la antigua rivalidad entre superpotencias, decide en qué casos intervenir, una política profundamente emocional, en opinión de Gros.

Menciona el «control» como otra parte de la bioseguridad cuya intención es identificar a los seres humanos, principalmente, relacionando individuos con documentos o archivos. Lo que Gros tiene en mente son los dispositivos de seguimiento –como GPS y RFID [identificación por radiofrecuencia]– que permiten a fuerzas de seguridad privadas y públicas identificar y localizar a delincuentes (pero también no delincuentes y animales). El establecimiento de perfiles en todas sus variantes –programas espía con fines publicitarios, seguros médicos, delincuentes potenciales– es una parte clave de esta lógica, que intenta «asegurar el mundo librándolo de vacilaciones, opacidades y dudas». Hay una dimensión planetaria de este impulso de transparencia que aterra a Gros, porque opera en forma de red, una estructura poderosa, flexible y antidialéctica, imposible de localizar y, mucho más, de derrotar. La última técnica de bioseguridad es la de la «reglamentación», que se ocupa de «gestionar flujos» o, más específicamente, «gestionar un *milieu*». La seguridad en este sentido no intenta prohibir ni ordenar, sino incitar o disuadir. Esto podría aplicarse a la delincuencia, reduciendo los incentivos para la actividad ilegal, o a la actividad económica, disolviendo los obstáculos a la libre circulación de mercancías. Este último proceso, llevado a su conclusión lógica, nos introduce en el neoliberalismo, la utopía de una sociedad autorregulada que instituye su propio equilibrio (algo que les resultará muy familiar a los lectores de las lecciones impartidas por Foucault a finales de la década de 1970 en el Collège de France).

Tras explorar los significados diferentes y discretos de la seguridad en cuatro largos capítulos, Gros intenta unirlos en la conclusión y ofrecer una visión más panorámica del problema. En una entrevista con *Le Monde*, ha distinguido su propio método del de Foucault en los siguientes términos:

Al trabajar sobre la locura, la guerra y ahora la seguridad, mi objetivo no es escribir una historia ni hacer arqueología, sino mostrar que estas nociones están de hecho estrechamente interrelacionadas. Lejos de poseer la pureza de los conceptos geométricos, estas ideas están constituidas en forma de *foyers de sens* [«centros de significado»] que aparecen en ciertos momentos de la historia y no llegan a desaparecer del todo.

¿Cómo funciona esta obra en tiempo real? Gros afirma que algunas ideas, como la concepción estoica del yo, se convierten en tropos culturales. En este caso, los emperadores romanos podrían haberse apropiado de la idea estoica de la seguridad –presumiblemente, a través de los oficios de Marco Aurelio–, revisada más tarde por los filósofos cristianos sometidos

al gobierno romano. Gros sostiene también que algunas ideas pueden ser «reactivadas», como cuando los movimientos socialistas del siglo xx reactivaron las corrientes milenaristas cristianas de la Edad Media, lo que podríamos denominar la «teoría de las bellas ideas durmientes».

Gros sostiene que algunas ideas tienen una «tensión interior», una discrepancia entre intención y resultado. Esto pertenece específicamente a la lógica del Estado: su primer objetivo es el de garantizar el bienestar de sus ciudadanos, lo cual intenta fundamentar jurídicamente; pero cuando el orden público demuestra constituir un problema duradero, transfiere la responsabilidad a la policía. Esta, incapaz de mantener el orden público perennemente, tendrá que adoptar tácticas y técnicas militares para garantizar mejor la seguridad pública, poniendo en grave peligro los ideales jurídicos que iniciaron todo el proceso. Razón por la cual el Estado es víctima del conflicto interno de intereses. Por último, Gros cree que algunas ideas o prácticas son susceptibles de «contradicción externa», que en este caso hace referencia a la reciente tendencia a privatizar, subcontratar o financiar dotaciones de seguridad. La razón por la que esto es una contradicción es que supuestamente la seguridad ofrecida por el Estado es una «garantía permanente» para sus ciudadanos, mientras que el mercado, movido por los beneficios, se basa en un estado de inseguridad permanente. Para Gros, la seguridad –con todas sus anteriores iteraciones– funcionaba como un principio de estabilidad o equilibrio. Pero una vez financiarizada y sometida a constante especulación, se convierte en presagio de la «catástrofe». Los últimos párrafos, que evocan el lenguaje distópico de Benjamin y Agamben, esbozan un futuro ya descifrable: todos los objetos, todos los individuos se convierten en un «activo financiero»; la capacidad para tomar decisiones políticas se ve debilitada a medida que la lógica de la evaluación de riesgos –basada en un complejo cálculo de posibles amenazas– se generaliza; el medio ambiente sufre una degradación rápida e irreversible; y las desigualdades sociales se aceleran exponencialmente. Dado que los mercados tienen aversión a la intervención, poco puede hacerse para frenar o deshacer este proceso, y de ese modo la seguridad se convierte en sinónimo de la noción de catástrofe de Benjamin: «cuando todo sigue como estaba».

Plegado dentro de los cuatro capítulos de *Le principe sécurité* hay un laberinto de esquemas y distinciones multipartitas, pero el texto es fluido y fácilmente accesible a no especialistas. Lo que *Le principe sécurité* muestra (más que sostiene) es que los múltiples significados de seguridad están insertos en la cultura contemporánea a modo de acumulación de ciertas ideas y prácticas. La técnica estoica de alcanzar la tranquilidad espiritual, la escatología de los milenaristas cristianos y la teoría política de los primeros juristas y filósofos modernos no solo emergen como precedentes del orden actual, sino también como realidades superpuestas del mismo. Si yo

extrapolo correctamente a partir del argumento de Gros, el actual régimen de bioseguridad cortocircuita las prácticas acumuladas que constituyen el yo, la ideología política y el Estado liberal, desestabilizando su añeja respetabilidad. *Le principe sécurité* difiere de este modo de la actual bibliografía dedicada a la biopolítica: la nuda vida para Gros –o lo que él denomina la vulnerabilidad del individuo– es el resultado de sutiles cambios en nuestra psicología, cambios condicionados y producidos por los acontecimientos externos. Gros lo capta muy bien en un párrafo de *États de violence* que describe nuevas modalidades de guerra: «No se produce tanto una pérdida de sustancia ética como la reconfiguración de la relación con la muerte, pero esta vez a modo de destrucción unilateral del otro, algo que a su vez permite al sujeto definirse a sí mismo». Este es un análisis atractivo: las concepciones de la guerra cambian nuestra relación con la muerte, con los otros y con nuestro yo.

En conjunto, la teoría biopolítica y el rápidamente creciente campo de los «estudios sobre seguridad» apelan de algún modo a normas jurídicas. Hay una narrativa progresista estadounidense, por ejemplo, que señala el giro del gobierno de Bush hacia la retórica de la seguridad (nacional) después del 11-S. La seguridad en este sentido es una táctica alarmista pensada para hacer que la población se sienta agradecida a su gobierno, y se convierte en un pretexto para revocar libertades civiles. Gros, por el contrario, no dice casi nada acerca de estos peligros y transgresiones, porque lo que le interesa principalmente son los significados más metafísicos de la libertad, lo que los individuos son capaces de pensar y hacer. La tradición de Arendt y Nussbaum descansa en las nociones clásicas de ciudadanía, mientras que la teoría radical italiana de Negri y Agamben considera la relación entre soberanía, ciudadanía y vida biológica. Gros rara vez recurre a estas interpretaciones.

Hay otra forma menos favorable de contemplar *Le principe sécurité*. Ante todo, el concepto de seguridad carece de fundamento ontológico en el texto. Dar cuatro definiciones distintas y aislarlas en una época histórica es directamente no dar definición alguna. La mayor parte del tiempo, son todas ellas –salvo la última, de bioseguridad– metáforas de la estabilidad o del equilibrio. Una frase de la conclusión las agrupa todas de manera esclarecedora: «La seguridad en su sentido más general designa una conformidad de las cosas consigo mismas, y la estabilidad física que puede deducirse de ello». ¿Es esto reconocible como seguridad? Con un fundamento tan arbitrario, ¿qué nos impide evocar sus otros significados? El mismo diccionario usado por Gros incluye los siguientes significados de seguridad: «Unión de medidas legislativas y administrativas que tienen por objeto proteger a los trabajadores y a sus familias contra ciertos riesgos»; o incluso: «Garantía de que las personas que desempeñan trabajos y profesiones se

mantendrán en el ejercicio de los mismos». En otras palabras, seguridad en francés hace también referencia a la seguridad «social» y «laboral», respectivamente. Probablemente, Gros pasa por alto estos significados porque no es fácil acomodarlos en la idea de equilibrio. La elisión es indicativa de dos problemas más amplios. En primer lugar, que Gros tiende a abordar a las personas actuales bien como consumidoras (de productos comerciales y bienes sociales) o como receptoras pasivas (de prácticas de seguridad). Si el objetivo es captar la psicología específica de la bioseguridad –técnicas que hacen al sujeto cada vez más vulnerable–, ¿cómo puede pasarse completamente por alto el lado económico de la vida? Las condiciones de producción son directamente pertinentes para nuestra concepción de nosotros mismos y para las circunstancias biológicas de nuestra vida, como Arendt recalca repetidamente en *La condición humana*. La seguridad del puesto de trabajo –o la falta de ella– tiene que ser una de las mayores fuentes de inseguridad psicológica en la actualidad.

El otro problema señalado por esta omisión está relacionado con la narrativa histórico-filosófica de Gros. ¿Cómo es posible alcanzar un conocimiento adecuado de la seguridad sin invocar la seguridad *social*, que ha sido la connotación predominante del término durante todo un periodo histórico, ciertamente en Europa e incluso –aunque más brevemente– en Estados Unidos? Un informe reciente de la OCDE muestra que en sus países miembros, de media, la relación del gasto social público con el PIB ha aumentado de alrededor del 19 por 100 en 2007 al 22 por 100 actual, en buena parte dedicado al gasto en prestaciones por desempleo y pensiones para ancianos. Incluso en Estados Unidos, donde la seguridad *nacional* afirmó una cierta primacía durante la Guerra Fría y después del 11-S, la seguridad social sigue siendo una cuestión sensible para la mayoría de los estadounidenses: el famoso tercer carril de la política interior. Que Gros haya pasado por alto esta connotación en un estudio sobre la psicología de la seguridad parece sorprendente. Y, sin embargo, dicho reconocimiento no encajaría demasiado bien en la cosmovisión foucaultiana, en la que lo más reciente siempre es, potencialmente o de hecho, peor. Uno de los pocos lugares en los que Gros invoca las fuerzas económicas es en las últimas páginas, donde llama la atención sobre la financiarización y la privatización de la seguridad que se está produciendo en la actualidad; pero sale de la nada, prueba tardía de un apocalipsis en ciernes.

Una apuesta crucial de *Le principe sécurité* es que la relativa falta de análisis quedará compensada por su riqueza descriptiva, que abarca muchos significados del término «seguridad» y dos mil años de historia. No está claro, sin embargo, que Gros haya añadido una profundidad histórica real a nuestro conocimiento de la biopolítica. Para que la concepción estoica de la seguridad importe en el presente es necesario pensar que la *ataraxia* sigue

estructurando nuestro sentido de la buena vida, o que la filosofía romana afectó tan profundamente a la historia, como insinúa Gros, que puso en marcha una irreversible cadena de consecuencias. Ninguno de estos argumentos es muy convincente. Gros supone también que la escatología cristiana aportó la disposición psicológica que subyace a las revoluciones socialistas del siglo xx. La comparación no convencerá a los historiadores: a menudo se considera que el metodismo salvó a Inglaterra de la revolución proletaria en el siglo xix. De hecho, el trasfondo que Gros proporciona podría en principio suprimirse del libro, dejando para estudiar los dos últimos regímenes de seguridad. Aquí, los cálculos modernos se analizan en profundidad por primera vez –gracias al trabajo de Gros en este apartado–, debería empezar una historia significativa de la seguridad.

¿Cómo se compara *Le principe sécurité* con la obra de Foucault sobre la seguridad? En cierto sentido, adolece de la misma tendencia a ontologizar el poder: simplemente, actúa de ese modo, desconectado de cualquiera que lo ocupe o de objetivos específicos. De su propio método lateral de avance, Foucault escribió en el epílogo de *Seguridad, territorio y población*: «Soy como el cangrejo, avanzo de lado». Gros cree que ha evitado esta tendencia, afirmando que «las rupturas y las discontinuidades me gustan mucho menos que a Foucault»; pero, como hemos visto, las supuestas continuidades de la seguridad carecen de peso explicativo. De hecho, el argumento más convincente del libro es la impresionante taxonomía sobre las modernas prácticas de seguridad, para la que el método del «cangrejo» es esencial. Parecería que la seguridad fuese un concepto fundamental en los cursos impartidos por Foucault a finales de la década de 1970, pero la fue abandonando a medida que se interesaba por el concepto de «gubernamentalidad». Lo que dijo sobre el tema era en realidad provisional, aunque claramente esencial para comprender la racionalidad mercantil del liberalismo: «El aparato de seguridad “deja que las cosas ocurran”. No es que todo se deje a su aire, sino que el *laissez-faire* es indispensable en cierto nivel: permitir que suban los precios, permitir que se genere escasez». La seguridad tiende a tener más claridad conceptual en los textos de Foucault, aunque sus contextos sean opacos. *Le principe sécurité* revierte el énfasis, dando más importancia a la seguridad empírica, a expensas del rigor conceptual. También vale la pena señalar que, mientras que el aspecto económico del liberalismo es un elemento básico en el análisis de Foucault, solo aparece de manera significativa en las últimas páginas de *Le principe sécurité*, y tiene poca relación con la conceptualización del problema.

Por último, Foucault tiene una teoría elaborada sobre el sujeto de la que Gros carece. Esta carencia se pone de manifiesto cuando Gros elude un tema que debería ser clave en *Le principe sécurité*: en qué grado nuestra concepción del yo está modelada por prácticas gubernamentales y

comerciales: la psicología de la seguridad. El antihumanismo de Foucault podría explicar, a veces de manera inverosímil, la poderosa influencia de la lógica externa sobre nuestra concepción del yo. El sujeto de Gros, por el contrario, siempre parece más estable, en posesión de técnicas duraderas y probadas para enfrentarse a un caótico mundo externo. A este respecto, Gros es incapaz de resolver un problema que aqueja a buena parte de las obras actuales sobre la seguridad y la biopolítica: aunque sin duda se está produciendo un inquietante aumento de la tecnología para la vigilancia, de los perfiles de consumidores, de la recopilación de datos biológicos, del seguimiento de capacidades –información que podría ser archivada y en algún momento sometidos a un mal uso por parte del Estado–, no está claro si esto va a recortar sin remedio las libertades y los derechos, empobrecer nuestra concepción del mundo, poner en peligro las relaciones sociales o acelerar las desigualdades. Esto puede cambiar muchas cosas, pero invocar el apocalipsis parece precipitado. Ese es el imaginario del libro de Gros. De hecho, el futuro parece desolador, pero dudo de que Gros nos haya dado un modo convincente de entenderlo.

CRÍTICA

Michael Pettis, *The Great Rebalancing: Trade, Conflict, and the Perilous Road Ahead for the World Economy*, Princeton, Princeton University Press, 2013, 216 pp.

HUNG HO-FUNG

CHINA SE ESTANCA

Quizá fuera previsible que la fuerte recuperación inicial de China en la crisis financiera global serviría para afianzar la generalizada percepción de que la RPCh representa una alternativa y, según algunas interpretaciones, un modelo superior de desarrollo capitalista. Los desesperados ruegos de Hillary Clinton y Tim Geithner para que Pekín continuara comprando bonos del Tesoro estadounidenses inmediatamente después del colapso de 2008, parecían confirmar que China estaba desplazando realmente a Estados Unidos, el supuesto culpable de la crisis, y convirtiéndose en un nuevo centro de la economía global. Sin embargo, las celebraciones del ascenso de China a expensas de Estados Unidos también suscitaban respuestas más escépticas. El provocativo y fundamentado libro de Michael Pettis *The Great Rebalancing* ofrece una opinión más crítica. Sostiene que los países que tienen un persistente superávit comercial, como China, son por lo menos tan responsables de la crisis financiera global como los que tienen déficits, como Estados Unidos. Desde este punto de vista, el resultado de la crisis pondrá fin a los «milagros económicos» de los países con superávit y puede conducirles a las «japonesas» décadas perdidas. La única salida exigiría reequilibrar profundamente las economías de los países con superávit. Mi opinión es que del análisis del libro se podría deducir un tercer escenario, más allá de las alternativas de Pettis de una prolongada crisis en aumento, o de un suave y coordinado proceso de reequilibrio. Pero en primer lugar examinemos el relato de *The Great Rebalancing*.

Pettis es profesor de economía financiera en la Universidad de Pekín y un veterano de los tejemanejes de Wall Street especializado en «mercados emergentes», inicialmente en América Latina. Su primer libro, *The Volatility Machine: Emerging Economies and the Threat of Financial Collapse*, apareció en 2001 y desde entonces sus puntos de vista disidentes han alcanzado gran difusión por medio de su ampliamente citado blog, «China Financial Markets». Sacando diversas perspectivas teóricas de Keynes y, sorprendentemente, de Hobson, Lenin y David Harvey, *The Great Rebalancing* es una sistemática elaboración del diagnóstico de Pettis sobre los orígenes de la crisis financiera y sugerencias para su remedio. Considera que los desequilibrios globales del comercio y del flujo de capital que subyacen en la crisis son principalmente una consecuencia del modelo de crecimiento basado en la contención del consumo adoptado por los países con superávit, sobre todo por China y Alemania.

The Great Rebalancing establece los principios en juego, en forma de «identidades contables». Allí donde se contiene el consumo en relación con la producción, el resultado es un ascenso del ahorro. Si el ahorro doméstico excede la inversión doméstica, entonces en una economía abierta el ahorro excedente se dirigirá a otros países, en la forma de exportación de capital neto. La compra china de bonos del Tesoro estadounidenses y los préstamos de Alemania a España o Grecia son ejemplos de semejantes exportaciones. Igualmente, en un país que importa capital del extranjero, la inversión excederá al ahorro. Se deduce que la cantidad de capital neto que entre o salga será igual a la diferencia entre ahorro e inversión; la diferencia también será igual a la balanza comercial del país. (Formalmente expresado, si Y es el producto nacional, C es el consumo total, G es el gasto del gobierno, I es la inversión total, $(X-M)$ es la balanza comercial y S es el ahorro, entonces tenemos que $Y=C+G+I+(X-M)$, lo que lleva a $Y-C-G-I=S-I=(X-M)$, ya que por definición, $Y-C-G=S$.) Por ello, el superávit/déficit comercial de una economía será igual a la salida/entrada de capital neto en esa economía, que a su vez es igual a su ahorro menos su inversión. Ya que las economías abiertas están vinculadas entre sí por medio del comercio y la inversión, la exportación de capital y el superávit comercial originado por el subconsumo de un país debe equilibrarse con las importaciones de capital, el déficit comercial y el sobreconsumo de otro país. En otras palabras, los desequilibrios domésticos de socios comerciales se reflejarán mutuamente generando desequilibrios globales.

Examinando cómo han funcionado estos principios en el caso concreto del desequilibrio doméstico chino, Pettis, como muchos otros autores, encuentra que el modelo de crecimiento de la RPCh, basado en la contención del consumo, no es nuevo, sino una réplica ampliada del modelo japonés. Como enfatiza a lo largo de todo el libro, los niveles de consumo e índices de

ahorro de un país no tienen nada que ver con su cultura y las costumbres de su pueblo: el elevado ahorro y el bajo consumo de China son consecuencias de políticas concretas: contención de los salarios, una moneda subvalorada y contención financiera. Desde la década de 1990, el enorme suministro de mano de obra rural, cuyos derechos y acceso a servicios en el lugar de trabajo estaban negados por el sistema *hukou*, añadido a lo que Pettis describe como «sindicatos patrocinados por el gobierno que con más frecuencia ven las cosas desde el punto de vista del patrono más que de los obreros», aseguraba que los salarios crecieran mucho más despacio que la productividad, conteniendo así el crecimiento de los ingresos y el consumo de los obreros en relación con el aumento de la producción. Al mismo tiempo, el Banco Central chino intervino en el mercado de divisas para impedir que el yuan se revalorizara acompañando al crecimiento del superávit comercial. La moneda subvalorada beneficiaba a los exportadores, pero hacía que el consumo doméstico fuera más caro; por ello, la política ha actuado como un velado impuesto sobre los hogares que se transfiere a los exportadores. Los bajos tipos de interés establecidos por los bancos estatales tanto para depósitos como para préstamos han constituido también un impuesto oculto para los hogares: mientras que los depósitos ordinarios han tenido que aguantar tipos de interés reales exigüos o incluso negativos, las empresas estatales y los organismos gubernamentales podían endeudarse con unos tipos de interés regalados para alimentar las orgías de construcción inmobiliaria o infraestructural. Esto de nuevo equivale a un subsidio al sector estatal a cuenta de depósitos financieramente contenidos.

Este modelo de desarrollo produjo tasas de crecimiento milagrosas, mejorando rápidamente las infraestructuras y un sector manufacturero internacionalmente competitivo. Paradójicamente, aunque la tasa de crecimiento ha atraído una elevada inversión, la contención financiera que suponía también empuja al ahorro —en este caso, mayormente empresarial y gubernamental, en vez del ahorro de los hogares— hasta un nivel incluso mayor. Como tal, el ahorro excedente chino tiene que ser exportado al extranjero a cambio de la demanda externa de sus productos manufacturados. Habida cuenta del tamaño del mercado estadounidense y la elevada liquidez de los activos de Estados Unidos, especialmente de los valores del Tesoro, la mayor parte del ahorro excedente chino acaba dirigiéndose a Estados Unidos. Para Pettis, la compra china de activos en dólares es una política comercial «dirigida a generar superávits comerciales y elevar el empleo doméstico». Para la economía estadounidense, semejantes importaciones de capital a gran escala son «normalmente dañinas», ya que Estados Unidos «no tiene otra elección que responder a las crecientes entradas netas [de capital] con mayor inversión, mayor desempleo o mayor consumo». Con las entradas de capital empujando el dólar hacia arriba, abaratando las importaciones de productos

manufacturados y penalizando a los fabricantes estadounidenses, «había pocos incentivos para que las empresas estadounidenses se endeudaran y aumentaran la producción a escala doméstica». En vez de ello, las masivas entradas de capital alimentaron el aumento de la burbuja inmobiliaria y del consumo financieramente endeudado. Pettis concluye que la borrachera de consumo y el déficit comercial de Estados Unidos estaban causados por la excesiva inversión extranjera (china) en activos en dólares que «obligan a Estados Unidos a consumir por encima de sus posibilidades».

En su análisis de la crisis de la eurozona, Pettis encuentra que la relación entre Alemania, un país con superávit, y España y «otros países con déficit», evoca la que se produce entre China y Estados Unidos. En la década de 1990, la Alemania posterior a la reunificación puso en marcha «un cierto número de políticas, aprobadas por los sindicatos, las empresas y el gobierno, dirigidas a limitar los salarios y el consumo y aumentar la producción, para recuperar la competitividad y generar empleo». Estas políticas de contención del consumo funcionaron bien. Pero el ahorro excedente tiene que exportarse, a cambio de «importar» la demanda externa. En este caso, el contexto incluía el lanzamiento del euro y el aumento de la integración europea. El capital alemán se exportó a la Europa periférica, principalmente en la forma de préstamos bancarios, pero sus efectos dañinos recordaban a las exportaciones chinas de capital a Estados Unidos en la forma de compra de bonos del Tesoro. Tomando a España como ejemplo, Pettis sostiene que las políticas anticonsumo alemanas eliminaron la rentabilidad de la producción manufacturera española y desanimaron la inversión privada en el sector de bienes comerciales, mientras que, al mismo tiempo, el ahorro alemán excedente estaba siendo exportado a España a escala masiva. El resultado fue la expansión en España de una gigantesca burbuja inmobiliaria.

Pettis nos recuerda que los desequilibrios globales causados por países con subconsumo que exportan excedentes de capital a otras economías no son una novedad en el desarrollo del capitalismo. Recurriendo a ideas de Hobson y Lenin, señala que, a finales del siglo XIX y principios del XX, el subconsumo en las economías industrializadas —donde la demanda de los obreros estaba contenida porque la riqueza y los ingresos se concentraban en las manos de los ricos— creó presiones sobre esos países para que exportaran capital a sus colonias formales o informales, que a su vez empezaron a tener déficits comerciales y a quedar endeudadas con los países colonizadores. La principal diferencia entre entonces y ahora es que, a comienzos de la década de 1900, los colonizadores que exportaban capital «gestionaban las economías coloniales y sus sistemas fiscales, y así podían asegurarse de que todas las deudas fueran saldadas». Por ello, los desequilibrios globales podían durar más en la era del imperialismo, ya que «podían persistir

grandes desequilibrios por cuenta corriente en tanto que la colonia tuviera activos que comerciar [o que ser expropiados]».

Lo que Pettis no menciona es que hace un siglo, cuando los colonizados importadores de capital eran invariablemente economías subdesarrolladas, el capital importado se dirigió mayoritariamente a industrias extractivas en vez de a los mercados financieros. Esta clase de inversión no generaba la clase de volatilidad que conlleva la inversión financiera en los actuales países deficitarios. Por otra parte, esta forma de exportación de capital sumamente territorial llevó a los poderes imperiales a competir agresivamente por otras posesiones coloniales, intensificando la rivalidad interimperial y desencadenando la Primera Guerra Mundial. Los actuales exportadores de capital, como China y Alemania, no disfrutaban de esa clase de control colonial sobre los importadores de su capital, como Estados Unidos y España, y gran parte de ese capital se dirige a actividades financieras e inmobiliarias. Los desequilibrios en estas condiciones son menos sostenibles. Una vez que estalla la burbuja, o que desaparece la capacidad de endeudamiento en los cada vez más endeudados países con déficit, el consumo en ellos colapsará. Esto es lo que ha estado pasando en Estados Unidos, Grecia y España desde 2008. Cuando sucede esto, los países con déficits comerciales se ven obligados a sufrir un doloroso reequilibrio que puede alcanzarse mediante aumentos de impuestos sobre los ricos y/o políticas que limitan el consumo y favorecen el ahorro. Sin embargo, estos esfuerzos por alcanzar el equilibrio serán inútiles si los países con superávit continúan conteniendo el consumo, el ahorro de superávits de exportaciones y mantienen un superávit comercial con los países deficitarios.

Es materialmente imposible para Estados Unidos y para la Europa periférica alcanzar excedentes comerciales y contener el consumo si ningún otro país está reduciendo sus excedentes y favoreciendo el consumo. En la economía global, el excedente de uno debe ir acompañado del déficit de otro. Un auténtico reequilibrio de la economía global solo es posible cuando los países deficitarios y los países con superávit reequilibran sus economías domésticas simultáneamente por medio de políticas contrapuestas. Las políticas de Estados Unidos y España para limitar el consumo y favorecer el ahorro tienen que ir acompañadas por políticas en China y Alemania que favorezcan el consumo, reduzcan el ahorro e inviertan el sentido de su balanza comercial. Pettis sugiere que Alemania debería recortar los impuestos y aumentar el gasto público para desinflar sus ahorros y moverse hacia un déficit comercial, generando una demanda para el sector de bienes comerciales en España y Grecia. En ese caso, las políticas de reequilibrio de estos países, que limitan el consumo y la inversión, producirían la disminución del desempleo. Si Alemania es reacia a reequilibrarse, entonces los ajustes en España y Grecia pueden ser tan dolorosos que se verán

obligados al impago de la deuda o a devaluar su moneda abandonando el euro. Igualmente, para que el reequilibrio estadounidense sea eficaz, tiene que ir acompañado por el cambio de China en la dirección contraria. La RPCh necesita favorecer el consumo doméstico y reducir su ahorro. Ya que el subconsumo chino se puede atribuir principalmente a que se exprimen los ingresos de los hogares para subvencionar a los exportadores de manufacturas y al sector estatal, favorecer el consumo tendrá que suponer una «lucha distributiva» a favor de los hogares.

Pettis sostiene que el reequilibrio chino no solo es crucial para el reequilibrio de Estados Unidos y de la economía global. También es esencial para prevenir una serie de crisis económicas dentro de la propia RPCh. Los dos motores del milagro chino –inversión y exportaciones– están empezando a desmoronarse. La infraestructura china se está volviendo excesiva en relación a su etapa de desarrollo, y los retornos decrecientes sobre infraestructuras de reciente construcción están agotando la capacidad prestamista del sector estatal, que ya está sobrecargada por préstamos anteriores. Mientras tanto, el consumo en Estados Unidos está decayendo y aumenta la consiguiente presión política sobre Pekín para que reduzca su superávit comercial. Con los motores de la inversión y de la inversión fallando al mismo tiempo, el aumento de los ingresos y del consumo de los hogares chinos se vuelve aún más importante.

The Great Rebalancing debe apreciarse por su claridad y concisión. Lanza un convincente desafío a la moral mayoritaria sobre los orígenes de la crisis global, demostrando que los desequilibrios globales que la cimentan se desplegaron mediante un proceso de desarrollo capitalista desigual y combinado en el que Estados Unidos, China, Alemania y la Europa periférica son las partes intervincladas. A pesar de estos méritos, el análisis tiene dos grandes lagunas. La primera se centra en el origen de los propios desequilibrios. Si las entradas de capital desde países con superávits son tan dañinas para los países deficitarios porque alimentan burbujas financieras e inmobiliarias, ¿entonces por qué estos últimos siguen permitiendo la entrada de capital excedente? ¿Realmente los países deficitarios no tienen otra elección que aceptar pasivamente lo que los países con superávits les exporten a ellos?

Se puede recordar que todo el edificio del argumento de Pettis está levantado sobre la identidad contable de que el superávit comercial de un país iguala a su exportación neta de capital, así como a su ahorro menos su inversión; sin embargo, como él declara, esta premisa solo se aplica a una «economía» abierta. Se deduce que el análisis de los desequilibrios contrapuestos entre países con déficits y con superávits no sería válido si no hubiera sido por la culminación de la integración del mercado global, esto es, por la retirada de numerosos controles nacionales. Semejante integración está lejos del estado natural del capitalismo global. Es el resultado del

proyecto neoliberal que Reagan y Thatcher empezaron en la década de 1980 como remedio para la crisis de la caída de las tasas de beneficio en todos los países capitalistas avanzados en la década de 1970. La creación de la OMC en 1994, el acceso de China a ella en 2001 y el lanzamiento del euro en 2002, profundizando la integración del mercado europeo, son grandes hitos de este proyecto. El ascenso de un mercado global integrado hace que el flujo de bienes y dinero sea factible a una escala mucho mayor. La desregulación de los mercados financieros en Estados Unidos y Europa ayudó a preparar a estos países para la masiva absorción de capital extranjero como combustible para actividades especulativas. Considerándolo bajo esta óptica, aunque el elevado ahorro y el modelo de crecimiento orientado a la exportación de los países con superávits es directamente responsable de los desequilibrios en los países deficitarios y del desequilibrio global en general, fue el giro neoliberal de Estados Unidos y Europa en la década de 1980 el que estableció el escenario, permitiendo que funcionaran semejantes modelos de crecimiento.

La segunda laguna se refiere a los resultados potenciales de la actual crisis global, que para Pettis suponen o bien el prolongado estancamiento y «décadas perdidas» o el reequilibrio coordinado. Pettis tiene razón al afirmar que el reequilibrio dentro de China, el país con mayor superávit del mundo en la actualidad, sería muy difícil, habida cuenta de la tenaz resistencia de la elite burocrática capitalista, que son los mayores beneficiarios del actual modelo. Lo que está por ver es si China, enfrentada a los límites de su modelo de exportar capital excedente a Estados Unidos, pero resistiéndose al reequilibrio, pueda elegir cambiar a una estrategia de exportación de capital más «clásica», es decir, a exportar capital a países en vías de desarrollo e invertir allí principalmente en industrias extractivas e infraestructuras. Aunque por ahora el volumen de la inversión extranjera directa de China supone menos del 30 por 100 de su inversión en bonos del Tesoro estadounidenses (o del 10 por 100 si excluimos los flujos hacia Hong Kong), según el Ministerio de Comercio de la RPCh entre 2002 y 2010, aumentó espectacularmente, de 29,9 a 317 millardos de dólares, o 118 millardos si excluimos a Hong Kong. La inversión extranjera directa de China comprende una gran cantidad en minería e infraestructuras en el Sur global. Los receptores de capital chino –y de otros países emergentes con superávits, como Brasil y Sudáfrica– también constituyen mercados en expansión para las exportaciones chinas de productos manufacturados. La cada vez más dinámica expansión económica china en el mundo en vías de desarrollo, en África especialmente, ha provocado acalorados debates. Por ejemplo, en las vísperas de la Cumbre de Durban de los BRICS (Brasil, India, Rusia, China y Sudáfrica), en marzo de 2013, Lamido Sanusi,

gobernador del Banco Central de Nigeria, escribió en el *Financial Times* que China es simplemente otra potencia colonial en África.

Sin lugar a dudas, las relaciones de China con los otros países en vías de desarrollo que absorben sus exportaciones de capital y de bienes manufacturados están lejos del clásico modelo colonial de principios del siglo XX. China hasta ahora ha carecido de la voluntad y del poder para imponer su influencia política y militar sobre los destinos de sus exportaciones de capital. Pero esto parece estar empezando a cambiar, como muestra el último Libro Blanco de la Defensa Nacional, «La utilización diversificada de las Fuerzas Armadas de China», donde explícitamente se declara que proteger los intereses económicos en el exterior ahora es un objetivo central del ELP:

Con la gradual integración de la economía china en el sistema económico mundial, los intereses en el exterior se han convertido en un componente integral de los intereses nacionales chinos. Los temas de seguridad son cada vez más importantes y abarcan la energía y los recursos en el exterior, las líneas de comunicación marítimas estratégicas y a los ciudadanos chinos o personas jurídicas del país en el exterior.

Si China consigue desarrollar su predominio geopolítico en determinadas partes del Sur global, entonces Pekín podría ser capaz de retrasar el reequilibrio y mantener su modelo de crecimiento de elevado ahorro y elevadas exportaciones, sustituyendo a Estados Unidos por el mundo en vías de desarrollo como el principal destino de su superávit de capital y exportaciones manufactureras. Desde luego, el ascenso de China como un nuevo poder imperial es algo incipiente. Los dos escenarios alternativo que contempla Pettis –un reequilibrio suave y coordinado de los países con superávit y con déficit o un largo y escabroso aterrizaje de China y Alemania, siguiendo los pasos de las décadas perdidas de Japón– son todavía mucho más verosímiles a corto plazo. En cualquier caso, la crisis global que comenzó en 2008 es un punto de inflexión en el desarrollo del capitalismo global. A largo plazo, el que conduzca a un orden económico mundial más equilibrado y sostenido, a una perpetua crisis global o a una renovada partición del mundo entre nuevas y viejas potencias imperiales es algo que está por ver.

